

“Brite combina el estilo de Stephen King de un modo totalmente nuevo, poderoso y brillante para reinventar el género”

Poppy Z. Brite



La llamada de la sangre



Lectulandia

Robert McGee es un hombre que vive bajo una oscura nube. Es el célebre dibujante del tebeo underground «Birdland», y se ha mudado con su familia de Texas a Nueva Orleáns, y por fin a Missing Mile, en Carolina del Norte. Pero es incapaz de escapar al alcoholismo y a la violencia que se han convertido para él en una segunda naturaleza. Poco después de asentarse en una granja decrepita, Robert mata a su mujer y a su hijo menor antes de suicidarse. Solo queda vivo Trevor, su hijo de cinco años.

Veinte años después, Trevor regresa a la casa en la que vivió y murió su familia. Es entonces cuando conoce a Zachary Bosch, un pirata informático de Nueva Orleáns que huye de la ley.

Lectulandia

Poppy Z. Brite

La llamada de la sangre

Solaris terror - 20

ePub r1.0

Titivillus 10.07.2017

Título original: *Drawing Blood*
Poppy Z. Brite, 1993
Traducción: Carlos Lacasa Martín
Diseño de cubierta: Jeff K. Potter

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Christopher DeBarr y David Ferguson,
que supieron cuándo estar allí y cuándo largarse.

«El arte no es un espejo; es un martillo».

—frase escrita en una pizarra del Media Lab en el MIT (hogar de los primeros piratas informáticos), atribuida a Bertolt Brecht

Agradecimientos

Muchas personas me han ayudado amablemente a documentarme acerca de la piratería informática. Un enorme «gracias» para Bruce Sterling, Darren McKeeman, Forrest Cahoon, John Carter y el submundo digital en general. Cualquier error técnico es culpa mía.

Gracias también a Connie B. Brite, Harlan Ellison, Dan Simmons, Brian Hodge, Jodie y Steve, Mary Fleener, Leslie Sternbergh, Steve Bissette, Don Donahue, Paul Mavrides, John y Craig, Linda Marotta y Kaz, Ed Bryant, Dan Matthews, Andrew Cayce, Kevin y Valerye, Darrell, Virginia, John «Foetus». Corry, Matthew Grasse, Ellen Datlow, F. Christian Grimm, Heidi Kirsch, Tom Montelone, J. R. McHone, Ian y Anne, Tigger Ferguson y 5-8, Wilum Pugmire, Tom Piccirilli, Bob Brite, los Go Figures, Devlin Thompson, Bob y Ron, Steve y Fantasma, La Srta. Rayo de Sol, Evan Boorstyn, Brian Emrich, Miran Kim (¡qué maravillosas ilustraciones!) y Steven E. Johnson, Wayne Allen Sallee, Brooks Caruthers, St. Janor Hypercleets, Will O'Dobbs, el reverendo Ivan Stang y el propio «Bob». Dobbs. Todos me habéis ayudado de un modo y otro, lo sepáis o no, os guste o no.

Y a mi editora, Jeanne Cavelos; a mis agentes, Richard Curtis y Rich Henshaw; y a Monica Calheira Kendrick y a Michael Spencer, como siempre.

Principales fuentes de inspiración: R. Crumb, Chester Brown, Julie Doucet, Tom Waits, William S. Burroughs, Trent Reznor y Charlie Parker.

Prólogo

Missing Mile, Carolina del Norte, era en el verano de 1972 poco más que una mancha grande en la carretera. La calle principal recibía la sombra de algunos robles y pecanas de ramas extensas, flanqueados por unas pocas casas sureñas aún más grandes y dispersas, demasiado alejadas de cualquier ruta interesante como para haber sufrido el azote de la Guerra Civil. Las tribulaciones y triunfos de la pasada década parecían no haber rozado siquiera el pueblo, al menos a primera vista. Podrías pensar que se trataba de un lugar mecido en las aguas de un tiempo más tranquilo, un sitio en el que la paz reinaba de forma natural, donde no había que mostrarla en un estandarte o exhibirla alrededor del cuello.

Podrías pensar eso si no hicieras más que atravesarlo con tu coche. Si te quedaras lo suficiente comenzarías a ver señales. Algunas literales, como los carteles en las ventanas de la tienda de discos que más tarde se convertiría en El Disco Giratorio, pero que ahora se conocía como GiraGira. A pesar del nombre y del vaquero de madera encima de la puerta, los que querían canciones sobre Dios, las armas y la gloria iban a La Granja del Disco de Ronnie, en Corinth, bajando por la autopista. Alguien había comprado el GiraGira, y los carteles del escaparate eran un revoltijo de patrones y colores psicodélicos, de gritos dementes, iracundos.

Y las pintadas: «Detened la guerra» con un vivo puño de color rojo en la fachada del edificio, o «Ha resucitado», con un rostro abocetado, oscuro y sensual que podría pertenecer a Jesucristo o a Jim Morrison. Señales literales.

O figurativas, como el muchacho destrozado que ahora se sentaba con los mayores en el exterior de la ferretería agrícola en los días buenos. En otra vida su nombre hubiera sido Johnny Wieggers, y hubiera sido un chico de carácter dulce y rostro franco; casi todos los veteranos recordarían haberle comprado una golosina o un refresco en algún momento, o, más tarde, haberle pasado un par de cervezas. Ahora, su madre lo llevaba en coche a Firehouse Street todos los días y lo ayudaba para que pudiera escuchar sus charlas, y contemplar las interminables partidas de damas que jugaban con un tablero machacado y taponos de Nehi púrpuras y naranjas. Hasta ahora, nadie había tenido el ánimo de pedirle que no lo trajera más.

Johnny Wieggers se sentaba en silencio. No tenía otro remedio. Había pisado una mina del Vietcong y había respirado el fuego, lo que lo dejó sin lengua y sin cuerdas vocales. Su rostro se había convertido en carne irreconocible, salvo por un ojo que brillaba sin guía en aquella ruina, como el de un pájaro o un reptil. Le faltaban ambos brazos y la pierna derecha; la izquierda terminaba justo encima de la rodilla, y Miz Wieggers insistía en remangarle el pantalón para orear la cicatriz cruda. Los veteranos se inclinaban sobre sus partidas de damas, hablaban menos de lo habitual, de vez en cuando echaban un vistazo al horrible muñón en carne viva, o al torso de lenta

respiración, pero nunca al rostro mutilado. Todos esperaban que Johnny Wiegers muriera pronto.

Señales literales de los tiempos, y figurativas. La década del amor había pasado; sus dioses estaban muertos o desilusionados, su furia empezaba a mutar en una especie de malestar autista. La única constante era la guerra.

Si Trevor McGee sabía algo de esto, era solo de la más borrosa de las maneras, como si en vez de un esfuerzo consciente se tratara de un mecanismo osmótico. Acababa de cumplir cinco años. Había visto las noticias acerca de Vietnam, aunque su familia aún no tenía televisor. Sabía que sus padres creían que la guerra estaba mal, pero hablaban de ella como de algo que no fuera posible cambiar, como un día lluvioso cuando querías salir a jugar, como un codo despellejado.

Mamá contaba historias sobre marchas pacíficas a las que había ido antes de que nacieran los chicos. Ponía discos que le recordaban aquellos días, que le hacían feliz. Cuando papá escuchaba ahora sus discos parecía ponerse triste. A Trevor le gustaba toda clase de música, especialmente el saxofonista de jazz Charlie Parker, al que papá siempre llamaba Bird. Y la canción de Janis Joplin que tenía el nombre de su padre, Me and Bobby McGee.

Trev deseaba poder acordarse de toda la letra para cantar la canción él solo. Entonces podría imaginar que estaba solo con papá, conduciendo por la carretera, sin mamá y sin Didi, únicamente ellos dos. Papá le dejaría ir delante, no encasquetado detrás con Didi, como si fuera un bebé.

Se obligó a dejar de pensar en eso. ¿Y dónde estarían mamá y Didi, sino allí? ¿De vuelta en Texas, o en el sitio que acababan de dejar hacía dos días, Nueva Orleans? Si no tenía cuidado, rompería a llorar. No quería que su madre ni su hermano pequeño estuvieran en Nueva Orleans. Esa ciudad le había dado un mal presentimiento. Las calles y los edificios eran oscuros y viejos, era la clase de sitio en la que viven los fantasmas. Papá decía que allí había brujas de verdad, y quizá zombis.

Y papá se había emborrachado. Mamá le había hecho salir solo, diciendo que le sentaría bien. Pero papá había vuelto con sangre en la camiseta y un olor apestoso. Y mientras Trev se acurrucaba en la cama del hotel abrazando a su hermano, con la cara enterrada en el suave cabello de Didi, su padre había apoyado la cabeza en el regazo de mamá y había empezado a llorar.

Y no fueron unas pocas lágrimas, como cuando el viejo perro Flakey murió en Austin. Eran grandes sollozos, gemidos trémulos que le pusieron la cara roja y que llenaron de mocos la pierna de mamá. Así era como lloraba Didi cuando se hacía mucho daño o estaba muy asustado. Pero Didi solo tenía tres años. Papá ya tenía treinta y cinco.

No, Trev no quería volver a Nueva Orleans, y tampoco quería que mamá o Didi estuvieran allí. Los quería a todos con él, yendo adonde se estuvieran dirigiendo en ese momento. Cuando pasaron la señal que rezaba «Límite urbano de Missing Mile», Trevor lo leyó en alto. Había aprendido a leer el año pasado, y ahora estaba

enseñando a Didi.

—Genial —dijo papá—. Genial. No solo nos saltamos la autopista por una milla... sino que encontramos la maldita milla.

Trevor tenía ganas de reír, pero papá no parecía estar de broma. Mamá no dijo nada, pero Trev sabía que había vivido por allí cuando tenía su edad. Se preguntó si se alegraría de volver. Carolina del Norte le parecía bonita, llena de árboles gigantes, colinas verdes y largas carreteras llenas de curvas, como cintas negras que se desenrollaran bajo las ruedas de su Rambler.

Mamá le había hablado acerca de un lugar que recordaba, un lugar llamado Paseo del Diablo. Trevor no tenía ninguna gana de verlo. Era una zona circular en un campo en el que no crecían ni la hierba ni las flores, y donde los animales no se acercaban. Si por la noche echabas basura o ramas en el círculo, por la mañana habían desaparecido, como si una pata acabada en pezuña las apartara de su camino de una coz y las mandara al infierno. Mamá decía que era el lugar por donde supuestamente el Diablo paseaba toda la noche, maquinando sus maldades del día siguiente.

(«Eso, tú enséñales la puta dicotomía cristiana, envenénales el cerebro», había dicho su padre, y mamá le había enseñado el Pájaro. Durante mucho tiempo, Trevor había pensado que el Pájaro era una especie de signo de la paz —quizá quisiera decir que te gustaba Charlie Parker—, y se lo había estado haciendo a todo el mundo hasta que mamá se lo explicó).

Pero Trevor no podía culpar ni siquiera al Diablo por querer vivir allí. Le parecía el sitio más bonito que había visto nunca.

Ya conducían por el centro del pueblo. Los edificios parecían viejos, pero no asustaban como los de Nueva Orleans. La mayoría era de madera, lo que les daba un aspecto blando, amistoso. Vio un viejo surtidor de gasolina y una valla hecha de ruedas de carro. Al otro lado de la calle, mamá vio a un grupo de adolescentes con vaqueros rotos. Uno de ellos, un chico, se echó atrás una exuberante melena. Los chicos se detuvieron en la acera un momento antes de entrar en la tienda de discos, y mamá se los señaló a papá.

—Ahí tiene que haber alguna clase de escenario. Podríamos parar un poco.

Papá frunció el ceño.

—Esto es Mierdaburgo. Odio estos poblachos sureños. Llegas, y a los tres días todo el mundo sabe de dónde vienes, en qué trabajas y con quién te acuestas. —Acarició el volante, para acto seguido aferrarlo de forma convulsa—. Podríamos seguir hasta Nueva York.

—¡No, Bobby! —Mamá le puso una mano en el hombro. Los rayos de sol se reflejaron en sus anillos de plata—. Sabes que el coche no aguantaría, y no vamos a quedarnos tirados quién sabe dónde. No me apetece hacer autoestop con los niños.

—¿No? ¿Prefieres quedarte tirada aquí? —Papá apartó la mirada de la carretera para mirar a mamá desde detrás de las gafas de sol que ocultaban sus ojos de color azul claro, como los de Trevor. Didi tenía los ojos de su madre, enormes y casi negros

—. ¿Y qué vamos a hacer aquí, Rosena? ¿Qué? ¿Qué voy a hacer yo aquí?

—Lo mismo que en cualquier otro sitio: dibujar. —No miraba a papá. Aún tenía la mano sobre su hombro, pero había girado la cabeza hacia la ventana y contemplaba Missing Mile—. Encontraremos un lugar en alquiler y yo buscaré un trabajo. Tú te puedes quedar en casa con los chicos; no habrá ningún sitio en el que emborracharse, y podrás volver a dibujar tus tebeos.

En otro momento, Trev hubiera saltado en apoyo de su madre, quizá incluso hubiera intentado ganarse a Didi para la causa. Quería quedarse allí. Con solo ver el lugar se sentía relajado, no agobiado y temeroso, como le había sucedido en Nueva Orleans, y en ocasiones en Texas. Estaba claro que su madre también estaba feliz, al menos tanto como podía parecerlo últimamente.

Pero sabía que no debía interrumpir a sus padres mientras «discutían». Miró por la ventana y deseó con todas sus fuerzas que se detuvieran. Si al menos mamá necesitara tabaco, o si Didi tuviera que hacer pis, o algo... Su hermano jugaba con los dobladillos de sus pantalones cortos, soñador; ni siquiera veía el pueblo. Trev le tocó en el hombro.

—Didi —susurró con la boca pequeña—, ¿tienes ganas de hacer pis?

—Ajá —respondió Didi solemne, demasiado alto—. La otra vez me hice pis.

Papá golpeó el volante.

—¡Maldita sea, Trevor, no tenemos bastante con su vejiga floja! ¿Sabes lo que significa tener que parar cada hora? Significa que hay que volver a arrancar el coche, y eso gasta gasolina. Y la gasolina cuesta dinero. Así que elige, Trev: ¿quieres pararte a mear, o quieres cenar esta noche?

—Cenar esta noche —dijo Trev. Sentía cómo las lágrimas comenzaban a aflorar. Pero sabía que, si lloraba, papá seguiría metiéndose con él. No siempre lo había tratado así, pero ahora sí. Si se enfrentaba a su padre y le respondía, aunque fuera para rendirse, papá podría sentirse avergonzado y dejarlo en paz.

—Bueno, pues entonces deja en paz a Didi. —Papá aceleró el coche. Trevor podía ver que odiaba el pueblo tanto como les gustaba a mamá y a él. Didi, como siempre, estaba perdido por el espacio.

Papá no se detuvo a propósito, ni por alguna razón. Trevor sabía que el coche no tardaría en romperse; al menos es lo que decía mamá. Si eso era cierto, deseaba que se rompiera allí. Creía que un lugar así sería bueno para su padre, si le diera una oportunidad.

—¡Mierda puta! —Papá se peleaba con la palanca de cambios, golpeándola con el talón de la mano. Algo en las tripas del coche explotó y se estremeció de forma horrible; entonces comenzó a salir del capó un humo negro y grasiento. El coche se detuvo en el arcén cubierto de hierba.

Trevor se encontró de nuevo al borde del llanto. ¿Y si su padre descubría que había estado deseando que el coche se estropeará en ese mismo momento? ¿Qué haría? Trevor miró hacia abajo y se dio cuenta de que tenía las manos cerradas en

puños y apretadas contra las rodillas de sus vaqueros. Abrió con cautela una mano, después la otra. Las uñas le habían marcado medias lunas dolorosas y rojizas en las palmas suaves.

Papá abrió de un golpe la puerta del Rambler y salió. Ya habían superado el centro y ahora la carretera estaba flanqueada por terrenos agrícolas, verdes y de olor húmedo. Trevor vio algunas vides retorcidas coloreadas con diminutas flores púrpura que olían a refresco de uva. Llevaban kilómetros viendo esas plantas. Mamá las llamaba «kudzú», y decía que solo florecía cada siete años. Papá resopló y dijo que era un parásito de mierda que destruía los cultivos y que no moría ni quemándolo con gasolina.

Papá se alejó del coche y se dirigió a un grupo de árboles, no muy lejos de la carretera. Se detuvo y se quedó dando la espalda al Rambler, con los puños cerrados. Aun desde esa distancia, Trevor podía verlo temblar. Mamá dijo que papá era un manojo de nervios, y que no volvería a hacerle café porque lo alteraba demasiado. Pero a veces papá se ponía más que nervioso. Cuando eso ocurría, Trevor podía sentir cómo emanaba de su padre una furia ciega, roja, más ardiente que el motor del coche, una ira que no sabía de palabras como «esposa» o «hijos».

Era porque papá ya no podía dibujar. ¿Pero por qué era eso? ¿Cómo podía desaparecer de repente algo que habías tenido toda tu vida, aquello que más te gustaba hacer?

La puerta de mamá se abrió. Cuando Trevor alzó la mirada, ya había sacado las piernas del coche y lo miraba por encima del asiento.

—Vigila a Didi unos minutos, por favor —le dijo—. Lee algo con él, si puedes.

La puerta se cerró y su madre se dirigió hacia la figura tensa y trémula de papá.

Trevor vio cómo se encontraban, vio cómo mamá abrazaba a papá desde atrás. Sabía que las manos amables y frías de su madre le estarían acariciando el pecho, que le estaría susurrando palabras calmantes sin sentido con su suave voz sureña, como hacía con él y con Didi cuando se despertaban con pesadillas. Su mente tomó una fotografía fija de sus padres juntos, bajo los árboles, una imagen que recordaría durante mucho tiempo: su padre, Robert Fredric McGee, un hombre pequeño, de rasgos afilados, con gafas de sol negras plegables y una greña pelirroja de punta: su madre, Rosena Parks McGee, una mujer delgada vestida tan recatadamente como permitía la moda de la época, con unos vaqueros desteñidos y bordados y una amplia camisa india de color verde, con pequeños espejos en el cuello y las mangas. Llevaba el pelo retorcido en una trenza que le llegaba a la mitad de la espalda, como un grueso cable salpicado de trigo y de maíz y del dorado del otoño.

El pelo de Trevor era del mismo color que el de su padre. El de Didi era del rubio más sedoso y pálido, el color de los cabellos más claros de mamá, aunque esta decía que Trevor había tenido el mismo color, y que el pelo de Didi probablemente se oscurecería hacia el pelirrojo para cuando tuviera la edad de su hermano.

Trevor se preguntó si su madre estaría allí apaciguando a su padre,

convenciéndolo de que no importaba que el coche se hubiera roto, de que aquel era un buen lugar para quedarse. Eso esperaba. Entonces tomó la lectura que tenía más a mano, un tebeo de Robert Crumb, y se acercó a su hermano en el asiento. Didi no comprendía todas las cosas que sucedían en esas historias (y Trevor tampoco, ya puestos), pero a los dos chicos les encantaban los dibujos, y encontraban preciosísimas las chicas de enorme trasero.

Allá en Texas, papá bromeaba diciendo que mamá tenía un clásico trasero Crumb, y mamá lo atacaba con el cojín del sofá. En casa tenían un enorme y cómodo sofá verde. A veces, Trevor y Didi se unían a las guerras de cojines. Si los dos mayores estaban muy colocados, acababan riendo tan fuerte que se quedaban sin aliento, y entonces los pequeños tenían posibilidades de vencer.

Papá ya no hacía chistes acerca del trasero de mamá. Incluso había dejado de leer los tebeos de Robert Crumb, que había regalado a Trevor. Y Trev era incapaz de recordar la última guerra de cojines.

Bajó la ventanilla para dejar entrar aquel aire con olor a verde. Aunque quedaban restos del olor a motor quemado, era más fresco que el del interior del coche, que estaba teñido de humo, de leche agria y del último accidente de Didi. Entonces comenzó a leer el tebeo en alto, señalando cada palabra a medida que la pronunciaba para que su hermano pudiera seguirlo. Didi seguía intentando ver qué hacían sus padres. Trevor vio por el rabillo del ojo que papá se había alejado de mamá y que caminaba a grandes zancadas hacia la autopista, alejándose del coche, alejándose del pueblo. Mamá se apresuraba tras él, aunque sin correr. Trevor tiró de Didi para obligarlo a no mirar, para que se concentrara en las palabras y en los dibujos, en las historias que formaban.

Después de algunas viñetas era sencillo: el tebeo trataba acerca de *Mr. Natural*, su personaje favorito de Crumb. Le confortaba la visión de aquel astuto y viejo sabio-hippy, le hacía olvidar el enfado de papá y el dolor de mamá, le hacía olvidar que estaba leyendo para Didi. La historia lo transportó.

Además, sabía que volverían. Siempre lo hacían. Tus padres no podían largarse y abandonarte en el asiento trasero, no cuando quedaba tan poco para que oscureciera, no cuando estabas en un lugar extraño sin nada que comer, sin un sitio donde dormir, y contando sólo cinco años.

¿No?

Ya se encontraban bastante lejos y eran pequeñas formas gesticulantes en la distancia. Pero Trevor alcanzaba a ver que habían dejado de andar, que simplemente estaban allí. Discutían, sí. Se gritaban, probablemente. Puede que lloraran. Pero ya no se alejaban.

Trevor devolvió la vista a la página y siguió con la historia.

Resultó que no podían ir a ninguna parte. Papá llamó a un mecánico, un joven enjuto

e inmensamente alto que parecía casi adolescente, con una cara tan larga, pálida y amable como la del Hombre de la Luna. Sobre su mono grasiento alguien había bordado, con hilo naranja brillante, el improbable nombre de «Kinsey».

Kinsey dijo que el Rambler había perdido un pistón que probablemente llevaba a punto de casarse desde Nueva Orleans, y que salvo que estuvieran dispuestos a gastarse unos cuantos cientos de pavos en aquel viejo motor, más les valía sacar el coche de la carretera y alegrarse de que se hubiera roto tan cerca de una población. Después de todo, señaló Kinsey, podrían tener que pasar allí una buena temporada.

Papá lo ayudó a empujar el coche unos cuantos metros, de modo que quedara totalmente fuera de la calzada. El cuerpo pandeó sobre sus ruedas, turquesa sobre la tira polvorienta de color cromo que recorría el lateral, de un blanco sucio por debajo. Trevor pensó que el Rambler ya le parecía muerto. Papá estaba muy pálido, casi azulado, perlado de un sudor de aspecto grasiento. Cuando se quitó las gafas de sol, pudo ver sombras púrpuras en sus ojos.

—¿Cuánto te debo? —preguntó. Era evidente por su voz que le aterraba la respuesta.

Kinsey miró a Trevor, a mamá y a Didi, acurrucado en brazos de esta, miró sus ropas y sus pertenencias empacadas en el asiento trasero, las bolsas de mulotón que sobresalían de la cubierta atada del maletero, los tres colchones cargados sobre la capota. Sus rápidos ojos azules, tan brillantes como pálidos eran los de Trevor y su padre, parecieron comprender la situación de inmediato.

—¿Por salir? Nada. Mi tiempo no vale tanto, créame.

Agachó un poco la cabeza para mirar a papá a la cara. Trevor pensó de repente en una jirafa curiosa.

—¿No... no lo conozco? No será usted... No... ¿No será usted Robert McGee? ¿«El dibujante que voló la tapa de los sesos del underground americano», en palabras del mismísimo San Crumb? No, imposible. Estamos en Missing Mile, qué idiota soy. Lo siento.

Ya se estaba girando, y papá no tenía intención de decir nada. Trevor no podía soportarlo. Quería correr hacia el hombre alto y gritarle a su cara amable y curiosa: «¡Sí, es él, es Robert McGee, y además de ser todas las cosas que has dicho, ES MI PAPÁ!». En ese momento, Trevor creía poder explotar del orgullo que sentía por su padre.

Pero mamá lo sujetó del brazo, echándolo hacia atrás. Una larga uña lacada le dio unos golpecitos de advertencia en el antebrazo. «Sh», le oyó decir muy bajo.

Y papá, Robert McGee, Bobby McGee, creador del alocado, enfermizo y hermoso tebeo Birdland, cuya obra había aparecido junto a la de Crumb y Shelton en Zap!, en el Free Press de Los Ángeles, en el East Village Other y en todas las publicaciones intermedias, por todo el país; que había recibido y rechazado ofertas del mismo Hollywood al que una vez había dibujado como una gigantesca garrapata ahíta de sangre, aún aferrada al cadáver putrefacto de un perro llamado Arte; que en

sus tiempos había tenido una mano firme y una visión pura, mordaz...

Papá sólo negó con la cabeza y apartó la mirada.

Justo tras pasar el centro de Missing Mile, una carretera se bifurca hacia la izquierda desde Firehouse Street y se aleja hacia el campo cubierto de maleza. Esos campos son casi yermos, estériles, en opinión de la mayoría debido a la sobreexplotación y la ausencia de barbechos. Solo los más viejos del lugar insisten en que los campos están malditos, y que en tiempos fueron cubiertos de sal. La tierra buena está al otro lado del pueblo, el que da a Corinth, donde están la estación de tren abandonada y el bosque cerrado. Firehouse Street se encuentra con la Estatal 42. La carretera que se dirige hacia la izquierda pronto se convierte en gravilla, luego en polvo. Esta es la zona más pobre de Missing Mile, el lugar llamado Violin Road.

Ahí, los mejores sitios para vivir son las granjas decrepitas, lugares grandes y olvidados, con altos techos y salas enormes y frías. En su mayoría fueron abandonadas o vendidas años ha, cuando las cosechas se echaron a perder. Un paso por debajo de estas granjas están las caravanas de aluminio y las cabañas embreadas, cuyos patios sucios están cuajados de juguetes rotos, cadáveres oxidados de vehículos y otra basura, y sus perímetros protegidos de forma negligente por perros somnolientos.

Allí solo las cosas salvajes son saludables, como los viejos árboles cuyas raíces hallan sustento muy por debajo de la tierra malograda, o los rosales convertidos en marañas verdes de espinos, o el imparable kudzú. Es como si hubieran decidido reclamar la tierra como propia.

A Trevor le encantaba. Allí fue donde descubrió que sabía dibujar, aunque su padre ahora fuera incapaz.

Mamá habló con un agente inmobiliario del pueblo y comprobó que podían permitirse el alquiler de una de las granjas abandonadas durante un mes. Para entonces, decía, encontraría un trabajo en Missing Mile y papá habría vuelto a dibujar. Y sí, pocos días después de llevar sus cosas a la casa, una tienda de ropa contrató a mamá como vendedora. El trabajo no era divertido (no podía ir en vaqueros, lo que no le dejaba más opciones que una falda con estampaciones indias y una blusa, o un traje de retales), pero comía en la cafetería del pueblo y a veces se tomaba un café después de su turno. Pronto conoció a algunos de los chicos a los que había visto entrar en la tienda de discos, y a otros como ellos.

Si podía conducir hasta Raleigh o Chapel Hill, le decían a mamá, podía sacarse un dinero posando para las clases de arte de la universidad. Mamá habló con Kinsey, el del taller, y logró negociar un plan de pagos. Una semana más tarde, el Rambler tenía un flamante motor nuevo y mamá pudo dejar la tienda y conducir hasta Raleigh varias veces a la semana.

Papá instaló sus cosas en un diminuto cuarto en la parte trasera: la sucia

confusión de tintas y pinceles y la mesa de dibujo, el único mobiliario que habían traído de Austin. Se metía allí y cerraba la puerta todas las mañanas, cuando mamá se iba, y allí pasaba la mayor parte del día. Trevor no tenía ni idea de si dibujaba o no.

Pero Trevor sí que dibujaba. Había encontrado un viejo cuaderno de bocetos de su padre cuando mamá desembaló las cosas del coche. La mayoría de las páginas estaban arrancadas, pero aún quedaban algunas en blanco. Durante el día, Trevor solía sacar a Didi a jugar fuera; mamá le había asegurado que el Paseo del Diablo estaba a más de sesenta kilómetros, de modo que no tenían que preocuparse por ningún demonio meditabundo.

Cuando Didi dormía, algo que parecía hacer con mayor frecuencia en aquellos días, Trevor vagaba por la casa mirando los tableros desnudos del suelo y las paredes manchadas de agua, preguntándose si alguien había querido alguna vez a esa casa. Una tarde se encontró en la oscura y destartada cocina, encaramado a una de las precarias sillas que venían con la casa, con un rotulador en la mano y el cuaderno ante él. No tenía ni idea de lo que iba a dibujar. Apenas había pensado nunca en la posibilidad de dibujar, eso era lo que hacía papá. Recordaba haber hecho rayajos con cera en el periódico cuando tenía la edad de Didi, dibujando grandes cabezas redondas, brazos como palos y piernas que surgían de ellos, al estilo de los niños pequeños. Este círculo con cinco puntos es mamá, este es papá, este soy yo. Pero hacía por lo menos un año que no había cogido una pintura. Por lo menos desde que papá dejó de dibujar.

Una vez su padre le había dicho que el truco estaba en no pensar en ello, al menos no en el cuaderno. Solo tenías que encontrar la senda entre tu mano, tu corazón y tu cerebro, y ver qué salía. Trevor quitó la tapa al rotulador y apoyó la punta sobre la página inmaculada, aunque algo amarillenta. La tinta comenzó a sangrar sobre el papel, formando un pequeño punto creciente, un diminuto sol negro en un vacío pálido. Entonces, poco a poco, su mano comenzó a moverse.

No tardó en descubrir que estaba dibujando a Sammy el Esquelético, un personaje del tebeo de papá, Birdland. Sammy estaba formado por líneas rectas y puntas, era fácil de dibujar. La cara medio risueña, medio desesperada, el largo abrigo negro que colgaba de sus hombros como un par de alas rotas, las manos arácnidas y las piernas largas y delgadas, el bulto exagerado de las rodillas bajo los pantalones negros, como tubos de una estufa... Todo comenzó a cobrar forma.

Trevor se echó hacia atrás y contempló el dibujo. Estaba muy lejos de ser tan bueno como el Sammy de papá, por supuesto. Las líneas no eran rectas, la tinta había dejado muchas manchas. Pero tampoco era un círculo con cinco puntos. Se lo podía reconocer al instante como Sammy el Esquelético.

Al menos papá lo reconoció en cuanto entró en la cocina.

Se inclinó sobre el hombro de Trevor un largo rato, mirando el dibujo. Tenía una mano apoyada levemente sobre la espalda de su hijo; la otra daba golpecitos nerviosos en la mesa, con dedos largos y delgados como las tenues venas color

lavanda de Sammy, visibles bajo la piel pálida, con el anillo de boda de plata demasiado suelto en el dedo corazón. Por un momento, Trevor temió que su padre le arrancara el dibujo, todo el cuaderno; se sentía como si lo hubieran pescado haciendo algo inapropiado.

Pero su padre se limitó a darle un beso en la coronilla.

—Menudo tiparraco has dibujado —susurró al pelo pelirrojo de su hijo. Después abandonó la cocina en silencio, como un fantasma, sin llevarse la cerveza, o el vaso de agua, o lo que fuera a por lo que había venido, dejando a su hijo mayor en parte enaltecido, en parte temeroso, misteriosamente avergonzado.

Los dedos de la mano izquierda de Sammy, cuidadosamente dibujados, estaban emborronados. Había una gota de humedad en la página, sangrando y diluyendo la tinta. Trevor tocó la gota y se llevó el dedo a los labios. Salada. Una lágrima.

¿De su padre, o suya?

Lo peor sucedió la semana siguiente. Resultó que papá sí que había estado dibujando en su pequeño y atestado estudio. Por fin había terminado una historia, de solo una página, y la había enviado a uno de sus periódicos. Trevor no recordaba si era el Barb o el Freep, o quizá uno de los otros. A veces los confundía.

El periódico rechazó la historia. Papá leyó la carta en voz alta con una voz hueca y burlesca. Había sido una decisión difícil, decía el editor, considerando su reputación y el potencial de ventas de su nombre. Sin embargo, no tenía la sensación de que la historia se acercara a la calidad de la anterior obra de papá, y había pensado que su publicación sería negativa tanto para el periódico como para la carrera de papá.

Era el modo más amable que el editor había encontrado para decir: «este tebeo es una puta mierda».

Al día siguiente, papá se acercó al pueblo y llamó al editor de Birdland. Las historietas del cuarto número ya llevaban casi un año de retraso. Papá le contó que no habría más historias, ni ahora ni nunca. Después colgó el teléfono y se dio un paseo de casi kilómetro y medio hasta la licorería. Para cuando llegó a casa, ya le había quitado el precinto a una botella de bourbon.

Mamá cada vez se quedaba hasta más tarde en la ciudad después de su trabajo posando: una noche se tomaba algo con las otras modelos, otra se iba al apartamento de alguien a colocarse. A papá no le gustaba eso, incluso se negó a fumarse el porro que le trajo ella como regalo de sus amigos. Mamá le dijo que querían conocerlo a él y a los niños, pero papá le dijo que no los invitara.

Un día, Trevor había ido con su madre a Raleigh. Se llevó su cuaderno y se sentó en una esquina del enorme estudio, que olía a disolvente y a polvo de carboncillo. Mamá se sentaba garbosamente desnuda sobre un podio de madera en el frente de la sala, bromeando con los estudiantes cuando hacían un descanso. Algunos se reían de él, inclinado sobre su cuaderno tan callado y serio. Las risas se apagaban cuando

veían las caricaturas que les había hecho durante la clase: la chica de pelo ahilado cuyas gafas de abuela le pinzaban la nariz picuda como una herramienta de tortura; el muchacho de ojos caídos cuya barba desigual se metía por su jersey de cuello alto porque no tenía barbilla.

Pero aquel día Trevor se había quedado en casa. Su padre se había pasado toda la noche sentado en el salón, tirado en una mecedora desvencijada que venía con la casa, sus pies tatuando un ritmo incomprensible sobre el suelo deforme. Había enchufado el tocadiscos y ponía un disco detrás de otro, cualquier cosa que tuviera a mano: Sarah Vaughan, Country Joe y los Fish, frenética música de band de los años 20 que sonaba a lo que bailarían un esqueleto... Todo tenía cabida en aquel interminable y agónico alarido musical. Por encima de todo, Trevor recordaba a papá buscando obsesivamente los discos de Charlie Parker: Bird con Miles, Bird en la 52nd, Bird en Birdland. Los encontró, y metió uno violentamente en el tocadiscos. El saxofón comenzó a trazar espirales alrededor de la vieja casa, dio con las grietas en las paredes y escapó dando vueltas a la noche, un sonido exaltado, terriblemente triste pero en cierto modo libre. Libre como un pájaro en Birdland.

Papá agarró la botella y comenzó a beber bourbon directamente de ella. Un momento después dejó escapar un largo y húmedo eructo desgranado. Trevor se levantó de la esquina en la que había estado sentado, sin perder de vista la posible llegada de los faros de mamá, y se acercó a la puerta de la habitación. No quería que su padre se pusiera enfermo. Ya lo había visto antes y él mismo había estado a punto de ponerse enfermo, no tanto por la visión del vómito aguado y hebroso del *whisky* como por la desesperanza y la vergüenza de su padre.

Su pie tropezó en un trozo suelto de madera, que comenzó a rodar por el suelo. Unos días atrás papá había estado haciendo reparaciones por la casa, clavando un tablón en la pared que había comenzado a combarse. Los largos clavos plateados y un martillo seguían tirados por el vestíbulo. Trevor comenzó a recoger los clavos, pensando que Didi podría clavarse uno, pero se detuvo. Didi era lo bastante listo como para no pasear descalzo por la casa, con todas las astillas que había por el suelo. Igual su padre necesitaría las puntas. Puede que aún terminara las reparaciones.

Al oír el sonido de los clavos entrechocando, su padre levantó la mirada de la botella. Sus ojos se concentraron en Trevor, dejándolo paralizado en el sitio.

—Trev, ¿qué estás haciendo?

—Me voy a la cama.

—Muy bien. Te haré el zumo. —Mamá solía llevarles un zumo de frutas a la hora de acostarse, si es que tenían en casa. Papá se levantó y pasó dando tumbos a su lado hasta la cocina, apoyándose en el marco de la puerta. Trevor oyó cómo se abría el frigorífico, cómo entrechocaban las botellas. Papá volvió y le dio un vaso de zumo de uva. Algunas gotas se derramaron por un lado y cayeron sobre los dedos de Trevor, que se llevó la mano a la boca para lamerlas. El zumo de uva era su favorito porque tenía un interesante regusto agrio, casi salado. Pero en ese zumo había una amargura

adicional, como si se hubiera empezado a estropear.

Debió de hacer una mueca, porque su padre se quedó mirándolo.

—¿Pasa algo?

Trevor negó con la cabeza.

—¿Te lo piensas beber o qué?

Trevor se llevó el vaso a los labios y se bebió la mitad, tomó aliento y se lo acabó. El sabor amargo temblaba en su lengua, se aferraba al fondo de su garganta.

—Pues a la cama. —Papá extendió los brazos y se acercó a él. Olía a licor pungente, a sudor viejo, a ropa sucia. No obstante Trevor devolvió el abrazo. Cuando su sien tocó la de su padre, un terror abyecto lo inundó, aunque no sabía por qué. Se aferró a los hombros de su padre, trató de rodearle el cuello.

Pero, después de un momento, papá lo alejó con delicadeza.

Trevor recorrió el pasillo, observando el dormitorio a oscuras de Didi. A veces su hermano se asustaba por la noche; pero se había dormido, a pesar del volumen molesto de la música, con la cara enterrada en la almohada. La pálida luz procedente del pasillo proyectaba un halo sobre su pelo claro. Cuando estaban en Austin, los dos hermanos habían compartido cuarto; esta era la primera vez que dormían separados. Trevor echaba de menos el despertarse con el sonido débil de la respiración de Didi, el olor de los polvos de talco y los caramelos cuando Didi se metía en la cama con él. Por un momento pensó que aquella noche podía dormir con Didi, que podía rodearlo con los brazos y que así no tendría que dormir solo.

Pero no quería despertarlo. Papá le daba mucho miedo, así que se dirigió hacia su propia habitación, recorriendo la pared con la mano. Los viejos tablones estaban húmedos, ligeramente pegajosos. Se limpió los dedos en la camiseta.

Su dormitorio estaba casi tan desnudo como el de Didi. No habían podido traerse ningún mueble desde Austin, y solo unos pocos juguetes. El colchón descansaba directamente sobre el suelo con una manta arrugada encima. Había clavado a las paredes algunos de sus dibujos, aunque no el de Sammy el Esquelético, y no había intentado dibujar a ningún otro de los personajes de papá. Había más láminas tiradas por el suelo, junto a los tebeos que había conseguido de su padre. Tomó un libro de los Fabulous Furry Freak Brothers, pensando que podría leer en la cama. Los chistes de aquellos agradables patanes le podían hacer olvidar a papá tirado en la silla, intentando ahogar en *whisky* su dolor.

Pero estaba demasiado cansado, sus ojos ya se cerraban. Apagó la lamparita y se metió debajo de la manta. Los contornos familiares del colchón lo acunaron como una mano que le diera la bienvenida. Desde el salón le llegaba Charlie Parker recorriendo una resplandeciente escala descendente. «Birdland», pensó de nuevo. Aquel era el lugar en el que podías obrar magia, donde nadie más podía tocarte. Podía ser un lugar real del mundo; podía ser un lugar muy dentro de ti. Ahora, papá solo era capaz de alcanzar su Birdland bebiendo. Trevor había comenzado a pensar que su propio Birdland podría ser el rotulador moviéndose por el papel, el peso del cuaderno

en sus manos, la creación de mundos a partir de la tinta, el sudor y el amor.

Durmió, y la música se tejió inquietante en sus sueños, entrando y saliendo. Oyó a Janis Joplin cantar Me and Bobby McGee, y recordó de repente que la cantante había muerto el año pasado. Cosa de drogas, le había dicho su madre, cuidándose de explicarle que las drogas que había estado tomando Janis eran mucho peores que el porro que ella y su padre se fumaban de vez en cuando. Le llegó la imagen de papá paseando de la mano con una chica más baja y mucho más redondeada que mamá, una chica con plumas brillantes en el pelo. La muchacha se volvió hacia papá, y Trevor vio que su rostro era una masa púrpura e hinchada de carne, los huecos de sus ojos negros e insondables detrás de unas grandes gafas redondas, sus rasgos destrozados divididos por la semblanza de una sonrisa mientras se inclinaba para darle a su padre un profundo beso espiritual.

Y su padre devolvió el beso.

Lo despertó el sol que brillaba a través de las ventanas sucias, haciéndole cosquillas en los ojos. Le dolía un poco la cabeza, y sentía un gran peso en el cuello. Se giró, se estiró y miró alrededor de la habitación, saludando en silencio a sus dibujos. Había uno de la casa, uno de mamá con Didi, otra serie entera que, estaba seguro, se convertiría en un tebeo. Sabía que nunca podría dibujar el hábil y chabacano mundo de Birdland como había hecho su padre, pero podía crear el suyo propio. Tenía que acostumbrarse a dibujar más pequeño, para que le cupieran las letras.

Con la cabeza algo lenta, pero llena de ideas, se levantó del colchón, abrió la puerta de su habitación y se acercó a la cocina por el pasillo.

Vio la sangre en las paredes antes que a su madre.

Sabría por el informe de la autopsia, que no leería hasta muchos años después, que papá la había atacado cerca de la puerta principal, que debían de haber discutido, que había habido lucha y que la había empujado hacia el pasillo antes de matarla. De ahí había cogido el martillo.

Mamá estaba desplomada en el umbral que comunicaba el salón con el pasillo. Su cabeza descansaba contra el marco, repantigada sobre la fragilidad del cuello. Los ojos estaban abiertos, y a medida que Trevor rodeaba el cuerpo, parecían permanecer fijos en él. Durante un segundo terrible pensó que seguía viva, pero entonces vio que los ojos estaban vidriosos, cubiertos por una película de sangre.

Los brazos eran una masa contusa y sanguinolenta, los anillos de plata resplandecían en las ruinas que eran sus manos. (Siete dedos rotos, decía la autopsia, junto con la mayoría de los huesecillos de las palmas, ya que levantó las manos para protegerse de los golpes del martillo). Tenía una herida profunda en la sien izquierda, otra en la frente. El pelo estaba suelto y caía sobre los hombros, apelmazado por la sangre. Un fluido claro se había derramado de las heridas de la cabeza y se había secado sobre su rostro, dejando surcos plateados en la máscara rojiza.

Y, en la pared sobre ella, una confusión de huellas de manos ensangrentadas trazando un curso descendente.

Trevor se giró y corrió por el pasillo hacia el cuarto de su hermano. No se había dado cuenta de que su vejiga había cedido, ni de que la orina caliente le empapaba las piernas. No oía el sonido que producía su garganta, un gemido largo y agudo.

La puerta del dormitorio de Didi estaba cerrada. Trevor no la había cerrado al ver a su hermano la noche pasada. En lo alto de la puerta había una pequeña mancha de sangre, apenas perceptible. Le dijo cuanto necesitaba saber, no obstante entró.

El cuarto estaba inundado por el olor de la sangre y las heces. Los dos juntos eran espesos, casi dulces. Se acercó a la cama. Didi estaba en la misma posición en que lo había dejado la noche pasada, con la cabeza enterrada en la almohada y una manita cerrada en un puño cerca de la boca. La coronilla del pequeño era como una ciénaga, un puré oscuro de hueso fracturado y una masa coagulada, espesa. En algún momento de la noche, ya fuera por el calor o por los espasmos de la muerte, Didi se había quitado la manta de encima. Trevor vio la mancha marrón oscura entre las piernas. De ahí procedía el olor.

Levantó la manta y cubrió con ella a su hermano, la mancha, la cabeza despedazada, la insoportable mano enrizada. La manta se aposentó sobre la pequeña forma inmóvil. Allá donde cubrió la cabeza apareció una mancha roja.

Tenía que encontrar a papá. Su mente se aferraba a la diminuta y resplandeciente esperanza de que no fuera él quien había hecho aquello, de que alguna clase de loco hubiera entrado en su casa y hubiera matado a mamá y a Didi, dejándolo vivo a él por algún motivo; de que su padre aún siguiera vivo.

Salió a trompicones de la habitación de Didi, recorrió el pasillo tanteando la pared y se dirigió directamente al baño.

Allí fue donde lo encontraron horas después los amigos de su madre, cuando se acercaron a ver por qué no se había presentado en clase aquel día. Era tan fiable que se habían sentido preocupados de inmediato. La puerta principal no estaba cerrada con llave. Vieron primero el cuerpo de su madre, y casi habían llegado a la histeria cuando alguien oyó el lamento agudo, átono.

Encontraron a Trevor en el pequeño espacio entre el inodoro y el viejo lavabo de porcelana, enroscado como un feto, con los ojos clavados en el cadáver de su padre. Bobby McGee colgaba de la barra de la cortina de la ducha. Era de las antiguas, atornillada a la pared, y había soportado el peso toda la noche y todo el día siguiente. El cuerpo estaba desnudo. Su pene colgaba blando y seco como una hoja podrida; para él no había habido orgasmo de la muerte. Su cuerpo era flaco hasta la emaciación, luminosamente pálido, sus manos y pies grávidos por la sangre, su rostro tumefacto hasta la ausencia de rasgos, salvo por los ojos, prácticamente fuera de las órbitas. El tosco cáñamo le había hecho un profundo corte en el cuello. Sus manos y su cuerpo seguían manchados con la sangre de su familia.

Cuando alguien lo levantó y lo sacó, aún enroscado hasta formar la bola más

pequeña posible, Trevor tuvo el primer pensamiento coherente en varias horas, y el último que tendría durante muchos días.

No tendría que haberse preocupado por acabar por accidente en el Paseo del Diablo.

El Paseo del Diablo había venido a por él.

Del Weekly Eye de Corinth, 16 de junio de 1972

Por Denny Marsten, redactor

MISSING MILE — Una horrible tragedia ha tenido lugar junto a nuestras mismas puertas. Prácticamente nadie sabía que el famoso dibujante underground Robert McGee vivía en Carolina del Norte hasta que golpeó a dos miembros de su familia hasta la muerte, suicidándose después en una casa alquilada en las afueras de Missing Mile.

McGee, que había residido en Austin, tenía 35 años. Su obra ha aparecido en periódicos estudiantiles y contraculturales de todo el país, y era el creador del controvertido tebeo para adultos Birdland. Las otras víctimas son su esposa, Rosena McGee, de 29 años, y su hijo Fredric McGee, de 3. Los sobrevive otro hijo, de nombre y edad desconocidos.

«Creemos que puede haber drogas de por medio. Es lo habitual con esta clase de gente», comentó un policía estatal en el lugar de los hechos. Otro señaló que aquel era el primer asesinato múltiple en Missing Mile desde 1958, cuando un hombre disparó a su mujer y a sus tres hermanos hasta matarlos.

Kinsey Hummingbird, de Missing Mile, reparó el coche de los McGee pocas semanas antes de los asesinatos. «No vi nada raro en ellos», dijo Hummingbird. «Y de ser así, no es asunto de nadie. Solo los McGee sabrán lo que sucedió en aquella casa».

Y añadió: «Robert McGee era un gran artista. Espero que alguien se haga cargo del pobre chico».

Nadie ha hecho especulaciones acerca de por qué McGee dejó vivo a su hijo mayor. El niño está en custodia del estado, y se le buscará un orfanato o un hogar de adopción de no encontrarse a ningún familiar.

Capítulo uno

Mientras caminaba hacia el trabajo cada tarde, Kinsey Hummingbird tenía tiempo para pensar en muchas cosas. Podía tratarse de asuntos filosóficos (la física cuántica, la función del Arte en el universo) o prosaicos (¿qué clase de persona perdería el tiempo en escribir «Robin folla» en una acera recién cementada? ¿Creía de verdad que la leyenda era lo bastante importante como para preservarla en hormigón a lo largo de las edades?), pero nunca aburridos. Era muy raro que Kinsey se aburriera.

El paseo desde su casa hasta el centro de Missing Mile era sencillo. Kinsey se lo pateaba dos veces al día prácticamente todos los días de su vida, y solo lo hacía en coche cuando tenía que llevar algo muy pesado: una cacerola de sopa casera con judías, por ejemplo, o un amplificador estropeado. El paseo lo llevaba por un retal de parcelas que cambiaban a cada estación. Arado, oscuro y rico en invierno; manchado por el más pálido de los verdes en primavera; resplandeciente con el tabaco, las calabazas y otros cultivos verdes en el cálido verano de Carolina, hasta la cosecha. Lo conducía por un paisaje feérico de kudzú, ese yerbajo exuberante que había tomado una colina entera y había transformado sus árboles en verdes y fantasmales espiras y torres. Lo llevaba por los raíles en desuso entre cuyas traviesas crecían las malas hierbas, y en las que al menos una vez al mes se las arreglaba para torcerse un dedo o un tobillo. Lo llevaba por el falso extremo de Firehouse Street hasta el centro.

Missing Mile no era una localidad grande, pero sí lo bastante como para disponer de una zona deprimida. Kinsey la recorría todos los días apreciando su silencio, la vaga extrañeza que provocaban las ventanas y escaparates clausurados. Algunas de las tiendas vacías aún mostraban carteles de liquidación. El mejor de todos, el que siempre le sacaba una sonrisa, proclamaba en enormes letras rojas: «¡No se pierda la locura navideña!». Las tiendas que no estaban cerradas y clausuradas estaban llenas de polvo y telarañas, con el perchero o el torso de un maniquí ocasionales en eterna guardia sin sentido.

Una lluviosa tarde de sábado, Kinsey caminaba hacia el pueblo como siempre. Llevaba un sombrero de paja con una pluma rota en la banda, y una gabardina larga colgada de sus hombros enjutos. Su aspecto era el de un amistoso espantapájaros, y sus andares encorvados no ayudaban a ocultar que medía alrededor del metro noventa. Su edad era difícil de precisar (algunos de los chicos aseguraban que Kinsey no era mucho mayor que ellos; había quien juraba que tenía cuarenta o más, «casi un anciano»). Su pelo era largo y ralo. Las ropas estaban gastadas, remendadas y mal conjuntadas, pero se adaptaban bien a su cuerpo delgado, casi con elegancia. Su nariz aguileña, la mandíbula larga, la boca astuta y sus ojos azules y brillantes eran los propios de la zona.

La lluvia cálida golpeaba la acera y volvía a ascender como vapor, formando

pequeños remolinos de bruma alrededor de los tobillos de Kinsey. Un charco de aceite y agua formaba un confuso arco iris en la calle. Un par de manzanas más abajo de Firehouse Street comenzaba la parte buena del pueblo: casas astrosamente finas, anteriores a la guerra, con pilares pandeados y miradores en todo el perímetro, algunas remodeladas como pensiones; un 7-Eleven; la vieja ferretería agrícola, cuyo estacionamiento doblaba como cochera de los autobuses Greyhound; y otros pocos negocios abiertos. Pero allí el alquiler era más barato, y a los chicos no les importaba estar por la zona mala después del anochecer.

Kinsey cruzó la calle y se agachó junto a un umbral en sombras. La puerta era especial, la había encargado a un ebanista de Corinth: una pesada lámina de pino satinada, barnizada con el color del caramelo caliente y con una inscripción de letras irregulares, retorcidas, manchadas de negro, que parecían sangrar desde las profundidades de la madera. «El Tejo Sagrado».

El verdadero hogar de Kinsey. El que había hecho para los chicos, porque no tenían ningún otro sitio a donde ir.

Bueno, principalmente para los chicos, pero también para él, porque Kinsey tampoco había tenido nunca ningún sitio a donde ir. Una madre aferrada a la Biblia que veía a su hijo como la encarnación de su propio y negro pecado; su nombre de soltera era McFate, y todos los McFate eran psicóticos delirantes de una clase u otra. Una pálida sombra de padre que pasaba la mayor parte del tiempo borracho o fuera de casa, y que murió de repente, como si nunca hubiera existido; casi todos los Hummingbird eran almas poéticas lastradas por cuerpos alcohólicos, aunque el propio Kinsey siempre había sido capaz de tomarse un trago o dos sin necesitar de tres o cuatro.

En 1970 heredó el trabajo de mecánico en el taller en el que su padre había trabajado a rachas. A Kinsey se le daba mejor la reparación de motores que a Ethan Hummingbird, aunque en su interior sospechaba que esto no era lo que quería hacer.

Creció, sus amigos comenzaron a marcharse a la universidad o a trabajar, y de algún modo comprobó que sus nuevos amigos siempre eran más jóvenes: los adolescentes desamparados y atolondrados que nunca habían pedido nacer y que ahora deseaban estar muertos, los inadaptados, los rechazados. Buscaban a Kinsey en su taller, se sentaban y hablaban a sus piernas delgadas, que sobresalían de debajo de algún Ford o Chevy estropeado. Siempre había sido así, y por un tiempo Kinsey pensó que siempre sería así.

Entonces, en 1975, su madre murió en el terrible incendio que cerró definitivamente la fábrica de algodón Central Carolina. Dos años después Kinsey recibió una gran indemnización; dejó el taller y abrió la primera discoteca en la historia de Missing Mile. Intentaba llorar por su madre, pero cuando pensaba en lo mucho que había mejorado su vida desde el accidente, lo cierto es que le costaba.

Buscó la llave en el bolsillo. Un gran reloj de bolsillo ornado se escapó y colgó al final de una larga cadena dorada, cuyo otro extremo estaba asegurado al chaleco.

Abrió el reloj y consultó su rostro perlado. Casi una hora de adelanto. Le gustaba estar en el Tejo hacia las cuatro para recibir los repartos, limpiar los últimos restos de la noche anterior y dejar entrar a los grupos pronto para hacer pruebas de sonido. Pero apenas eran las tres. El día encapotado debía de haberlo engañado. Se encogió de hombros y entró de todos modos. Siempre había algo que hacer.

El local, carente de ventanas, estaba oscuro y silencioso. A la derecha según entraba estaba el pequeño escenario que había construido. Su carpintería era poco seductora, pero sólida. A su izquierda estaba la pared del arte, un mural pintado con acrílico, tiza o Magic marker que se extendía hasta la partición que separaba la zona del bar del resto del local. La mezcla de siniestros nombres de grupos y sus símbolos arcanos, letras de canciones y frases y citas diversas era indistinta en la penumbra. Solo era capaz de distinguir una zona grande de *graffiti*, pintado en dorado vacilante cerca del techo: «no tenemos miedo».

Esas palabras podrían ser el himno de todos los chicos que atravesaban esa puerta, pensó Kinsey. El problema era que todos tenían miedo, todos ellos, y un miedo terrible. Tenían miedo de no llegar a la edad adulta y a la libertad, o de tener que hacerlo al precio de sus almas frágiles; miedo de que el mundo resultara ser demasiado tedioso, demasiado frío, de que siempre se sintieran tan solos como se sentían ahora. Pero ninguno de ellos lo admitiría nunca. «No tenemos miedo», cantarían junto con el grupo, sus rostros bañados en luz dorada, «no tenemos miedo», creyéndolo al menos hasta que acabara la música.

Cruzó la pista de baile. Los restos pegajosos de la cerveza y los refrescos derramados la noche anterior aspiraban suavemente las suelas de sus zapatos a cada paso. Meditabundo, dejó a su derecha los aseos y entró en la sala trasera que servía como bar.

Se detuvo en seco ante el grito ahogado de la chica junto a la caja registradora.

La puerta trasera estaba abierta, como si la joven estuviera preparada para escapar corriendo. La chica estaba petrificada junto a la caja, el rostro felino una máscara de sorpresa y miedo, los ojos fijos en Kinsey, un puñado de billetes de veinte en la mano. A su lado, en el suelo, estaba su mochila. Un cuadro perfecto y lamentable.

—¿Rima? —preguntó estúpidamente—. ¿Qué...?

Su voz pareció sacar a la chica de su estupor. Se giró y corrió hacia la puerta. Kinsey se tiró por encima de la barra, extendió un brazo y la agarró de la muñeca. Los billetes cayeron al suelo. La chica comenzó a sollozar.

Kinsey solía tener trabajando a un par de chavales del pueblo, haciendo trabajos sueltos como reponer el bar o recaudar el dinero en la puerta cuando tocaba un grupo. Rima había ido ascendiendo hasta llegar a camarera. Era rápida, divertida, guapa y (eso pensaba Kinsey) de total confianza, hasta el punto de que le había dado una llave. Teniendo otra camarera, él no tenía que quedarse todas las noches hasta la hora de cierre; en las jornadas más tranquilas, otro podía encargarse. Era casi como tener unas minivacaciones. Pero las llaves tenían tendencia a perderse, o a cambiar de

manos, y Kinsey no se las confiaba a muchos de sus empleados. Creía tener buen ojo para juzgar a la gente. El Tejo Sagrado nunca había sufrido un palo.

Hasta ahora.

Buscó el teléfono. Rima se lanzó delante de él, intentando coger el auricular con la mano libre. Pelearon brevemente, hasta que Kinsey se hizo con el teléfono y lo sostuvo con facilidad fuera del alcance de la chica. El cable se enredó en el bolso de Rima y lo tiró al suelo. El contenido se desparramó, se dispersó, se rompió. Kinsey sostuvo el auricular con el hombro y comenzó a marcar.

—¡Kinsey, no, por favor! —La chica trataba inútilmente de volver a atrapar el teléfono, pero después se dejó caer sobre la barra—. No llames a la poli...

Los dedos de él se demoraron en el último número.

—¿Y por qué no?

La chica vio una grieta y se lanzó a por ella.

—Porque no he cogido nada. Sí, iba a hacerlo, pero no he tenido tiempo... y estoy en apuros, y tengo que largarme de aquí. Déjame marchar y no volverás a verme nunca. —Su cara estaba surcada por las lágrimas. En la luz apagada del bar, Kinsey era incapaz de distinguir sus ojos. La muñeca de la chica era tan delgada que su mano podría rodearla dos o tres veces; los huesos parecían frágiles como ramitas secas. Aflojó un poco la presa.

—¿Qué clase de apuro?

—Fui a la clínica de planificación familiar en Corinth...

Kinsey se limitó a quedarse mirándola.

—¿Quieres que te lo delectree? —Su rostro pequeño y afilado se torció—. Estoy embarazada, Kinsey. Necesito un aborto. ¡Necesito quinientos dólares!

Kinsey parpadeó. Fuera lo que fuera lo que esperaba, no era eso. Rima había llegado a Missing Mile hacía solo unos meses. Entre los chicos del lugar que le habían pedido salir y que habían sido rechazados se decía que estaba colada por el guitarrista de un grupo de speed metal de su California natal. Por lo que Kinsey sabía, últimamente no había vuelto a casa.

—¿Quién...? —alcanzó a decir.

—No lo conoces, ¿de acuerdo? —Se limpió los ojos con la manga—. Un gilipollas que no se pone goma porque es como darse una ducha con la gabardina puesta. Los hay a patadas. ¡Se corren dentro y ya no tienen que preocuparse de nada más! —Ahora su expresión dura se había derrumbado; lloraba tan fuerte que apenas era capaz de escupir las palabras—. Kinsey, me he acostado con el tipo equivocado y no quiere ayudarme, ni siquiera habla conmigo. Y no quiero un maldito niño, y mucho menos suyo.

—Al menos dime quién es. Podría hablar con él. Hay cosas...

Rima negó violentamente con la cabeza.

—¡No! Solo quiero ir a Raleigh y sacármelo de encima. No volveré a Missing Mile. Iré a casa de mi hermana en Virginia Occidental, o puede que vuelva a L.A. Por

favor, Kinsey, déjame marchar. No volverás a verme por aquí.

La estudió. Sabía que Rima tenía veintiún años, pero su cuerpo parecía mucho más joven: apenas superaba el metro cincuenta, sin pechos, sin caderas, todo planos y ángulos. Su resplandeciente pelo castaño y lacio estaba sujeto por horquillas de plástico, como las de una niña pequeña. Trató de imaginarse aquel cuerpo infantil hinchado por el embarazo, pero no pudo. La sola idea era dolorosa.

—No puedo darte dinero —dijo.

—No, no quiero...

—Pero puedes llevarte tu último sobre. Lo tienes en el tablón de anuncios. — Kinsey la soltó y se giró.

—Oh, Dios, Kinsey, gracias, muchas gracias. —Se arrodilló y comenzó a reunir el contenido de su bolso. Cuando creyó tenerlo todo en la luz apagada del bar, se dirigió al tablón de corcho y cogió el sobre. A Kinsey apenas le sorprendió ver que echaba un vistazo al interior, como para asegurarse de que estuviera todo su dinero. La chica se giró y lo miró largo rato, decidiendo si debía añadir algo más.

—Buena suerte —le dijo él.

Rima parecía sorprendida, y algo culpable. Entonces, como si la amabilidad humana fuera una pócima demasiado embriagadora para su alma abrasada, giró sobre sus talones y se marchó sin decir nada más.

Toma minivacaciones, pensó Kinsey.

Treinta minutos después; con las luces encendidas y la zona pantanosa tras la barra medio arreglada, encontró el paquetito blanco.

Estaba en una grieta del suelo de madera, justo en el sitio en que había caído el bolso de Rima. Con las luces apagadas, como habían estado cuando la atrapó, no era muy probable que la chica lo viera. Kinsey se agachó, lo cogió y lo miró largo tiempo. No parecía mucho, un poco de plástico retorcido, quizá la esquina de una bolsa, con una pizca de polvo blanco dentro. No, no parecía mucho, pero sabía de qué se trataba: de un enorme monumento a su credulidad.

Igual sí que estaba embarazada, razonó mientras se dirigía al aseo. Igual necesitaba de verdad el dinero para el aborto. Alguien podría estar pasándole coca. Puede que incluso la vendiera ella para conseguir el dinero que necesitaba.

Sí, claro. Las cosas que le había dicho acerca del padre (si es que había algún padre) no sugerían precisamente que le estuviera pasando droga gratis, y Kinsey sabía que el mercado de cocaína en Missing Mile era muy reducido. Apenas podías girarte sin toparse con un porrero o un borracho, y los psicodélicos eran como los caramelos, pero la cocaína era otra cosa. La mayoría de los jóvenes parecía pensar que era aburrida: no les contaba historias ni les daba visiones, no ahogaba el dolor, no hacía nada por ellos que no pudieran conseguir con un porro o un café fuerte por mucho menos dinero. Probablemente se la meterían si se la dieran, pero no iban a gastarse la paga en ella. Y, de los mayores, no era muy probable que ninguno pudiera permitírsela, de quererlo.

Sin embargo, Rima parecía haberse pasado con un constipado leve los dos últimos meses. Iba constantemente al baño a sonarse la nariz, aunque volvía aún sorbiendo los mocos. Qué clara era la visión en perspectiva.

Aún puedes llamar a la poli, se dijo con la mano encima de la taza del retrete, listo para tirar el paquete. Enséñales esto. No puede haber ido muy lejos.

La mano giró. Se produjo un mínimo chapoteo, apenas audible. El paquete flotaba sereno en la superficie calmada.

Quería mangarte. Ve a por ella.

Sus dedos encontraron la palanca y la accionaron. Se produjo un rugido ensordecedor (creía que las cañerías del edificio tenían la edad aproximada de las pensiones confederadas calle arriba) y el paquete desapareció.

Embarazada o no, está en un buen lío. En eso no mentía. ¿Para qué ponérselo peor?

Más tarde, mientras barría el suelo junto al escenario, alzó la mirada hacia la pared del arte. Las palabras «no tenemos miedo» brillaban suavemente, y supo que, estuviera donde estuviera Rima, hiciera lo que hiciera, aquellas palabras no se aplicaban a ella.

No se arrepentía de haberle dejado llevarse su última paga. Siempre cabía la posibilidad de que usara el dinero para ayudarse, para alejarse de aquello (o de aquel) que la había llevado a ocultar cocaína en el bolso y a robar a la gente que se preocupaba por ella. Siempre cabía la posibilidad.

Sí. Y John Lennon podía levantarse de su tumba, y los Beatles darían un concierto de reunión en el Tejo Sagrado.

Negó tristemente con la cabeza y siguió barriendo.

Capítulo dos

Zachary Bosch despertó de sueños fascinantes, se apartó la almohada de la cara, se frotó los ojos y parpadeó al lagarto verde que había en el techo, justo sobre su cabeza.

Dormía en un pequeño nicho en un lado de la habitación, donde el techo era más bajo y acogedor que en el resto de su encastillado apartamento en el Barrio Francés. Allí el yeso era blando y ligeramente húmedo, agrietado por la edad y amarilleado después de dos años fumando en la cama. Contra el deslustrado enlucido, el lagarto era de un vivo verde iridiscente. Los niños de Nueva Orleans llamaban «camaleones» a tales criaturas, pero Zach creía que en realidad eran anoles.

Buscó a tientas el cenicero junto a la cama y el lagarto desapareció con un movimiento rápido y brillante. Zach sabía por experiencia que, si eras lo bastante rápido como para atraparlos por la cola, el apéndice fibroso se desprendía, aún sacudiéndose en la mano. Era un juego al que jugaba a menudo con los pequeños reptiles, pero que rara vez ganaba.

Encontró el cenicero sin mirar, lo levantó y lo acunó en el hueco que dejaban en las sábanas sus caderas. Dentro descansaba un canuto firmemente liado que había tenido el tamaño de un puro pequeño, una panatela, o como se llamaran aquellas cosas. Zach odiaba el sabor del tabaco y la áspera quemazón marrón que dejaba en sus pulmones; nunca lo tocaba. Su amiga Eddy lo decía de forma clara, si bien poco elegante: «si es verde, fúmatelo. Si es marrón, al retrete».

Zach se había fumado la noche anterior la mitad de aquel verde particular mientras pensaba en una nueva noticia que colgar en el Times-Picayune, solo para divertirse. Era una pequeña y succulenta historia acerca de algunos trozos petrificados de feto que le habían extirpado a una mujer diez años después de un aborto ilegal, vaya usted a saber en qué clínica de mala muerte. Si no era cierta, debería serlo; o, al menos, el público debería creer que lo era. En el clima moral imperante (encapotado, con frente de tormenta fascista en el horizonte) había que dar a los abortos ilegales toda la mala publicidad que fuera posible.

Se había asegurado de hacer hincapié en los horrible dolores que había sufrido la mujer, en cómo se había hinchado de forma grotesca y en cómo, por supuesto, había quedado estéril. Para cuando terminó de escribir el artículo, sentía afecto, casi protección, por su malhadada protagonista inexistente. Era una auténtica mártir, la mejor clase de chivo expiatorio, recipiente de un dolor imaginario que solo el dolor real podía hacer olvidar.

Tanteó el suelo buscando una caja de cerillas, encontró una de Commander's Palace, encendió el porro e inhaló profundamente. El sabor llenó su boca, su garganta, sus pulmones, con un sabor tan verde y tan brillante como el lagarto. Miró la caja de cerillas, que era de un verde más oscuro. El restaurante era uno de los más

viejos y caros de la ciudad. Un amigo de un amigo con la American Express sobrecargada se lo había llevado a ese bar hacía poco, y había cargado los cuatro bloody marys extrafuertes de Zach a su Visa. Siempre hacían chorradas de esas. Tejían patrones estúpidos, complejas telarañas que terminaban atrapando con más fuerza a ellos mismos.

Adictos a Internet, presas, paranoicos crédulos... Al final todos eran lo mismo: fuentes de ingresos para Zachary Bosch, que no era nada de lo anterior.

Su apartamento en una tercera planta estaba lleno de polvo, de luz y de toneladas de papeles amontonados. Los amigos que conocían sus hábitos de lectura, sus hábitos fumadores y sus hábitos de almacenamiento aseguraban que era uno de los lugares con más riesgo de incendio de toda Nueva Orleans. Zach se figuraba que la humedad era suficiente para desanimar a cualquier llama que escapara a su atención. Durante el verano, las manchas de humedad se extendían por todo el techo, y las viejas molduras de escayola comenzaban a sudar y a gotear.

Hacía mucho que la pintura había comenzado a pelarse, pero eso nunca preocupó a Zach, ya que casi todas las paredes estaban cubiertas de papeles. Había fotos arrancadas de oscuras revistas que le habían recordado algo; recortes de prensa, titulares, a veces una sola palabra que había clavado por su efecto mnemónico. Había una gran cabeza de J. R. «Bob». Dobbs, gran pope de la Iglesia del subgenio y uno de sus redentores favoritos. «Bob» predicaba la doctrina de la Pereza, que entre otras cosas decía que tenías derecho a que el mundo te pagara la vida si eras lo bastante astuto como para que te firmaran el cheque. Había números de teléfono, códigos de acceso informático y contraseñas escritas en *post-it* amarillos que no se pegaban a la superficie húmeda. Estas últimas se caían constantemente de la pared, creando corrientes amarillentas entre los restos del suelo, y pegándose a las suelas de sus zapatillas.

Había cajas de correspondencia atrasada, revistas, periódicos viejos de todo el mundo en diversos idiomas (si no lograba entender algo, en menos de una hora podía dar con alguien que se lo tradujera), tanto prensa seria como escandalosa. Y había libros por todas partes, atestando los estantes que cubrían una pared casi hasta el alto techo, abiertos o con las páginas marcadas junto a su cama, apilados en torres por las esquinas. Había toda clase de ficción, guías telefónicas, manuales informáticos, volúmenes más que sobados con títulos como Recetario anarquista, Grandes rarezas en tu correo, Principia Discordia, Roba este libro y otras útiles biblias. Había un vídeo barato y una cajita casera de cables conectados a un televisor pequeño; el conjunto quedaba prácticamente escondido detrás de una pila de cintas de vídeo.

Contra la pared más alejada estaba el corazón del caos, un gran escritorio de metal. La mesa en sí no era visible, aunque Zach era capaz de encontrar cualquier cosa que hubiera encima o alrededor en cuestión de segundos. Estaba cubierta por más papeles, más libros, cajas de zapatos llenas de disquetes, y la evidente firma de un connoisseur de la marihuana: una multitud de ceniceros llenos de ceniza y cerillas,

pero sin una sola colilla. Los fumadores de hierba, al contrario que los de tabaco, no dejaban rastro.

En el centro del escritorio, alzándose por encima de los ceniceros y los montones de papel, como un monolito de plástico y silicio, había un ordenador. Era un Amiga con una tarjeta IBM y emulación Mac que le permitía leer discos de numerosos ordenadores, una máquina estupenda. Estaba equipado con un disco duro de gran capacidad, una impresora decente y, lo que era más importante para sus propósitos, un módem de 2.400 baudios. Ese pequeño y barato artilugio, que le permitía comunicarse con otros mediante diversas líneas telefónicas, era su cheque restaurante, su cordón umbilical, su llave hacia otros mundos y hacia partes de este mundo que en teoría no debería ver.

Ya había amortizado el módem varios centenares de veces, y aquel solo lo tenía desde hacía seis meses. También tenía un teléfono móvil OKI 900 y un ordenador portátil con un módem integrado, para poder conectarse en movimiento en caso de emergencia.

Se apoyó sobre los codos, se llevó el canuto a la boca y se pasó la mano por el pelo negro y espeso. En el Barrio Francés había muchos que pasaban horas delante del espejo tratando de lograr la combinación precisa de pelo azul oscuro y piel pálida, traslúcida, con que la simple genética había bendecido a Zach.

Ello procedía del lado materno de la familia. Todos tenían el aspecto de haberse criado en un sótano, y no porque hubiera sido así precisamente, porque llevaban en Luisiana cinco generaciones o más. El nombre de soltera de su madre era Rigaud, y procedía de una pequeña aldea embarrada en la región pantanosa, en la que lo más excitante era el Festival anual del cangrejo.

El pelo y los ojos oscuros con forma de almendra procedían, suponía él, de su sangre cajún. La palidez, vaya usted a saber. Quizá se debía al tiempo que su madre había pasado en diversas instituciones mentales, en sombrías salas de día y en pasillos de áspera luz fluorescente, si es que tales cosas eran hereditarias.

Si seguía viva, probablemente estuviera encerrada en algún sitio. Su padre, un Bosco renegado cuyo linaje, aseguraba, se remontaba a Hieronymus, pero cuyas visiones se habían dado siempre a través del culo de una botella de *whisky*, había desaparecido hacía tiempo en algún orificio humeante de la ciudad nocturna. Zach acababa de cumplir los 19, y aunque había vivido en Nueva Orleans toda su vida, no había visto a sus padres desde hacía casi cinco años.

Por él, estupendo. Lo único que quería de ellos era lo que llevaba encima: la extraña coloración de su madre, la inteligencia tortuosa de su padre, y una tolerancia hacia los licores de alta graduación que excedía la de ambos. La bebida nunca lo convertía en un hijo de puta, no lo amargaba, no le daba ganas de pegar a alguien joven, pequeño e indefenso, de dañar carne tierna, de mancharse las manos de sangre. Suponía que esa era la principal diferencia entre él y sus padres.

Zach tenía costumbre de tirarse del pelo y enroscarlo en los dedos mientras leía, o

cuando contemplaba la pantalla del ordenador. Como resultado, su pelo adoptaba una especie de rizado mutante que cubría de sombras los planos, aristas y huecos de su cara, exagerando su mentón puntiagudo, las ralas cejas picudas y las manchas grises alrededor de los ojos, producto de pasarse el día con el ordenador.

El año pasado, un chaval de diez años se había acercado a él en Bourbon Street saludándolo «¡Ey, Eduardo Manostijeras!». En ese momento no sabía a qué se refería, pero cuando Eddy le enseñó el anuncio de la película con ese nombre, Zach quedó francamente sorprendido. El parecido era escalofriante. Sostuvo la fotografía junto a su cara y se quedó un largo rato mirándose al espejo. Al final se consoló con el hecho de que él nunca llevaría pintalabios negro, y con que Eduardo Manostijeras nunca usaría gafas redondas de pasta negra, estilo empollón, como él.

Aunque, cuando Eddy lo llevó a ver la película, se preocupó. Siempre había disfrutado de las películas de Tim Burton (eran visualmente impactantes, como mínimo), aunque lo dejaban vagamente cabreado. Todas parecían tener un fondo de implacable normalidad oculta tras un velo de rareza. Le había encantado *Bitelchús* hasta la última escena, que le hizo salir del cine y lo tuvo todo el día de mal humor. La visión del personaje de Winona Ryder, hasta entonces extraña y hermosa con su estrafalario corte de pelo y su sombra de ojos manchada, ahora peinada e impoluta, vestida con una falda escolar, medias y esa enfermiza y repulsiva sonrisa normal... No podía soportarlo.

Pero eso, suponía Zach, era Hollywood.

Dio otra calada al canuto y lo apagó en el cenicero. Era un porro excelente, verde brillante y pegajoso debido a esa resina que olía a árbol de Navidad; te ponía el cerebro a zumbiar al instante. Esperaba encontrar más de aquella mierda en el Mercado. Volvió a tantear por el suelo, encontró las gafas y se las puso. El mundo seguía borroso en los bordes, pero eso era a causa de la droga.

Algo le pinchó en la cadera debajo de la sábana. El mando del televisor y el vídeo. Lo apuntó hacia la pantalla y sonrió al pulsar el botón de encendido.

Se encontró viendo una película italiana de vísceras titulada *Las puertas del Infierno*. Ah, el viejo Lucio Fulci; sus argumentos eran tonterías sin pies ni cabeza, los personajes eran estúpidos hasta decir basta, pero sin duda sabía cómo dar asco. Y en sus películas nunca sucedía nada normal.

Una chica comenzó a sangrar por los ojos (a Fulci le encantaban los ojos) para después vomitar todo su tracto digestivo durante al menos un minuto. Estaba con su novio en un estacionamiento, y ese era el precio del pecado. Zach pulsó el botón de rebobinado y vio cómo la actriz sorbía sus intestinos como un plato de espagueti con salsa marinara. Delicioso.

Un momento después se dio cuenta de que la película le había dado hambre, lo que significaba que tenía pero que mucha hambre. En la pequeña nevera tenía los restos de una muffuletta del Central Grocery envueltos en papel. Apartó las sábanas con las piernas, apoyó los pies en el suelo, esperó un rato a que se le pasara el mareo,

se incorporó y se dirigió con paso experto, entre la selva de restos, hacia el frigorífico.

En cuanto retiró el papel rosado y grasiento le llegó el delicioso olor del jamón y las especias italianas, el pan empapado en aceite y la ensalada de aceitunas. Aquellos emparedados eran caros pero exquisitos, y si no comías demasiado, como Zach, te servían para dos o tres veces.

No es que no se pudiera permitir una muffuletta cuando quisiera. El dinero era gratis, o casi. Tenía a su disposición cuanto pudiera necesitar cada vez que se sentaba al ordenador, pero no se había acostumbrado a tener suficiente para comer. En la despensa de sus padres no había mucho que no fuera alcohol.

La película seguía. Un sacerdote se había ahorcado en el pueblo de Dunwich (toma nombre original), que se hallaba junto a las puertas del Infierno, o algo así. Unos zombis con graves problemas cutáneos parecían capaces de teletransportarse de un lado a otro como si fueran refugiados de la nave Enterprise. Zach pensó en el único sacerdote al que había conocido, el padre Russo, que oficiaba las misas a las que su madre solía arrastrarlo cada pocos meses, después de una juerga especialmente seria. Un día, un Zach de doce años fue a confesarse solo. Entró en el confesionario, inclinó la cabeza dolorida contra la pantalla y susurró: «Bendígame, padre, porque he sufrido un pecado». Lloraba lágrimas calientes mientras formaba las palabras.

«Así no comienza la confesión», replicó el sacerdote, haciendo desaparecer parte de la esperanza de Zach. Pero él insistió: «Mi madre me ha dado una patada en el estómago y me ha hecho vomitar. Mi padre me aplastó la cabeza contra la pared. ¿No puede ayudarme?».

«Eres un muchacho malo que cuenta mentiras sobre sus padres. ¿Es que no sabes que debes obedecerles? Si te castigan, será porque has pecado. El Señor dice que debes honrar a tu padre y a tu madre».

«¿Y CUÁNDO ME VAN A HONRAR ELLOS A MÍ?», chilló, aporreando con la mano la delgada pared del confesionario, empeorando la luxación del brazo. Apartó la cortina, entró en la zona del sacerdote y se levantó la camisa para mostrar los moratones en technicolor, los golpes con el cinturón en sus costillas prominentes. «¿Y QUÉ HAY DE ESTO, HIJO DE TU PUTA MADRE, QUÉ DICE DIOS DE ESTO?». Alzó la mirada hacia los ojos atónitos del cura, vio la celosía de venas rotas que pasaban del rojo al púrpura, los débiles ojos acuosos inflamados con pía furia, y tuvo la enfermiza certeza de que allí no recibiría ayuda alguna, de que el sacerdote no lo veía, de que estaba borracho, como lo habían estado sus padres la noche pasada.

Lo habían echado de la iglesia y le habían dicho que no volviera nunca. Como si fuera a hacerlo. Se derrumbó en los escalones de piedra y sollozó durante una hora. Entonces se levantó, dejó un enorme escupitajo en la piedra y se marchó con un dolor silencioso, más profundo que las laceraciones y los cortes, un dolor que llegaba hasta un alma herida que la Iglesia católica nunca jamás volvería a tocar.

Estaría bien ver al padre Russo ahorcado, quemado y sangrando por los ojos.

Puede que el sacerdote ya hubiera muerto; puede que fuera el protagonista de alguna película infernal de Lucio Fulci. Eso esperaba.

Mordió el último trozo de muffuletta, se lamió la grasa de los labios y buscó su ropa. Encontró unos pantalones militares cortados a la altura de las rodillas y una camiseta con un JFK sonriente cuyos sesos explotaban en una vívida muestra de color. Unas botas altas Converse, rojas y sin calcetines, completaron el vestuario.

Era hora de visitar sus dos paradas habituales. Después podría volver allí y trabajar un poco.

Junio, por lo que a Zach respectaba, era el último mes tolerable en Nueva Orleans hasta mediados de otoño. Los días ya eran calurosos, pero no tan llenos de sudor pegajoso como julio, agosto y la mayor parte de septiembre. Durante esos meses obscenos, dormía toda la mañana y la tarde, sus sueños marcados por el zumbido y el goteo del aire acondicionado. Pasaba las noches llenando su cabeza de información, de palabras e imágenes, de la semiótica sutil que disparaban en su cerebro, de caminos de entrada a través de los infinitos laberintos que eran los sistemas informáticos vedados, o simplemente navegando por los foros en los que era no solo bienvenido, sino absurdamente reverenciado.

Solo mucho después del ocaso se aventuraba al Barrio Francés para recorrer las callejuelas iluminadas con gas, o para pasear entre los eufóricos turistas y estibadores borrachos de Bourbon Street, iluminada de neón, para reunirse con sus amigos y pasarse una botella de vino frente a la plaza Jackson, o para meterse en algún bar oscuro o uno de los clubes humeantes de la calle Decatur, o para celebrar una pequeña fiesta en el San Luis nº 1, el viejo cementerio en el límite del barrio.

Pero aquel día bajó las escaleras hasta la calle, abrió la puerta de hierro y aspiró el aire húmedo como si fuera perfume. Y lo era, en cierto modo. Para sus pulmones era como el algodón húmedo, pero tenía la fragancia del barrio, una embriagadora mélangé de miles de olores: marisco y especias, cerveza y bosta de caballo, pintura al óleo e incienso y flores y basura y lodo del río y, bajo todo ello, el límpido y desmigado olor de la edad, del hierro viejo, del ladrillo que se asienta poco a poco, de la piedra pisada por un millón de pies, registrando cada huella infinitesimal.

El apartamento de Zach, en el segundo piso, daba a la diminuta calle Madison, una de las dos más cortas del Barrio Francés, junto con su gemela Wilkinson al otro lado de la plaza Jackson. Su manzana estaba decorada con una intrincada carpintería metálica. La calle Madison solo contenía ese bloque y desembocaba directamente en la melee multicolor que era el Mercado Francés.

Pasó junto a la tienda de ropa vieja de la esquina, llamó a la puerta abierta y saludó al *hippie* propietario (que hacía poco le había hecho un descuento de vecino en un abrigo negro forrado con seda púrpura, aunque el calor no le permitiría ponérselo hasta Navidad); después cortó por una zona con un bazar informal donde podías

encontrar desde porquerías sin utilidad alguna hasta verdaderos tesoros de Lafitte, dependiendo del día y de la suerte. De inmediato se encontró en el Mercado Francés, rodeado por olores deliciosos y colores armoniosos, por la simetría del reino vegetal comestible apilada en montones relucientes bajo un viejo techo de piedra.

Había pirámides de tomates tan escarlatas que hacían daño a la vista, cestas de berenjenas como el cuero barnizado de púrpura, el verde intenso de los pepinos y el delicado y cremoso de los chayotes tiernos. Había cebollas tan grandes como la cabeza de un bebé, rojas, doradas o de un blanco perlado. Había nueces y plátanos maduros, uvas garrapiñadas, hierbas frescas que se vendían por manojos, gruesas trenzas de ajos y tabasco rojo seco colgadas de las vigas. Había cañas de azúcar frescas que se vendían en trozos de treinta centímetros, de modo que podías masticarlas y sorber el jugo dulce mientras paseabas por el mercado oliendo y maravillándote. Había arroz de cosecha propia y barriles llenos de judías rojas y brillantes con las que cocinarlo, así como largas ristras de salchichas ahumadas cajunes que echar al guiso para darle sabor. A un lado había un mercado de pescado donde podías comprar cangrejos, centollos y barbos frescos, gambas del golfo de color azul brillante, grandes como una mano, e incluso caimanes, si querías.

Y enfrente de cada puesto estaban los vendedores pregonando sus mercancías, viejos que habían llegado en camionetas atestadas antes del amanecer, sus rostros cuero cosido negro o marrón, cajunes, cubanos, en ocasiones asiáticos. El Mercado, pensaba Zach, era con toda probabilidad uno de los puntos cultural y racialmente más diversos de la ciudad. Era una buena señal para un lugar en el que, hacía menos de doscientos años, lo que se vendía eran esclavos.

Todos los vendedores tenían la mejor, la más fresca y más barata mercancía de todo el Mercado. Así lo proclamaba cada uno, más vociferante que el de al lado, hasta que las clamorosas alabanzas a la fruta y la verdura se alzaban hasta el techo y se enroscaban en las columnas de piedra. Lo vendían por pieza, por kilo, todo el lote si es lo que querías.

Pero Zach buscaba otras cosas. Recorrió el mercadillo mirando pero sin comprar nada, hasta que llegó a los límites, en la parte trasera del edificio. Allí las mercancías tendían más hacia lo cutre o lo extraño: mesas llenas de imanes de concha, de maracas de sal hechas con cangrejos de cerámica; eran puestos que alternaban con los de marroquinería, cuchillos, aceites esenciales, incienso, cintas pirata de cualquier CD que el vendedor hubiera comprado recientemente.

Varios de los encargados de estos puestos más raros asentían a su paso. Ahí estaba Garrett, un chico nervioso de pelo oxigenado y grandes ojos de ángel trágico, que pintaba cuadros demasiado terroríficos para los que buscan hacerse un retrato en la plaza Jackson; tenía una mesa llena de pendientes de crucifijo y gafas de sol de imitación, y el negocio le iba bien. Allí estaba Serena, sacerdotisa de pelo púrpura y embadurnada de pachulí, tan calmada como su nombre, asintiendo feliz ante su altar de copias pirata de Cure y Nirvana; serena hasta que algún cliente desprevenido de

dedos ligeros la confundía con una presa fácil. Entonces sus movimientos eran veloces y violentos, y retorció el brazo del ladrón con una mano mientras recuperaba su mercancía con la otra. Ahí estaba la espeluznante Larese, con su sombra de ojos negra Cleopatra y su vestido rasgado de terciopelo, que leía el tarot en la plaza cuando no vendía sus muñecas vudú caseras en el Mercado. Sus lecturas no eran lucrativas; contaba a sus clientes tantas cosas malas y precisas acerca de su vida que casi siempre le exigían que les devolviera el dinero, a lo que ella accedía... pero marcando en los billetes con Magic marker indeleble una fecha, en ocasiones muy lejana, en otras ominosamente próxima.

Zach revisó los puestos y mesas. La señal cambiaba de lugar todos los días, pero siempre la tenía alguien. Por fin la encontró pegada a una mesa de sombreros regida por un joven delgado con la piel del color del café noir y una masa de rastas que parecían extenderse como serpientes sobre su cabeza, descendiendo hasta la mitad de su espalda, algunas de las trenzas entrelazadas con hebras de color púrpura, rojo, amarillo y verde: los colores de Rasta y Mardi Gras. El caballero tenía el melifluido nombre de Dougal St. Clair. La señal pegada con cinta adhesiva al borde de la mesa, bien impresa y discreta, rezaba: «¡Ayúdanos en la lucha contra las drogas! Se agradecerá cualquier donativo».

—¡Zachary! ¡Te vendría bien un sombrero, tío! —El rostro de Dougal se partió en una sonrisa tan cálida y drogada como su Jamaica natal, mientras lo saludaba. Su voz era profunda y jovial, con un acento como el sirope oscuro y dulce. Tomó un sombrero negro de ala ancha del montón en la mesa. Era un sombrero amish, rodeado con una hermosa banda de cuero negro y conchas plateadas. En su defensa hay que decir que no se lo encasquetó en la cabeza, sino que lo sostuvo hasta que Zach tuvo que cogerlo. Lo observó, pero no se lo probó. Algunos de aquellos tipos eran capaces de vender cualquier cosa.

—En realidad quería hacer un pequeño donativo a la causa —dijo.

—Claro, tío, sin problemas. —Dougal no extendió exactamente la mano, solo la acercó al borde de la mesa, donde estaría disponible en caso de que alguien quisiera depositar algo en ella. Zach sacó dos billetes de veinte del bolsillo y se los entregó con un movimiento rápido. Los ojos oscuros de Dougal brillaron, calculando la cantidad al mismo tiempo que hacía desaparecer el dinero. Tanteó debajo de su mesa y sacó un grueso panfleto que entregó a Zach: «Los peligros de la marihuana». Vaya título imaginativo. Los zombis de la propaganda se estaban saliendo en el apartado creativo. Se metió el panfleto en el bolsillo.

Dougal desenroscó un termo y sirvió una generosa cantidad de café negro y humeante en el vaso de plástico. El olor, rico en chicoria, llegó a la nariz de Zach. Dougal lo vio olisqueando y le ofreció el vaso.

—Acábatelo, tío. Recién hecho esta mañana, en el Café du Monde.

Zach se moría por coger el vaso. Sabía lo caliente y reconfortante que sería tenerlo entre las manos, sabía cómo el sabor suave y levemente quemado inundaría su

lengua. Por desgracia, también era consciente de los efectos posteriores: su corazón sería como una bestia enjaulada golpeando la celda de su pecho, su cerebro se secaría como una esponja, sus ojos zumbarían en las órbitas.

—No tomo café —admitió—. Me encanta, pero me sienta fatal.

Las espesas cejas de Dougal se juntaron con genuina consternación.

—¡Pero si es el segundo mejor del mundo! Prueba un poco, te hará bien.

—No puedo ni con el descafeinado —dijo Zach con tristeza—. Tengo demasiada imaginación.

—¿Tienes veinte?

—Diecinueve.

—Y dejaste de tomar café...

—A los dieciséis.

Dougal negó con la cabeza. Las puntas de sus rastas festoneadas se sacudieron suavemente alrededor de su cara.

—Creo que tienes que relajarte. Si yo no pudiera beber el café de Nueva Orleans, creo que haría aún más donativos a la causa que tú.

—¿Y cuál es el mejor?

—El Blue Mountain jamaicano, tío. Fríete unos pescaditos salados con ackee por la mañana, tómate dos o tres tazas de Blue Mountain y te desaparecen las ojeras.

Sí, pensó Zach, y te mueres de un infarto antes de los veinticinco.

Estuvieron charlando unos minutos más («hay fiesta esta noche», lo informó Dougal, «una panda va a marcar viaje en el Louie», lo que se traducía como «entre tres y veinte personas van a quedar en el cementerio de San Luis esta noche a meterse ácido»). Cuando se despedía y se disponía a marcharse, Dougal lo detuvo.

—¿No quieres el sombrero? Te hago el cincuenta.

Zach había olvidado que aún tenía en la mano el sombrero amish negro. Empezó el movimiento para dejarlo en la mesa, pero se detuvo. No tenía sombrero, y aquel le serviría muy bien para protegerse del sol. Se lo puso y le sentaba fenomenal. Dougal asintió.

—Muy bien. Te pareces a un predicador que se haya pasado al lado oscuro.

De nuevo aquella sonrisa luminosa. Zach también rió. Aquellos tipos podían vender lo que fuera.

En el trayecto de vuelta, se detuvo en un puesto y compró unos puñados de pimientos verdes y rojos, delgados y retorcidos, mortalmente picantes. De vez en cuando llegaban al Mercado los pimientos de boneta (o habaneros) naranjas y amarillos que crecían en la Jamaica de Dougal. Se decía que eran los más picantes del mundo, cincuenta veces peores que los jalapeños, y tenían un sabor dulce y jugoso que a Zach le encantaba. Pero hasta entonces podía pasar con los de Luisiana. Ya se los comería después con un poco de leche, mientras aceleraba por las autopistas de la piratería informática.

Pensó que su extraña química corporal tenía sus ventajas. Echaba de menos el

café como a un amante perdido, pero sabía que nadie más podía dedicarse a su oficio puesto de ácido, o pasar varios días a dieta de porros y bloody marys de vodka, zumo de tomate y tabasco a partes iguales, o masticar aquellas guindillas prácticamente puras sin quedarse sin lengua y sin estómago.

Bajó por Madison y comprobó su correo: dos catálogos, uno de Loompanics Unlimited, que vendía libros sobre cómo obtener identificaciones falsas, inutilizar un tanque y otras cosas útiles, y otro de Mo Hotta Mo Betta, que vendía todas las salsas, especias y aderezos picantes conocidos por la humanidad. Los depositó en la cama para revisarlos más tarde, junto con su nuevo sombrero. Le quemaban los dedos, ansiosos por ponerse a teclear.

Primero sacó el panfleto antidroga y despegó la bolsita de hierba oculta entre sus páginas. Era un taco verde, casi plano, con delicadas hebras rojas que deletreaban P-O-T-E-N-C-Y. Zach se lo llevó a la nariz y aspiró profundamente. El mero olor, herboso y conífero, ya era embriagador. Cualquier cosa que oliera tan bien tenía que ser ilegal.

Desmenuzó parte del contenido en un papel, apartó un par de semillas para más tarde, metió la hierba en su pipa de ónice y la encendió. El dulce humo bajó hasta sus pulmones, lanzando zarcillos verdes por su torrente sanguíneo y desenredando los nudos de su cerebro.

Aaaaaaah.

Hora de trabajar.

Encendió el ordenador, puso el teléfono en el módem y marcó el número de un oscuro foro pirata local conocido como Mutanet. El foro era un punto de intercambio de información para toda clase de piratas y colgados informáticos en general. Zach había descubierto su existencia escribiendo un programa que marcaba todos los números de teléfono con el código local y hacía un listado de todos aquellos respondidos por módems. Tras pasar un tiempo comprobando cuáles dirigían a foros de noticias (y cuáles podían ser útiles de algún otro modo) acabó en Mutanet, donde logró la admisión gracias a su combinación de insolencia, humor retorcido y capacidad demostrada.

Tenía toda clase de trabajos y proyectos esperándolo: cuentas de créditos de las que limar algunos peniques, como si fueran delgadas lonchas de salami, balances bancarios que engrosar, listas de códigos telefónicos que obtener para su reventa. Recientemente había escrito un programa que rompía el sistema codificado de contraseñas del cuartel de policía estatal, y jugaba con la idea de borrar la ficha de todos los detenidos por drogas que pudiera encontrar.

Pero en ese momento lo que le apetecía era pasar el rato en Mutanet. No sabía qué lo llevó a ello, no era su modo habitual de comenzar una sesión de trabajo, y después nunca estuvo seguro de a qué dioses tenía que dar las gracias. Porque el foro de noticias fue lo que lo salvó.

En la pantalla apareció el logotipo junto con numerosas advertencias,

exhortaciones y pronunciamientos apocalípticos, y entonces un símbolo de cursor. Tecleó su nombre en Mutanet (LUCIO) y su contraseña actual (NH3GH3), y entró.

Un foro de noticias trabajaba de un modo similar a un tablón de anuncios real: en él podías dejar cosas para que todos los demás las leyeran y respondieran, o dejar mensajes privados dirigidos a una persona concreta. Una de las ventajas del tablón electrónico era que nadie podía romper o quitar tus mensajes, ni mirar los sobres privados, salvo el operador del sistema, que normalmente no tenía el menor interés en el asunto.

Tenía correo esperando, un mensaje de un tipo talentoso llamado Zombi que le había dado números de tarjetas de crédito operativas pertenecientes a muertos recientes. Los familiares angustiados no solían acordarse de inmediato de notificar los decesos a las compañías de tarjetas, y hasta entonces aquellos números podían ser diseminados y utilizados. Puede que se tratara de algo igual de interesante.

Abrió el mensaje y se recostó en la silla.

El texto llenó la pantalla, parpadeando como el neón de un local de *striptease* de Bourbon Street, palpitando como la vena en la sien de un yonqui enfebrecido.

>LUCIO, LOS TIENES ENCIMA. SABEN QUIÉN ERES. SABEN DÓNDE ESTÁS. HUYE.

Capítulo tres

El autobús Greyhound era lento y caluroso, e iba casi vacío. Olía principalmente a humo y sudor, un olor cansado como el fin de un viaje, pero bajo él estaba el dulzor levemente exótico que se enroscaba en las fosas nasales como el humo del opio. Probablemente fuera el desinfectante industrial que usaban en el aseo de la parte trasera del autobús, pero para Trevor era el olor del viaje, de la aventura. En cualquier caso, era un olor que conocía tan bien como el de su propia piel. Había pasado buena parte de los últimos siete años en aquellos Greyhound, o esperándolos en la silenciosa desesperación de un millar de cavernosas terminales.

El campo de Carolina pasaba por su ventana, el verde estival, después el azul crepuscular, después un violeta más profundo, humeante. Cuando la luz mortecina del ocaso ya no le dejaba ver, encendió la pequeña bombilla sobre su asiento y siguió dibujando. Su mano se movía al ritmo de la cinta de Charlie Parker en su casete portátil. De vez en cuando alzaba la vista y miraba brevemente por la ventana. Todos los coches llevaban las luces encendidas y corrían hacia él en una corriente interminable y cegadora. Pronto estuvo tan oscuro que no podía ver más que su propio reflejo de ojos huecos en el cristal.

El gordo palurdo que ocupaba los dos asientos frente a él soltó un largo suspiro cuando Trevor encendió la luz. Este apenas fue consciente de que el hombre se removía en su asiento, dejando claro su malestar al calarse de forma ostentosa la gorra de John Deere. Su cuerpo emitía un fuerte olor estancado a cerveza barata y suciedad humana. Al fin se giró del todo y miró a Trevor por encima del respaldo. Carecía de cuello, y su cabeza tenía el aspecto de un pote colgado de una pared; la piel del rostro estaba cosida, húmeda, hinchada, casi leprosa. Podía tener diecinueve, o cuarenta.

—Ey, tú —dijo—. Ey, *hippie*.

Trevor alzó la mirada pero no se quitó los auriculares. Siempre escuchaba la música muy baja, y oía bien con ellos puestos.

—¿Es a mí?

—Sí, tú, ¿con quién coño te crees que estoy hablando, con él? —El palurdo hizo un gesto hacia un viejo negro dormido al otro lado del pasillo, abierta la caverna desdentada que era su boca, enroscadas las manos torcidas alrededor de la botella casi vacía de Night Train en su regazo.

Con gran lentitud, Trevor negó con la cabeza, sin apartar la mirada de los ojos brillantes y legañosos del palurdo.

—Bueno, tú, ¿te importaría apagar esa maldita luz? Tengo un buen dolor de cabeza, ¿sabes?

Resaca, más bien. Trevor volvió a negar con la cabeza, aún más lento que antes,

con mayor firmeza todavía.

—No puedo. Tengo que trabajar en este dibujo.

—¡Y una mierda! —Desde detrás del respaldo asomó aun más cabeza, aunque seguía sin haber cuello a la vista. También apareció una gran mano llena de cicatrices. Debajo de cada uña Trevor vio medias lunas negras de mugre—. ¿Qué coño tiene que dibujar un tarado como tú?

En silencio, Trevor giró su cuaderno para que el otro pudiera verlo. La luz mostraba cada detalle del dibujo: una mujer delgada medio sentada, medio desparramada en un umbral, con la cabeza echada hacia atrás, la boca abierta, llena de sangre y dientes rotos. La sien izquierda y la frente estaban hundidas. El pelo, la cara, la parte delantera de la blusa estaban ennegrecidos por la sangre. El estilo era oscuro y preciosista, la agonía congelada era evidente en cada línea del cuerpo, en cada trazo del rostro destrozado.

—Es mi madre —dijo Trevor.

La cara del palurdo se estremeció. Sus labios temblaron. Su mirada era atónita, momentáneamente indefensa. Entonces perdió toda expresión.

—Tarado de mierda... —musitó en alto. Pero no insistió acerca de la luz, ni volvió a abrir la boca en todo el viaje.

El autobús abandonó la interestatal en Pittsboro y entró en la angosta autopista estatal de dos carriles. Se detuvo unos minutos en una diminuta y oscura estación en Corinth; después no hubo más paradas y fue irrevocable, inevitable: volvía de verdad a Missing Mile.

Devolvió la mirada a su dibujo. Entre sus cejas se formó un ceño de preocupación. Qué raro. En la esquina inferior derecha, sin ser consciente de ello, había titulado el dibujo. Y lo había hecho mal. Con grandes letras cuadradas, oscuras, había puesto el nombre «Rosena Black».

Pero el nombre de su madre era Rosena McGee. Su nombre de soltera era Rosena Parks, pero había muerto como McGee. Black era el nombre que Trevor había adoptado para sí hacía años, el nombre con el que dibujaba.

No borró el error; el lápiz estaba demasiado marcado y arruinaría el papel. Además, no le gustaba borrar. A veces los errores le mostraban las conexiones realmente interesantes entre el cerebro, la mano y el corazón, aquellas de otro modo permanecerían ocultas. Eran importantes, aunque no supiera lo que significaban.

Como ahora, por ejemplo. Volver allí podía ser el mayor error que hubiera cometido jamás, pero también lo más importante que hubiera hecho en su vida.

No recordaba la última imagen que había tenido de Missing Mile. Los amigos de su madre lo habían sacado de la casa aquella mañana, y durante un tiempo aquello fue todo cuanto supo. Solo uno de ellos, un hombre con manos grandes y amables, había tenido el valor de rodear cuidadosamente el cuerpo ahorcado de Bobby para arrancar a Trevor de su nicho entre el aseo y el retrete. Lo siguiente que recordaba era que despertó en una sala blanca y vacía que olía a vómitos y a medicina, y que gritó

al ver un tubo que culebreaba desde una bolsa que colgaba junto a la cama hasta introducirse directamente en su brazo. La carne alrededor de la entrada estaba hinchada, roja, dolorida.

Había creído que aquella cosa estaba viva, que se había abierto paso dentro de su cuerpo mientras dormía. Nunca volvería a confortarle la idea de dormir. Cerrabas los ojos y te ibas a otro lugar durante unas pocas horas, y mientras estabas fuera podía pasar cualquier cosa. Cualquiera. El mundo podía desaparecer.

La enfermera le dijo que había sido incapaz de oír a la gente que intentaba hablarle, y que no habían podido hacerle comer o beber. El tubo servía para suministrarle alimento por el brazo e impedir que muriera de inanición, o eso entendió. Se avergonzó al ver que llevaba un pañal. Incluso Didi era demasiado mayor para llevar pañales. Entonces recordó que Didi ya no era sino el recuerdo de un cuerpo destrozado sobre un colchón manchado. Su familia llevaba cinco días muerta, y había sido enterrada mientras Trevor flotaba en aquel mundo brumoso y crepuscular.

Los doctores del hospital de Raleigh lo llamaban «catatonia». Trevor sabía que se trataba de Birdland. No era solo el lugar donde nadie podía tocarte, sino aquel al que ibas cuando el mundo real te asustaba.

Cuando se hizo evidente que ningún familiar o amigo de la familia iba a reclamarlo, y una serie de pruebas cognitivas demostraron que era una persona funcional, aunque algo retraída, el juez declaró que Trevor McGee quedaba bajo la tutela del estado. Fue llevado al Hogar de Jóvenes de Carolina del Norte en las afueras de Charlotte, un orfanato y escuela cuyo presupuesto había sido masacrado el año anterior. No había programa de familias de adopción, ni educación especial para los dotados, ni terapia para los perturbados. Solo una enorme escuela ventosa y cuatro dormitorios adyacentes, todos ellos construidos con una piedra pulida y gris que permanecía fría aun en pleno verano. Solo había trescientos muchachos entre cinco y dieciocho años, todos con cortes de pelo militar y ropas conservadoras, cada uno con su propio infierno personal y ninguno muy inclinado a aliviar el peso del de los demás.

El lugar parecía carecer de color, de textura. Los trece años que Trevor pasó allí fueron un *collage* de bordes borrosos, espacios grises e indistintos, calles vacías divididas en pequeños diamantes por la cadena que rodeaba el Hogar y sus terrenos. Su cuarto era una caja fría y cuadrada, pero era un lugar seguro porque allí podía dibujar sin que nadie mirara por encima del hombro.

La mayoría de los chicos usaban el deporte como vía de escape, construían sus sueños alrededor de becas de atletismo en la State o la UNC. Trevor era dolorosamente torpe; excepto su mano derecha, su cuerpo parecía en rebelión, como si fuera algo que no le correspondía y que no debería tener. Temía las tardes en las que se veía obligado por la clase de gimnasia a salir al campo de juego, un tedio caliginoso y polvoriento solo roto por el pánico ocasional cuando alguien le gritaba

que corriera, o que bateara o que atrapara una pelota que parecía una bomba que cayera a miles de kilómetros por hora en un cielo cegador de tan azul.

Su vida en el Hogar de Jóvenes no había sido ni buena ni terrible. Nunca intentó hacer amigos, y por lo general era ignorado. En las raras ocasiones en las que un grupo de predadores lo elegía como su siguiente blanco, Trevor devolvía las amenazas y los insultos hasta que provocaba el ataque. Al final, siempre terminaban atacando. Entonces hacía todo el daño que podía a tantos de ellos como era posible. Aprendió a propinar un fuerte puñetazo con la izquierda, a dar patadas, a arañar, a morder, cualquier cosa que no pusiera en peligro su mano de dibujar. Normalmente se llevaba la peor parte, pero después de la pelea el grupo lo dejaba en paz, y Trevor se ocupaba de sus asuntos hasta que llegaban los siguientes. Por las cosas que leía, sospechaba que aquello era muy parecido a la cárcel.

El estado lo había soltado a los dieciocho con la opción de asistir a la escuela de formación profesional. Pero Trevor se dirigió a la estación Greyhound y compró un billete para el lugar más lejano que le permitieran los cien dólares que tenía en el bolsillo.

En aquellos años viajó sin rumbo, zigzagueando entre ciudades y costas, buscando un trabajo aquí y allá, vendiendo en ocasiones un boceto o una tira cómica por el precio de un billete de autobús, en ocasiones por más. A veces conocía a gente a la que, en otras circunstancias, hubiera podido llamar amigos. En cualquier caso, la gente del mundo real era más interesante que la que había conocido en el Hogar. Pero en cuanto dejaba un lugar, aquellos conocidos desaparecían y eran borrados de su mundo.

Nunca dejaba que nadie lo tocara. Por lo general prefería estar solo. Estaba casi seguro que, de no poder dibujar, se moriría. Aquella era una posibilidad que siempre mantenía en una esquina de su mente, la comodidad de la cuchilla o la soga, la seguridad del veneno en el estante a la espera de ser ingerido. Pero cuando tuviera que irse no se llevaría a nadie con él.

Hacía siete años que no se cortaba el pelo. Nunca había tenido una dirección permanente. Rara vez visitaba más de una vez una ciudad o pueblo. Solo evitaba algunos lugares: Austin. Nueva Orleans. Y Carolina del Norte, hasta ahora.

Su vigésimo quinto cumpleaños había sido recientemente, y solo lo había celebrado cruzando una frontera estatal, algo que siempre lo alborozaba un tanto, por muy a menudo que lo hiciera. Muy a menudo estaba a punto de olvidar su cumpleaños. En el Hogar de Jóvenes solo representaba una nueva camisa horrible y un diminuto pastel con una vela, recordatorios de todo cuanto le faltaba.

Y, además, su cumpleaños quedaba ensombrecido por el aniversario, mucho más importante, que llegaba justo después. El aniversario que se cumplía al día siguiente.

Ya habían pasado veinte años desde entonces, y cada uno de ellos pesaba como una piedra de molino colgada de su corazón. Había pasado cuatro quintas partes de su vida preguntándose por qué él no había muerto. Era demasiado tiempo.

Recientemente había comenzado a soñar con la casa de Violin Road. Durante toda su niñez Trevor había soñado con aquella última mañana, aquella sangrienta mañana que parecía gotear desde su memoria como la melaza, oscura y lenta. Era una pesadilla familiar, ahora infrecuente. Pero este nuevo sueño era diferente, y lo había tenido varias veces a la semana.

Se encontraba sentado en el pequeño dormitorio trasero que Bobby usaba como estudio, contemplando una hoja de papel en blanco en el tablero de dibujo. Trevor solía dibujar los tebeos en su cuaderno, pero Bobby había usado papel suelto para Birdland. Solo que en aquella lámina no había Birdland. No había nada, y no era capaz de pensar en nada que poner. Lo miraba a los ojos y se reía de él, y Trevor casi podía oír su susurro sardónico: «¿Te devuelve el abismo la mirada? ¡Ja! No hay nada que ver, salvo un hígado escabechado en *whisky* y las cenizas de un millón de sueños calcinados».

Cuando estaba despierto, Trevor no podía imaginar el no ser capaz de dibujar. Siempre conseguía que su mano se moviera. Una página vacía era un reto, un espacio que llenar. Cuando estaba despierto, así seguía siendo. Pero, en su sueño, la lámina en blanco era una burla.

Y no bebía *whisky*, ni ninguna otra clase de alcohol. No lo había probado en toda su vida.

Descubrió que ese sueño le preocupaba más que aquellos en los que veía muerta a su familia. Dibujar era lo único que le había interesado durante mucho tiempo, y ahora comenzaba a comprender cómo su pérdida era capaz de enloquecer a alguien.

Empezó a preocuparse. ¿Qué sucedería si aquella sensación hueca y paralizante del sueño se infiltrara en su vigilia? ¿Y si un día abría su cuaderno y su mano se quedaba entumecida, su mente aletargada?

La noche en que despertó con un lápiz roto en las manos, los bordes de la madera afilados como el hueso fracturado, el sonido del chasquido aún resonando como un fragmento remanente de la pesadilla en su solitario cuarto alquilado, Trevor supo que tenía que volver a la casa. Estaba harto de tener que soportar su pasado como una piedra de molino. No estaba dispuesto a permitir que su arte se convirtiera en un lastre más.

El autobús dejó atrás los restos de un accidente a la salida de Missing Mile, un coche pequeño dentro de una zanja. Los resplandecientes fragmentos de cristal capturaban las luces giratorias azules y rojas, haciendo que la escena pareciera girar de forma psicodélica. Trevor hizo visera con las manos contra la ventana, apretando la frente contra el cristal. Los sanitarios cargaban a alguien en una ambulancia atado a una camilla, ya perforado por las agujas y los tubos. Miró el rostro de la persona y vio que se trataba de una chica, puede que de su edad, con la cabeza cubierta de sangre, el pecho hundido y los párpados aún agitándose espasmódicos.

Entonces, lo vio... la vida la abandonó. Los párpados se detuvieron y vio cómo sus ojos se congelaban en un punto más allá de él, más allá de cualquier cosa que

podiera ver en este mundo. Los médicos siguieron moviéndose, la empujaron dentro de la ambulancia y cerraron las puertas de golpe. La chica se había ido. Se había ido para siempre.

«Genial», pensó. «Un presagio. Justo lo que necesitaba».

Unos minutos después, el autobús entró en el estacionamiento de la ferretería agrícola, el edificio con forma de plancha que se alzaba aislado y orgulloso frente a los otros más bajos del centro, como la proa de un barco varado. Una pequeña taquilla en la parte trasera y un banco en el estacionamiento servían como estación de autobús de Missing Mile. El Greyhound se detuvo con un gruñido junto al banco vacío.

Trevor se echó al hombro la mochila, se dirigió hacia la puerta y bajó las escalerillas. Sus pies tocaron el suelo de Carolina del Norte por primera vez en dos décadas, y un escalofrío lo recorrió como una diminuta descarga eléctrica. No se bajó nadie más.

El autobús le había parecido caluroso, pero el ambiente húmedo de la noche le hizo comprender que estaba acondicionado. El aire presionaba como una palma suave y húmeda contra su rostro, delicioso por el aroma de la madreselva, la hierba empapada, el carbón caliente y la rica grasa del cerdo a la brasa. Alguien estaba cocinando fuera, muy cerca de allí.

Su estómago primero se retorció, luego gruñó ante el olor de la barbacoa; o estaba enfermo o muerto de hambre, pero los largos años de comida institucional le habían confundido las dos sensaciones. El Hogar de Jóvenes no era realmente dickensiano, pero ni las mujeres que atendían la cafetería veían bien que los chicos repitieran, ni estos tenían demasiadas ganas de hacerlo.

Era posible que, a aquella hora, en Missing Mile hubiera algún sitio para comer aparte de aquella cena grasienta. De no ser así, la barbacoa estaría bien. Trevor decidió dar un paseo por el centro. Aún no podía ir a la casa, no por la noche. Estaba preparado para cualquier cosa, pero aún sentía miedo.

Acudiría al día siguiente, para la reunión de los veinte años.

Solo esperaba que aquella vez estuviera invitado.

Kinsey sabía que aquella noche iba a ser horrible. Era el turno de Rima, pero la chica se había largado para encontrar a otro al que robar, o para que le rasparan la carne cruda del útero, o para ponerse de coca hasta que su cerebro girara como una peonza; quizá para las tres cosas.

Así que le tocaba trabajar solo. Tocaba Gumbo, el nuevo grupo de Terry Buckett. Terry era el dueño y dependiente de la tienda de música El Disco Giratorio, y tocaba la batería y cantaba en cuanto le daban la ocasión. Gumbo era una de las principales atracciones del Tejo ahora que Lost Souls? estaban de gira, e iba a ser una noche atareada.

Para distraerse, Kinsey decidió preparar una cena especial. Le daría todavía más trabajo, pero le encantaba cuidar de sus chicos. Revisó su limitado repertorio. ¿Curry? No, le llevaría demasiado. ¿Sopa de lentejas? No, ya la hizo dos veces la semana pasada. Quingombó, por el grupo... Pero sus habilidades no estaban a la altura y a esas horas no podría conseguir marisco fresco; además, estaba casi convencido de que solo era posible hacer un buen quingombó en Nueva Orleans. El agua del Misisipí le daba un sabor especial, quizá. Al final, Kinsey decidió que aquella sería la Noche Japonesa.

Volvió a casa y preparó un caldo rápido a partir de algunas verduras venerables y unos huesos de cerdo que guardaba en el refrigerador. Lo metió en el coche y condujo lentamente hasta el centro, para que no se derramara. Las vías del tren fueron peliagudas, pero las negoció con aplomo. Una vez llegó al pueblo, se detuvo en la pequeña verdulería junto a Repuestos Agrícolas y compró veinte paquetes de tallarines y cebolletas suficientes. Había dejado de llover, lo que significaba que tendría aún más trabajo.

De vuelta en el Tejo, Kinsey bajó la pizarra que había sobre la barra, eligió un trozo de tiza púrpura y con floreo escribió: «¡Sopa japonesa de tallarines! ¡1,00\$!».

Si alguien pedía el especial, Kinsey prepararía un cuenco de su caldo casero, le echaría algunos tallarines, le metería parte de una pastilla de caldo pulverizada y al microondas que tenía detrás de la barra. Las cebolletas, que comenzó a cortar en pequeños aros fragantes, eran de aderezo. Ya eran casi las ocho. El grupo no comenzaría hasta las diez, pero los chicos solían dejarse caer a partir de esa hora para tomar algo y charlar. A veces abría el bar a las cinco y anunciaba la «hora feliz», pero aquel día no había sido precisamente feliz.

Una hora más tarde, el Tejo Sagrado estaba casi lleno. La entrada era gratuita hasta las diez. Después, tendría que encontrar a alguien para que trabajara en la puerta. Aquello nunca le costaba mucho: lo único que tenía que hacer el portero era recaudar el dinero, rechazar a los gilipollas y ver gratis la actuación. Si tenía la edad suficiente, también se ganaba una cerveza gratis. El único alcohol que se servía en el local era la cerveza, ya fuera en botellín, en lata o en caña. A pesar de todo, los caprichos legales de Carolina del Norte seguían considerando al Tejo un bar, y prohibían la presencia de menores de veintiún años.

Para que el local pudiera atender a todas las edades, lo que Kinsey había pretendido desde un principio, también debía estar cualificado como restaurante. De ahí la sopa de tallarines, los sándwiches, los aperitivos estrafalarios que servía. Al principio, la preparación de la comida había sido un fastidio, pero poco a poco le fue gustando; ahora, su colección de recetas crecía con rapidez. Los clientes habituales le enseñaban nuevos platos constantemente, lo que Kinsey decidió tomarse como un cumplido.

Conocía a algunos de los chicos, los de Missing Mile y la zona circundante, la mayoría de los cuales asistía a una escuela cuáquera cercana llamada Windy Hill.

También había un instituto público, pero sus alumnos eran en su mayoría unos zoquetes y unos cretinos; Kinsey conocía a algunos de ellos, incluso les había ayudado con sus coches, pero no les gustaba la música del Tejo.

Los muchachos que venían a su local tenían una vena más artística, vestían ropa vieja de colores brillantes, o camisetas rasgadas con botas militares, o de un elegante negro, según las diversas filosofías y pasiones. Algunos se teñían el pelo y se lo ponían de punta, otros se lo dejaban largo y lo adornaban con cintas de colores, otros simplemente se lo apartaban detrás de la oreja y se olvidaban de él, o eso aseguraban. Había poetas y pintores, agitadores y gregarios, inocentes y libertinos. Había residentes de Missing Mile y estudiantes de Raleigh y Chapel Hill, los que tenían identificación legal y dinero para cerveza, los que pagaban sus facturas. Había chicos más jóvenes que sacaban con disimulo sus petacas, echando licores obtenidos Dios sabía dónde a la Coca-cola del bar. Salvo que lo hicieran de un modo especialmente evidente o molesto, Kinsey solía hacerse el loco.

Acababa de enganchar un nuevo barril de Budweiser cuando Terry Buckett se sentó en la barra. El grupo ya había hecho antes la prueba de sonido, y era evidente que habían ensayado bastante; sonaban mucho más conjuntados, la voz de Terry clara y fuerte, las líneas del bajo de R.J. atronadoras.

—¿Cómo llamáis a ese estilo? —les había preguntado Kinsey después de escuchar un par de canciones.

—Rock del pantano —le había dicho Terry con una sonrisa.

Ahora volvía a sonreír a Kinsey; estaba colocado y afable, con los musculosos antebrazos de batería apoyados en la barra, un pañuelo teñido en el pelo oscuro y rizado.

—Sopa de tallarines, ¿eh? ¿De dónde te la has sacado?

—De un libro de cocina, «El menú asiático» —dijo Kinsey—. Con ciertas variaciones.

—Ya. Bueno, vamos a probarla. Y ponme una Natty Boho.

La National Bohemian era la marca propia del Tejo. Por un dólar cincuenta la botella, se vendía como churros. Kinsey abrió un botellín helado y lo dejó frente a Terry, y después comenzó a preparar la sopa.

—Hoy hablé con Steve y Fantasma —dijo Terry.

—¿Sí? ¿Han llamado a la tienda? —Steve y Fantasma eran los dos miembros del grupo Lost Souls?; la frase «no tenemos miedo» pintada con rociador pertenecía a «World», la canción con la que solían cerrar sus conciertos. Steve tocaba la guitarra de un modo oscuro, feroz; la voz de Fantasma era como gravilla de oro arrastrándose en el fondo de una límpida corriente de montaña. Hacía un par de semanas habían vuelto de un concierto en Nueva York, pero se habían marchado de inmediato para hacer un viaje con el viejo T-bird de Steve. Su destino final era San Francisco, pero planificaban su ruta a medida que conducían, y podrían estar fuera más de un año.

—Sí. Lo coge el chico nuevo y le dice Steve: «Soy John Thomas de Hacienda,

quería hablar con el Sr. Bucket». Casi me meo en los pantalones cuando me pasó el teléfono. Menudo hijo de puta... —rió Terry, negando con la cabeza.

—¿Les va bien?

—Sí. Ahora están en Texas. Steve dice que tocaron en una cafetería de Austin y que a la gente le encantó. Vendieron algunas cintas. Debería mirar yo Austin. ¿Has estado alguna vez?

—No. Pero uno de mis dibujantes favoritos era de ahí. Bobby McGee.

Terry frunció el ceño.

—¿McGee? ¿No era el tipo que...?

—Ese.

—Ahí sigue la casa de Violin Road —musitó Terry—. Yo tenía ocho años cuando los asesinatos, pero todavía lo recuerdo. Dicen que está encantada.

—Y qué van a decir. E igual hasta es cierto. Pero su tebeo Birdland era brillante, estaba ahí con Crumb y con...

—¿No dejó vivo a uno de sus hijos?

Kinsey sirvió a Terry un cuenco humeante de sopa de tallarines.

—Sí, dejó a un chico, uno de los hijos, de cinco años, creo. Y no, no sé qué fue de él.

—Te puedo asegurar que habrá estado bien jodido —respondió Terry, saboreando el caldo pensativo.

—Disculpe. ¿Podría ponerme un plato de esa sopa? —dijo una voz apagada desde el extremo de la barra.

Kinsey se giró. Ni él ni Terry habían reparado antes en el muchacho; el bar estaba atestado y el chico no llamaba la atención, alto y delgado, con una camiseta negra lisa metida en los vaqueros negros, un pelo rubio ondulado, largo y recogido en una coleta, un rostro casi delicado. Sobre el hombro llevaba una desgastada mochila gris. Debía de tener unos veinte años y se manejaba como alguien todavía menor, como si dudara de ser bienvenido y no tuviera ningún deseo particular de llamar la atención.

Pero sus ojos eran fascinantes: un iris transparente, de un azul gélido, grande y redondo, bordeado por una delgada línea negra. Parecían enormes en aquella cara enjuta. Ojos desamparados, pensó Kinsey; ojos hambrientos.

—¿Nuevo en el pueblo? —preguntó Terry con la boca llena de tallarines.

El muchacho asintió.

—Llegué en el autobús hará menos de una hora.

—Eso sirve como nuevo, sí. —Terry le ofreció la mano. El chico pareció confuso por un momento, entonces se decidió y aceptó el saludo—. Soy Terry Bucket. Llevo la tienda de discos, por si necesitas música. Tengo todo lo que quieras, desde Nine Inch Nails hasta Hank Williams.

—Hank Williams padre —intervino Kinsey.

—Padre, desde luego. Si quieres a Bocephus tendrás que ir a Corinth. Para nosotros es un poco... demasiado americano. ¿Quién eres?

—Trevor Black. Me gusta el *jazz*.

—De eso también tengo —sonrió Terry. Tras un momento de duda, el chico devolvió una sonrisa tentativa. La afabilidad de Terry era difícil de resistir; era capaz de seguir hablando hasta que el otro se decidiera a responder, aunque fuera para acallararlo.

Kinsey puso frente a Trevor Black un cuenco de sopa (el nombre le resultaba vagamente familiar, pero no era capaz de determinar por qué) y se cobró el dólar del chico.

—Normalmente invito a los nuevos clientes a una cerveza. Si tienes menos de veintiuno, te invito a una Coca-cola.

Trevor se llevó una cuchara bien llena de tallarines a la boca.

—Tengo veinticinco, pero no bebo. Venga esa Coca-cola. —Masticó los tallarines y frunció el ceño—. Esto sabe a tallarines de bote.

Terry resopló.

—Kinsey practica lo que podrías llamar «cocina establecida».

—El caldo es casero —respondió gélido Kinsey—. ¿Queréis vuestro dólar?

Terry negó con una mano impaciente. Trevor pareció pensárselo un momento, pero luego sacudió la cabeza.

—No, está bien.

—Cuánto nos alegramos de disfrutar de su aprobación —murmuró Kinsey, girándose para buscar la Coca-cola del muchacho. Detrás de él oyó a Terry resoplar de nuevo. Cerró los ojos e inspiró lentamente. Aquella noche se le iba a hacer eterna.

Una hora más tarde, Gumbo tocaba sobre el escenario. Trevor Black seguía sentado en el taburete con su tercera Coca-cola. El bar era un caos total.

Kinsey había contratado a un chico del lugar llamado Robo para que recaudara el dinero en la puerta. Tenía dieciocho años, y ya estaba camino de convertirse en el delincuente residente de Missing Mile (su apodo hacía referencia a las botellas de Robitussin que levantaba en la droguería), pero Kinsey creía que sería capaz de limitarse a contar dólares, marcar manos con el sello y no birlar las ganancias del grupo mientras le llevara un par de cervezas a lo largo del concierto.

El local estaba atestado. Terry y R.J. Miller, el bajista de Gumbo, habían tocado con Lost Souls? varias veces y ya eran conocidos como buenos músicos. El guitarrista era una dinamo de *glam-rock*, un chico llamado Calvin que, de hecho, tenía un fuerte parecido con el famoso Calvin de las tiras cómicas, pero en versión punk y avinagrada. La música de Gumbo era rocosa, picante como el tabasco y embriagadora como la cerveza Dixie.

Desde que comenzó el concierto, Kinsey no había dejado de abrir chapas y tapones sin fin. Justo antes de las once, el barril de Bud se quedó seco. Se dirigió corriendo a la sala trasera y puso uno nuevo en la carretilla. Los barriles eran pesados

y difíciles de manejar, y cuando tenía prisa era habitual que el barril se saliera de la carretilla y le cayera en el pie.

—¡Mierda! —gritó cuando sucedió precisamente eso. Cuando retiró el pie, el barril se tambaleó y amenazó con volcarse. Consiguió evitarlo. Si volcaba, la espuma de la cerveza sería inmisericorde. En la barra ya había tres filas de clientes a la espera, y aún quedaba una hora para servir la penúltima. Maldijo en silencio a la traicionera Rima y deseó haberla denunciado, aunque solo fuera por la satisfacción ruin que sentiría en ese momento.

Entonces, de repente, alguien apareció a su lado bregando con el barril helado, empujando a Kinsey hacia las tapas, la nevera, la masa impaciente y sedienta.

—Ve a servir, que yo lo engancho. Sé cómo se hace.

Unos brazos delgados rodearon el barril y lo colocaron en su sitio. Unas manos de dedos largos y hábiles ya manipulaban la válvula. Trevor Black. Kinsey se preguntó si tendría de verdad veinticinco años. Tenía más pinta de diecinueve, y podían cerrarle el Tejo si pescaban a un menor de edad sirviendo cerveza. Se encogió de hombros y alejó la idea de su cabeza. Era mejor arriesgarse que perder ventas.

Quince minutos más tarde, Kinsey podía asegurar que Trevor ya había trabajado antes de camarero. Se percataba muy pronto de dónde estaba todo, era capaz de agacharse y esquivar a Kinsey sin incordiarlo. Como no se sabía los precios, se limitaba a servir bebidas lo más rápido que podía y dejaba la caja registradora a Kinsey, a cuyas manos volaban los billetes. El bote de las propinas estaba hasta arriba de cambio. Por fin la inundación de clientes se convirtió en un riachuelo, hasta detenerse: todos estaban borrachos y bailando, disfrutando de Gumbo.

Kinsey salió de la barra para acercarse al grupo una ronda de Natty Bohos. Terry lo agradeció con una gran sonrisa y un redoble de caja. El local estaba caldeado y humeante, olía a sudor, a cerveza, a humo de clavo; los rostros de los chicos que bailaban brillaban con luz propia, perdidos en el embeleso de la música.

Cuando Kinsey logró volver abriéndose paso entre la multitud, Trevor estaba apoyado en el refrigerador bebiéndose otra Coca-cola. Su sonrisa era indecisa, apenas un destello.

—¿Te ha molestado que me apuntara por el morro?

—Pues sí. Estás despedido. —Se miraron durante un momento; entonces la boca de Kinsey comenzó a temblar y los dos rompieron a reír a la vez—. No, en serio, ¿quieres trabajar? Puedes quedarte todas las propinas de esta noche, y empezar a cuatro cincuenta la hora.

Trevor se encogió de hombros.

—Tengo cosas que hacer en Missing Mile, ahora mismo no necesito trabajo. Además, no soy camarero. Solo lo he hecho un par de veces.

Kinsey enarcó una ceja.

—Entonces has conseguido engañarme. Bueno, puedes apuntarte de vez en cuando si te interesa, quizá una noche a la semana.

Trevor se quedó mirando el suelo.

—Puede. Depende.

Kinsey decidió no preguntar de qué dependía. Parecía que ya se había cargado el momento de camaradería. Trevor era un tipo extraño, su conversación estaba salpicada de vientos gélidos y bolsas de hielo. Kinsey buscó un tema de conversación neutro para disipar la tensión.

—Y si no te ganas la vida como camarero, ¿qué es lo que haces?

Trevor seguía mirando al suelo; arrastraba sobre los tableros desgastados del suelo una vieja zapatilla negra.

—Dibujo tebeos.

Kinsey sabía que el nombre le parecía familiar.

—Trevor Black... ¿No tenías tú una página en *Drawn and Quarterly*? —Se trataba de una revista underground que incluía el trabajo de algunos de los talentos más novedosos y extraños.

Trevor parecía sorprendido, después un poco desconcertado, pero asintió.

—Sí. Ese era yo.

—Era una buena tira. ¿Sabes?, me recordaba a...

Una segunda oleada de bebedores de cerveza descendió sobre la barra, exigiendo sus Natty Bohos. Trevor se giró tan rápido para atenderlos que Kinsey se preguntó si no se alegraría de haber desviado la atención de la conversación. Mientras marcaba la recaudación en la caja, su mente volvía al tebeo. Se trataba de un cuento extraño, breve, una especie de epifanía, algo sobre una bandada de pájaros que surgía del cuerpo calcinado de un hombre, como un alma emplumada con joyas como ojos. Kinsey había estado a punto de comentarle cuánto le recordaba el estilo al del fallecido Bobby McGee: el entintado incisivo, las líneas elegantes. Estaba seguro de que Trevor había leído *Birdland*. Posiblemente supiera que McGee había muerto allí. Quizá hasta le hablara de la ocasión en que había arreglado el coche de los McGee, justo antes de la tragedia.

Pero el grupo comenzaba a perder fuelle. La animación continuó hasta la llamada a la penúltima; después llegó el cierre, el cálculo de la recaudación, la limpieza del suelo, la búsqueda y vaciado de cientos de vasos y botellas, la separación para la recogida de reciclaje del día siguiente. Para cuando terminó, ya eran más de las tres.

Kinsey abrió una cerveza, sacó una cinta y la puso en el pequeño radiocasete detrás de la barra. Miles Davis, algo de los cincuenta. El sonido de la trompeta llenó el local, suave y lento, meloso como un ponche de huevo con *whisky*. Trevor apoyó la cabeza en la barra. Kinsey se inclinó sobre la caja registradora y cerró los ojos.

La música terminó y apareció la voz del locutor, parte de la cinta, que había sido grabada en vivo en la 52th Street, en los días dorados del bebop. La voz era profunda, blanca y jugosa, y en cierto modo parecía la esencia destilada de su tiempo. Era fácil imaginarse al tipo con su traje de grandes solapas, el pelo engominado hacia atrás.

—¡Sí! ¡Yeah! Miiiiiles Davis. Recuerda, aún tienes tiempo de sobra para llegar a

Birdland...

Kinsey oyó un gemido estrangulado. Abrió los ojos y miró a Trevor, que giraba la cabeza de un lado a otro en la barra. Sus manos intentaban clavarse en la madera. Enseñaba los dientes y las lágrimas escapaban de sus ojos. Kinsey alcanzaba a divisar los pequeños charcos salados formándose sobre la superficie barnizada. Se acercó al muchacho.

—Ey, Trevor, ¿qué...?

—¡Yo NO tengo tiempo de sobra para llegar a Birdland! —gritó el chico. Su voz sonaba como si se la estuvieran arrancando, como si la arrastraran sobre carbones ardientes y clavos oxidados, como si le estuvieran torturando la garganta—. No tengo tiempo... y tengo miedo.

—¿Birdland? —dijo Kinsey en voz baja.

Trevor captó la inflexión perpleja. Levantó la mirada hacia Kinsey. La piel pálida de sus párpados estaba hinchada, sus ojos claros desnudos, húmedos, aterrorizados. Y de repente Kinsey reconoció aquel rostro: el de un niño de cinco años, quizá con una cita pendiente con el peluquero, y sin duda demasiado delgado, de ojos huecos, en una carretera comarcal mirando primero a su madre, luego a su padre.

—Trevor McGee —dijo.

—Oh, Dios... —Trevor asintió, angustiado. Entonces comenzó de nuevo a sollozar. Kinsey rodeó la barra y probó a poner una mano sobre el hombro trémulo del muchacho. Sintió cómo los músculos se tensaban y se alejaban de su contacto.

—¡No me toques!

—Lo siento, no quería...

—No, no puedo...

Se miraron impotentes. El rostro de Trevor estaba bañado en lágrimas. Todo su cuerpo (los brazos cruzados sobre el pecho, los hombros hundidos) gritaba «¡no me toques!» tan alto como su propia voz acababa de hacer. Pero su mirada volvía a tener cinco años, y suplicaba: «abrázame. Abrázame. Ayúdame».

Trevor podría odiarlo, podría incluso pensar que quería pegarle, pero aquello era insoportable. No podía ignorar tanto dolor.

—Te recuerdo —dijo—. Yo era el mecánico que arregló el coche de tus padres. Quise ayudaros entonces, y quiero ayudarte ahora. —Antes de que Trevor pudiera huir de nuevo, Kinsey lo rodeó con sus largos brazos y lo apretó contra sí.

Sintió cómo el cuerpo del chico quedaba totalmente rígido, cómo trataba de alejarse. Si Trevor hubiera insistido, lo hubiera dejado marchar, pero después de unos segundos de protesta el chico sollozó contra su pecho.

—Yo también te recuerdo —dijo—. Reconociste a mi padre, pero... pero estaba avergonzado de sí mismo. Estaba avergonzado de nosotros.

—Pobre niño —susurró Kinsey—, pobre niño, pobre niño. —El cuerpo enjuto era todo ángulos, todo codos y omoplatos; lo sentía frágil como el de un pájaro herido. Se imaginó las lágrimas de Trevor desplegándose como alas traicioneras para arrastrarlo

a aquella casa, a aquel extraño y doloroso 1972, a la muerte que sin duda había pensado que merecía.

Al fin el llanto disminuyó hasta convertirse en largas convulsiones ocasionales que sacudían el cuerpo del chico como una corriente eléctrica. Se había apoyado con fuerza contra Kinsey, clavándole el mentón afilado en el hombro, pero ahora se retiró y se derrumbó en el taburete, limpiándose la cara. Kinsey decidió no darle tiempo de avergonzarse.

—Vamos.

Trevor le lanzó una mirada al tiempo precavida e interrogante.

—Esta noche no deberías estar solo —le dijo—. Te vienes a casa conmigo.

Esperaba que protestara, quizá que se negara, y estaba preparado para insistir. Pero Trevor parecía aliviado. Kinsey se preguntó si el muchacho planeaba acercarse a Violin Road para dormir en el mal recuerdo que era aquella casa. La casa del sino frustrado de Trevor McGee, y quizá la del amenazador destino de Trevor Black.

El chico se echó la mochila al hombro, apagó las luces del bar y siguió a Kinsey afuera, al extremo malo de Firehouse Street y la noche plateada y silenciosa.

Capítulo cuatro

Cuatro timbrazos. Zach los contó con los dientes apretados, despedazando violentamente una octavilla fundamentalista que había cogido en algún sitio, «La tumba de los nonatos».

Entonces oyó el suave chasquido de un auricular al levantarse y una suave música de *jazz* Dixieland al fondo.

—Eddy Sung al aparato.

—EDDIE POR EL AMOR DE DIOS TIENES QUE AYUDARME TENGO QUE LARGARME DE...

El Dixieland cambió abruptamente a un demoledor hardcore industrial.

—Lo siento, no estoy en casa, pero si dejas tu número te llamaré tan pronto...

—¡¡¡AAAH, MIERDA, MIERDA PUTA, EDDY, POR FAVOR, DIME QUE ESTÁS AHÍ!!! ¡¡¡COGE EL TELÉFONO, POR FAVOR!!!

Entonces oyó un *crescendo* de violines y el contestador automático de Eddy pitó en su oído. Zach inspiró angustiado, resistió las ganas de colgar el teléfono con fuerza suficiente para romperlo y habló con voz calmada.

—Ed... Estoy en un lío. Siempre dijiste que querías mi apartamento. Bueno, llámame en cuanto puedas e igual te quedas con él.

Colgó y se quedó dando vueltas sin un propósito claro en medio de la habitación. La pantalla del ordenador capturó su mirada, aún palpitando como un obsceno orificio digital. Sí, era posible caer de cabeza en aquella pantalla, en aquella realidad alternativa que era como una boca o un útero que lo acunara, y no tener que salir ni a respirar; entonces, sin que te dieras cuenta, lenta, suavemente, comenzaba a masticarte y a digerirte.

No. Culpar al ordenador de sus problemas era como un enfermo con cáncer terminal de pulmón que culpaba al paquete de tabaco, o peor aún, a su viejo y fiel Zippo. Era una herramienta y era él quien había decidido cómo usarla. Su problema era con Ellos, cuyo tentáculo pegajoso se había adherido al otro extremo de aquella herramienta. William Burroughs le había aconsejado que supiera qué había en el extremo del tenedor, pero ¿le había hecho caso? Claro que no. Y ahora aquellas púas sucias estaban a punto de empalarle la lengua.

Pero si seguía por ahí terminaría loco de atar.

Se apoyó sobre la jamba de la puerta que llevaba al baño. Los azulejos eran de color azul verdoso, la claraboya del techo estaba muy por encima de la bañera. Ducharse allí era como encontrarse bajo una catarata soleada. ¿Dónde podría encontrar otro lugar así, un baño como una cascada verde, un apartamento con todas sus cosas dentro, a una manzana del maravilloso bazar que vendía todo lo que necesitaba, a dos de la orilla del Misisipí, que recorría la ciudad como una arteria

marrón palpitante?

Antes de mudarse allí hacía dos años, Zach había pasado casi todo el tiempo en las calles y en casa de varios amigos. Aquel era el primer lugar en el que se había sentido como en casa. No estaba seguro de saber vivir en ningún otro sitio, no estaba seguro de que ningún otro lugar lo aceptara.

Pero aquello no importaba. Se había acercado demasiado, había asumido demasiados riesgos inconscientes. Cuando comenzó a piratear hacía tres años solo había sido otro modo de divertirse, de pasar el rato, una curiosidad como emborracharse con ginebra o ver la *Psychic Friends Network* en la televisión por cable nocturna. Durante su breve paso por el instituto había recibido clases de programación elemental y había conseguido que lo expulsaran de la sala de informática, lo que le había quitado el único buen motivo para aparecer por aquella institución cadavérica y entumecedora, a una hora inhumana, todos los días laborables por la mañana.

A los dieciséis, dos años después de irse de casa, Zach se cansó y comenzó a buscar algo mejor. Supo de inmediato que la piratería era la salida. Al principio solo disponía de un PC clónico cutre con un módem lentísimo, pero el investigar en los foros que había descubierto con su programa de llamadas automáticas lo llevó a preguntarse por otras redes, sistemas secretos y bancos de datos que se suponían ocultos pero que en realidad estaban allí, tentadoramente cerca, vibrando tras una delgada membrana de órdenes y contraseñas.

Información gratis, dinero gratis, si lograba dar con ello. Pronto descubrió que sí podía. Y era tan, tan fácil...

Pero si te pescaban en cosas como el robo a las compañías de tarjetas de crédito y la ruptura de los sistemas de la *Southern Bell*, afectuosamente conocida como la Gestapo entre los freaks y los piratas, podían caerte diez años en una prisión federal. Sí, podías salir tras cumplir la mitad, incluso antes, pero él creía que un solo día entre rejas ya sería demasiado para la mayoría de los piratas. Conjuraba imágenes de enormes pederastas tatuados y asesinos en serie rompiendo sus blanquísimos culos, y después sus cuellos delgaduchos.

Dejó que sus rodillas se doblaran y se deslizó apoyado en el quicio hasta el suelo. En algún momento se había quitado los calcetines y sentía el bendito frescor del suelo de azulejo verde en sus suelas. Vio el espejo redondo sobre el lavabo reflejando su cuarto vacío, vio el grifo goteante que a lo largo de los años había marcado la porcelana como la huella de una lágrima herrumbrosa, vio la taza de cerámica azul con dos cepillos de dientes, uno púrpura y otro negro. Tenía uno de más porque Eddy dormía allí en ocasiones, cuando veían una película mala de más o hablaban hasta demasiado tarde, o cuando simplemente se emborrachaban con el *bourbon* barato que encantaba a Eddy.

Aunque no había nada inapropiado, nada sexual, ni siquiera un manoseo alcohólico aquí o allí. A Zach le gustaba demasiado Eddy como para hacer algo así.

Pero ya no importaba quién le gustara. Se tenía que largar y pasar un tiempo solo. A los piratas les asustaba la cárcel, sí, y muchos de ellos se convertían en confidentes una vez los pescaban. Pero la mayoría también haría lo imposible por ayudar a un colega forajido, siempre que no se pusieran ellos mismos en peligro. Llevaba más de un año comunicándose con otros usuarios de Mutanet; era como frecuentar una pequeña y extraña cafetería, pues llegabas a conocer a todos los clientes habituales. Confiaba en Zombi tanto como en sus amigos menos remotos, y sabía que no le habría mandado un mensaje así de no tener fuentes fiables.

Y sin duda lo eran. Muchas compañías y agencias gubernamentales terroríficas podían estar detrás de él. Si le robabas a alguien, este intentaría joderte la vida. Y había robado mucho.

¿Y no tenía que admitir a regañadientes que, en alguna esquina extraperversa de su cerebro, la idea de tener que salir de la ciudad antes del anochecer lo atraía? Nueva Orleans había sido la única constante de su vida, ¿pero no sentía a veces inquietud, no pensaba en ocasiones en meterlo todo en el coche y largarse?

Por supuesto. Le pasaba a todo el mundo, incluso a la gente normal, a los que tenían tres hipotecas y facturas del dentista y responsabilidades con todo salvo con lo que realmente deseaban. Todo el mundo soñaba con una autopista abierta que se desenrollaba bajo sus ruedas como una cinta de seda negra. Estaba en la sangre estadounidense, era una especie de memoria racial. Pero la mayoría de la gente nunca lo hacía; quedaban atados a un sitio por los amigos, las posesiones, los hábitos. Si permanecías en un sitio lo bastante, comenzabas a echar raíces.

Pero siempre quedaba la posibilidad de levantarse un día y despegar. Era la clase de cosa en la que pensabas, pero que no solías hacer.

Hasta que no te quedaba otra.

Zach sintió cómo un millón de posibilidades comenzaba a desplegarse en su interior, como un jardín de flores oscuras. El perfume era embriagador: el olor de los extraños, de ciudades y pueblos desconocidos, el *bouquet* sutil de la aventura y de su gemela, el peligro.

Solo tenía diecinueve años y quería saber todo cuanto hubiera que saber acerca del mundo, hacerlo todo, agarrar cualquier experiencia con las manos y bebérsela como un *whisky*. Aquello no rompería su espíritu, no acabaría con él. Sí, le seguían los pasos, Ellos, esa gente oscura, sin rostro, infinitamente siniestra, que parecía un arquetipo peculiarmente americano del terror: gabardina oscura, ojos brillantes bajo un sombrero negro, una placa en la mano con la temible leyenda FBI, o NSA o algo peor, mostrada como un hierro al rojo dispuesto a marcar la frente. Todo pirata, todo delincuente inteligente que Zach conocía había tenido sus propias visiones y pesadillas acerca de Ellos.

Pero el que los tuviera detrás no significaba que fueran a cogerlo.

Reparó en que tenía las manos apretadas en puños, y que su corazón latía furioso. Era lo que le pasaba cuando se emocionaba; suponía que algún día acabaría con él,

pero era adicto a aquella sensación. Se esforzó por frenar su pulso, se obligó a abrir las manos. «La tumba de los nonatos» seguía ahí. Debería haber sido una película de terror, pensó. Qué pena que alguien hubiera desperdiciado aquel gran título en propaganda contra la elección personal, pues eso es lo que era, con fotos en color incluidas de fetos destrozados en charcos de su propia sangre.

Hizo una bola con el panfleto y lo tiró al otro lado de la habitación. Se puso en pie, se calmó un poco y tanteó su equilibrio. Bien. Había pasado un mal rato, pero ya estaba preparado para el siguiente capítulo de las Grandes Aventuras de Zachary Bosch.

No estaba seguro de que pensar en su vida como en una serie de películas fuera saludable, pero sin duda lo ayudaba a conservar la cordura.

Bourbon Street recorre la Vieux Carré durante catorce manzanas, comenzando en el lado más o menos septentrional, en la amplia avenida llamada Esplanade. En ese lado del Barrio, Bourbon es animada y atractiva, pavimentada con adoquines y salpicada de pequeños y oscuros bares, así como de carísimos estudios frecuentados en las noches más calurosas por muchachos sudorosos valientemente vestidos de cuero.

Las manzanas centrales de la calle son en parte carnaval chabacano y en parte eficaz máquina turística; allí tienes todo el año a la venta el oropel y el resplandor del Mardi Gras: vasos de plástico de cerveza, daiquiris helados y huracanes que se venden en la misma acera, percheros llenos de camisetas, postales, caimanes de plástico y muñecas vudú; allí tienes «Material vudú N'Awlins» junto a un escaparate con un muestrario de condones de colores, corbatas para el pene y fantásticos vibradores de plástico. Allí están los grandes clubes de *striptease* con sus vendedores ambulantes y gañanes en el exterior, los bares de neones resplandecientes e interminables ofertas, algunos restaurantes famosos y una horda de imitadores. Todas las tiendas de recuerdos venden de tapadillo nitrito de amilo. Unido a otras sustancias, esta hace que la cabeza parezca separarse de los hombros, llenando el cráneo con una luz resplandeciente que no deja de expandirse.

Pero en el otro extremo de Bourbon, el que termina en Canal y en la zona de rascacielos del Distrito Comercial Central, un miasma diferente se aferra a las calles. Allí hay un aire sórdido que es de algún modo intemporal, una atmósfera granada y misteriosa. El centro se alza sobre los viejos edificios del barrio, haciéndolos parecer grises, pequeños, desvaídos. En los bares no hay ofertas ni cócteles de nombres divertidos, pero las bebidas son fuertes y baratas.

En ese extremo de Bourbon Street, emparedado entre una casa de empeños y un local de po-boy, se encontraba el Pink Diamond Lounge. Solo se lo podía identificar como local de *striptease* por el diseño estarcido de la puerta, la silueta desnuda de una mujer dentro de una figura que podría haber sido un diamante, pero que se parecía mucho más a una vulva. Un portero solitario asentía desde el umbral,

soltando sin mucha convicción el manido discurso a cualquier posible cliente que pasara por delante, sabiendo que ya lo habían oído calle arriba.

El interior del Pink Diamond estaba oscuro, salvo por un diminuto escenario iluminado de forma estridente. El humo acechaba en las esquinas y en una bruma azulada que se arremolinaba cerca del techo. Unas bailarinas se retorcían animosas frente a las mesas manchadas de cerveza, no sobre ellas, como se creía habitualmente. Ninguna mesa del Pink Diamond sería capaz de soportar el peso de una chica saludable, y la mayoría podía verse reducida a palillos si una yonqui de cuarenta kilos se subiera encima.

Una bailarina aguardaba su entrada en la zona atestada de polvo que había tras el escenario. Desde los altavoces llegó el sonido de una tos y un resoplido. La chica podía apostar las propinas del día a que Tommy, el DJ, se estaba metiendo una raya en la misma cabina. Normalmente iba al aseo de caballeros, pero el encargado no estaba aquel día, y a nadie más le importaba.

—Y ahora, en su última actuación del día, el más dulce encanto de Oriente... ¡LA SEÑORITA LEE!

Las primeras notas de la música tronaron por los altavoces, una canción de Cure a tal volumen que las palabras distorsionaban, pero no importaba porque nadie en aquel local sabía quién cojones eran los Cure, salvo quizá un par de las otras bailarinas, y a nadie le importaba qué música bailara mientras enseñara las tetas. La señorita Lee apartó el polvoriento telón de terciopelo y asomó una pierna, larga y pálida, vestida con una bota de cuero negro de tacón enorme y adornos plateados. La multitud enloqueció.

Si es que se podía considerar multitud a cinco o seis hombres mal afeitados y de aspecto sucio.

Y si se consideraba locura unos gritos y pitidos apáticos, unos lengüetazos lascivos en la dirección general de la entrepierna de la bailarina o el simple acto de llevarse una cerveza a la boca.

La señorita Lee entró ondulándose en el pequeño escenario. Un anillo de bombillas esféricas la iluminaba desde abajo, jugando con el ligero y el sujetador de vinilo negro a medida que se movía para mostrar sus curvas. Cinco o seis de las bombillas estaban fundidas, espaciadas de forma irregular como dientes podridos en una mandíbula. Se acercó a la barra situada estratégicamente en el centro del escenario, la rodeó con los brazos y después con las piernas. Arqueó la espalda y trabajó la barra con las caderas, abriendo la boca y entrecerrando los ojos hasta adoptar la expresión aturdida y somnolienta que se suponía que pasaba por éxtasis. Entonces se alejó de la barra, se detuvo frente a la primera rata y comenzó un lento, insistente y penoso trabajo frente a su cara.

Pasado un par de minutos, el tipo se sacó dos arrugados billetes de dólar del bolsillo de la camisa y los deslizó en la liga, asegurándose de tantear con sus dedos blanqueados por la nicotina tan arriba del muslo como podía permitirse. El ceño

adusto del hombre no flaqueaba. La señorita Lee le mostró una sonrisa de *geisha* y pasó al siguiente cliente, que era relativamente joven y atractivo, y que por tanto tenía menos probabilidades de dejar propina.

Se preguntó qué pensarían si supieran de dónde procedía su nombre artístico. Había nacido en Nueva Orleans de padres coreanos, y Loup, el encargado del Pink Diamond, le había aconsejado que eligiera «alguna clase de nombre chino falso» para capitalizar su aspecto exótico («un montón de tipos buscan esa clase de cosas», añadía, como si le estuviera explicando un secreto de mayores). Había elegido el nombre Lee por un personaje de su libro favorito, *Naked Lunch*. Cuando un cliente se ponía desagradable, o cuando la noche era mala, o cuando simplemente no estaba de humor para manear el culo para un hatajo de consoladores humanos, pensaba en agujas llenas de mierda que se clavaban en venas putrescentes, en pollas hinchadas que rezumaban un légamo verdoso, en chicos hermosos metiéndose el puño en el culo bajo la luz de una luna podrida. No la hacía feliz, pero ayudaba.

Comenzó su segunda canción, «Nº 13 Baby» de los Pixies. Echó un vistazo a la cabina del DJ y vio la mueca de disgusto de Tommy ante la voz quejumbrosa y la agitada guitarra psicodélica. Sus gustos iban más con grupos como Triumph y Foreigner, falso metal comercial, puede que algo de Guns N' Roses si se desmelenaba del todo.

La señorita Lee tanteó para desabrocharse el sujetador y sintió cómo le metían un billete en la parte trasera de la liga, una mano seca que susurró a su glúteo izquierdo y desapareció antes de que pudiera volver la cabeza. Alcanzó a ver al cliente en uno de los espejos que rodeaban el escenario. Era un tipo alto, negro, con la cabeza baja, que ya desaparecía en las tinieblas del bar. Por algún motivo, los negros a los que gustaba parecían azorarse por su atracción. Quizá se debiera a la palidez de ella.

Discretamente tanteó y ocultó el billete en la palma, deslizándolo a un lado del muslo. Uno de diez. Bingo. Aquello le hacía superar la marca de los cien dólares, una buena cantidad para el turno de día. Ya podía permitirse volver a casa.

Contempló su reflejo, que se multiplicaba hasta el infinito, mientras despegaba el sujetador de vinilo de sus pechos pequeños y firmes. Los conectaba una cadena de plata ligada a dos delicados aretes que perforaban sus pezones, de color café-au-lait. El resto de su piel era de un color almendra pálido y mate. Las costillas asomaban como las lamas de un postigo, el cuerpo era demasiado flaco, salvo por el saliente de su trasero y la barriga diminuta, las piernas musculadas por los turnos de seis horas sobre tacones y los largos paseos por el Barrio Francés.

Su rostro era bastante plano, los labios anchos sin maquillar (odiaba el aspecto que tenía con pintalabios, especialmente la porquería rosa o anaranjada con la que las demás bailarinas se embadurnaban), y los ojos rasgados y oscuros estaban manchados con una sombra púrpura y máscara negra, medio oculta por la desarreglada peluca platino.

—Tienes el pelo más bonito que he visto nunca —le había dicho una vez un

turista paleta con tono reverente. Cómo había deseado arrancarse la peluca y tirársela encima.

Pero había sonreído con dulzura y había aceptado el dinero.

Tercera canción. «Darling Nikki» de Prince, una pequeña concesión a la galería, para que algo les sonara familiar. Y era una canción guarra, la famosa canción guarra que había puesto en marcha toda la Cruzada contra la Música Guarra de la PMRC, o lo que fuera, por el uso de la palabra «masturbándose» en la letra. Bendito fuera. La señorita Lee enganchó el elástico del tanga con los pulgares y tensó el vinilo contra su ingle, de modo que los labios quedaron silueteados en negro brillante. Para poder hacer ese truco se había tenido que afeitar el vello púbico hasta no dejar más que el tamaño de una tirita, y ni siquiera así era suficiente; siempre querían ver más.

—¡Échatelo a un lado! —croaba un gilipollas, restregándole un dólar por la cara como si compensara el trabajo.

—¡Déjame ver ese pelo!

—Ey, ¿eres rubia natural? —Aquella siempre provocaba algunas risas.

Los clientes nunca veían lo suficiente de su cuerpo, era como si quisieran despedazarla. Si pudiera quitarse el tanga, querrían que se inclinara y abriera el culo para que le vieran la vulva. Si pudiera hacer eso, suponía, querrían que se desabrochara la piel y se la quitara.

Pero era un trabajo (aunque eran poquísimos los hombres que le pagaban que parecían comprenderlo; era increíble cuántos creían que las bailarinas hacían aquello para conocer tíos, o por placer). Le permitía decidir sus horarios y estaba mejor pagado que servir mesas, lo que también había hecho; el baile era mucho menos exigente. La gente veía automáticamente a los trabajadores de los restaurantes como autómatas, extensiones de las mesas y las sillas, víctimas propiciatorias para la tacañería con las propinas o el abuso verbal.

Pero las bailarinas, especialmente las guapas, solían ser tratadas como el epítome de la divinidad inalcanzable. Incluso en un garito como el Pink Diamond los hombres eran groseros, maleducados e irritantes, pero no solían hacer el capullo. Y si se pasaban, las bailarinas podían pedir que los echaran. Algunas chicas lo intentaban simplemente por un comentario especialmente soez, pero a la señorita Lee aquello le parecía una idiotez. Los hombres que hacían aquellos comentarios solían estar borrachos, y los borrachos solían pagar más. Y no sabía qué pensar de la moralidad de una chica que le restregaba las tetas por la cara a un tipo a cambio de un dólar, pero que se quedaba pálida al oír la palabra «coño».

No era un mal trabajo, pero tampoco le importaría ganar la lotería.

Se tumbó en el escenario en una postura que los puso a estirar el cuello en la Eterna Búsqueda para Ver Vello, recaudó unos cuantos dólares más y desapareció tras el telón al tiempo que morían las últimas notas de «Darling Nikki». Ella y otra bailarina, una chica alta y musculosa con el pelo blanqueado, una suave piel de ébano y «Muñequita» por apodo, se cruzaron en el espacio diminuto, como un ataúd.

—¿Cómo están? —susurró Muñequita.

La señorita Lee se encogió de hombros.

—Pues no son gran cosa.

—Cariño, nunca son gran cosa. —La señorita Lee rió. Muñequita se dio unos retoques generosos con el pintalabios rosa-naranja, se colocó los grandes pechos de modo que quedaran bien altos en las copas de un top rojo con lentejuelas, y saltó al escenario al tiempo que Tommy se equivocaba con la entrada de su primera canción.

La señorita Lee recorrió el corto y destartalado pasillo hasta el camerino. Los tacones de sus botas se clavaban en el hormigón visto, lanzando cuchilladas a sus caderas. Las botas eran más cómodas que los escarpines que usaban casi todas las chicas, porque daban algo de apoyo a los tobillos, pero al final del turno se resentía por cada uno de los pasos que había tenido que dar sobre aquellos tacones de diez centímetros.

Se los quitó en cuanto llegó al camerino, reunió los dólares sudorosos de su liga y su tanga, se quitó ambas y buscó en su bolsa la ropa de calle. Una camisa negra Ministry muy grande, un par de pantalones ceñidos con pernera pirata y sus Converse All-Stars, una negra y otra púrpura, firmadas y aseguradas con un broche. Tenía un par idéntico en casa. Después de seis horas en tacones, no había nada más cómodo que meter los dedos doloridos en un par de zapatillas blandas.

Se detuvo en la cabina del DJ para darle una propina (no te lo gastes todo en el mismo sitio, Tommy, cambia de agujero de la nariz) y atajó a través del local hacia la salida. Un turista palurdo para el que había bailado antes la llamó con señas, pero lo ignoró y siguió su camino hacia la puerta. Cuando terminaba, terminaba.

Se detuvo nada más salir, se quitó la peluca platino y la metió en la bolsa. Su pelo real era negro, rapado casi al cero salvo por los rizos del flequillo que caían sobre su cara y algunas largas trenzas aquí y allí. Una de sus pequeñas orejas estaba perforada por trece pendientes de plata, comenzando en el lóbulo para curvarse con elegancia siguiendo el borde delicado. De la otra colgaba una única cruz, con un diminuto cráneo con ojos de rubí en el centro.

Se pasó la mano por el rapado y aspiró el aire del ocaso del Barrio Francés. La señorita Lee desapareció hasta la noche siguiente. Ahora era Eddy Sung, y sus noches le pertenecían.

Las lámparas de gas comenzaban ya a encenderse, y su suave fulgor amarillo parpadeaba en las esquinas. Pensó en pararse a tomar una cerveza y una docena de ostras en alguna parte. Su sabor salado siempre le quitaba el regusto de las falsas sonrisas del día. Pero no, decidió: iría a casa a comprobar el correo y los mensajes, y quizá llamaría a Zachary para ver si quería salir a comer unas ostras. Se suponía que eran afrodisíacas; puede que funcionaran en él.

Ja. No tendría tanta suerte.

Se permitió una risita apesadumbrada y comenzó a caminar hacia su casa.

Capítulo cinco

Zach ya estaba echando sus últimas pertenencias transportables en el coche cuando llegó Eddy. Había corrido desde su apartamento en St. Phillip después de oír el mensaje en su contestador automático, y su rostro estaba sonrojado y sudoroso. Le faltaba el resuello.

Pero Zach tenía todavía peor aspecto. Sus ojos verdes mostraban un brillo febril. Bajo aquel ridículo sombrero negro de vaquero malo que no había visto nunca, la cara angulosa y pálida era casi luminiscente ante la penumbra de la luz de gas de la calle Madison. Estaba metiendo una caja de papeles en el asiento trasero de su Mustang, y se giraba para coger otra caja cuando vio a Eddy. Su expresión se congeló. Por un instante pareció aterrado. Entonces corrió hacia ella y la estrechó entre sus brazos. El corazón de Eddy se rompió un poco, pero estaba acostumbrada; le pasaba cada vez que veía a Zach.

—¿Te han pillado?

Él asintió. Las palabras «ya te lo dije» flotaban en el aire, pero Eddy no podía ni soñar con pronunciarlas.

—¿Es grave?

—La advertencia decía «saben quién eres. Saben dónde estás». No creo que sepan de verdad dónde paro o ya estarían aquí. Pero podrían estar a punto de dar conmigo. Podrían aparecer en cualquier momento.

Eddy lanzó nerviosa la mirada hacia la calle Chartres. Excepto por la ocasional alteración del *jazz* urbano o una risa beoda, todo estaba en calma.

—Me estoy llevando todo lo incriminatorio. Los ordenadores, los discos, los cuadernos... El piso estará libre si lo quieres. Si aparecen y se ponen a registrar, déjales. No encontrarán una mierda. —Parecía orgulloso, desafiante, agotado. Eddy le tocó la cara sudorosa con las puntas de los dedos. Su corazón no solo se estaba rompiendo, sino que implosionaba. Se iba a marchar de verdad.

—Ven a mi casa a dormir esta noche —le dijo—. Nadie podrá encontrarte ahí. Vete por la mañana, después de descansar un poco.

Él ni siquiera dudó.

—Quiero sacarles toda la ventaja posible. Si me voy ahora, tendré la cobertura de la noche.

La cobertura de la noche. Para Zach, aquello era una gran aventura. Estaba asustado, sí, pero más que eso, estaba excitado. Lo notaba en el temblor de su voz, en el brillo de sus ojos. Era como un caballo de carreras preparándose para correr, las elegantes fosas nasales destellantes, los costados de terciopelo tensándose con anticipación.

Eddy pensó que podrían pasar la noche juntos... pero sabía lo que sucedería. Se

quedarían hablando, bebiendo y fumando porros hasta el amanecer, quizá prepararían unas palomitas con cayena y verían una peli rara o dos. Ahí acabaría todo. A Zach no le molestaba que ella se recostara sobre su hombro, ni tampoco un roce casual en la mano, ni que le enrizara el pelo desgreñado. Pero cualquier cosa más obvia por parte de ella (como el par de veces que se había inclinado sobre él y lo había besado en los labios) recibiría un «no puedo, Ed. No puedo». Y si le preguntaba por qué, recibiría la desesperante respuesta «porque me gustas».

Y no es que Zach fuera célibe, u homosexual. Lo había visto ligar con mucha gente en los bares y locales que ambos frecuentaban, y la proporción se inclinaba solo ligeramente por los jovencitos guapos. Siempre parecía ir a por ligues guapos y sin nada en la cabeza, a ser posible borrachos, idealmente con un novio o novia ausente para absorber el choque posterior. Solo tenía una regla inflexible: tenían que tener un sitio para follar. Nunca se los llevaba al santuario que era su apartamento, jamás compartía el nido con sus rolletes. Igual no le gustaba que el ordenador los viera.

Al día (o la noche) siguiente les daba boleteo, no de un modo especialmente cruel, pero sin dejar lugar a dudas de que no eran más que un capricho. Eddy pensaba que Zach consideraba el sexo una necesidad biológica, como lo era ir al baño. Uno no formaba un vínculo emocional con todos los retretes en los que cagabas; cuando acababas, tirabas de la cadena y te largabas. Te sentías mejor, desde luego, pero en realidad no le dabas más importancia a lo que acababas de hacer.

A Eddy aquello le elevaba la presión sanguínea y la frustraba, la volvía loca. Cualquier otro amigo o amante potencial con esa actitud hubiera desaparecido de su vida hacía tiempo. Pero por lo demás Zachary era tan dulce, tan listo, tan genial, que parecía una aberración, un defecto o un handicap por el que no se le podía culpar, como una marca de nacimiento con forma de fresa o la falta de un dedo. Suponía que parte del motivo era el infierno que sus padres se habían hecho pasar mutuamente, y el que él había sufrido a sus manos. También esperaba que en parte fuera culpa de su edad; a los diecinueve se podía perdonar casi cualquier defecto del carácter. (Eddy tenía veintidós, y había vivido mucho más).

—¿No conocen tu coche? —le preguntó.

—Ya he cambiado la matrícula.

Eddy miró la parte trasera del Mustang. La matrícula rezaba FET-213, que parecía horrorosamente familiar.

—¿No es la que ha tenido siempre?

—No se la he cambiado al coche —le explicó pacientemente—. La he cambiado en el ordenador de Tráfico. Mi matrícula ha desaparecido por completo, y me he dado la de una camioneta Ford del 65 perteneciente a algún cajún de Houma.

—Oh.

—No pueden seguirla hasta mí.

—Ajá.

—¡Confía en mí, Ed! Tengo el camino despejado, solo necesito ponerme en

marcha.

Se quedaron mirándose incómodos, mientras la penumbra crecía a su alrededor.

—Ya tienes llave —dijo Zach por fin—. ¿Quieres la otra?

—No. La necesitarás si vuelves y no estoy en casa.

—No voy a volver, Eddy —dijo él suavemente—. Al menos en una buena temporada. Prefiero suicidarme a dejar que me encierren.

—Lo sé. —Eddy no pensaba perder la compostura, no iba a lloriquear ni a berrear, no le suplicaría que la llevara con él. Si quería que lo acompañara, tendría que pedírselo él.

—Así que..., bueno, no puedo llamar aquí, pero intentaré comunicarme contigo.

—Muy bien. —Eddy cruzó los brazos frente al pecho, se apartó algunas trenzas de la cara y le clavó una mirada de acero.

—Eddy...

—¡Eddy qué, joder! ¡Podías haber tenido más cuidado! No tenías por qué exhibirte así, ni arriesgarte tanto. No es que necesitaras el dinero. Podrías haberte... ¡plantado! —Estaba llorando. Le enseñó los dientes y cerró los ojos casi por completo para ocultar las lágrimas.

—Lo sé —dijo él—. Lo sé. —Dio dos pasos hacia ella y volvió a abrazarla. Ella apoyó la mejilla húmeda contra el suave algodón de la camiseta de Zach, aspiró el olor ligeramente sudoroso, se apretó contra su cuerpo enjuto. Así tenía que haber sido siempre.

Qué lástima que él no estuviera de acuerdo.

—Ten cuidado —le dijo al fin.

—Lo tendré.

—¿Adónde vas a ir?

Zach se encogió de hombros.

—Al norte.

Se quedaron de nuevo mirándose. No sabían qué más decirse pero no estaban preparados para despedirse. Entonces Zach se inclinó y lenta, muy lentamente, como si estuviera uniendo dos cables con corriente, presionó los labios de Eddy con los suyos. Ella sintió la electricidad del contacto, la punta de la lengua de Zach tocando la suya, un calor exquisito que explotaba en el centro de su útero. Por un instante pensó que sus entrañas iban a fundirse y a escapársele por el coño hasta resbalar por los muslos, tan intensa fue la sensación. Pero entonces él se apartó y dio un paso atrás.

—Tengo que irme.

Eddy asintió, no confiaba en sí misma lo suficiente para decir nada. Vio cómo Zach rodeaba la parte delantera del coche, ocupaba el asiento del conductor y encendía el contacto. El potente motor cobró vida, listo para llevarse a Zachary Bosch lejos de Nueva Orleans, lejos de Eddy Sung. Tocó el claxon dos veces y se alejó de la acera. Los pilotos del freno se iluminaron al pararse en la esquina, antes de perderse

en el tráfico nocturno de la calle Decatur.

Se había ido.

Eddy permaneció varios minutos en las sombras cambiantes proyectadas por los balcones de hierro forjado. Observó la puerta que llevaba al apartamento de Zach, tocó el llavero en su bolsillo y negó con la cabeza. El piso de la calle Madison era mucho más bonito que su cuchitril infestado de cucarachas, y sabía que el alquiler estaba pagado hasta fin de año. Zach odiaba pensar en asuntos mundanos como el alquiler, de modo que lo liquidaba a comienzo de año, cuando firmaba la renovación. Al día siguiente empezaría la mudanza. Pero todavía no podía subir, no mientras su presencia permaneciera con una intensidad tan dolorosa, como una voz justo un paso más allá del alcance de escucha, como una membrana del grosor de un átomo entre la realidad y la memoria.

Se dio la vuelta y regresó por Madison, giró a la izquierda en Chartres y se dirigió a la plaza Jackson. Los capiteles de la catedral de San Luis se alzaban frente a ella, pálidos y misteriosos bajo la luz de la luna, apuñalando como dedos huesudos el cielo púrpura. Entre la plaza y la catedral se erigía un murete de ladrillo donde ya comenzaban a congregarse chicos vestidos de cuero barato, negro o pintado, y vaqueros; fumaban cigarrillos y se pasaban botellas de vino barato.

Se detuvo en el cajero automático en la esquina de Chartres y St. Ann. Aún tenía la paga del día en el bolsillo, un sobre grueso que le rozaba la pierna y la ponía nerviosa. Lo depositaría tras quedarse treinta dólares, suficiente para colocarse y emborracharse. Después podría ir a unirse a los chicos de la plaza, o podría encontrar un bar pequeño y oscuro y ahogar sola sus penas.

Rellenó un sobre de depósito, metió dentro el dinero, insertó la tarjeta en la ranura y tecleó primero su número personal, después toda la información necesaria. Oyó los mecanismos girar dentro de la máquina. La pantalla le preguntó si necesitaba cheques de viaje para las vacaciones de verano. Por fin se procesó el depósito de ochenta dólares y la máquina le devolvió la tarjeta y un recibo impreso.

Se giró, contempló ausente el recibo y se quedó helada. Un par de turistas jóvenes que cruzaban el parque casi se chocaron con ella. La insultaron y siguieron su camino. Los ignoró y se quedó mirando embobada el trocito de papel. Probó a parpadear, pero los números seguían allí.

Hacía un par de días había pagado el alquiler, lo que había dejado el balance de su cuenta en unos precarios 380,82 dólares. Ahora indicaba 10.380,82 dólares.

Nunca había dejado que Zach le diera dinero. Para él era demasiado peligroso, y a ella le gustaba cuidar de sí misma.

Pero parecía que le había dejado un regalo de despedida.

Tomó la Autopista 90 (aparte de las súperinterestatales 59 y 10, que eran tan aburridas como marcar directamente una llamada a larga distancia y pagarla con tu

propia tarjeta de crédito, aquella carretera de dos carriles era en gran medida el único modo de salir de Nueva Orleans) y dejó la ciudad a cubierto de la noche. La canción de los Rolling Stones así titulada bailaba monótona en su cabeza (curled up baby, curled up tight), un eco no deseado del dolor y el odio al rojo vivo de su undécimo año. Le recordaba que apenas tenía cintas en el coche. Le había dejado la música, los libros y las películas a Eddy, porque siempre podría conseguir más, pero debería haberse llevado algo. Ya se pararía para comprar algo, cuando sus pensamientos se tranquilizaran hasta el punto en que tuviera sentido prestar atención a la música.

Ya estaba cansado de llevar el sombrero nuevo, así que lo tiró al asiento de atrás y se pasó una mano por el pelo. Lo llevaba enredado y sucio, y parecía como si se disparara en quince direcciones distintas. Ahora sí que se parecía a ese Eduardo Manostijeras.

Cuando se hubo alejado algunos kilómetros de Nueva Orleans, la 90 pasó junto a un enclave de restaurantes y tiendas vietnamitas, una pequeña aldea asiática en la Luisiana rural, nutrida por el botín de los ríos, los lagos y los marjales. Aunque Eddy era coreana, aquel paisaje le hizo pensar en ella y tuvo una sensación de vacío. Una vez había cenado en casa de los padres de ella en Kenner. Le habían servido pastel de ostras y un maravilloso guiso de arroz, verdura, marisco, pescado crudo y salsa picante en un cuenco gigante de cristal. Se llamaba fea-dup-bop. A Zach le sonaba como «feto de Bob», pero eso no había reducido su apetito. En cuanto la madre de Eddy vio que le gustaba la salsa extrapicante, lo estuvo tentando con mejunjes y condimentos cada vez más fuertes, hasta que acabó zampándose a palo seco las letales guindillas rojas que trituraba y echaba al kimchee.

Fue entonces, suponía, cuando los Sung decidieron que su hija sí podría casarse con un americano. No es que tuvieran mucho que decir en nada de lo que Eddy hiciera (aunque pensaban que su hija preparaba cócteles en el Pink Diamond, o eso le hacían creer), ni Eddy tenía esperanzas de que Zach se casara con ella.

Sintió un asomo de inquietud que era lo más cercano que había estado del sentimiento de culpa. Sabía perfectamente cómo le hubiera gustado a Eddy que fuera su amistad, pero a él le resultaba imposible. Querer a alguien estaba bien, y follárselo tampoco estaba mal. Pero si lo juntabas en la misma persona le dabas demasiado poder sobre ti; le dejabas acercar sus manos moldeadoras a tu personalidad, le dabas una fracción de tu alma.

Había crecido viendo cómo su padre convertía a su madre, una criatura asustadiza hasta la enfermedad, pero por lo demás inofensiva, en una sádica hija de puta con cuchillos retorcidos por dedos y una boca llena de esputos y alaridos. Una boca llena de dientes rotos, sin duda, pero todo el dolor que había recibido de su marido se lo devolvía a su hijo, un regalito envuelto en crueldades y dedicado con sangre.

Y sus padres se habían querido, del modo mutuamente parasitario del que fueran capaces. Había visto sus peleas devastadoras y las tristes reconciliaciones, había oído demasiadas veces sus polvos angustiados a través de las paredes de papel como para

no creer que estaban apasionadamente enamorados de algún modo, o al menos así había sido una vez.

Nunca había habido sitio para él. A veces Zach pensaba que, de no haber nacido él, los dos podrían haber alcanzado una especie de felicidad juntos, Joe con sus sueños maltrechos y su feroz inteligencia acallada por el licor, Evangeline con sus morados, sus ojos a la funerata y su entrepiera siempre famélica. Si su madre se hubiera esforzado un poco por conseguir el dinero para el aborto que tanto deseaba, como a menudo decía... Si no se hubiera roto el condón de su padre... ¿Y cuántas veces le había recriminado Joe lo de aquel maldito condón? Casi parecía una herencia familiar de los Bosch.

En la silenciosa oscuridad, Zach pulsó los botones de la radio y retorció el dial. Lo saludó primero la estática, después un chorro de *jazz*. Una ondulación de piano y timbal, un trémulo y exaltado saxo alto. No le gustaba el *jazz* dixieland que había oído toda la vida, como tampoco la música cajún, ni en realidad cualquier cosa que llevara acordeones o sección de viento, cualquier cosa que sonara a crecer en Nueva Orleans. Esa música retorció espinas de alambre en su memoria, corría demasiado profunda por sus venas.

Pero aquello no era el sonido de Nueva Orleans. De Kansas, quizá; no sonaba tan frenéticamente alegre. Era en cierto modo exótica, soñadora y reflexiva. La dejó.

Pasado el enclave vietnamita, la autopista cruzó un interminable tramo de cabañas de playa con nombres graciosos (Jimmy pone la Música, El Pequeño Paraíso, La Mansión Lunar, con un enorme culo de madera resplandeciendo bajo sus faros) y caminos privados que se adentraban directamente hasta la orilla a ambos lados. Aquel era el comienzo de la zona pantanosa y había muy poca tierra sólida. Zach se preguntó cuál sería el nombre de su cabaña: ¿El Escondrijo del Pirata? ¿Asilo para Forajidos? No: El *Blues* de Bosch. Dejen sus subfusiles y sus placas del Servicio Secreto en la puerta, por favor.

Poco a poco, las cabañas se fueron haciendo menos frecuentes y estaban en peor estado. Algunas carecían incluso de nombre, o tenían carteles en los que las palabras y las toscas ilustraciones se habían desgastado. Entonces desaparecieron y la carretera quedó vacía, recta, flanqueada por oscuras extensiones de agua, bosques y sombras. Cruzó un puente que se arqueaba muy alto sobre el marjal y vio la luz de la luna brillar sobre la superficie como una pálida joya.

No perdió la emisora de radio, aunque Zach creía que ya había avanzado unos ochenta kilómetros o más, recorriendo suaves paisajes verdosos y horribles polígonos comerciales, osarios de tiendas de electrodomésticos, comida rápida y zonas de servicio, ahora cerrados contra la noche. En uno de aquellos pueblos se había encontrado una oreja humana frita en una caja de pollo para llevar, como si se tratara de un remake caníbal de *Blue Velvet* filmado por el coronel Sanders. Zach recordaba haber leído la historia en un periódico sensacionalista de Baton Rouge, y le hubiera gustado inventársela a él. Se preguntó si sería cierta o si se trataría de algún otro

bromista suelto por ahí que creara mitología urbana con grandes pinceladas digitales. La misma música parecía repetirse una y otra vez, como si el pincha hubiera dejado el CD en reproducción continua y se hubiera largado a dormir. El saxo gemía y sollozaba. Detrás de él, el piano soñaba.

Por fin alcanzó la costa del golfo y comenzó a consumir la serpenteante carretera. Los pequeños pueblos costeros cerraban después de las diez; solo veía la larga y blanca playa desierta, rota por los paseos marítimos y los embarcaderos, y más allá la negra inmensidad del Golfo de México.

Sus padres lo habían llevado allí una vez, cuando tenía unos diez años. Recordaba haber olido el aire salado al acercarse, haber imaginado las deliciosas caricias de la arena y el agua. En realidad, la arena tenía un tacto desagradablemente pulverulento, como la de los parques infantiles; en la orilla había una costra de contaminación, una espuma parduzca y pálida que fluía y refluía con el oleaje. Tenía un vago olor a pescado muerto, a aceite de motor, a productos químicos caducados.

Pero más allá de la playa las aguas tenían el color de unos vaqueros nuevos, y producían una fantástica sensación en su piel parcheada y maltratada. Se había tirado de cabeza como las focas, y no había dejado de nadar hacia el interior hasta que las manos ásperas de su padre lo agarraron por el pelo y el bañador, hasta que este se le metió en la raja de su culo enjuto.

El coche se desvió ligeramente a la derecha. Zach corrigió el rumbo, pero los recuerdos estaban comenzando a hipnotizarlo, a atraerlo hacia el agua.

A su lado pasó una señal con el nombre de un pueblo, «Pass Christian», aunque Zach sabía que no se pronunciaba «Christian», sino como el nombre de chica, «Christie-Ann». Ya estaba en Misisipí y ni siquiera se había dado cuenta. Las viejas mansiones sureñas se alzaban sepulcrales a lo largo del margen izquierdo de la carretera, amortajadas con los mantos fantasmales del musgo español y los gigantescos robles retorcidos que habían soportado un centenar de temporadas de huracanes o más. La playa a la derecha era de un blanco puro, resplandeciente.

Tomó una salida y se dirigió hacia lo que pasaba por centro de Pass Christian. Un hombre orinaba contra una pared en el exterior de la taberna Sea Witch. Dentro del bar ardía una luz azul débil y tentadora, como una sirena que atrajera a los viajeros a su tumba bajo las aguas. Los demás edificios estaban oscuros y silenciosos.

Tras recorrer algunas manzanas, llegó a una tienda solitaria llamada Bread Basket, cuyo neón parpadeaba vigoroso e inundaba su área de influencia con una luz blanca errática y muerta. No había coches en el estacionamiento, pero Zach vio al dependiente asintiendo en la caja registradora, su cabeza rubia encorvada sobre el muestrario de encendedores Slim Jim y cigarrillos Confederates.

Mientras estacionaba, por fin acabó la canción y oyó la voz gutural del locutor, despertado de un largo y pacífico sueño.

—Eh. Sí. Eso era... a ver... «Laura», de Charlie Parker... un montón de veces.

El interior de la tienda asaltó sus córneas como una visión ácida después de la

calma nocturna de plata y carbón. Observó que el dependiente no estaba durmiendo, sino que estudiaba con absorta atención una revista sobre el mostrador. Estaba abierta por una fotografía en blanco y negro de un muchacho larguirucho de expresión salvaje y pecho desnudo que se parecía mucho al propio dependiente.

—¿Puedo ayudarte? —El chico llevaba una placa de plástico en la chaqueta del uniforme de poliéster azul, con el nombre «Hoja». Tener padres *hippies* podía ser terrible.

—Sí. ¿Puedo oler el café?

—¿Eh?

—El café. —Zach señaló la cafetera que había contra la pared—. ¿Puedo olerlo?

—Sí, claro... supongo. —Hoja volvió a mirar la fotografía antes de cerrar sin mucha prisa la revista. Se trataba de un número atrasado de GQ—. Pero si buscas Kona hawaiano no estás de suerte. Solo es una horrible pócima casera.

—Da igual, en realidad no quiero tomármelo. —Zach se acercó a la cafetera, quitó la tapa al artilugio de metal que mantenía el café por debajo del punto de ebullición y la pasó lentamente bajo la nariz. Un humo caliente y amargo inundó su cara y humedeció sus ojos cansados. Sintió cómo las partículas microscópicas de cafeína viajaban por sus fosas nasales, llegaban a los pulmones, penetraban en los interfaces de su torrente sanguíneo y alcanzaban directamente el disco duro de su cansado cerebro.

Su corazón dio un brinco y comenzó a latir más rápido. La emoción le dejó la boca seca. Mientras cogía una botella de agua mineral del frigorífico, se descubrió preguntándose por qué un chico mono que leía GQ y sabía acerca de café hawaiano Kona trabajaba en un Bread Basket en Pass Christian, Misisipí.

Ya en la registradora, Zach depositó la botella en el mostrador, sumó un encendedor (de color rosa chillón con zigzags negros, pero sin la bandera rebelde) y sacó la cartera. No había intentado acceder a ninguna de sus diversas cuentas bancarias antes de dejar la ciudad, pues sabía que todas ellas estarían vigiladas. Y podía conseguir más. Solo había traído el dinero en efectivo que guardaba para casos de emergencia como aquel; siempre había sabido que un día tendría que desaparecer, y que tendría que hacerlo rápidamente. Ahora descubría que el billete más pequeño que llevaba en la cartera era uno de cien dólares.

—No puedo cambiártelo —se disculpó Hoja—. Después de las diez solo me dejan guardar cincuenta dólares en la caja, y estoy pelado.

—Tengo mucha sed.

—Ya...

Zach atrapó la mirada del muchacho con la suya y la retuvo. Los ojos de Hoja eran largos y ligeramente rasgados, del mismo color cálido y dorado de su pelo.

—Tú dame la botella —sugirió— y te paso algo.

Era una versión simplificada de la técnica de pirateo conocida como «ingeniería social». Podía usarse para asegurar a un operador que estaba hablando con un técnico

de telecomunicaciones bona-fide; funcionaba para toda clase de estafas, falsificaciones y fraudes en general. Aquel dependiente mono no suponía un reto. Las semillas de la rebelión ya estaban sembradas. Zach podía ver cómo el chico rumiaba el asunto, cómo se convencía de que era adecuado.

Se apoyó sobre un codo en el mostrador y le ofreció su sonrisa más encantadora.

—¿Qué me dices?

—Bueno... Oh, qué coño. Llévate lo que quieras, me da igual. De todos modos, cualquier día de estos me largo de aquí.

—Gracias, te has portado como un buen vecino. —Zach metió el encendedor en el bolsillo, abrió el tapón de la botella de agua y dio un buen trago. Sabía estéril, muerta, pero era cierto que estaba acostumbrado a la sopa cancerígena que pasaba por agua corriente en Nueva Orleans. A esa sí que no le faltaba sabor.

Hoja bufó.

—Un buen vecino... Como si vivieras en Misisipí. Seguro que eres de Nueva York, o de algún sitio así.

Zach nunca había oído un comentario así. A veces la gente pensaba que era en parte oriental (algo que siempre hacía muchísima gracia a Eddy), pero nunca nadie le había acusado de ser de Nueva York.

Decidió que la idea le hacía gracia.

—Bueno, sí —admitió—. ¿Cómo lo sabes?

—Por cómo hablas. Y no tienes pinta de ser de por aquí. El único otro lugar del que podrías venir es de Nueva Orleans.

—No he estado nunca —añadió Zach en un momento de inspiración—. Ahí es a donde me dirijo.

Sus miradas volvieron a cruzarse. Por un instante, Zach imaginó que Hoja era capaz de ver directamente dentro de su cerebro, contemplar la mentira y la complicada razón que se escondía detrás, los kilómetros que ya había recorrido y los muchos que le quedaban por delante. Pero Zach sabía que no era cierto.

Y, aunque lo fuera, podía ver en aquellos cálidos ojos de color miel que a aquel chico le importaba un bledo.

Hoja aceptó la oferta; cerró la tienda y se dirigieron a la sala posterior para fumarse uno de los porros que Zach había liado para el viaje. El chico se acomodó sobre una caja de rollos de papel higiénico, con las largas piernas estiradas frente a él. Una de las rodillas de los pantalones desgastados que vestía junto a la camisa de su uniforme lucía un agujero desafiante. La piel visible estaba adornada con finos pelillos dorados.

Zach se inclinó contra la pared opuesta observando los gestos nerviosos de Hoja, saboreando los labios del muchacho en el porro. El almacén de una tienda 24 horas de Misisipí parecía un lugar estúpido para caer en una emboscada en una fase tan

temprana de su viaje, pero aquel maldito chico le estaba haciendo la boca agua.

—Mañana lo dejo —dijo Hoja después de su tercera calada—. Odio este sitio de mierda.

—¿Y qué coño haces aquí?

—Estudio arte en Jackson. Fotografía. Se suponía que tenía que pasar el verano aquí haciendo fotos, preservando la maldita historia, o algo así. Pero es un coñazo que no veas. Ninguno de los paletos sabe nada, y los viejos pederros con el riñón forrado pasan de mí. Ni siquiera sé cuáles son las cosas importantes en las que debería concentrarme. Me da que voy a suspender el proyecto.

—¿Y por qué no te documentas un poco?

—¿A qué te refieres?

—Ve a la biblioteca, descubre dónde vivía la gente, qué casas estaban encantadas, esa clase de cosas. La mayoría de los periódicos viejos estarán microfilmados.

Hoja alzó la vista hasta Zach. El blanco de sus ojos mostraba un leve trazado de venas escarlatas, pero los iris y las pupilas eran insoportablemente claros.

—Soy una persona totalmente visual —dijo—. Odio leer.

Zach se esforzó por morderse la lengua y hundió las uñas en las palmas de las manos. Aquel era el tipo de comentario casual que, si no tenía cuidado, podía ponerle la presión sanguínea en la estratosfera. Pero ahora solo producía un leve tirón en su corazón, como un filamento estirado hasta el punto de ruptura. Así que el chaval era un soso y un cretino; mucho mejor. Hacía las cosas más fáciles, y después de aquella noche no tendría que volver a verlo nunca.

—Odias toda clase de cosas.

Hoja se encogió de hombros.

—Supongo.

—Dime algo que te guste.

Evidentemente, aquella era difícil. Zach podía ver al chico revisar las posibilidades y rechazarlas una tras otra.

—Me gusta la playa —dijo al fin—. Nunca me meto en el agua, pero me gusta sentarme en la arena y contemplar el mar. Me hace sentir como si estuviera mirando al infinito, ¿sabes?

Una pantalla llena de números en movimiento pasó por la cabeza de Zach. Asintió.

—Me gusta dormir.

Otro asentimiento, este acompañado por el más leve asomo de un encogimiento de hombros. Dime algo que no hubiera adivinado ya.

—Me gustas tú.

Los dos sabían que no se habían encerrado así solo para fumarse un porro, pero el resto del orden del día había que negociarlo oblicuamente, paso a paso, de modo que ninguno quedara en ridículo. Zach conocía el juego y lo aprobaba. Sonrió y enarcó una ceja, esperando más.

—Bah, ven aquí y follamos.

A Zach, aquella le pareció una excelente frase para ligar. Se deslizó sobre la caja de papel higiénico y de repente Hoja estuvo sobre él, apretando la cara contra la suya, metiendo una mano bajo la camiseta de Zach mientras la otra apretaba su pierna bajo los pantalones anchos. Las dos bocas se encontraron y sellaron su unión, la pequeña lengua caliente del chico tanteó y buscó, con el sabor conífero de la hierba aún en los labios. Las manos de araña volaron sobre la piel de Zach como si tratara de memorizar su calidez y su textura. Su toque era famélico, frenético. Era probable que el pobre muchacho no se hubiera acostado con nadie en todo el verano.

Zach lo alejó suavemente hacia la pared, le desabrochó el destartado uniforme de poliéster, acarició el pecho suave y tanteó las costillas, intentando calmarse un poco. Besó el lateral de la garganta de Hoja; el pulso que allí latía estaba tan agitado como el suyo. La piel olía a sal y a jabón, a sudor limpio.

Hoja se deslizó hacia el suelo de hormigón y se desparramó entre las rodillas de Zach, apretó el rostro contra su estómago y murmuró algo ininteligible. Zach tomó el mentón del chico y levantó aquel rostro salvaje hacia el suyo.

—¿Qué has dicho?

—Voy a hacer que te corras.

—¿Cómo?

Aquellos exóticos ojos de color miel trataron de encontrarse con los suyos, pero flaquearon. Hoja no estaba acostumbrado a decir guarradas.

—¿Cómo? —preguntó Zach de nuevo.

—Quiero chuparte la polla.

Las palabras aumentaron su deseo, que se hizo tan ardiente como insoportable.

—Pues vamos —respondió Zach con los dientes apretados—. Empieza.

Las manos del chico trataron de abrirle el botón de los pantalones, y la fricción llevó su erección casi al punto del dolor. Entonces, de golpe, tuvo la polla dentro de la boca caliente de Hoja, que después se retiró para lamerle con la punta de la lengua, antes de volver a metérsela en la boca aún más profundo. Zach sintió el porro y el placer arremolinándose a su alrededor en una deliciosa mezcla. Que Dios bendijera a aquel chico, que sin duda sabía lo que se estaba haciendo.

A Zach siempre le gustaba que la gente lo sorprendiera.

Veinte minutos después, provisionado con un puñado de encendedores, un paquete de seis botellas de agua mineral y dos bolsas de patatas fritas con sabor a jalapeños, Zach renovó su relación con la autopista 90, que lo llevaría a Biloxi a través de una punta de Alabama, y hasta Pensacola en una hora o dos. Después de eso pensaba dejar la 90 pero seguir dirigiéndose hacia el este, hasta llegar a la costa del Océano Atlántico. Sabía que en algún sitio habría una playa limpia.

Hoja no le había pedido que se quedara aquella noche, no parecía afectado en

absoluto por el encuentro. Después de correrse los dos, habían descansado juntos unos minutos abrazándose sin mucha fuerza, recuperando el aliento. Zach había pasado aquellos momentos apreciando las escuetas y elegantes líneas en el rostro y el cuerpo del chico, admirando el resplandor de su cabello sedoso en la media luz del almacén. Entonces, por alguna clase de consenso mutuo silencioso, se levantaron, recogieron las ropas y volvieron al brillo inmisericorde de las luces de la tienda.

En la puerta, se dieron la mano brevemente.

—Por cierto —le dijo Hoja—, me gusta tu camisa.

Zach se contempló. Seguía llevando la cabeza de Kennedy reventada. Se preguntó sin mucho esfuerzo si algún sexto sentido enterrado le había hecho ponérsela esa mañana, como una metáfora retorcida de lo que llegaría a continuación.

—Gracias —dijo, y volvió a apretar los talentosos dedos de Hoja. A su modo, era una despedida con mucha ternura.

Aquel día había seguido una pronunciada curva descendente hacia el infierno, pero ahora parecía repuntar un poco. El interludio en la tienda lo había relajado y ahora se sentía despierto y alerta, como si Hoja le hubiera imbuido alguna esencia vital... como en realidad había sucedido. Sin duda, en el semen había una energía, una carga electrizante.

Y Zach había dado tanto como había recibido. Al final siempre desaparecía como el hijo de puta que Eddy pensaba que era, pero siempre intentaba hacer que sus amantes se sintieran bien en el breve plazo que pasaba con ellos. Incluso le había dejado a Hoja otro porro pegajoso y bien liado para aliviar el hastío de la noche siguiente.

Como resumen, musitó Zach mientras reconectaba con la cinta silenciosa de la autopista, había sido una relación prácticamente perfecta.

Capítulo seis

Trevor despertó de un sueño en el que el papel en blanco se reía de él. Su mente era un fregado monocromo de pánico, su corazón se aferraba a un núcleo de vacuidad. Si fuera incapaz de dibujar... Si fuera incapaz de dibujar...

Las sábanas que le había dado Kinsey estaban enroscadas alrededor de sus piernas, empapadas por el sudor de la pesadilla. Trevor las apartó y se incorporó. Su mochila estaba en el suelo, junto al sofá. Sacó su cuaderno, lo abrió por una página en blanco y dibujó furiosamente durante algunos minutos. No tenía ni idea de lo que estaba dibujando, solo quería reafirmarse en que podía hacerlo.

Cuando su corazón dejó de volar y el pánico empezó a remitir, se descubrió contemplando un boceto de su hermano tirado sobre el colchón manchado, las manitas retorcidas en la muerte, la cabeza aplastada contra la almohada. Recordó que aquel era el día en que su familia había muerto.

Sintió ganas de tirar el cuaderno al otro lado de la habitación, pero lo cerró y lo devolvió a su mochila. Buscó el cepillo de dientes en el bolsillo pequeño y se estiró. Oyó cómo sus hombros crujían, y su columna hizo un ruido similar al de una ráfaga automática silenciada.

A pesar de los cojines aplastados y la punta ocasional de un muelle, el sofá de Kinsey había sido un buen sitio donde dormir. Trevor se sorprendió agradablemente al verse invitado en casa de alguien, al saber que en la habitación de al lado había una presencia humana conocida. Se había acostumbrado a los hoteles baratos y a las infectas casas de huéspedes. Al otro lado de la pared podían estar las maldiciones y sollozos de un borracho, el ritmo húmedo del sexo, el silencio de una habitación vacía..., pero nunca nada familiar, nunca alguien a quien preocupara que Trevor Black estuviera allí.

El salón de Kinsey estaba escasamente decorado con más reliquias baratas: una silla sencilla, una lámpara de lectura, una estantería de madera combada por el peso de demasiados volúmenes. Ediciones baratas, en su mayoría. Trevor se acercó y leyó algunos de los títulos. Cien años de soledad, The Stand, Historias cortas de Franz Kafka, baldas enteras de Hesse y Kerouac, incluso el Lo! de Charles Fort. Ese Kinsey tenía gustos eclécticos.

También había algunos cajones de tebeos, pero Trevor no los revisó. Tenía sus propias copias de Birdland. Encontrarse con otros números en una tienda de tebeos o en la colección de alguien siempre le resultaba enervante, como si viera a alguien a quien creía muerto.

No había televisor, notó aprobatoriamente Trevor. Odiaba la televisión. Le devolvía recuerdos de una sala de día atestada en el Hogar, el olor sudoroso de los chicos, las voces furiosas discutiendo acerca del canal que había que ver. Los más

estúpidos siempre chillaban pidiendo unos dibujos animados de Raleigh llamados Barney's Army. El propio Barney era un dibujo animado, feo y achaparrado, que anunciaba los cumpleaños de los niños y que entre los capítulos de los Looney Tunes contaba chistes deleznable. La animación era tan triste que lo único que se movía eran los brazos lamentablemente dibujados, como si fueran aletas, la mandíbula prognata y los enormes ojos protuberantes. Trevor suponía que odiaba a Barney tanto como a cualquier persona real que hubiera conocido nunca.

Los azulejos del baño no tenían mácula, y eran deliciosamente fríos contra sus pies desnudos. Usó la pasta de dientes sabor canela Tom's of Maine que había a un lado del lavabo y se lavó la cara con agua fría. Se quedó un buen rato mirándose al espejo. Los ojos de su padre le devolvieron la mirada, hielo rodeado de negro, levemente retadores. ¿Osas?

Ya te digo.

La puerta del cuarto de Kinsey estaba entreabierta, y Trevor echó un vistazo a la pieza oscura. El alto cuerpo estaba tendido en la cama, las piernas delgadas medio cubiertas por una colcha de retales brillantes. Era la única persona que Trevor conociera que usaba pijama, este de color azul brillante, del mismo color que sus ojos, con un patrón de pequeñas lunas y estrellas doradas. Ni siquiera sabía que se hicieran pijamas de esa talla.

Contempló durante algunos minutos el suave movimiento de la respiración de Kinsey, la corriente procedente de la ventana abierta que agitaba su pelo desaseado, y se preguntó si él había dormido alguna vez tan plácidamente. Incluso cuando no tenía pesadillas, el sueño de Trevor era inquieto, esporádico, lleno de imágenes centelleantes y rostros recordados a medias.

Pero el rostro luminoso del reloj en la mesilla de Kinsey (no era un reloj digital barato, sino una reliquia moldeada en plástico de los años sesenta, con las esquinas redondeadas) le dijo que casi era mediodía. Tenía que irse. No a la casa, todavía no, pero tenía que dar el primer paso hacia ella.

Se echó la mochila al hombro, salió a la tranquila mañana de domingo y cerró la puerta de la casa de Kinsey tras él.

La carretera que conducía al pequeño cementerio de Missing Mile era calurosa, lisa y embarrada. Trevor estaba acostumbrado a caminar por las calles de las ciudades, donde la lánguida bruma estival estaba salpicada por las ráfagas de aire acondicionado procedente de las puertas que se abrían sin cesar a la acera, donde siempre podías cobijarte bajo la marquesina o el balcón de un edificio, donde siempre había pequeños santuarios de sombra.

Pero aquella carretera, Burnt Church Road según la señal torcida que había en el punto en que confluía con Firehouse Street, no ofrecía más sombra que la de la copa del árbol ocasional. En aquella zona las casas eran escasas y distantes. Casi todas

habían sido construidas sobre suelo agrícola, y la carretera estaba bordeada por campos de tabaco correoso y maíz resplandeciente. Era una zona más agradable que Violin Road; aquel suelo polvoriento no había sido explotado hasta la muerte. Las casas no eran ni nuevas ni hermosas, pero sus jardines eran grandes extensiones de hierba libres de la basura amontonada y los esqueletos herrumbrosos de los coches.

El sol atacaba inmisericorde la carretera y la gravilla que la pavimentaba, granito roto como las ofrendas aplastadas de un cementerio empastado en una arcilla húmeda y rojiza, atrapando la luz para romperla en un millón de fragmentos afilados. Trevor agradeció que llegaran las nubes de una próxima tormenta veraniega. Sentía el cerebro recocado dentro del cráneo, y la piel ya le picaba por la quemazón del sol. Su mochila era impermeable, para mantener seco el cuaderno. Si la tormenta esperaba lo suficiente, comenzaría un nuevo dibujo en el cementerio. Si no, tendría que sentarse en el suelo y dejar que la lluvia lo empapara.

Podía sentir delante de él la presencia casi silenciosa de la muerte, no precisamente vigilante, ni siquiera realmente consciente, pero de algún modo discernible. Era como la frecuencia de una radio, o más bien el espacio vacío en la banda entre frecuencias: no había señales que captar, pero podías oír un leve zumbido eléctrico que no era exactamente ni sonido ni silencio. Era como estar en una habitación que alguien acababa de dejar, una habitación que aún conservaba el leve aroma del aliento y la piel, el desplazamiento sutil del aire. Un chico epiléptico había muerto en su cuarto en el Hogar de Jóvenes; tuvo un ataque muy grave unas horas antes del amanecer, cuando no había nadie despierto para ayudarlo. Trevor se había levantado aquella mañana fría y silenciosa y había sabido que la muerte andaba cerca, aunque no sabía por quién había venido, ni cómo.

Pero el cementerio solo emitía un leve zumbido, como el de los grillos bajo el sol, como los engranajes de un reloj que comienza a quedarse sin cuerda. Descansaba al final oscuro de Burnt Church Road y estaba rodeado por árboles por tres de sus costados; transmitía la sensación de ser un oasis en el dolor. Trevor nunca había visto las tumbas de su familia. En cuanto vio el cementerio supo que aquel era un prelude adecuado a su regreso al hogar.

Por supuesto, no le habían permitido asistir al funeral. Por lo que sabía, no había habido funeral en sí. Bobby McGee había quemado prácticamente todos sus puentes al abandonar Austin, y no tenían más familia que ellos mismos. El pueblo, suponía, había pagado el entierro de tres ataúdes baratos de pino.

Más tarde, un grupo de dibujantes y editores de tebeos había reunido dinero para una lápida. Alguien le había enviado a Trevor una fotografía instantánea de ella hacía años. Recordaba haber girado la fotografía una y otra vez hasta que la grasa de sus dedos emborronó el papel resbaladizo, preguntándose quién se había tomado la molestia de visitar el lugar y fotografiar la tumba de su familia, pero no de rescatarlo del infierno que era el Hogar para Jóvenes.

También recordaba un dibujo que había hecho poco después, una sección de la

tumba. Había representado la lápida resplandeciente y resbalosa, como si una sustancia espesa y oscura recubriera el granito. La tierra era margosa, salpicada aquí y allí con gusanos, pequeñas rocas, huesos separados de sus ubicaciones lógicas. Había tres ataúdes, dos grandes con formas adultas amortajadas en su interior; los pliegues sugerían rostros arruinados. La forma del ataúd pequeño era extraña; podía tratarse de un cuerpo con deformaciones repugnantes, o de dos cuerpos pequeños abrazados.

El señor Webb, el profesor de arte del instituto que escondía botellas de Listerine llenas de un *whisky* matarratas en su escritorio, había declarado que el dibujo era morboso y había hecho una bola arrugada con él. Cuando Trevor saltó sobre él con los brazos delgados extendidos y las manos convertidas en garras ciegas que buscaban los ojos del señor Webb, el profesor lo había golpeado antes de saber qué estaba haciendo. Ambos fueron castigados, Webb con una semana de suspensión, Trevor con la expulsión de la clase de arte y la confiscación de su cuaderno de bocetos. Entonces cubrió las paredes de su habitación con dibujos feroces: enjambres de insectos con miles de patas, pájaros esqueléticos, palabrotas hermosamente caligrafiadas, rostros aullantes con oquedades negras por ojos.

Nunca volvieron a permitirle recibir clases de dibujo.

Y allí estaba el lugar de su boceto y de sus sueños, el lugar que había imaginado tan a menudo que ya le resultaba familiar. El cementerio era muy parecido a como se lo había figurado, pequeño, oscuro y cubierto de maleza. Había muchas lápidas ordenadas y las raíces de grandes árboles se enroscaban con las tumbas y se hundían en el suelo rico, extrayendo fértiles depósitos de los cuerpos enterrados. Trevor se preguntó si encontraría la cara de Didi en el nudo de un tronco, los muchos colores del pelo de mamá en la hierba aclarada por el sol, la forma de las manos de dedos largos de su padre en una rama elegantemente retorcida.

Podía ser. Pero primero tendría que encontrar su tumba.

Rebuscó en su mochila y encontró una lata de jolt-cola; la abrió y se llevó el refresco caliente a la boca. El sabor, de un dulzor enfermizo, formó espuma en su lengua y se derramó entre sus dientes. El sabor era horrible, como la saliva carbonatada estancada, pero la cafeína lanzó de inmediato zarcillos eléctricos a su cerebro, alivió el palpitar de sus sienes y aclaró las telarañas rojas de sus ojos.

Era prácticamente la única droga que usaba. Hubo una temporada en que empezó a gustarle el speed, pero lo dejó en cuanto detectó un temblor en su mano. Los porros le recordaban demasiado a sus padres en los buenos tiempos, cuando Bobby dibujaba. El alcohol lo aterraba; no era más que la muerte destilada y embotellada. Y por la heroína sentía una fascinación tan morbosa que no se atrevía a probarla, aunque hubiera podido hacerlo de haber querido. Sabía que se suponía que era clara, pero él la imaginaba negra como la tinta, expelida de la jeringuilla hasta recorrer sus venas, atrayéndolo a un mundo de pesadillas terroríficamente familiar.

Bebió el último y vil trago de refresco, devolvió la lata vacía a la mochila y

comenzó a recorrer el sendero serpenteante del cementerio. El terreno era irregular, y en algunos lados la maleza era tan alta que le llegaba a la punta de los dedos. Entonces la aferraba y dejaba que se deslizara por sus manos.

Aquel no era el único camposanto de Missing Mile. Trevor había podido ver algunos pequeños cementerios en las iglesias de camino al pueblo, y recordaba que los bosques circundantes estaban salpicados de tumbas de la Guerra Civil y parcelas familiares, en ocasiones poco más que dos o tres lápidas toscas reunidas en un grupo solitario.

Pero aquel era el más antiguo que siguiera en uso. Había lápidas recientes, letras y fechas cinceladas con tanta precisión que parecían flotar sobre la superficie pulimentada del granito. Las motas de cuarzo y mica capturaban la luz en recesión. También había lápidas antiguas, cruces de piedra y losas arqueadas de bordes desgastados e inscripciones que comenzaban a desaparecer. Estaban las pequeñas lápidas blancas de los niños, algunas coronadas por corderos como si fueran figuras de jabón parcialmente fundidas en la ducha. Algunas tumbas estaban salpicadas de colores brillantes, con flores dispuestas en brillantes ramilletes o torturadas en coronas. Otras llevaban mucho tiempo sin ser decoradas.

Otras no habían sido visitadas jamás.

El dolor recorrió sus manos. Trevor se encontró frente a una larga losa de granito. Comprendió que llevaba allí varios minutos apretándose las manos, entretejiendo los dedos hasta que las articulaciones comenzaron a chillar. Se obligó a relajarlos uno a uno.

Entonces levantó la mirada y contempló la lápida de los únicos a los que había amado.

McGee		
Robert Fredric	Fredric Dylan	Rosena Parks
n. el 20 de abril de 1937	n. el 6 de septiembre de 1969	n. el 20 de octubre de 1942
Muertos el 14 de junio de 1972		

Trevor había olvidado que el segundo nombre de su hermano era Dylan. Mamá siempre le decía a la gente que era por Dylan Thomas, el poeta. Bobby señalaba que el niño había nacido en el 69; pero dijeran lo que dijeran, todo el mundo asumiría siempre que el nombre era un homenaje a Bob Dylan, algo que lo perseguiría toda su vida.

Aunque Bobby se había encargado de que aquello no fuera un problema.

Durante la caminata hasta el cementerio, Trevor se había preguntado si comenzarían a gemir y a protestar, si sus voces se abrirían camino como gusanos a través de dos metros de tierra compactada, a través de veinte años de descomposición y disolución, a través de los chirridos y zumbidos de los insectos en la maleza, a través del lento retumbar de la tormenta que se avecinaba. Pero aunque aún sentía el

rumor suave de los muertos reunidos, los suyos guardaban silencio. Ahora que estaba allí se sentía curiosamente abatido, casi defraudado; nadie le había hablado, ninguna mano esquelética había surgido para aferrar su tobillo y arrastrarlo abajo con ellos. Volvía a quedarse fuera.

Se arrodilló y apoyó brevemente las palmas contra la piedra fría, después depositó la mochila y se estiró sobre el suelo. Sobre el centro de la tumba, sobre Didi, suponía. Era difícil creer que el cuerpo de Didi, el cuerpo que había visto por última vez rígido y frío en la cama, con la cabeza destrozada como una fruta madura sobre la almohada, yacía justo debajo de él. Se preguntó si alguien había reconstruido las cabezas y las caras, o si habían dejado que el frágil cráneo de Didi se descompusiera en pedazos como un huevo de Pascua roto. El terreno estaba caliente bajo su espalda, y el cielo aparecía preñado de nubes, casi negro. Si quería dibujar algo allí, más le valía comenzar pronto.

Abrió la cremallera de la mochila y sacó el cuaderno. En la espiral de alambre llevaba un lápiz. Trevor lo tanteó pero no lo extrajo todavía, sino que pasó las páginas hasta llegar al dibujo que había terminado en el autobús. Rosena Black: la versión muerta de Rosena McGee, desprovista de todo su ingenio y su calidez, sin nada más que un cascarón arruinado y frío. Siete dedos rotos al tratar de defenderse de Bobby en el umbral del vestíbulo, tras el cual dormían sus hijos. Si hubiera intentado quitarle el martillo, si lo hubiera conseguido, ¿habría matado a su marido con él? Trevor creía que sí.

Eso hubiera cambiado todos los factores de la ecuación, salvo uno: Bobby seguiría muerto y Trevor seguiría vivo. Si todo hubiera resultado de ese modo, al menos él sabría por qué seguía vivo.

Volvió a buscar en la mochila y llegó hasta el fondo, donde encontró un arrugado sobre amarillento del que sacó tres hojas de papel dobladas. Los pliegues se habían roto de tanto doblar y desdoblarse, se habían pegado con cinta adhesiva y se habían vuelto a torturar hasta que algunas de las palabras fotocopiadas eran casi ininteligibles. No importaba, porque Trevor se las sabía de memoria.

Todas seguían el mismo formato. Robert McGee, apartado rural 17, Violin Road, varón caucáseo, 35 años, 1,75 m, 58 kg, cabello rubio, ojos azules. Ocupación: dibujante. Causa de la muerte: estrangulación por ahorcamiento. Circunstancia de la muerte: suicidio. Otras señales: arañazos en cara, brazos, pecho...

Sabía que esos arañazos eran obra de su madre, pero no habían sido suficientes. Ni de lejos. Las uñas no valían de mucho una vez se habían roto los dedos.

Dobló los informes de las autopsias y los devolvió al sobre. Los había robado de su fichero en el Hogar y los llevaba consigo desde entonces. El papel ya estaba blando y débil tras haberlo leído miles de veces. La tinta estaba emborronada por la acción de sus dedos.

La tormenta ya estaba muy cerca. El zumbido de los insectos en la hierba, el trino y canto de los pájaros en los bosques cercanos, parecían muy altos. La luz de la tarde

había adoptado un tono verdoso espeluznante. El aire estaba cargado de electricidad. Trevor sintió cómo se le erizaba el vello de los brazos, del cuello.

Abrió su cuaderno por una página en blanco, sacó el lápiz y comenzó a dibujar rápidamente. En unos minutos había abocetado la primera parte de su idea para una tira.

Surgía de un incidente que había leído en el Hogar en una biografía de Charlie Parker. En sus trece años allí, Trevor había leído casi por completo su austera biblioteca. La mayoría de los otros chicos se preguntaban por qué le interesaba siquiera leer, y mucho menos un libro sobre un músico muerto que hacía una clase de música que ya nadie escuchaba.

El incidente había sucedido cuando Bird estaba de gira por el sur, con la Jay McShann Orchestra. Jackson, Misisipí, no era un buen lugar para los negros en 1941. (Trevor dudaba que aun hoy los tuvieran en mucha estima por allí). Había un toque de queda que les exigía estar fuera de las calles a las once de la noche, de modo que, salvo que quisieran arriesgarse al arresto o a algo peor, la banda tenía que haber terminado y empaquetado para las diez y media. En Jackson no los admitían en ningún hotel, de modo que los músicos eran estabulados en diversos hostales trapajosos y en domicilios particulares.

Bird y el cantante, el bluesman honky-tonk Walter Brown, dormían en hamacas en el porche cubierto de la casa de alguien. Para las once ya habían dejado el granero reconvertido donde habían tocado y habían vuelto a la casa, pero como su estilo de vida habitual los mantenía despiertos hasta altas horas de la noche, los músicos estaban muy lejos de tener sueño. Se tumbaron en sus hamacas bajo la débil luz amarilla del porche, pasándose la botella y sudándola más rápido de lo que la apuraban debido al calor tórrido del Misisipí, apartando a manotazos los mosquitos que se colaban por los agujeros en la pantalla, pasando el rato y hablando de música, de mujeres hermosas o quizá de lo lejos que estaban de Kansas City.

A medianoche se presentó la policía, cuatro muchachotes con pistolas, porras y un cerebro minúsculo que no pensaba más que en la sangre que estaban a punto de derramar. La bombilla encendida del porche era una violación del «toque de queda para negros», dijeron, y Bird y Brown tenían que acompañarlos a la comisaría. Si se negaban a obedecer como chicos buenos, se verían obligados a darles unos cuantos porrazos en la cabeza y a llevarlos esposados y a rastras.

Charlie Parker y Walter Brown pasaron tres días en la cárcel de Jackson por quedarse hasta tarde hablando en el porche con la luz encendida. Charlie era el que tenía la lengua más afilada, de modo que fue el que salió peor parado. Cuando McShann pudo por fin sacarlos del calabozo, el pelo corto de Bird seguía endurecido por la sangre seca que había manado de los cortes y golpes en la cabeza. No le habían dado agua para limpiarse los cuarterones. Brown aseguraba que había mantenido la boca cerrada, pero a pesar de ello mostraba moratones y cortes diversos.

Bird había compuesto una canción para conmemorar el incidente, llamada

primero *What price love?* y más tarde rebautizada como *Yardbird suite*. Su furia y su orgullo herido cosían la canción como un hilo carmesí, como un sobretono gemebundo y lloroso.

¿Cómo reunir todo aquello en una sola historia, en unas pocas páginas de dibujos en blanco y negro? ¿Cómo mostrar la covacha chabacana en la que habían sido recludos, las casas de madera vieja y alquitrán quebrado, las calles angostas y embarradas, la malicia estúpida en la cara de los policías? Era la clase de cosas que Bobby había hecho sin esfuerzo en los tres números de *Birdland*. Sus historias se desarrollaban principalmente en los barrios pobres y marginados de Nueva York, o Nueva Orleans, o Kansas City, no en Jackson, Misisipí, y sus personajes humanos habían sido yonquis, freaks callejeros y músicos de *jazz* ficticios, no reales.

Pero el tono de *Birdland*, los dibujos sombríos, elegantes, ligeramente alucinatorios, los reflejos distorsionados en los charcos y en las ventanas oscuras de los bares, la constante amenaza soterrada de violencia, la sensación de que todo en la viñeta era un poco más grande que la vida, y un poco más altisonante, y un poco más extraño... Todo aquello era lo que Trevor quería capturar allí.

Sin embargo, de momento solo estaba bosquejando las viñetas y sus contenidos, calibrando el espacio de los bocadillos, trazando figuras y fondos toscos, el más leve indicio de gestos y expresiones. Las caras y las manos eran su parte favorita, y ya se dedicaría más tarde a ellas. Ya había dibujado a Bird cientos de veces. Los rasgos atractivos y carnosos aparecían en los márgenes de sus páginas y se entretrejían en sus fondos casi tan a menudo como la cara de su padre.

Llegó a la parte del porche, justo antes de que apareciera la policía, y por primera vez llegó un plano corto de la cara de Walter Brown. Su lápiz se frenó, luego se detuvo, y dio unos golpecitos pensativos en la página con el borrador. Se dio cuenta de que nunca había visto una fotografía de Brown; no tenía ni idea de cómo era el cantante.

No había problema. Podía solventar el asunto improvisando la cara, como un solo de *jazz*. Ya tenía una imagen borrosa en la cabeza, y a medida que pensaba en ella los rasgos se hicieron más claros. Su Walter Brown imaginario era un hombre muy joven, de unos veinte años (aunque en realidad todos ellos eran jóvenes, más de lo que Trevor era ahora), de una masculinidad delgada en contraste con la carnosidad de Bird, con pómulos altos y ojos de almendra algo sobresalientes. Guapo.

Así trabajaba normalmente, madurando una idea durante meses, dándole vueltas una y otra vez en la cabeza hasta que tenía prácticamente todas las viñetas y frases pergeñadas. Solo entonces tomaba el lápiz, o la pluma, o el pincel, al papel y la cosa se derramaba sobre la página. Bobby había trabajado de un modo similar, en estallidos febriles. Porque cuando la inspiración desaparecía, ya no volvía.

Por lo menos, si eso me pasa a mí no tendré a nadie a quien matar, se recordó Trevor. Nunca se había preocupado tanto por nadie, y los incidentes como el sucedido con el profesor de dibujo eran algo totalmente distinto. A esa gente podías arrancarle

alegremente la cabeza y beberte la sangre que manara del muñón destrozado en aquellos primeros minutos de furia ciega, si las frágiles cohibiciones de la civilización y la falta de potencia física no te lo impedían.

Pero más tarde, cuanto tuvieras tiempo de pensar en ello, comprenderías que no podrías sacar nada haciendo daño a esa gente, que quizá no estuvieran siquiera lo bastante vivos como para sentir dolor. Se podía hacer un mejor uso de la furia propia guardándola en el interior y dejándola crecer hasta que fuera necesaria.

Pero si querías a alguien, si lo querías de verdad, ¿no querrías llevártelo contigo cuando murieras? Trevor trató de imaginarse cómo sería sujetar a alguien y matarlo, despedazarlo, viendo cómo el amor de su rostro se convertía en agonía, en rabia, en confusión, mientras sus huesos se partían y su sangre fluía por tus manos, bajo las uñas, lubricando las palmas.

No había nadie con quien quisiera tener tal intimidad. Kinsey lo había abrazado la noche anterior en el local, lo había sostenido con la misma naturalidad con que se acunaría a un niño que sufriera. Había sido la primera vez que Trevor había llorado en presencia de otra persona en veinte años. Ya puestos, era lo más cerca que había estado físicamente de otra persona desde que el hombre de las manos amables lo sacó de la casa, desde que vio por última vez la cara hinchada de su padre. Aquellos dos breves encuentros de piel vestida eran todo lo que había tenido.

No, recordó. No era todo.

Una vez, cuando contaba doce años, un chico un poco mayor del Hogar lo había pillado solo en la ducha y lo había arrinconado en una esquina. Las manos del muchacho habían tanteado su piel enjabonada, y Trevor había sentido cómo algo en su cabeza se chascaba. Cuando recobró el sentido, tres monitores lo arrancaban del chico, que estaba en posición fetal sobre el suelo, y los nudillos de su mano izquierda palpitaban. La sangre que manaba de las heridas se derramaba sobre los azulejos blancos, arremolinándose en el desagüe plateado.

El muchacho mayor tenía una conmoción, y Trevor quedó confinado en su habitación un mes. Le llevaban los deberes escolares y las comidas. La soledad era maravillosa. Rellenó dieciocho cuadernos, y una de las cosas que dibujó una y otra vez fue la ducha con el chico en ella, en el momento preciso en que su cabeza golpeaba los azulejos del suelo. El cuerpo delgado estaba enroscado sobre una lámina de agua recorrida por vetas de su propia sangre. La sangre que Trevor había derramado antes de que supiera qué estaba haciendo.

Y lo más extraño era que le había gustado la sensación de las manos del muchacho recorriendo su piel. Le había gustado aquella experiencia... y de repente el chico había acabado en el suelo sangrando por la cabeza.

Tenía tiempo de sobra para pensar en lo que había hecho y en lo que lo había llevado a hacer aquello, en la violencia inherente en sus genes, en su alma. Aquella fue la primera vez que podía recordar en que había considerado las comodidades del suicidio.

Dejó el lápiz apoyado en la oreja. Dejó que los dedos de su mano derecha se deslizaran por la suave piel del interior de su antebrazo izquierdo. Allí la carne estaba moteada por las viejas cicatrices tras años de cortes y heridas provocadas con una cuchilla de afeitar Exacto de una hoja, del mismo tipo que usaba al entintar. Quizá había un centenar de líneas de piel levantadas, más pálidas que el resto del brazo, exquisitamente sensibles. Algunas aún enrojecían y dolían de vez en cuando, como si el tejido en lo más profundo del brazo nunca hubiera llegado a sanar. Pero si profundizabas lo bastante en el tejido, ninguna cicatriz llegaba nunca a curarse por completo.

De todos modos, aquel mapa del dolor que había tallado en su piel no había sido un intento de suicidio sin muchas ganas. Trevor sabía que para matarse tenía que cortar toda la longitud del antebrazo, abriendo de la muñeca al codo como una fruta de rica pulpa roja y un núcleo blanco y duro. Tenía que cortar hasta el hueso para rajar todas las arterias y venas importantes. Nunca lo había intentado.

Los cortes que se había hecho a lo largo de los años eran más de naturaleza experimental, para probar el dominio sobre su propia carne maleable, para conocer la extraña jalea humana que se escondía bajo la superficie, en parte capa sobre capa de piel de delicadas células, en parte sangre veloz, en parte pálida grasa subcutánea que se separaba como la mantequilla al toque de un cuchillo recién afilado. En ocasiones sostenía el brazo sobre una página de su cuaderno y dejaba que la sangre cayera sobre el papel blanco o se mezclara con la tinta negra aún fresca; a veces trazaba con ella patrones con el dedo o la punta de un bolígrafo.

Pero habían pasado ya muchos años desde la última vez. Creía que había sido en su vigésimo cumpleaños, dos años después de abandonar la custodia del estado, cuando los malos vientos de la madurez y la pobreza soplaban en su contra. Era como si América hubiera comenzado la década de los ochenta destrozando una especie de gran espejo cósmico, salvo que los siete años de mala suerte aún no habían terminado. El viejo dibuk demente de la Casa Blanca era un ser tan alienígena para Trevor como alcanzaba su imaginación, un títere marchito pero repugnantemente animado, catapultado al poder por las mismas fuerzas oscuras que habían controlado el mundo desde que él tenía cinco años, fuerzas que no podía controlar, que apenas podía ver o comenzar siquiera a comprender.

Había pasado la noche de su vigésimo cumpleaños vagando por Nueva York, viajando por metros solitarios, bebiendo café capuchino y expreso en cada cafetería por la que pasaba hasta alcanzar un exagerado estado de consciencia que iba más allá de la percepción de alucinaciones. Terminó enroscado en una arboleda del parque de Washington Square, cortándose furtivamente las muñecas con una hoja roma y oxidada que había sacado del bolsillo, tratando de expulsar parte de su energía eléctrica con la sangre antes de acabar hecho pedazos. Hacia el amanecer cayó en un sueño inquieto y soñó con ángeles que le hablaban de violencia... ¿hacia sí mismo? ¿Hacia otros? No lo recordaba cuando despertó.

No sabía por qué había dejado de cortarse después de aquello. Simplemente ya no funcionaba: el dolor ya no era expulsado de esa manera.

Trevor se enderezó y sacudió la cabeza. Casi se había quedado dormido bajo la tormenta y en la tumba de su familia. Vio una imagen de su muñeca desollada sobre una página en blanco, vio cómo la sangre viscosa dejaba marcas de Rorschach en el papel.

Las primeras gotas de lluvia comenzaron a golpear la esponjosa alfombra de hierba y agujas de pino, surcando y manchando las lápidas de piedra. Un rayo partió el cielo con un azul quebrado y entonces llegó el trueno, como una lenta marea. Trevor cerró el cuaderno y lo devolvió a su mochila. Ya podría trabajar más tarde en la historia de Bird, cuando llegara a la casa.

La lluvia comenzó a caer en una gran sábana racheada cuando dejó el cementerio. Para cuando llegó a la carretera, el suelo ya estaba lo bastante mojado como para hundirse bajo sus pies y succionarlos, empapándole los calcetines y las zapatillas. Los árboles se inclinaban sobre la carretera, azotados por el viento.

Bajando por la carretera, Trevor se dio cuenta de que apenas había echado un vistazo a la lápida mientras se marchaba, y de que no la había tocado después del contacto inicial. Estaba insensible, muerta, como los fragmentos de recuerdo y hueso que se hallaban bajo ella. Puede que en un tiempo hubieran estado allí, pero a medida que su carne se descomponía y se desmenuzaba en la tierra sureña, su esencia también había desaparecido. Era posible que encontrara a su familia en Missing Mile, o algo de ella. Pero no allá donde yacían sus cuerpos.

Ya había hecho casi todo el camino de vuelta a la ciudad cuando oyó un coche que se acercaba lentamente desde su espalda, moliendo la gravilla tosca y mojada. Pensó por un momento en levantar el pulgar, pero casi a la vez desestimó la idea. Ya estaba totalmente empapado, y nadie querría ver su culo mojado sobre su tapicería.

El coche ya estaba lo bastante cerca como para oír cómo los limpiaparabrisas se movían de un lado a otro apartando agua. El sonido disparó un recuerdo tan lejano que apenas estaba allí: tumbado en el asiento trasero del coche de su padre una tarde lluviosa en Texas, oyendo el sush-shi de los limpiaparabrisas y viendo cómo el agua se derramaba sobre las ventanas. Un miembro del eminente gremio de dibujantes de San Francisco (era incapaz de recordar cuál) estaba de paso por la ciudad, y Bobby le estaba enseñando las vistas del Austin de 1970, fueran cuales fueran. El otro dibujante estaba ocupado liando un porro detrás de otro, pero eso no le impedía hablar tanto como Bobby. Para el Trevor del asiento trasero, todo se confundía como los diferentes tonos de una acuarela: el agradable sonido de las voces adultas, el dulce olor del humo de porro, la luz de la ciudad al atardecer filtrándose por un velo de lluvia.

Mamá debía de estar en casa con el bebé. Didi había pasado buena parte de su primer año enfermo con una cosa u otra. A mamá le preocupaba y le preparaba purés orgánicos especiales de lo más desagradable, vigilándolo mientras dormía. Como si

pensara que era importante, como si todos vivieran en un universo en el que Didi iba a llegar a mayor.

Trevor siguió andando y no registró el hecho de que el coche se había detenido a su lado hasta que sonó el claxon. Se giró y se encontró mirando los faros y la reja del radiador del viejo coche de su padre, aquel en cuyo asiento trasero había dormitado aquella tarde lluviosa en Austin, aquel en el que habían llegado a Missing Mile. Era el Rambler de dos colores, o su gemelo, incluida la moldura que había adornado desde 1970 el parachoques delantero.

El coche de su padre, el parabrisas opaco debido a la luz que reflejaba, las ventanas oscurecidas por las gotas y riachos de lluvia. El coche de Bobby que llegaba desde Burnt Church Road, desde la dirección del cementerio. Y la ventana del lado del conductor comenzaba a bajar lentamente.

Trevor creía que había lágrimas en su cara. O puede que fuera la lluvia que caía desde su pelo empapado.

Dio un paso adelante para salir al encuentro del coche y de quienquiera que hubiese dentro.

Capítulo siete

Justo después del amanecer, Zach dejó el coche en el estacionamiento de un motel rosa prefabricado y caminó hacia la playa más sucia que había visto nunca.

Había mantenido un rumbo nordeste constante durante toda la noche. Al pasar Pensacola a las dos, pensó en dirigirse directamente hacia el este hasta Jacksonville, pero lo había distraído una señal que indicaba un desvío hacia un pueblo llamado Two Egg. Era posible que no volviera a pisar jamás Florida, y tenía que ver Two Egg antes de marcharse.

Pero aquel lugar era inquietante aun para la Florida rural a aquellas horas de la madrugada. Todos los edificios del centro parecían haber sido construidos a principios de los cincuenta, aquella época de falsa prosperidad y fingido optimismo por la era espacial. Allí estaba el paisaje de pilar de plexiglás y arco de cromo, la forma de riñón y el elegante símbolo del átomo. Pero ahora aquellas fabulosas estructuras estaban abandonadas, dejadas atrás por el gélido vacío de la silicona de finales de milenio. La pintura estaba apagada y descascarillada, y las una vez maravillosas ilustraciones de naves y estrellas, los ángulos elegantes, ahora se oxidaban y se caían a pedazos.

Los edificios parecían inclinarse y asentir sobre las calles, como si trataran de arrancar a Zach de su sueño estéril. La calle estaba llena de basura, de bolsas arrugadas de comida rápida y de periódicos rotos que vagaban como fantasmas sin rumbo. El marjal estaba reclamando el pueblo por todos sus costados; lenguas de agua estancada lamían las aceras, y las aneas y espadañas se adueñaban de cada solar vacío. El pueblo en su conjunto hizo pensar a Zach en la escena inicial del aterrizaje del helicóptero en *El día de los muertos* de Romero, filmada en el escenario en ruinas de *The Jetsons*: una desolación en la que podían alzarse los cadáveres descompuestos, en un fondo tan chillón y triste como un dibujo animado olvidado.

Salió corriendo de Two Egg. Treinta minutos más tarde cruzaba la frontera estatal de Georgia.

Ahora se encontraba en Tybee Island, según decía la señal que no había podido leer por su vista cansada cuando al fin llegó a la costa. Tybee, situado al este de Savannah, era una zona turística barata frecuentada durante todo el verano por paletos y familias de clase media. La isla estaba cuajada de moteles playeros, establecimientos de marisco frito, puestos de conchas y aquellas extrañas y ubicuas tiendas indias con su invariable repertorio de ropas de algodón diáfnas, incienso, carteles de *rock* pasados de moda, bisutería barata y drogas diversas.

A esa hora, casi todo estaba cerrado. Zach pagó en efectivo una habitación en el Sea Castle Motor Inn, estacionó el coche detrás del colorido edificio Pepto-Bismol y se acercó andando a la playa.

El Océano Atlántico parecía oscuro y lóbrego, ni negro ni verde. La espuma que bordeaba las rompientes era como la crema batida de bote, delgada y poco apetitosa, de aspecto artificial. Y la arena (cien veces peor que la arena blanca del Golfo) era gris, húmeda, pesada, como el légamo, como el fango. Zach la removió con la punta de la zapatilla y dejó al aire una pala de plástico rota, el envoltorio de una barra de caramelo, los restos pegajosos de un condón. Volvió a cubrir los restos con arena y vio cómo esta se dispersaba, ocultando solo a medias la basura.

Había pensado que el océano calmaría sus nervios a flor de piel, pero la visión de su flujo y reflujo eternos lo hizo sentirse tenso, perdido, como si aquel no fuera el lugar al que pretendía llegar. También había pensado que habría otros adolescentes en la playa, que sería capaz de mezclarse con ellos y parecer parte de alguna multitud de vacaciones, pero a aquella hora la playa estaba prácticamente vacía, y los pocos a los que vio eran parejas de mediana edad o padres terroríficamente jóvenes con rebaños de niños diminutos. Incluso cuando se quitó la camisa y dejó que el tímido sol bañara su espalda y hombros pálidos, se sintió tan discreto como Sid Vicious en una cena baptista.

Comenzaba a comprender lo poco que sabía acerca de la vida fuera de Nueva Orleans, pero no pasaba nada: con inteligencia e intuición, se abriría camino.

Como con la piratería informática, todo consistía en manipular sistemas complejos, ya fueran números en una pantalla o los reguladores e intercambios del sistema telefónico; estos eran mecánicos, y lo único que había que hacer era aprendérselos. El hecho crucial que muchos piratas nunca parecían llegar a comprender (y motivo de que se los viera como a patanes) era que el mundo y todos sus seres inteligentes, sus miles de millones de historias, formaban el sistema más intrincado y fascinante de todos.

Se incorporó y paseó por la arena gris hasta la orilla. El reflejo de la luz en el agua capturó las lentes redondas de sus gafas y le hizo llorar. Le daba igual, en realidad le apetecía llorar. Una brisa preñada del olor de la sal húmeda y el petróleo crudo capturó su cabello y se lo apartó de la cara, secando la delgada película de sudor en su frente y su labio superior. Las lágrimas y el viento creaban una buena combinación.

Zach miró playa arriba y abajo, siguiendo la intersección de arena y agua hasta que se fundían en el infinito. Al sur de allí estaban las islas del Mar de Georgia, donde la rica lengua y la cultura de los gullah se había secado a lo largo del siglo pasado como tantos juncos de los pantanos que no llegan a enhebrarse en un cesto, como tantas raíces mágicas que nunca llegan a formar parte de un amuleto protector. Al norte estaba el resto del litoral atlántico, más de mil quinientos kilómetros de aquel océano agitado de color extraño, llegando hasta las arenas inimaginablemente tóxicas de Nueva York y Nueva Jersey.

Pronto la playa comenzó a poblarse, y Zach comprobó que nunca hubiera sido capaz de mezclarse en aquel ambiente. Los palurdos con sus bañadores horteras y sus

pequeños bigotes mal arreglados; las paletas con su pelo teñido o permanentado o lacado, sus culos fofos y sus terroríficos morenos; los niños, que eran repulsivas imitaciones en miniatura de sus padres pero vestidos de tortuga ninja... Todos ellos miraban a Zach como si fuera algo desagradable que la marea hubiera traído por la noche, y que aún no se había llevado de vuelta. Era hora de marcharse, de dormir un poco de modo que pudiera largarse de aquel lugar aburrido para el crepúsculo.

De vuelta en su habitación en el Sea Castle, Zach se desprendió de sus pantalones sudados, dejó las gafas en la mesilla y se metió en la cama doble. Las sábanas estaban gastadas, pero limpias y frescas. Ahuecó la almohada, cerró los ojos y sintió cómo el cansancio delicioso lo inundaba. Entonces pensó en Hoja, y de repente tuvo una enorme erección que no le iba a permitir dormir ni en un millón de años.

Se inclinó sobre el borde de la cama y rebuscó en una de sus bolsas; allí encontró una cinta de pequeños paquetes de plástico azul, y arrancó uno. Nunca usaba condones para el sexo a no ser que el otro insistiera, y muchos de sus amantes en Nueva Orleans habían insistido; no solo era conocido por su belleza pálida y su misteriosa fortuna (una combinación que había convencido a ciertos jóvenes del Barrio Francés de que Zach era un vampiro, y a otros de que se estaba muriendo de sida y estaba aprovechando mientras podía). Pero siempre los empleaba para masturbarse. Nunca se le había roto ninguno, y creía que ya iría por los mil.

Colocó la pequeña capucha resbaladiza en el glande y la desenrolló, deslizándola con ella, imaginando que era la boca de Hoja. El peso de la sábana eran las manos del muchacho, la almohada adicional su cuerpo delgado presionado con suavidad contra el suyo. Pero cuando se corrió, Hoja desapareció y Zach vio una ola de un azul doloroso rompiendo y espumando contra una playa de blanca pureza.

El condón, como siempre, seguía intacto. Puede que en el 72 hicieran aquellas cosas más endebles.

Durante algunos minutos se quedó tumbado, cavilando mientras seguía moviendo la mano con aire ausente. Hasta que los zarcillos calientes del semen no comenzaron a gotear sobre su vello púbico no se quitó la goma, la anudó y la tiró en dirección al inodoro. Oyó un plop húmedo que le indicó que había dado en la diana, aunque la habitación era tan pequeña que hubiera sido difícil fallar. Si cada espermatozoide era sagrado, como decían los Monthy Python, Zach pensaba que había hecho más ofrendas al altar de la diosa de porcelana que ningún otro.

Cuando despertara más tarde y viera el condón flotando como una pálida crisálida en el agua teñida de azul de la taza, mearía sobre él y después tiraría de la cadena. Zach pensó que su cuerpo era una máquina ingeniosa, y sentía un saludable aprecio por sus muchas funciones.

Se volvió, estiró sus largos brazos y piernas sobre el colchón extraño y apoyó la cabeza sobre el montículo de almohadas. Una de ellas se apretaba contra su costado como un cuerpo caliente preparado para dormir. Por un instante se preguntó cómo sería caer dormido y despertar con alguien a su lado cada día, encajando sus cuerpos

con una sencilla familiaridad, oliendo ambos al otro y a la seguridad de una cama compartida.

Pero solo por un segundo pensó que aquello podría gustarle. Eran pensamientos que solo le venían en las plomizas mañanas de invierno, cuando la lluvia aguijoneante de la estación fría de Nueva Orleans golpeaba las ventanas.

La almohada era su único compañero de cama constante, en todas sus maleables y cómodas formas. La acercó y apretó la cara contra ella, olió el algodón y el detergente, el fantasma persistente de su semen, húmedo y salado como el océano, pero más limpio. En un instante, la imagen de su propia cama se difuminó detrás de sus ojos y Zach comenzó a soñar con una gran extensión de arena blanca, sedosa, azucarada, con unas aguas del color del cielo, con un cielo del color del sol.

Cuando despertó, la habitación estaba inundada con la primera luz del ocaso, unos rosas y violetas profundos que se extendían como capas de pétalos superpuestas sobre la ropa de cama, y que le hicieron pensar que seguía soñando. A medida que regresaba la conciencia, Zach pensó en salir a la playa para contemplar la puesta de sol y buscar algo para comer. Un filo de hambre constante no dejaba de roerle el estómago, pero todas las felices parejas estarían paseando cogidas de la mano por el paseo marítimo. Decidió quedarse en la habitación y pedir una *pizza*.

Rebuscó en el listín telefónico, arrancó el anuncio de Domino y lo rompió en pedazos (apoyaban la Operación Rescate y otras repulsivas causas fascistas); después marcó el número de un restaurante local y pidió una mediana con triple de jalapeños.

Treinta minutos después, con el pelo aún húmedo por la ducha rápida, masticaba *pizza* y bebía un refresco de uva de la máquina del motel mientras estudiaba su nuevo atlas. Se había detenido para llenar el depósito del Mustang en algún punto cerca de Valdosta, y aunque no había sido una aventura ni de lejos tan satisfactoria como su parada en Pass Christian, había conseguido tres cintas, un Slim Jim nuevo y el mapa de carreteras. Vio que la I-95 al norte de Savannah lo llevaría directamente hasta Carolina del Norte. A Zach no le gustaban las interestatales, pero ya se encontraba bastante lejos de Nueva Orleans y estaba listo para cubrir más distancia rápidamente.

Y después de Carolina del Norte, ¿adónde? Hoja lo había creído neoyorquino. A Zach siempre le había intrigado la idea de aquella ciudad encerrada en una isla diminuta, atestada de gente de todas las razas, sexos y credos posibles, de culturas enteras, de guerras de culturas, de sistemas de magia, de infinitos microcosmos. Puede que fuera el momento de perderse allí.

Terminó la *pizza*, dejó las llaves de la habitación en recepción, puso su nueva cinta de Hank Williams y se dirigió hacia el norte.

Justo antes de la medianoche, Zach se sentaba a tomar un bloody mary en el

Sombrero Lounge, un edificio colorista moldeado principalmente con estuco rosa, neón naranja y miles de blanquecinas luces feéricas resplandecientes. El «parque temático». Sur de la Frontera lo había atraído como la llama a la mosca.

Los carteles cada vez más surrealistas anunciaban el parque 50 kilómetros antes, todos ellos esculturas en tres dimensiones de papier-mâché con partes móviles, gigantescos perritos calientes y ovejas giratorias, y la sonriente cara bigotuda de Pedro, la mascota del lugar. Era como una pequeña ciudad erigida en medio de ninguna parte, a mitad de camino entre Nueva Jersey y Disney World (como fanfarroneaba uno de los carteles), y después de tres horas de oscura interestatal flanqueada por monótonas tierras agrícolas y pinares, los bares pegajosos, las tiendas de recuerdos con sus huevos de Pascua pintados de púrpura y rosa y verde chillón le habían parecido a Zach las luces de Bourbon Street durante el Mardi Gras.

Mientras se terminaba la bebida, una mezcla de tequila y tabasco con zumo de tomate que le provocaba lágrimas, tuvo una idea. Dejó el bar y condujo por el complejo hasta el motel Pedro, pagó en efectivo una de las habitaciones con «aire acondicionado» y subió su ordenador portátil y el teléfono móvil OKI 900 que llevaba a todas partes. Zach había reprogramado el teléfono para que generara un nuevo código de identificación cada vez que lo usaba. No podía recibir llamadas, pero tampoco podían rastrear las suyas.

El mobiliario y las paredes de la habitación estaban pintados de rosa, la cama tenía forma de corazón y había un espejo en el techo y una resbaladiza colcha de satén rojo. Sin duda podías meter una moneda de 25 centavos en la máquina e invocar el masaje automático de los Magic fingers. Encendió el ordenador, le ofreció un número de tarjeta de crédito MCI robado y se introdujo en el departamento de composición del Times-Picayune de Nueva Orleans.

Hacía un año había descubierto que el periódico tenía un programa que permitía a los reporteros escribir sus artículos desde casa. Él se había creado una cuenta propia a la que cambiaba la contraseña cada vez que insertaba un texto en el periódico. En aquel momento era ZIGOTO, gracias a su última historia acerca del aborto petrificado. Se conectó y la cambió a pedro. Después escribió:

VE UNA DIOSA EN UN CUENCO DE QUINGOMBÓ

Por Joseph Boudreaux, redactor

La diosa Kali es conocida por el hinduismo como la Madre y Destructor de la Creación. Aunque quizá tenga otras ocupaciones...

En un giro del tan trillado tema de «vi a Jesucristo en mi plato de espagueti», Parvata Sanjay, de la India, vio a la diosa hindú en su cuenco durante una visita reciente a Nueva Orleans, mientras probaba el quingombó de marisco en un popular restaurante del Barrio Francés. «Sus cuatro brazos terribles estaban extendidos», dice Sanjay, «y su lengua sangrienta era claramente visible. Solo era un patrón en la sopa, formado por la grasa en la

superficie, pero soy de la opinión de que todos los patrones tienen un significado».

¿Es posible que el señor Sanjay se hubiera tomado también unas cuantas cervezas Dixie?

Este natural de Calcuta planea proseguir sus viajes por América en Carolina del Norte, donde ha declarado que quiere probar una barbacoa.

Añadió la secuencia de caracteres que indicaba que el editor había aprobado el texto. Después, pulsando unas cuantas teclas más, lo envió al departamento de impresión, donde se uniría a las demás historias listas para publicar en la edición del domingo siguiente. Era más fácil colar artículos en esa edición, ya que estaban locos por cualquier material de relleno y no revisaban dos veces las porquerías que les mandaban.

Sabía que Eddy revisaría ese periódico en busca de noticias escondidas. La mención de Kali le llamaría la atención, y también podría reparar en que había invertido el orden del nombre y el apellido. Llamar al tipo Parvata Sanjay era como llamar a un estadounidense Smith John.

Otros amigos y forajidos también lo verían y reconocerían su mano. Puede que ellos también lo vieran, ya puestos, pero Zach no creía que lo pudieran relacionar con un pirata informático a la fuga.

Se desconectó e interrumpió la conexión telefónica, apagó el ordenador y lo llevó todo al coche. Orinó rápidamente en el baño de azulejos rosados, dejó la llave en la puerta y se marchó. Después de dormir durante todo el día, estaba preparado para conducir hasta el amanecer, y además no soportaba la idea de tumbarse en aquella cama resbaladiza con forma de corazón rojo, mirando su propio cuerpo caliente y solitario en el espejo del techo.

El parque Sur de la Frontera desapareció tras él, y pronto no sería más que un pálido fulgor fucsia en el horizonte. A medida que la noche se cerraba y el tráfico disminuía hasta desaparecer, le pareció que todo el país se encontraba al otro lado de la siguiente cuesta, nada más doblar el siguiente recodo de la autopista, iluminado y despierto, violento y extraño y gozoso, ansioso porque Zach corriera a descubrirlo.

Capítulo ocho

Trevor no sabía qué esperaba ver dentro del Rambler cuando bajó la ventanilla del conductor: ¿un esqueleto sonriente llamándolo con un dedo reseco cubierto de polvo y gusanos? ¿La carne de su padre restaurada, las sombras haciendo equilibrios sobre su nariz como una hoja afilada, sus ojos intensos perforándolo a través de unos cristales ahumados? ¿O a Bobby tal como lo había visto por última vez, con los ojos muertos sobresalientes, la lengua fuera de la boca como una badea podrida, el mentón y el pecho flaco cubiertos de baba y sangre?

Fuera lo que fuera lo que esperaba, no era la cara sonriente de Terry Buckett, el afable *hippie* de segunda generación al que había conocido en el bar la noche anterior. Recordó que era el dueño de la tienda de discos, procurador de grabaciones de *jazz*, vendedor de la magia que tan poco dinero había reportado a Bird a lo largo de su vida.

—Ey, Trevor Black. Está cayendo una manta de agua, ¿no te has dado cuenta? Sube, tío.

Terry señaló con el pulgar la puerta del pasajero. Trevor rodeó el coche por la parte delantera y oyó cómo la grava crujía bajo sus pies aunque no pudiera sentirla, oyó también el ronroneo del motor al ralentí. El Rambler, encaramado sobre sus altas ruedas, parecía el dibujo de un automóvil hecho por un niño, un pequeño rectángulo sobre uno más grande y precariamente elevado sobre dos círculos. Era un mazacote soso, aunque de algún modo se trataba de una máquina aerodinámica. No era la clase de coche en el que uno esperaría ver un fantasma; no era la clase de coche en la que uno esperaría ser un fantasma.

Trevor levantó la mano izquierda y envolvió la manilla con los dedos. Estaba fría al tacto, y empapada por la lluvia.

Abrió la pesada puerta y entró, sentándose en el asiento de vinilo blanco que su trasero había pulimentado con pañales de tela y monos Osh-Kosh, el asiento que se pegaba a sus piernas desnudas cuando hacía calor, el asiento en el que Didi se había meado en un par de ocasiones, aunque la mayoría de los accidentes se habían confinado a la parte de atrás.

Terry aguardaba cómodamente al otro lado del asiento, con el pelo rizado sujeto por un pañuelo azul desgastado; contemplaba a Trevor de arriba abajo con ojos divertidos. Sus rasgos eran toscos, poco atractivos; las cejas pobladas casi se encontraban sobre el puente de la nariz, y necesitaba un afeitado. Pero su cara tenía un aspecto amigable, sólido, era un rostro que no admitía estupideces de nadie, pero que tampoco tocaba las narices a nadie. Si hubiese tenido un aspecto un poco más desaseado, hubiera podido ser un personaje de Crumb.

Terry metió primera, soltó el embrague y comenzó a rodar de nuevo por Burnt

Church Road. No parecía tener mucha prisa por llegar a ningún sitio.

—¿Dónde conseguiste este coche? —preguntó Trevor.

—Ah, lo tengo desde siempre. Antes Kinsey me ayudaba a arreglarlo cuando se estropeaba, pero ya he aprendido a hacer yo mismo casi todo el trabajo. Adoro estos viejos motores. Nada de electrónica de mierda que se joda a la primera de cambio, solo grasa y metal. ¿Sabías que estos limpiaparabrisas aún funcionan con válvulas de vacío? —indicó Terry señalando el parabrisas, como si se refiriera a una reliquia de una civilización olvidada—. Otra cosa que me dijo Kinsey de este coche: perteneció a un dibujante famoso que se suicidó aquí, en Missing Mile. Mola, ¿eh?

Trevor se hundió en el asiento y dejó escapar un largo suspiro irregular. Terry volvió la cabeza hacia él.

—¿Estás bien, tío?

—Sí. —Se incorporó y se limpió el agua de los ojos. Tenía la camisa pegada a la piel, contorneando las costillas. Sus vaqueros estaban empapados, y eran desagradablemente pesados—. Solo que estoy calado, y helado.

—Oye, mira, yo iba al centro a hacer algunas cosas, pero mi casa está ahí al lado. ¿Quieres que paremos un momento para que te seques? Y también te dejo una camiseta seca, las tengo a millones.

—No, estoy bien...

Pero Terry ya estaba girando el coche.

—Además, se me olvidó colocarme antes de salir. Dalo por hecho.

Un par de minutos después, el Rambler tomó un desvío de gravilla y se detuvo frente a una pequeña casa de madera cuya pintura no se estaba tanto pelando como deshilachando por los bordes. En el porche había un par de mecedoras, entre varios caballitos, ruedas de carreta, señales viarias robadas y cajas de cerveza vacías. El *kitsch* rural fuera de control.

Terry abrió la marcha hacia los escalones del porche, atravesó las montañas de basura y abrió la puerta.

—Cuidado con la señal de brujería. Se supone que da mala suerte si la pisas, o algo así.

Trevor miró al suelo mientras cruzaba el umbral. Alguien había pintado dos triángulos entrelazados, uno rojo y otro azul, con un ankh de plata en la unión.

—¿Para qué vale?

—A mí no me mires. Esta casa es de mi amigo Fantasma, que es aún más espeluznante de lo que puedas imaginar por su nombre. Su abuela era una especie de bruja.

—No está aquí, ¿no? —Trevor esperaba no tener que conocer a otra de las amistosas rarezas de Missing Mile. Solo quería que lo acercaran al centro, no una fiesta improvisada.

—No, su grupo está de gira. De gira larga. Yo le cuido la granja, lo que significa alquiler gratis y un suministro de buen karma de por vida.

—¿Y eso?

—Oh, no lo sé. —Terry se encogió de hombros—. La señora Deliverance era una bruja buena. ¿De qué color quieres la camiseta?

—Negra.

—Cómo no.

Terry le tiró una camiseta de algodón con el logotipo del Disco Giratorio (un hombrecillo de pelo largo que parecía una versión *hippy* del tipo del Monopoly, girando un disco en la punta de su bastón de caramelo) y le señaló la puerta al otro lado del pasillo. Trevor apoyó cuidadosamente los pies mojados sobre los tablones de madera suave. Le intrigaba la idea de una casa con buen karma, una casa que albergara recuerdos de amor y música.

Cerró a su espalda la pesada puerta de madera del baño, se quitó la camiseta empapada y la tiró al suelo. Era una sencilla camiseta negra sin adorno alguno, como casi todas las que tenía; tenía una con bolsillo, pero eso era ser elegante. Aquel hombrecillo del Disco Giratorio era un cambio radical para él.

Se soltó la coleta, se inclinó sobre la vieja bañera con pies metálicos y derramó una corriente de agua sobre su pelo. Después lo frotó con una toalla y se lo dejó suelto para que se secase. Se rizaba al llegar a la espalda y era pelirrojo, como el de Bobby, moteado con algunas hebras de color dorado pálido como el de su madre.

El espejo del baño lo ponía nervioso; tenía la profunda sensación de que alguien lo estaba mirando desde sus profundidades. Acercó los labios a la superficie plateada y susurró «¿quién hay ahí?», pero no obtuvo respuesta. Solo estaba su propia frente alta y pálida fundiéndose con su reflejo, sus ojos convergiendo en un deforme orbe transparente que le devolvía inmisericorde la mirada, su propia cara larga y sombría disolviéndose en bruma por los bordes. Se retiró del espejo y vio que tenía los pezones erectos y la piel de gallina.

Se puso la camiseta del Disco Giratorio y volvió a toda prisa al salón, donde Terry estaba encendiendo un canuto grueso, pungente.

—No sé si te gustará esto —preguntó después de una buena calada. Un humo azul surgió de sus fosas nasales y de la comisura de la boca; entrecerró los ojos, adoptando un aspecto más sibarita y atractivo que antes. Trevor dudó. Terry le ofrecía el porro, moviéndolo de manera atrayente.

Qué coño, decidió Trevor, y estiró la mano izquierda para tomar el canuto. Ya había fumado antes, pero no desde hacía mucho, y nunca mucha cantidad. Había sido una de las drogas de Bobby. Pero los porros nunca habían hecho que Bobby vomitara y llorara como un bebé, nunca le habían hecho coger el martillo o le habían susurrado al oído cómo emplearlo. Y Bobby los fumaba cuando dibujaba. Trevor pensó que estaría bien probar un poco antes de ir a la casa.

Así que cerró los labios alrededor del extremo arrugado del canuto, ligeramente húmedo debido a la saliva de Terry, aunque no de un modo desagradable, y dio una fuerte calada.

Grave error.

No había comido nada desde la sospechosa sopa de tallarines de Kinsey de la noche anterior en el local, no había bebido más que algunas Coca-colas y una jolt caliente y nociva. De repente su estómago pareció una pequeña bolsa de cuero cuarteado, sus tejidos y la masa de su cerebro parecieron abrasarse en el fuego que lo quemaba por dentro.

El porro se deslizó de sus dedos y resbaló sobre su brazo, dejando una larga firma sobre la vieja celosía de cicatrices. Oyó a Terry decir algo, sintió cómo las rodillas se le doblaban.

Frente a sus ojos aparecieron grandes estallidos de luz redonda, azules, rojas y de un resplandeciente plateado, girando como constelaciones alocadas. Entonces la negrura entró en el baile y devoró todos los destellos.

Terry no podía creerse que el muchacho se hubiera desplomado sobre el suelo de su salón. Había visto a gente colocada hasta el punto de parecer zombis, hasta quedarse contemplando el televisor como si pudiera llevarlos al nirvana. Había visto a borrachos caer en un estupor babeante en toda clase de posiciones y lugares comprometedores, incluyendo el retrete. Incluso había visto a un yonqui o dos totalmente fugados de la realidad. Pero nunca en sus veintiocho años Terry Buckett había visto a nadie caer inconsciente por darle una calada a un porro.

Recuperó el canuto encendido de los pliegues de la camisa de Trevor, le dio unos golpecitos al chico en el pecho flaco para asegurarse de que no quedaban rescoldos, y comprobó el extremo encendido del porro sin ver nada extraño, sin detectar ningún olor problemático. El cigarro no podía llevar nada más. Terry ya había liado tres o cuatro de esa bolsa en particular, que procedía de una fuente de fiar. Su propio colocón comenzaba a tantear los extremos de su cerebro, vegetal y benigno. No era más que buena marihuana cultivada en Carolina. Aquel muchacho pálido y trémulo debía de estar en una forma realmente lamentable.

Comprobó que Trevor respiraba bien y le levantó con cuidado un párpado, para comprobar que no hubiera sufrido una embolia cerebral o algo similar. El ojo de color plateado lo contempló, haciendo pensar a Terry que Trevor estaba por ahí, en algún sitio no muy lejano. Mientras colocaba un cojín del sofá bajo la cabeza del muchacho, este comenzó a musitar:

—... toy bien... bien...

—Sí, de puta madre —respondió Terry. Fue a la cocina, encontró una bayeta relativamente limpia, la empapó con agua fría y volvió para cubrir con ella el rostro de Trevor. Este levantó una mano floja para quitársela, llegó a mitad de camino y después se desplomó como un pájaro blanco muerto a su costado.

—Tómatalo con calma —le dijo Terry—. No te muevas. —Se detuvo junto al equipo estéreo y revisó la parte de su vasta colección de discos que ya había

conseguido llevar allí, preguntándose qué música podría sacar a Trevor del olvido. El jazz era una de las pocas categorías de las que carecía su colección; le gustaba, pero nunca se había dedicado a conseguir discos, siempre había tenido la vaga idea de que era la clase de música en la que había que ser un experto para poder apreciarla de verdad.

Por fin seleccionó un viejo disco de Tom Waits, puso la aguja encima y volvió a la cocina para hacer de buen anfitrión.

Trevor despertó con una membrana húmeda y de olor hediondo sobre la cara, y una extraña voz gutural gruñendo en sus oídos. Arañó frenético la membrana y logró arrancársela, fría, empapada y asquerosa. ¿Cuánto tiempo llevaba fuera de juego? Le parecían minutos, pero podría haber sido una hora, no más; la luz no había cambiado.

Las paredes parecían alzarse hacia un punto infinitamente alto. Estaban decoradas con viejos carteles de *rock* lisérgico cuyos colores exuberantes giraban sin cesar; los nombres de los grupos lo provocaban: Jimi Hendrix Experience, Captain Beefheart, Strawberry Alarm Clock. Todos ellos habían estado en la colección de discos de sus padres.

La sala estaba amueblada de un modo muy similar a su casa de Austin: estanterías de bloques de ceniza y tableros de aglomerado, un cómodo sofá con cojines aplastados y los brazos desgastados, una mesa que parecía la refugiada del montón de basura de alguien. Estilo Artista Famélico Temprano o Pobreza Decó. Vio partes de la batería de Terry tiradas por la estancia: un plato en la esquina, la caja acomodada entre un estante y el umbral que llevaba al vestíbulo. Solo había una diferencia entre esa casa extraña y aquella en la que recordaba haber vivido con su familia: aquella parecía de algún modo segura. El hogar de sus padres había sido así una vez, pero hacía tanto tiempo de eso que Trevor apenas lo recordaba.

Trató de incorporarse y sintió cómo su cerebro comenzaba de nuevo a trazar espirales hacia el éter. Un trozo de diálogo de Krazy Kat se filtró a través de su mente: «Solo imagina cómo tu “ectoplasma” circula alrededor de William y Nilliam en el éter infinito... Tío, es increíble...».

Y así era. Pero parecía que había aterrizado en el salón de Terry, o de quien fuera aquella casa. Qué embarazoso. Terry no parecía estar por allí, y pensó que cuando fuera capaz de incorporarse tendría que largarse de aquel lugar seguro, recorrer a pie el resto del camino hasta el pueblo y entonces buscar Violin Road.

Sí, eso pensó que haría... hasta que olió el aroma procedente de la cocina. El olor lo ancló al suelo, incendió sus fosas nasales y su cabeza comenzó a palpar con añoranza. Oleoso, oscuro, amargo, sabroso, absolutamente apremiante.

Café.

Terry terminó de hacer dos generosos sándwiches, sirvió dos tazas de café y tomó el plato en una mano y las dos bebidas humeantes en la otra. Atravesó titubeante la cocina hasta llegar al salón, tendiéndole las tazas a Trevor.

—¿Quieres azúcar o...?

Volvió a sorprenderse cuando el muchacho tomó una taza y se bebió todo el café caliente en lo que pareció un solo trago. Terry se encogió al pensar en el amargo brebaje abriéndose camino por su garganta afectada por el humo, pero Trevor se limitó a suspirar y lamerse los labios con la taza vacía en las manos.

—¿Puedo tomar otra?

—¿Traigo mejor la cafetera aquí?

—Sí.

Parecía hablar en serio, así que Terry volvió a la cocina y la trajo, junto con el paquete de azúcar y un par de cucharillas. Trevor se sirvió otra taza, le añadió una minúscula cantidad de azúcar casi a regañadientes y se bebió la mitad de un trago. Terry tomó su primer sorbo.

—Pensé que igual te vendría bien comer algo, además.

—¿Qué es? —Hasta entonces Trevor no había reparado en el plato con los sándwiches.

—Pan de aceitunas y mostaza en grano.

—¿Pan de aceitunas?

—Sí, por aquí es una especie de clásico. Hace un tiempo, Kinsey quiso celebrar en el Tejo «la Noche de Nueva Orleans» y sirvió sándwiches muffuletta, ¿no? Pero no sabía cómo hacer la ensalada italiana de aceitunas, así que preparó unas mierdas en rollitos con jamón cocido, pepinillos en rodajas y pan de aceituna. Estaban asquerosos, pero todos nos los zampamos. Desde entonces me han ido gustando.

Trevor tomó un sándwich con un poco de cautela, por los bordes, y puso cara de póquer; consiguió evitar un escalofrío. Después inspiró y lo engulló de un bocado. Tomó la otra mitad del sándwich y repitió el proceso, antes de servirse otra taza de café.

—¿Quieres... eh..., quieres que prepare otra cafetera de java?

—No lo sé. —Trevor levantó la mirada y una extraña sombra cruzó frente a él. Era como si hubiera conseguido relajarse durante unos minutos, como si hubiera dejado caer la guardia, y como si hubiera recordado de repente que tenía que hacer algo horrible—. Quizá sea mejor que me marche.

—No pasa nada, no tengo prisa. Eso es lo bueno de tener tu propio negocio, ¿no? Fijas tu propio horario, pagas bien a la gente y nadie te grita si llegas un poco tarde. —O un poco colocado.

Mientras se servía azúcar del paquete, Terry pensaba en el enigma de su salón. En aquel chico nuevo había algo muy raro: parecía nervioso y ausente, pero al mismo

tiempo terriblemente solitario. Era como si careciera de toda aptitud social, como si fuera una especie de alienígena del espacio que hubiera leído mucho acerca de la gente, acerca de sus hábitos y costumbres, y que quizá quisiera saber más, pero que solo ahora iniciaba el primer contacto.

Y se tragaba el java del mismo modo que el coche de Terry devoraba aceite de motor. Se preguntó por qué intentaba mantenerse despierto de ese modo.

Una cosa era segura: Missing Mile tenía un nuevo morador.

Trevor se quedó lo suficiente como para beberse la mayor parte de la segunda cafetera. Terry se acabó el porro y se dedicó a charlar en lo que parecía un modo amistoso, hablando de música, del pueblo, incluso de tebeos una vez descubrió que Trevor dibujaba. El muchacho no solía hablar de ello, pero Terry le hizo tantas preguntas que no pudo evitar tener que responder algunas.

Al menos no mencionó a Bobby McGee, aunque probablemente Birdland no fuera de su cuerda. Le gustaban los Freak Brothers, como era de esperar, pero entre la mayoría de sus favoritos se contaban tipos en capa y ropa interior por fuera de los pantalones que apaleaban a tipos disfrazados de negro. (Aquí se produjo un incómodo silencio, hasta que Trevor, incapaz de resistirlo, murmuró «odio esa mierda». Terry se limitó a encogerse de hombros).

Terry parecía amable, pero Trevor no podía quitarse de encima la idea de que estaba siendo subrepticamente examinado como un monstruo de feria con tres cabezas. En muy pocos lugares había tenido la gente tanta curiosidad acerca de él, se había interesado tanto en él, como allí. Era como si sintieran que era un paisano, o casi.

Al fin Terry se levantó y se estiró. Trevor vio un destello de la barriga desnuda bajo la camiseta: la piel ligeramente tostada, con el más leve asomo de barriga y una delgada línea de vello marrón claro que desaparecía bajo sus vaqueros.

—Mejor que nos vayamos yendo. ¿Quieres que te lleve a algún sitio?

—A Violin Road.

—Por ahí no hay mucho que ver, está bastante muerto. ¿Estás seguro?

—Ahí voy a quedarme.

Terry le echó un vistazo y pareció deseoso de decirle algo, aunque evidentemente decidió que no era asunto suyo.

—Muy bien, pues a Violin Road.

La lluvia había cesado pero el día seguía encapotado. El aire era pesado y húmedo contra la piel de Trevor, como un beso no deseado. El Rambler atravesó el centro como un tiro y brincó sobre las vías del tren. Era domingo por la tarde y casi todo el mundo parecía encerrado en casa con las puertas cerradas y las persianas bajadas. Aunque dispusiera de una subcultura freak, Missing Mile seguía estando en el corazón del Cinturón de la Biblia. La mera idea de que sus corderos pudieran

comprar un tubo de pasta de dientes o una taza de café en domingo era sin duda una terrible afrenta para el Señor.

Entonces abandonaron Firehouse Street y tomaron otra carretera de grava, que pasó a ser de polvo roturado pasado casi un kilómetro. Violin Road. Trevor sintió cómo algo se liberaba en su pecho, una cinta caliente de excitación que se desenroscaba en su estómago. Los restos oxidados y la chatarra de los automóviles, los remolques sin pintar, las torres de kudzú como castillos pasaban frente a ellos, con menos sustancia que las imágenes borrosas de una vieja fotografía. Sus ojos barrían el paisaje.

Y de repente apareció la casa: su infierno, su Birdland.

Estaba más retirada de la carretera de lo que recordaba. El porche y la cumbrera del tejado apenas eran visibles a través de la maleza desbocada que se había apoderado del jardín. Había un sauce junto a la casa que en su tiempo no era mucho mayor que mamá; ahora, su frondosa copa de color verde pálido acariciaba la cubierta. Una mezcla verdosa de vara de San José y forsitia, de dauco y phytolacca y rudbeckia ascendía por los escalones del porche, que estaban parcialmente derrumbados. El kudzú se aferraba a todo cuanto podía como una manta verde, sus zarcillos se enredaban a las barandillas del porche, entraban por las ventanas rotas.

—Puedes dejarme aquí.

Terry frenó el Rambler y miró alrededor. En aquella zona, Violin Road estaba casi vacía; no había más casas a la vista.

—¿Dónde?

—Ahí.

—¿La casa de los asesinatos?

Trevor no dijo nada, solo esperó a que el coche se detuviera lo bastante para poder bajar. Terry parecía haber olvidado que su pie seguía en el acelerador, y el Rambler avanzaba a quince kilómetros por hora.

—Oh, mierda —dijo—. Creo que sé quién eres.

—Sí, empiezo a sentirme como una celebridad local o algo así. Gracias por el paseo. Nos vemos en el Tejo.

Trevor cogió su mochila y abrió la puerta del pasajero, obligando a Terry a pisar por fin el freno. Las zapatillas de Trevor pisaron la hierba salvaje que había en la cuneta, y antes de que pudiera pensárselo mejor, corrían hacia la casa.

—¡Ten cuidado, tío! —gritó Terry. Trevor pretendió que no lo oía. Entonces el Rambler aceleró y empezó a correr por la carretera, salpicando barro a su paso. Dobló un recodo y desapareció.

Trevor estaba solo en el patio, resoplando, contemplando la casa. A través de la maleza podían verse algunas zonas de madera avejentada y cristales rotos; aparte de eso, el rostro de la casa estaba prácticamente oculto.

La hierba le llegaba a las rodillas. A medida que avanzaba, las gotas resplandecientes de agua salpicaban la tierra y los saltamontes se apartaban de sus

pies invasores. Se agachó bajo un entramado de parras y allí estuvo. Ya no quedaban obstáculos entre él y la casa. Los escalones estaban en su mayoría intactos, y creía que el porche soportaría su peso. La puerta principal estaba entreabierta. Más allá solo había polvo y tinieblas.

Cerró los ojos durante un largo rato y oyó el suspiro y el siseo de las hojas, el chirrido agudo de los insectos, la distante conversación de los pájaros... Y, debajo de todo, ¿quizá una voz subliminal que le susurraba, haciéndose oír por encima de los años de ausencia y decadencia?

Eso temía. Eso esperaba.

Abrió los ojos, inspiró profundamente la luz del sol y el olor a verde que había dejado la lluvia, y apoyó el pie en el primer escalón.

Capítulo nueve

El aire en Birdland era dorado como el sirope espeso, verde como la luz que se filtra a través del kudzú, pesada por la humedad y la podredumbre. El fresco olor a descomposición de una casa abandonada durante décadas, compuesto por muchas cosas: la tierra negra bajo el suelo, las deposiciones secas de los animales, las corrientes de insectos muertos haciéndose pedazos de quitina iridiscente bajo los resplandecientes tapices de telaraña. Bajo los rayos aleatorios de luz solar que atravesaban la celosía de techo y vegetación, las motas de polvo flotaban lentamente. Cada uno podía representar uno de los recuerdos que Trevor conservaba de esa casa, una partícula del universo cargada con la energía terrible de los años.

Avanzó un poco más. Allí estaba el salón, las cáscaras de la horrible silla y el viejo sofá marrón que venían con la casa, pudriéndose en una esquina, reducidos al pellejo de tela quebradiza e incolora estirada sobre esqueletos de madera y alambre. La lluvia había entrado a través de los agujeros del techo y la estancia olía a lenta descomposición, a humedad, a secretos fúngicos. Ahí estaban los restos de las cajas de leche, en el lugar en el que habían estado los discos. La mayoría de las grabaciones habían desaparecido, probablemente robadas por chicos que habían llegado hasta allá, aunque para finales de aquel verano las ruedas mágicas de vinilo estarían tan retorcidas como si hubieran pasado dos meses en un horno a fuego lento.

Llegaron hasta él las imágenes de la portada de algunos discos: el Cheap Thrills de Janis Joplin, con una ilustración de R. Crumb, el holograma psicodélico del Satanic Majesties Request de los Rolling Stones, que podía provocar mareos si lo mirabas lo suficiente, una fotografía de Sidney Bechet que le daba un poco de miedo porque los músculos del rostro y el cuello del saxofonista de jazz estaban tan desarrollados que su cabeza parecía hinchada, elefantina.

Ahí estaba el umbral que conducía al pasillo, donde mamá había muerto. Su sangre se había difuminado hacía tiempo hasta formar un patrón apenas discernible de manchas y salpicaduras en la pared, no mucho más oscuras que las sombras y la suciedad a su alrededor. Pero aquí y allá el marco de madera había sido astillado por los golpes de martillo que fallaban su objetivo. Y en dos puntos, a ambos lados de la puerta, los dedos de mamá se habían hundido en la pared lo suficiente como para dejar marcas en el yeso. Eso debió de suceder cada vez que Bobby no fallaba.

En el informe de la autopsia había una lista de las sustancias halladas bajo sus uñas: madera, yeso, la sangre de su esposo y la suya propia. Y pequeños restos de la piel de Bobby, y hebras de su cabello. Había luchado con valentía, y había muerto en contacto íntimo con él.

Causa de la muerte: trauma contundente. La víctima tenía quince heridas diferenciadas producidas con un martillo de carpintería: cinco en la cabeza, tres en la

zona del pecho, siete en brazos y manos. Tres de las heridas de la cabeza y dos de las del pecho podrían haber sido fatales por sí mismas.

¿Había muerto su madre en silencio? Eso era algo que Trevor se había preguntado durante mucho tiempo. Puede que al principio peleara con Bobby en un silencio desesperado, para no despertar a los chicos y asustarlos con otra pelea. Pero una vez descubriese que también quería hacerles daño a ellos, pensaba Trevor, su madre hubiera comenzado a gritar. Hubiera intentado aguantar a Bobby lo suficiente para que escaparan de la casa.

Y las heridas que había recibido antes de su muerte (siete dedos, una vértebra, un húmero y tres costillas rotas, así como un golpe tan profundo en el pecho que había perforado el esternón)... ¿Había logrado mantener el silencio a pesar de todo?

Trevor no lo creía posible. Aquella noche, él probablemente hubiera seguido dormido pasara lo que pasara. Recordaba el zumo de uva amargo que le había dado Bobby antes de mandarlo a la cama, la pesadez roma de su cabeza a la mañana siguiente, cuando despertó. Y una anotación en su archivo del Hogar decía que cuando fue llevado allí había Seconal en su sangre.

Bobby lo había drogado, lo que significaba que había planificado los asesinatos. ¿Pero había pensado dejarlo vivo a él y lo había drogado para que no se despertara? ¿O había drogado a los dos chicos para matarlos después, y había cambiado de opinión respecto a él por algún motivo?

¿Y qué había de Didi? Trevor se preguntaba si su hermano había visto venir su muerte. Lo había encontrado enroscado y boca abajo, con la cabeza destrozada enterrada en la almohada, como si lo hubiera matado mientras dormía. Pero salvo que Bobby le hubiera dado también Seconal, no creía que Didi hubiera seguido despierto con los gritos agónicos de su madre. Bobby lo habría tenido que matar entonces sentado en la cama, o escondiéndose, para después colocarlo en la pacífica postura dormida, como si tratara de absolverse.

Fredric D. McGee, apartado rural 17, Violin Road, varón caucásico, 3 años, 80 cm, 12 kg, cabello castaño, ojos castaños. Profesión: ninguna. Causa de la muerte: trauma contundente. La víctima tenía aparentemente veintidós heridas diferentes, todas en el área de la cabeza y el cuello. El cráneo y el cerebro estaban completamente destruidos...

Trevor imaginó los ojos de Didi mientras el martillo descendía. Cerró sus propios ojos y golpeó con el talón de la mano el marco de la puerta, provocando una llovizna de polvo. El dolor de su mano (su mano izquierda, por supuesto; nunca golpeaba nada con la mano de dibujar) hizo que la imagen de Didi se difuminara. En una esquina alejada del salón, una hoja de periódico arrugada provocó un susurro y se rompió. En el silencio reinante, aquel sonido casi hizo que se le parara el corazón.

Trevor se alejó del umbral, se dirigió hacia la esquina y removió el papel con el pie. No podía ver ni ratones ni insectos, nada que pudiera haber hecho que se moviera, y mucho menos rasgarlo. Lo recogió y lo alisó, y el titular comenzó a

chillarle a la cara: «“Tuve que hacerlo”, dice el asesino». La palabra «asesino» estaba rota limpiamente en dos.

Trevor examinó la hoja con más detenimiento y vio que se trataba de un News and Observer de Raleigh fechado en octubre de 1986, años antes de que él dejara Missing Mile. La historia trataba acerca de un hombre de Corinth que había hecho abortar a su mujer con un rifle del 30.06, disparándole dieciséis balas en el vientre. Ni siquiera en el útero los niños estaban a salvo de sus padres. Trevor imaginó el plomo caliente perforando la carne aún sin formar del feto, el hedor crudo y sanguinolento rodeado por el olor de la cordita. Pero Bobby no había concedido entrevistas ni hecho declaraciones después de asesinar a su familia, al menos en este mundo.

Trevor imaginó la primera página del periódico del Infierno, impresa en amianto pero aun así quemada en los bordes, el rostro descompuesto de Bobby, sus ojos saltones en una fotografía granulosa en blanco y negro. ¿Y qué diría el titular? «Otro tarado se carga a su familia y luego se suicida. Un chico sobrevive. “Ya iremos a por él”, declara el Diablo». Los demonios menores bostezarían frente a su taza humeante de café solo y azufre, revisando las noticias cansinos, sin prestarles demasiada atención; en el Infierno todo aquello era el pan de cada día.

Sintió cómo la casa lo atraía, inundando su mente con imágenes e iconos hasta que rebosó como un cántaro de líquido negro. La cafeína cantaba en sus venas. Tiró la hoja de periódico, atravesó el umbral manchado con la sangre de su madre, dejó la cocina a su izquierda y se dirigió lentamente al salón, inclinando la cabeza y escuchando a medida que pasaba junto a cada habitación, intentando ver a través de las puertas medio cerradas.

A la derecha del salón estaba el dormitorio de sus padres, y después el estudio de Bobby. A la izquierda estaba el cuarto de Didi, y más allá el suyo, seguido del diminuto cuarto de baño en el que había muerto su padre. Recordaba haber estado allí antes, de pie, contemplando cómo la luz de la tarde se filtraba a través de las habitaciones, cayendo en láminas doradas sobre el suelo del pasillo, y preguntarse si alguna vez dibujaría lo bastante bien como para capturarlo.

Ahora podía hacerlo. Pero la luz era sutilmente distinta, más lóbrega, con un tinte verdoso. Después de un momento, Trevor comprendió que debía de ser a causa del kudzú que crecía sobre las ventanas de los cuartos, atrapando la luz del sol y manchándola.

Siguió avanzando hasta el final del pasillo, recorriendo con la mano la pared húmeda. A su derecha estaba el estudio, a su izquierda el baño. El infierno y el purgatorio de Bobby. ¿O era al revés? Trevor suponía que aquella era una de las cosas que había venido a averiguar.

Miró a su izquierda y vio el leve resplandor de la luz sobre la porcelana sucia, la barra doblada de la cortina sobre la sima negra que era la bañera. ¿Cuántas horas quedaban hasta el momento exacto en que Bobby había atado la cuerda y había saltado desde el borde de la bañera? ¿Cuántas horas quedaban hasta el vigésimo

aniversario de la rotura de su pescuezo?

Sus ojos recorrieron las paredes peladas, el rectángulo oscuro del espejo; encontraron el espacio entre el lavabo y el retrete en el que había acurrucado su cuerpo de cinco años, lo más apretado que había podido. Se preguntó si ahora cabría. Se preguntó qué vería en caso de hacerlo.

Pero dio la vuelta y se dirigió al estudio. Las dos grandes ventanas estaban intactas y la habitación tenía mucho polvo, pero por lo demás parecía ordenada. Limpió la superficie inclinada de la mesa de dibujo de Bobby. Él prefería dibujar sobre una superficie horizontal porque se había acostumbrado a su escritorio en el Hogar, pero aquella mesa inclinada era una de las pocas cosas que Bobby no había vendido y tirado antes de marcharse de Austin. Tenía sus manchas y muescas, sus cortes de cuchilla y sus cicatrices, manchas del sudor de su padre, de sus lágrimas. Quizá de sus secretos. Quizá de sus pesadillas.

Se sentó en el taburete de bar recortado que Bobby usaba como silla de dibujo. Se bamboleaba como había hecho siempre, pero soportó su peso. Allí la luz era buena, a pesar de las vides y la maleza que cubrían la ventana, pero algunos de los dibujos pegados a las paredes estaban en sombras. Tampoco tenía ganas de verlos en ese momento; ya había tenido Bobby suficiente por un buen rato.

Sacó sus lápices y su cuaderno de la mochila, los dispuso sobre la mesa y buscó la historia en la que había estado trabajando en el cementerio. La historia de cómo Bird y Walter Brown fueron a la cárcel en Jackson, Misisipí, por hablar en un porche cerrado una agradable noche de verano.

Con el brazo izquierdo protegiendo el cuaderno y la cabeza inclinada sobre la página, con el pelo formando una pálida cortina alrededor de su rostro flaco y decidido, Trevor pasó tres horas dibujando. Cuando levantó la mirada, la sala estaba velada de sombras azules y comprendió que desde hacía por lo menos diez minutos apenas había sido capaz de ver la página. Reparó en la vieja lámpara de cuello largo de Bobby aún atornillada al borde de la mesa, y sin pensarlo dos veces extendió la mano y apretó el interruptor que la encendía.

La austera luz eléctrica inundó la habitación y proyectó la sombra arácnida de sus dedos sosteniendo el lápiz sobre la superficie inclinada.

Su trance artístico se rompió. Se apartó del tablero y a punto estuvo de caerse del taburete. Solo el miedo logró que conservara el equilibrio, y en esos momentos no le apetecía acabar tumbado en el suelo de aquella habitación. Su mirada barrió las esquinas, el techo, las ventanas oscuras, para terminar descansando sobre el cable marrón que serpenteaba desde el pie de la lámpara hasta llegar a la base en la pared. Estaba enchufada. ¿Pero cómo había aguantado veinte años el cableado, la bombilla? Y ya que estaba con las preguntas estúpidas, ¿cómo podía estar conectada la maldita electricidad?

Se preguntó si quizá nadie la había llegado a desconectar nunca, si su factura impagada había sido ignorada por algún ordenador aburrido, o algo así. Desconfiaba

de todas las máquinas y sistemas mecánicos, especialmente los ordenadores, cuyas entrañas dibujaba como una de las ilustraciones plateadas, siniestras, imposiblemente intrincadas de Giger.

Pero Trevor no creía que la electricidad pudiera permanecer conectada durante dos décadas sin que nadie en los controles se diera cuenta, o sin que se produjera un incendio. Y cuando restas lo imposible, ¿qué es lo que te queda? Lo improbable, lo extraño pero cierto. Lo sobrenatural, o, si lo preferías, lo supranatural: más allá de los límites de la experiencia habitual, pero posible en un lugar sin fronteras.

Se echó hacia atrás en el taburete y miró la pared, los dibujos allí colgados, realizados en un papel ahora amarillento y retorcido en los bordes. La mayoría se había convertido en débiles rastros de tinta o grafito, imposibles de distinguir. Pero aquel en el que se posaron sus ojos aún era bastante claro.

Se trataba del último dibujo que Bobby había hecho de Rosena, a la que había retratado tantas veces: estudios del rostro enmarcado en la cascada de cabello, con una boca tierna y unos grandes ojos lustrosos; sinuosas fantasías desnudas hechas carne; largas manos elegantes como rápidos bocetos de pájaros en vuelo. Pero, en aquel, Rosena estaba despatarrada en el umbral del pasillo, con la cabeza echada hacia atrás y la cara machacada. Salvo por unas leves diferencias de estilo (Bobby siempre enfatizaba más las sombras, y tenía un modo de capturar el efecto de la luz sobre el cabello que lo hacía parecer casi mojado), era idéntico al dibujo que Trevor había dibujado en su cuaderno en el Greyhound, de camino a Missing Mile.

Se quedó mirando el dibujo desvaído, asintiendo levemente, ya ni siquiera sorprendido. O Bobby había sabido el aspecto que tendría una vez muerta antes de acabar con ella, como si hubiera tenido alguna clase de visión, o había sacado su cuaderno de notas y había dibujado el cuerpo destrozado antes de irse para el baño a ahorcarse. Puede que en algún sitio también hubiera un dibujo de Didi muerto. Trevor había hecho uno aquella mañana, apenas consciente, al salir de su sueño en el que era incapaz de dibujar.

Pero ahora estaba allí, en el mismo punto en el que se encontraba en el sueño, y no tenía problema alguno de creatividad.

Su mandíbula estaba firme, sus ojos prevenidos, levemente más oscuros que antes. Aunque no lo sabía, tenía el aspecto de un hombre que ha recibido varios golpes pero que está preparado para repartir algunos.

Bajó la mirada hacia su propio cuaderno y vio de verdad por primera vez lo que acababa de dibujar, y de su expresión huyó toda dureza. Abrió la boca y la garganta se le selló; las lágrimas comenzaron a amontonarse en sus ojos. La cafeína y la adrenalina corrían por sus venas y hacían que el corazón caramboleara dentro de su pecho. Apenas podía recordar haber dibujado aquello. No se suponía que la historia fuera a ir por ahí.

Los policías tenían que aparecer con las porras fuera, darles unos palos a Bird y a Brown y lanzarlos al calabozo con algunos moratones y cortes en la cabeza. Eso

había sido lo que había sucedido en realidad.

Pero en aquella versión los policías no habían dejado de golpearlos.

Había planos cortos de la madera machacando los cráneos, de la piel partiéndose y separándose de los bordes de las brechas, un riachuelo de sangre manando de una fosa nasal, un ojo convertido en pulpa de tejido hinchado, una lluvia de dientes rotos sobre el suelo como fragmentos de marfil sobre un terciopelo negro. Al final de la última página, Bird y Brown yacían despedazados como animales a los que hubieran acosado y abatido en busca de sus pieles, tendidos sobre un charco de sangre cada vez más grande.

Esta sangre tenía un fuerte sombreado y parecía resbaladiza, húmeda. Trevor no recordaba haberla dibujado.

La casa, y lo que fuera que viviera en ella, había nublado su visión con un velo de pesadilla, había hipnotizado su mano, había echado a perder su historia.

Porque la había echado a perder, ¿no?

La historia real, tal y como Trevor había pensado contarla, tendría que haber sido potente y emotiva de un modo contenido. Puede que aquella fuera más espectacular, extraña y, en definitiva, más memorable. Veía el fin de aquella versión. Los polis se dan cuenta de que han matado a los músicos y se largan en silencio, figurándose que pueden culpar del asesinato a otros negros. Pero, como los blancos llevan tanto tiempo sin comprender, la mera pobreza no hace a la gente imbécil. La población negra de Jackson es capaz de leer la muerte de sus héroes como un libro amargo cuyas páginas están encuadradas con piel apergaminada, escrita en grandes letras de sangre vertida con odio.

Jackson no está lejos de Nueva Orleans, cuna de la religión negra y la sabiduría popular de África, de Haití, del corazón de los pantanos de Luisiana. Y el conocimiento hoodoo viaja...

Trevor imaginó los cuerpos de Bird y Brown alzándose de nuevo, su visión deformada por los ojos aplastados, su pensamiento alterado por los cerebros hechos pulpa. Solo serían cascarones carentes de toda música, de toda vida. Pero como todos los buenos zombis, serían capaces de dar con sus asesinos. Y tendrían ayuda...

Vio en su mente una viñeta final a toda página. Los policías crucificados y ardiendo en sus propios jardines delanteros, clavados a cruces de agonía ígnea, sus formas ennegrecidas con la mandíbula abierta, silueteadas contra la rica textura de las llamas. Hubiera tenido un estilo toscamente moralista, al estilo de E.C. Comics. Pero no lo entintaría ni le daría color. Lo haría completamente a lápiz, sombreado, tramando y punteando meticulosamente, y sería hermoso.

Y vendería ese relato de la hostia, lo vendería a un mercado que pudiera permitirse el imprimirlo bien. En Raw, quizá, o en Taboo. Le encantaba Taboo, una antología, de periodicidad irregular, de tebeos extraños y retorcidos que publicaba en su mayor parte siniestros blancos y negros, salpicados aquí y allá con algunas páginas en color que variaban entre lo sutil, lo vívido y lo perturbador. Desde las imágenes de

mutilaciones de Joe Coleman hasta las numerosas e intrincadas colaboraciones de Alan Moore habían aparecido en sus páginas, siempre con un papel grueso de buena calidad.

Cuando Trevor volvió a inclinarse sobre su cuaderno, su mandíbula mostraba decisión. Pero ahora la emoción de su rostro se parecía más a la fuerza que a la dureza. Si lo hacía bien, sería su mejor historia hasta la fecha.

Dibujó cuatro horas más bajo aquella áspera luz eléctrica, hasta que los párpados comenzaron a pesarle, hasta que los dedos apenas podían desprenderse del lápiz. Entonces dobló los brazos sobre el tablero, acunó en ellos la cabeza y cayó dormido sin esfuerzo.

Algún tiempo después, la lámpara se apagó, dejándolo en una oscuridad solo rota por la luz trémula de la luna que se filtraba por las ventanas, tamizada por el kudzú y por veinte años de polvo.

Aquella noche, Trevor no tuvo sueño alguno.

Capítulo diez

Kinsey Hummingbird se despertó el lunes por la mañana esperando que Trevor hubiera vuelto durante la noche, aunque no lo había visto en todo el domingo. No podía imaginarse que nadie pudiera dormir en aquella casa, pero al parecer Trevor lo había hecho; o, por lo menos, no estaba allí.

Tenía muchas cosas que decirle a aquel muchacho... aunque había dejado de pensar en él como tal. Después de todo, Trevor tenía veinticinco años; y aunque tuviera razones para mentir, la cronología era la correcta. Kinsey recordaba a la perfección la fecha de la muerte de los McGee.

Solo era que Trevor parecía bastante más joven. Aquel niño asustado de cinco años seguía formando una gran parte de él, pensó Kinsey mientras se levantaba y se dirigía a la cocina, aunque, un núcleo más resistente había logrado mantenerlo cuerdo y con vida. Poseía una innegable fuerza; muchos en la situación de Trevor se hubieran retirado a la bruma insensibilizadora de la catatonia, o se hubieran volado la tapa de los sesos en cuanto tuvieran la ocasión de echarle mano a una pistola.

Pero incluso para un alma de enorme fuerza, ¿cómo hubiera sido una noche en aquella casa?

Una vez concluida la investigación de la muerte de los McGee (por supuesto, no había habido que investigar demasiado; los cuerpos contaban sin palabras el relato exacto de los hechos), la policía había cerrado la puerta al marcharse y las cosas de la familia se habían quedado en la casa, reuniendo polvo en las habitaciones silenciosas y salpicadas de sangre. Se puso un cartel de «se vende» en el patio descuidado, pero nadie lo veía como otra cosa que un chiste macabro por parte del propietario. Aquella casa no volvería a ser alquilada nunca, y mucho menos lograría venderse.

Un día de mediados de verano de 1972, recorriendo los pasillos de Potter's, con el cartel de «se vende» en el exterior de la casa de autos ya carcomiéndole la mente, Kinsey se preguntó qué había sido de las cosas de los McGee. Potter's era un establecimiento económico y cavernoso del centro, enorme, fresco y mal iluminado, sus filas destartaladas de estanterías llenas de platos desconchados, cubiertos desgastados y utensilios de cocina obsoletos (aunque por lo general funcionales), sus exhibidores de cristales fracturados llenos de extrañas baratijas y bisutería, sus cubos llenos a rebosar de ropa mustia. Kinsey, que adoraba la basura, solía pasar largas tardes rebuscando por allí.

Pero no creía que las pertenencias de los McGee hubieran acabado en Potter's. No estaba seguro de qué debería haber visto: manteles ensangrentados, quizá, o blusas y vestidos empapados de sangre entre la pila marcada como «ropa de señora variada 25 céntimos». Pero no había encontrado discos de *jazz* y tebeos underground, y ponía la mano en el fuego a que tampoco había visto una mesa de dibujo. Suponía

que todo eso seguía aún allí, criando polvo en las habitaciones silenciosas.

La casa de Violin Road nunca se vendió. El cartel de «se vende» había sido robado y reemplazado por la inmobiliaria, cuyo optimismo al parecer no tenía límites. La pintura del nuevo cartel se difuminó a lo largo de aquel largo y seco verano. Las malas hierbas crecieron a su alrededor y comenzó a inclinarse. Al final terminó por caerse y fue rápidamente ocultado por la vegetación.

Para entonces, el kudzú había comenzado a retrepar por las paredes de la casa. Allí donde los chicos de Violin Road habían tirado piedras contra las ventanas, las enredaderas insidiosas se colaban. Kinsey se las imaginaba enroscándose a través de las habitaciones, absorbiendo los nutrientes de la sangre reseca. No dudaba que aquello fuera posible. De niño había visto una raíz de kudzú arrancada de un cementerio de la Guerra Civil donde había sido enterrado su tataratío Miles. La cepa, de dos metros de longitud, se había abierto paso dentro de una tumba y había adoptado la forma del cuerpo allí enterrado. Sus retoños formaron cuatro miembros retorcidos, y las puntas de la raíz surgían de ellos como una multitud de dedos. En lo alto había una masa del tamaño de un cráneo de delicadas fibras en la que casi podían distinguirse los planos y huecos de un rostro.

Veinte años después, la casa estaba casi escondida bajo el retorcido manto verde. Si pasabas junto a ella en coche, apenas te dabas cuenta de que en aquel solar invadido había un edificio. A través de las enredaderas solo se veían desamparados el porche de madera y la cumbre de la cubierta. Un grupo de robles ocultaba la casa de la luz del sol, convirtiendo con su denso follaje el jardín en una profunda cueva verde de luz y sombra. La fronda de un sauce acariciaba el tejado, tanteando los bordes de los cristales rotos en los marcos podridos, rasgando el kudzú como las cuerdas de una lira.

Kinsey volvió a preguntarse cuántas de las pertenencias familiares seguirían allí. Sabía que los niños se habían colado en la casa a lo largo de los años, retándose los unos a los otros, exhibiéndose. Terry, Steve y R.J. habían estado hacía años, aunque Fantasma nunca pasó más allá del porche.

Así que la mayoría de las cosas en la habitación frontal habrían desaparecido tiempo ha, pero no habría muchos chicos que hubieran pasado del umbral ensangrentado que daba al pasillo, y Kinsey dudaba que nadie hubiera llegado más allá del primer dormitorio, donde había muerto el niño. Las habitaciones traseras estarían polvorientas e intactas. Se preguntaba qué encontraría Trevor en ellas.

Midió café, vertió agua en la cafetera y, a medida que el percolador comenzaba a burbujear, se quedó contemplando su propio patio trasero a través de la ventana de la cocina. Tenía un pequeño huerto, pero por lo demás las hierbas y árboles crecían sin control. A Kinsey le gustaba así, para que fuera hogar de cualquier ser volador, reptante o deslizante que quisiera vivir allí. Pero no era un paraje tan retorcido y sombrío, tan amedrentador como la casa de Violin Road.

Como la casa en la que Trevor debía de estar ahora, mientras él se bebía su

primera taza matutina de café con leche.

Su madre lo había curado de rezos cristianos hacía mucho. Intentó recordar un koan zen que pudiera ser útil a Trevor, pero solo podía recordar este: «¿por qué los bodhidharmas no tienen barba?», que no parecía aplicable. Aunque tampoco se suponía que los koans tuvieran que aplicarse a nada.

Con la cabeza llena de fantasmas, pequeños budas sonrientes y tesoros de segunda mano, Kinsey pasó distraído y soñador casi una hora en su limpia y acogedora cocina.

El tono nasal de Hank Williams manó de los altavoces del coche, cruda y potente, como el licor con miel. Zach pensó en ello mientras conducía. No debería haber sido una voz notable; no era más que un gemido paleta directamente llegado de los bosques de Alabama. Pero en ella había algo dorado y trágico, un alma perdida que caía de rodillas y sollozaba cada vez que Hank abría la boca.

Había estado conduciendo hacia el norte por la I-40 y las carreteras circundantes cuando vio el desvío de la Autopista 42. A Zach le encantaba la serie Hitchhiker's Guide to the Galaxy, y la señal le recordó que el número cuarenta y dos era la respuesta a la vida, al universo, a todo. Lo atraía de forma inexorable, como habían hecho las luces del Sur de la Frontera. No tardó en verse conduciendo por una carretera de dos carriles amortajada por los andrajos y jirones de la bruma que precedía al alba, y varias veces se descubrió acompañando vigorosamente a Hank.

El pueblecito solo le llamó la atención por su curioso nombre y su arquitectura extraña; para sus ojos cansados de conducir, le parecía que todo el centro estaba decorado con ruedas de carreta y los postes giratorios de las peluquerías. Casi pasó de largo, pero se descubrió desviándose hacia el carril contrario y decidió detenerse para dormir un poco.

Tomó un callejón y llegó a un pequeño estacionamiento en el que ya había otros cuantos coches. Los amistosos polis locales no lo molestarían allí; como mucho, solo iba a estirar un poco sus huesos cansados en el asiento, cerrar los ojos unos minutos y marcharse.

Durmió durante seis horas en el estacionamiento que había detrás del Disco Giratorio. El solar también lo utilizaba como almacén una tienda adyacente de repuestos para coches, y durante un tiempo el Mustang no destacó entre el resto de la chatarra. Cuando al fin despertó, el sol se había levantado y pegaba con fuerza. Estaba bañado en sudor y Terry Buckett miraba por la ventanilla, golpeando el cristal con preocupación.

—¡Eh, tío, creía que la habías palmado! —Terry dio una calada a la pipa de Zach y se la devolvió negando con la cabeza, y dejando que el humo fragante se filtrara por los

recovecos de su boca—. Parecía que alguien te hubiera dado un tiro y te hubiera dejado tirado en el asiento. Solo faltaban los sesos en la ventana.

Zach suprimió un escalofrío. No creía que el FBI asesinara a un pirata informático en el sitio, pero no estaba tan seguro con el Servicio Secreto. (La NSA probablemente los mantenía vivos para torturarlos e interrogarlos a placer, pero su jurisdicción era principalmente militar, y los secretos militares nunca le habían llamado demasiado la atención).

Estaban sentados sobre unos cajones en el oscuro y fresco almacén de la tienda de discos, y aunque la situación le resultaba innegablemente similar a la de Hoja y Pass Christian, era más que evidente que Terry era heterosexual. No había ninguna característica definible que se lo dijera, pero las feromonas no estaban allí. Y no era mala cosa, pensó Zach; después de cocerse toda la mañana en su propia salsa, estaba seguro de que su olor sería abominable.

Como para confirmarlo, una chica de largo pelo castaño asomó la cabeza a través de la cortina, parpadeó sus grandes ojos de Cleopatra ante la oscuridad y arrugó la nariz.

—¿Terry?

—Aquí, Vic. —La chica se abrió camino entre las cajas y los carteles enrollados, con una larga camisa diáfana que rozaba sus tobillos. Cuando se acercó, Zach vio que vestía un top ajustado, como si quisiera acentuar el hecho de que no tenía pecho alguno. Eddy tenía una expresión para las *strippers* con esa constitución: «pezones con costillas».

La chica se inclinó sobre Terry. Zach pensó que iban a besarse, pero Terry le sopló en la boca una bocanada de humo, que ella inhaló con habilidad. Los zarcillos de humo se escaparon por sus fosas nasales y se enroscaron alrededor de su cabeza. Terry palmeó el muslo de la chica a través de la camisa.

—Esta es mi chica Victoria. Vic, este es Zach. Ha llegado esta mañana.

—Parece que por cada uno que perdemos llegan dos. —Ante la mirada inquisitiva de Terry, la chica añadió—: me hablaste de ese tipo que llegó el sábado, y ahora este.

—Sí, ¿y a quién hemos perdido?

—Oh, Dios mío, ¿no lo sabes? —Victoria se tapó la boca con la mano. Zach no estaba seguro, pero parecía como si estuviera escondiendo una sonrisa repentina y culpable—. ¿Esa chica, Rima, a la que Kinsey encontró robando en el Tejo? Tuvo un accidente en la autopista. El coche acabó destrozado y ella se rompió la espalda. Encontraron cocaína por todas partes.

—Vaya, Vic, pareces abatida.

—Bueno, ya. —Por la repentina gelidez en el aire, Zach suponía que en algún momento Rima se había acercado a Terry, aunque si era una perdedora de tal calibre, dudaba que él se hubiera acostado con ella. Terry parecía ser una de esas extrañísimas criaturas, un Tipo Decente genuinamente cándido. Además, no parecía que pudieras largarte de un pueblo como aquel con el bolsillo lleno, precisamente.

—Bueno... —Una sombra cruzó el rostro de Terry. Era evidente que se sentía mal por la chica, pero no quería herir los sentimientos de Victoria—. ¿Hubo algún herido más?

Victoria negó con la cabeza y Terry se animó un poco. A Zach le pareció todo un optimista, o quizá no quería ver la realidad. Pero no dijo nada; lo único que no necesitaba en ese momento era enfadar a alguien.

Así que llenó otra cazoleta y se quedó en la parte de atrás de la tienda un poco más, escuchando comidillas acerca de gente a la que no conocía, en ocasiones haciendo alguna pregunta u ofreciendo un comentario, pirateando la escena, realizando conexiones, insertándose en la red. Era posible hacerlo en cualquier parte, aunque en ocasiones era mucho más difícil que entrar en un ordenador.

Cuando apareció el empleado matutino de la tienda (un adolescente de aspecto dormido con un tatuaje tan reciente que aún sangraba), Terry y Victoria se llevaron a Zach calle abajo a tomar unos sándwiches grasientos de queso al restaurante local. La camarera rellenó de té el vaso de agua de Zach, y cuando dio un sorbo casi sin darse cuenta, sus nervios comenzaron a chasquear y silbar como una traca de petardos. A pesar de todo, se sentía bien. Le gustaba aquel pueblo.

Después del almuerzo, Victoria tenía que irse a trabajar (arreglaba y cosía ropas viejas en una especie de economato del centro), y Terry se ofreció a enseñarle a Zach el bar local antes de volver a la tienda. Para cuando habían recorrido media calle, Zach imaginaba ansioso el interior de un bar. Sería tranquilo y oscuro, con aire acondicionado, como una pequeña bolsa de noche en medio del caluroso mediodía. El olor afilado de los licores y el granuloso de la cerveza de barril sería reconfortante, y la única iluminación sería la luz acuosa de un reloj de Budweiser y una señal de neón de Dixie. Podía estar imaginando uno de los cien bares del Barrio Francés, pero el Tejo Sagrado era distinto a todos ellos, y Zach aún no había descubierto lo difícil que era encontrar cerveza Dixie fuera de Nueva Orleans.

Trevor despertó en la mesa de dibujo con calambres, dolor de cabeza y una vejiga insoportablemente llena. La luz del sol teñida de verde que se filtraba en el estudio le hizo gemir y frotarse los ojos, como había visto hacer a Bobby atrapado por una de las incontables resacas de *bourbon*. Pero aquella noche no había tenido el sueño en el que no podía dibujar.

Se incorporó sin mirar las páginas que había hecho, salió dando tumbos de la habitación, atravesó el pasillo y el salón y salió al porche cubierto de enredaderas, donde orinó sobre el kudzú, tratando de fijar la vista en la carretera vacía.

El día brillaba con un resplandor esmeralda. La hierba y las telarañas permanecían enjoyadas por la lluvia del día anterior, invitando a Trevor a salir y disfrutar un poco del sol. Pero se quedó unos minutos en el refugio del porche, inspirando profundamente un aire que no olía ni a añublo ni a podredumbre seca. Por

la calidad de la luz, pensaba que era primera hora de la tarde.

A aquella hora, veinte años atrás, los amigos de mamá de la clase de arte estaban subiendo esos escalones, llamando preocupados a la puerta, entrando entonces en la casa para encontrarlo a él entre los cuerpos. El hombre de las manos amables lo había recogido y lo había alejado de la carnicería. Durante un instante, Trevor casi recordó lo que estaba pensando en aquel momento: algo acerca del Diablo. Pero no lograba aprehenderlo.

No tardó en darse la vuelta y volver a la suave penumbra de la casa. Sin darse tiempo de pensar en ello, cruzó el salón, recorrió unos pocos metros del pasillo y entró en la habitación de Didi.

Parecía más pequeña de como la recordaba, pero podía deberse a las cepas de kudzú que se habían abierto paso por las ventanas para conquistar la mitad del cuarto. La enredaderas trepaban por las paredes, envolvían la lámpara del techo, se introducían en el armario a la izquierda de Trevor, en el que aún podían verse algunos de los juguetes de Didi apoyados en las hojas, como si el kudzú se hubiera enroscado a su alrededor y los hubiera levantado de su sitio. Un pulpo de peluche sonriente, un viejo reloj de cuerda, una pelota de goma antaño roja. Todos estaban cubiertos de polvo, apagados por el tiempo y el abandono. Por veinte años sin ser tocados por las manitas, por el amor de un niño.

El kudzú ocupaba la mitad izquierda de la habitación con hojas susurrantes con forma de corazón y sombras verdes y cambiantes. El colchón estaba en un espacio despejado a la derecha. En vez de un cuerpo diminuto, solo contenía una enorme mancha de sangre irregular, de color carmesí oscuro y aspecto húmedo en el centro, difuminándose en un marrón pálido más delicado en los bordes. Trevor reparó en salpicaduras y riachuelos de sangre en la pared sobre el colchón, hasta una altura cercana al metro ochenta. ¿Cuántos capilares había en el cerebro? ¿Hasta dónde podían rociar su sangre cuando la cabeza era aplastada como una uva jugosa, cuando se la obligaba a escupir los secretos oscuros de su vino, la poción eléctrica de su fluido cerebral, la misma química de sus pensamientos y sueños?

Es un glorioso día de verano, lo carcomió una voz remota, moleestamente cuerda dentro de su cabeza, y estás aquí enterrado en este mausoleo, contemplando una mancha mortal de veinte años perteneciente a un hermano al que apenas tuviste tiempo de conocer.

Y otra parte de él contestó: Vamos allá donde necesitamos estar.

Se quitó la camiseta del Disco Giratorio, la dejó caer al suelo y se estiró sobre el colchón de Didi. Un polvo rancio se elevó desde el terliz cuando apoyó la cabeza sobre la mancha de sangre. El tacto era rígido y seco contra su mejilla y solo olía a años, quizá con un débil sobretono agrio como el recuerdo de la carne podrida. Apretó la cara contra la mancha y extendió los brazos como si quisiera abrazarla.

Desde algún punto de la habitación llegó un leve sonido explosivo, y entonces el ruido de algo pesado que golpeaba el suelo. Trevor se incorporó de forma refleja pero

no miró alrededor. No estaba seguro de querer ver qué nuevas sorpresas le tenía reservadas la casa. Aún no. ¿No puedes darme siquiera un minuto con Didi?, pensó. ¿No puedo tener ni eso antes de volver a ponerme a pensar en ti?

Pero para entonces ya sabía que él no estaba al mando, al menos de muchos de los controles. Había ido allí a aprender, y lo que fuera que hubiera allí le enseñaría... algo. Se incorporó sobre los codos y se giró para contemplar la esquina de la que había procedido el sonido, junto al armario. Junto al límite del kudzú yacía un pequeño objeto oscuro, como si hubiera caído de las enredaderas. El objeto podía tener unos treinta centímetros de longitud y estaba medio oculto por las sombras. Trevor trató de decirse que podía ser importante. Un palo. Un trozo de madera.

Un martillo.

Se levantó y cruzó la habitación, contemplándolo largo tiempo antes de inclinarse y cogerlo. El recio mango de madera estaba arañado y lleno de manchas oscuras. Estaba ligeramente caliente al tacto. La cabeza y la garra estaban oxidadas, apelmazadas con una materia delicada, seca, parduzca y desterronada parecida a un moho pulverulento, como pétalos disecados. Lo tocó con el dedo, lo frotó contra su pulgar. Las cáscaras de materia parecían terrosas, arenosas. De color marrón claro, como los bordes de la mancha de sangre. Recordó haber leído en algún sitio que todo tejido humano terminaba adoptando ese tono parduzco. Era el color de toda piel, el color de los desechos, de la descomposición.

Causa de la muerte: trauma contundente...

Trevor no tenía ni idea de qué había pasado con el martillo que había matado a su familia, pero sabía que no había podido quedarse en la casa. Habría sido retirado como prueba, fotografiado, quizá encajado en los orificios de los cráneos para probar que se trataba de hecho del arma homicida. Así era como se hacían las cosas. Pero también sabía con la misma certeza que aquel era el mismo martillo.

Se quedó un largo rato girándolo sin parar entre las manos. Sintió cómo las lágrimas comenzaban a manar lentamente, bajando hasta su boca y resbalando por su barbilla. Pero ya había agotado casi todas sus lágrimas la noche pasada, con Kinsey. Ahora comenzaba a sentirse como si lo estuvieran provocando. Aquí tienes un martillo. ¿Qué sabes hacer con él?

Aún no lo sabía.

Pero cuando llegó un ruido del salón (y no se trataba de un crujido o un ruido de la casa, a los que ya se estaba acostumbrando; sin duda era una pisada), se giró y levantó el martillo antes de saber qué estaba haciendo.

Y cuando oyó una voz extraña, se movió con rapidez y sigilo hacia la puerta.

—¡Mierda! Mejor que vuelva a la tienda antes que empiece a llover. Dile a Zach que lo veré después si decide quedarse.

Terry saludó rápidamente a Kinsey, que estaba de rodillas arrancando del

escenario varias semanas de cinta americana, y se marchó del Tejo Sagrado. Unos pocos minutos después Zach salió del aseo, con las manos y la cara recién lavadas, las pestañas oscuras aún empapadas, colocándose las gafas sobre el estrecho puente de la nariz.

—Está lloviendo —le dijo a Kinsey.

—Ya lo oigo. ¿Cómo lo has sabido?

—Hay goteras en el techo. He puesto una papelera debajo.

Kinsey suspiró, se echó hacia atrás el sombrero con la pluma y siguió tirando de la cinta adhesiva.

—¿Se ha ido Terry? Iba a preguntarle si sabía de algún lugar en el que pudiera quedarme.

—Tiene un cuarto libre, y seguro que te lo deja si R.J. no está acampado. También puedes dormir en mi sofá, si me haces un favor. Iba a hacerlo yo, pero tengo que quedarme aquí para asegurarme de que esto no se inunda. Al casero no le da la gana de arreglar las cañerías, y cuando llueve mucho a veces hay filtraciones.

Zach tenía una Natty Boho en la mano (la había sacado del frigorífico y había dejado dos dólares en el mostrador antes de que Kinsey pudiera leerle la cartilla), y no parecía tener prisa por ir a ningún sitio, pero asintió.

—Claro, pide lo que quieras.

—Hay un chico joven viviendo en una casa abandonada en las afueras, al otro lado del pueblo. —Kinsey le habló escuetamente de Trevor, sin dar detalles del motivo de su presencia en la casa—. No tiene ni electricidad ni agua corriente. Había traído unas cuantas cosas para llevarle, mantas, agua embotellada, algo de comida. ¿Podrías llevárselas?

Zach parecía dubitativo.

—Claro...

—No muerde.

—Ah, entonces ni hablar. —Zach vio la mirada inerte de Kinsey—. Lo siento. ¿Qué hace en esa casa abandonada?

—Dejaré que te lo cuente él, si le apetece. Te gustará Trevor. Ha vivido en Nueva York, así los dos podéis hablar de ese agujero pestilente.

Zach siguió a Kinsey detrás de la barra para recoger la caja de suministros. Kinsey notó que las manos del recién llegado eran inquietas, nerviosas, y que sus dedos esbeltos y espatulados siempre manipulaban algo: o volaban sobre el teclado de la caja registradora, o jugaban con el teléfono. En un momento dado fue a coger las llaves de la caja registradora, pero retiró la mano como si se diera cuenta de que aquello sería inapropiado. El chico parecía sentir fascinación por los interruptores y botones. Se controlaba para no llegar a pulsarlos, pero los acariciaba y manoseaba como si lo deseara.

Kinsey le explicó cómo llegar a la casa y le abrió la puerta de atrás. Era difícil perderse; había varias casas abandonadas en Violin Road, pero solo una que apenas

estaba allí. Kinsey volvió al local, en el que un pequeño riachuelo ya comenzaba a filtrarse bajo el aseo de caballeros. Si no dejaba de llover, podía pasarse toda la tarde fregando y escurriendo, fregando y escurriendo. Maldito casero.

No estaba seguro de haber hecho lo correcto enviando a Zach a Violin Road, pero de algún modo le parecía adecuado. Odiaba la idea de que Trevor pasara otra noche fuera sin comida ni agua. Alguien tenía que asegurarse al menos de que no se había tropezado con un tablón caído y se había roto el cuello.

Zach parecía un muchacho decente, aunque algo inquieto. Kinsey no creía que fuera de verdad de Nueva York, ni de ningún sitio cercano. Sí, había un tipo de acento neoyorquino que sonaba parecido al suyo, pero Kinsey había oído un tono distintivo de Nueva Orleans (una extraña mezcla de italiano, cajún y sureño profundo) que se parecía mucho más. Y Zach se había envarado visiblemente cuando Terry le había dicho que el nombre de su grupo era Gumbo.

Pero si quería ser de Nueva York, pues de ahí sería en lo que a todo el mundo respectaba. Kinsey solo preguntaba cuando sabía que un chico lo necesitaba. Y en aquel momento, Zach, que no había dado su apellido, parecía querer permanecer tan lejos de las preguntas como fuera posible.

Zach dio un volantazo para evitar los restos hinchados de una zarigüeya en la carretera, frenó y giró para tomar una calle de aspecto similar. Apenas era una pista de tierra que perdía la batalla contra la maleza y las flores silvestres; la casa en sí estaba tan cubierta de vegetación que era invisible desde la carretera a no ser que la estuvieras buscando. A Zach le parecía un lugar maravilloso para vivir.

Se terminó la cerveza, salió del coche y sacó la caja de suministros. Kinsey había añadido un paquete de seis Coca-colas al agua embotellada, las mantas y varios paquetes de comida. Había incluso una almohada en una caja decorada con flores en el fondo de la caja. Fuera quien fuera ese Trevor Black, Kinsey le tenía aprecio.

La lluvia había remitido un tanto, pero aún lloviznaba sin cesar, empapándole las gafas y pegándole el pelo a la cara. El día se había tornado fresco, extrañamente inquietante. Zach cogió la caja y subió los escalones del porche anegado de enredaderas.

La puerta principal estaba torcida sobre sus goznes, medio abierta. Llamó, esperó y volvió a llamar. No hubo respuesta. Entrecerró los ojos para tratar de perforar las húmedas tinieblas de la casa, antes de encogerse de hombros y entrar.

Durante un momento permaneció en el centro del salón, dejando que sus ojos se acostumbraran a la ausencia de luz. Poco a poco los detalles fueron revelándose y vio los agujeros en el techo, las parras retorcidas en las ventanas, los restos podridos de mobiliario. Un tentáculo de inquietud se aferró a él y se aclaró la garganta.

—¿Hola?

Nada. El umbral al pasillo era un rectángulo negro, y la pared a su alrededor

estaba cubierta de manchas oscuras e indistintas. Zach las contempló y se sintió peor. ¿Adónde lo había enviado aquel viejo *hippy*?

Dejaría la caja allí en el suelo, se daría la vuelta y se marcharía. No pensaba quedarse ahí. Comenzó a inclinarse, sin dejar de observar la puerta del pasillo.

Cuando una figura alta y pálida apareció en el umbral, Zach sofocó un grito y dejó caer la caja, que golpeó el suelo y quedó tumbada de costado. Una lata de ravioli Chef Boyardee rodó por el suelo, desapareciendo bajo el sofá. Zach tuvo la absurda preocupación de si Kinsey habría recordado meter un abrelatas.

La forma pálida salió de la oscuridad y se dirigió hacia él. Era un muchacho sin camisa, delgado, ridículamente hermoso, con una larga melena rubia que se derramaba sobre los hombros y el pecho manchado de polvo, unos ojos muy abiertos y totalmente dementes, un martillo de carpintero oxidado aferrado en la mano levantada. Parecía un malévolo ángel vengador, un Jesucristo cabreado que hubiera bajado de la cruz dispuesto a clavar él algunos clavos.

Zach se quedó paralizado mientras el ángel del martillo, presumiblemente Trevor, caía sobre él. No parecía capaz de hablar. No quería morir como el personaje de una película de vísceras, no quería una muerte rápida y estúpida, o lenta y repugnante, con un pedazo de metal enterrado en su lóbulo frontal y una sangre espesa oscureciendo poco a poco su expresión congelada e idiota, incrédula por toda la eternidad. Pero le gustaba mucho menos la idea de girarse y huir, solo para sentir la garra del martillo arrancándole un trozo de cráneo.

Su corazón caramboleó alocado en su pecho, y un dolor afilado perforó su brazo izquierdo. Puede que tuviera allí mismo un infarto y se ahorrara problemas.

La otra mano de Trevor salió disparada y aferró con sus dedos largos la muñeca de Zach. Su toque era galvanizante, similar a un chispazo eléctrico o a beberse una cafetera entera. Zach pensó que sus nervios podrían soltarse de su piel y retrepar por el brazo de Trevor, como los tentáculos filosos de una medusa.

Pero sus sinapsis se negaron a salvarlo. Piensa, exigió su mente, flexiona el cerebro y PIENSA porque si no va a acabar espachurrado por todo este suelo sucio, y ese no es un destino digno para este extraño órgano superior que tan bien te ha servido durante diecinueve años. ¿Quieres llegar a los veinte? ¡Entonces PIRATEA ESTE SISTEMA, IDIOTA! ¿Y qué es lo primero que necesitas? ¡LA CONTRASEÑA!

—¡Trevor! —chilló—. ¡¡¡No!!!

Había hecho su voz lo más alta y aguda de lo que era capaz. Vio cómo Trevor dudaba, pero su presa sobre la muñeca de Zach no se aflojó, y el martillo permanecía levantado, dispuesto para caer.

Pero las contraseñas siempre requerían más de un intento.

—¡Trevor! —gritó otra vez, dejando que en su voz asomara algo más de miedo y deferencia—. ¡Me envía Kinsey! ¡No me mates! ¡Por favor!

Zach sintió un diminuto dolor rojizo en lo más profundo de su cabeza, y se

preguntó si ese era el punto en el que se hundiría el martillo, o si simplemente se las había arreglado para tener un aneurisma en vez de un infarto. Parecía que el cuerpo siempre tenía preparada una bomba de relojería acechando en sus profundidades.

Pero parte de la locura pareció fundirse dentro de Trevor. Sus ojos se encontraron con los de Zach y lo vio, el velo vítreo que los cubría desapareció. Los iris de bordes negros eran del más pálido y delicado azul hielo; hacía unos momentos habían estado enfangados en la furia asesina. Ahora Trevor parecía horrorizado, y mucho más joven. Le soltó la muñeca. Sus hombros temblaron. Intentó tragar, pero no parecía capaz de encontrar la saliva. La curva de su garganta trabajaba convulsivamente. La piel del cuello estaba cubierta de sudor y mugre, como si no se hubiera afeitado ni bañado en muchos días.

Muy bien, has encontrado una grieta en el sistema; pero eso no significa necesariamente que ya estés dentro. Identifícate. Asegúrale al sistema que no eres un extraño.

—¿Trevor? N-no pretendía asustarte. Me llamo Zach, y también soy nuevo en el pueblo, y... Eh, Kinsey, del local, me ha enviado a traerte estas cosas.

Los ojos de mercurio parpadearon, y entonces los labios de Trevor se movieron. Su voz era más profunda de lo que Zach esperaba, y de volumen muy bajo.

—Debes de pensar que estoy loco.

—Bueno... —comenzó Zach, pero se detuvo. Trevor inclinó la cabeza—. Bueno, ayudaría el que dejaras ese martillo.

Trevor contempló la espantosa arma que llevaba en la mano, como si no tuviera ni idea de cómo había llegado allí. Entonces, muy lentamente, se inclinó y depositó el martillo en el suelo.

—Lo siento —musitó—. Lo siento, lo siento muchísimo.

¡Bingo! ¡Dentro y con privilegios de usuario completos! En la cabeza de Zach deberían estar sonando las campanas y trompetas, pero no sentía el triunfo que solía acompañar a su entrada en un sistema derrotado. Comenzaba a recordar que Trevor era algo más que un sistema; era una persona, y las personas eran cosas volátiles, y el martillo seguía al alcance de su mano.

Y, por encima de todo, la expresión horrorizada de Trevor y el tartamudeo de su voz eran tan genuinos que Zach no podía sino sentir un poco de lástima por él. Era un chico hermoso con una feroz inteligencia escondida detrás del parpadeo demente de sus ojos. Se preguntó qué lo había llevado a aquel lugar, a aquel extremo.

—Eres la única persona que ha intentado matarme que luego se ha disculpado —dijo—. Así que supongo que acepto las disculpas.

Un asomo de sonrisa apareció en la cara de Trevor, pero desapareció antes de que Zach pudiera estar seguro de ello.

—¿Cuántos más han intentado matarte?

—Dos.

—¿Quiénes eran?

—Mis padres.

Trevor abrió mucho los ojos, que se hicieron aún más pálidos. De repente empezaron a resplandecer por las lágrimas. Un par se derramó desde los diques de sus párpados antes de que pudiera detenerlas, como gruesas gotas cristalinas de dolor.

De vez en cuando das, puramente al azar, con la contraseña correcta entre un millón, con la secuencia imposible de averiguar, con la aguja en el pajar informático. De vez en cuando simplemente tienes suerte.

—Puedo explicártelo todo —dijo Trevor.

La idea de lo que había estado a punto de hacer hizo que se sintiera mareado. La casa comenzó a girar a su alrededor y el suelo amenazó con volcarse, con abrirse bajo sus pies como unas fauces abiertas.

No era capaz de recordar en qué pensaba al agarrar a Zach por la muñeca. No estaba seguro de haber estado pensando siquiera; su mente le había parecido vacía como las habitaciones de la casa, y eso lo asustaba mucho más que ninguna otra cosa.

—Puedo explicártelo todo —dijo, aunque dudaba que fuera capaz, y dudaba aún más que Zach quisiera escucharlo.

Pero el chico se encogió de hombros.

—Claro, pero solo si quieres hablar de ello. No ha pasado nada, ya está olvidado.

Trevor lo miró. Zach trataba de sonreír, pero en la penumbra podía ver la terrible palidez de su cara, y sus ojos aún mostraban demasiado blanco. Y las manos todavía le temblaban. Trevor se preguntó qué clase de amenaza consideraría Zach «algo».

—Quiero hablar de ello —dijo—. Vamos afuera.

Se dirigieron al patio lateral y se sentaron bajo la copa resplandeciente del sauce. Las hojas en aquella zona formaban un follaje tan denso que el suelo estaba casi seco, aunque de vez en cuando caían unas gotas resplandecientes. Trevor seguía sin camisa y el agua se acumulaba sobre sus hombros, formando riachos a través de la suciedad en su pecho y su espalda.

Zach parecía estar observándolo con atención, esperando a oír lo que tuviera que decir. A la luz del día, vio que sus ojos tenían un asombroso color verdoso, y que eran grandes y ligeramente rasgados. El rostro era de huesos y facciones afiladas, oscurecido de un modo interesante por las sombras proyectadas por el pelo asilvestrado y la montura redonda de sus gafas negras. Trevor se acordó de a quién se parecía Zach: a su dibujo de Walter Brown, el cantante que había sido arrestado con Bird en Jackson, Misisipí. El cantante cuya cara Trevor había tenido que imaginar porque nunca había visto una foto suya. El parecido no era completo, pero sí lo bastante notable como para relajarlo en su presencia. Aquel era un rostro que conocía, uno que le agradaba.

Comenzó a hablar. Al principio las palabras fluyeron con lentitud, pero pronto fue incapaz de detenerse. Nunca en su vida había hablado tanto tiempo seguido. Se lo

contó todo: las muertes, el orfanato, los sueños, las cosas que habían sucedido desde que volvió a la casa. Habló incluso de la vez en que le había abierto la cabeza a aquel chico en las duchas, aunque no mencionó cuánto le había gustado.

Se sorprendió al comprobar lo bien que se sentía al hablar de ello. Desde que dejó de desangrarse el brazo con una cuchilla no había tenido una sensación así de liberación, de desintoxicarse de un veneno.

No estaba seguro de por qué aquellas dos palabras que Zach había dicho («mis padres») lo habían abierto de aquella manera. Sin duda, en el Hogar había habido muchos otros chicos maltratados por sus padres, y probablemente le hubieran hablado de ello de habérselo pedido. Pero aquellos chicos no habían aparecido en la casa de su niñez como encarnaciones de alguien a quien había dibujado. Aquellos chicos no habían permanecido firmes para sacarlo de... de aquello que se había adueñado de él. Nunca había aferrado las delgadas muñecas de aquellos chicos lo bastante fuerte como para dejar marcas rojas en la carne.

Y si lo había hecho, dudaba que se hubieran quedado el tiempo suficiente como para escuchar sus motivos.

El rostro de Trevor quedaba oculto tras las cortinas de cabello, y su voz era tan baja que Zach había tenido que inclinarse para escucharla. Trevor seguía mirándolo de vez en cuando por el rabillo del ojo, como si quisiera valorar su reacción, pero nunca lo contemplaba abiertamente.

El relato se desveló poco a poco, comenzando por la sangrienta historia que había marcado aquella casa antes incluso de que Zach naciera. No hubiera tardado en enterarse de todo aquello en el pueblo, le dijo Trevor con amargura, pues sin duda se extendía la noticia en Missing Mile de que el último superviviente de la familia asesinada había vuelto a casa. Lo dijo así, «la familia asesinada», como si supiera que era como eran llamados en las leyendas locales que debían de haberse desarrollado a su alrededor. Pero la propia historia de Trevor se hizo cada vez más extraña, llegando hasta el punto de que aparecían martillos de la nada y los dibujos sufrían siniestras mutaciones entre la mano y la página.

Zach seguía asintiendo para alentarle; estaba demasiado fascinado como para permitir que Trevor lo dejara. En el familiar Barrio Francés, en su confortable esquinita del ciberespacio, Zach creía haber visto cosas extrañas, y puede que él mismo hubiera hecho algunas. Pero nunca había conocido a nadie que hubiera vivido experiencias como aquellas, que hubiera sufrido tales heridas y que a pesar de todo siguiera adelante a trancas y barrancas.

Al final, el torrente de palabras de Trevor se fue secando hasta que se quedó contemplando las hojas resplandecientes del sauce, mecidas por la brisa. A través de la maleza solo era visible una esquina avejentada de la casa, de un gris más pálido que el amenazador cielo de la tarde. Zach vio cómo una gota de lluvia solitaria se

abría camino por las crestas nudosas de la columna de Trevor, que por fin dijo:

—No sé por qué te he contado todo esto. Debes de seguir pensando que estoy loco.

—Puede ser —le contestó Zach—, pero me da igual.

Era evidente que nadie le había dicho nunca a Trevor algo así. No sabía cómo reaccionar. Pareció primero cauteloso, luego sorprendido, y por fin mostró una sonrisa dubitativa.

Zach pensaba que, de hecho, Trevor podría estar bastante loco, pero a pesar de ello estaba desarrollando un saludable respeto hacia él. Terry, Victoria y Kinsey eran gente agradable para pasar el rato, pero si pretendía quedarse un tiempo en Missing Mile, quería tener a Trevor como su principal amigo.

Sin embargo, tendría que sublimar la atracción. Ya lo había hecho antes, una vez se daba cuenta de que alguien le gustaba de verdad. No creía que fuera a ser un problema: mientras que Terry despedía el tipo de feromonas equivocado, Trevor no parecía emitir ninguna. Era como si careciera de toda consciencia sexual. Zach se descubrió pensando en si sería muy difícil enseñarle.

Contempló cómo la gota de lluvia terminaba el recorrido de la columna de Trevor antes de desaparecer dentro de sus pantalones vaqueros. Allí vio una levísima zona de vello dorado ligeramente húmedo, justo en el hueco del final de la espalda.

Se mordió el labio dolorosamente y reparó en que Trevor le preguntaba algo.

—¿Cómo?

—Digo que qué haces.

—Oh. —Después de la honestidad desnuda que le había mostrado Trevor, no era capaz de mentirle por completo—. Sí, bueno, trabajo con ordenadores. —Vio con gran alivio cómo la mirada de Trevor se vidriaba. Era la expresión del analfabeto informático deliberado, incluido el rápido asentimiento que decía: «ya basta, no necesito saber nada más, por favor, no empieces a hablar de bits y *bytes* y discos duros y megarams y toda esa basura incomprensible». Zach la había visto cientos de veces y la agradecía. Significaba que no tendría que responder a ninguna pregunta incómoda.

Buscó en el bolsillo y encontró su último porro preparado, un poco aplastado pero más o menos intacto.

—¿Te importa? —preguntó. Trevor negó con la cabeza. Zach sacó uno de los mecheros que le había dado Hoja y lo encendió.

Las fosas nasales de Trevor temblaron cuando el humo pasó delante de él.

—Mejor que no —dijo cuando le ofreció el canuto, aunque Zach podía ver en la tensión de sus dedos que quería cogerlo—. Ayer fumé un poco y casi me muero. No estoy acostumbrado.

Zach reunió todo su considerable nervio.

—¿Te hace una escopeta?

—¿Qué es eso?

Oh, Dios. ¿Cómo explicar la escopeta sin que suene como la estafa que es? Será mejor que lo deje aquí, de verdad; me GUSTA, maldición, pero no hay nada de malo en un poco de frustración inocente.

—Es, eh, es aspirar el humo y después soplarlo dentro de la boca del otro. Así mis pulmones filtran el humo antes de que lo recibas tú, y no es tan fuerte. —Sí, claro, física nuclear pura y dura.

Trevor dudó. Zach intentó no entrar en «modo de ingeniería social», pero podía sentir el poder que ya irradiaba de su cerebro en grandes y gozosas oleadas. Se sentía como si pudiera convencer absolutamente a cualquiera de absolutamente cualquier cosa.

—Venga —dijo—, un canuto te hará bien. Relaja y limpia el cerebro.

Trevor echó un vistazo al porro encendido y negó con la cabeza.

—Déjalo, de verdad.

—¿Qué? —Zach no podía ocultar su sorpresa. Estaba tan convencido de que Trevor diría que sí como de que Hoja le daría esos malditos mecheros—. ¿Por qué?

Trevor estudió su rostro con una gran intensidad, con más detenimiento que la mayoría de sus amantes de una noche. Zach casi se sentía incómodo bajo el escrutinio de aquellos ojos asombrosos y serios.

—Estás deseando que acepte, ¿a que sí?

Zach se encogió de hombros, pero sintió que Trevor había atravesado su cráneo y había visto las circunvalaciones de su cerebro artero y traicionero.

—Es más divertido colocarse en compañía, nada más.

Otra larga e intensa mirada.

—Bueno, de acuerdo. Lo probaré.

Zach creyó que Trevor había estado a punto de añadir: «pero no me folles demasiado, ¿me oyes?». Se dio cuenta de que su corazón latía más rápido que nunca, de que su sangre bombeaba sin cesar y de que su cabeza era un globo de helio que ascendía rápidamente hacia un cielo sin nubes, dolorosamente azul. Nadie le había provocado nunca esa reacción; así era como le gustaba a él que se sintieran los demás en su presencia.

Dio una larga calada al porro, aguantó el humo un segundo y se inclinó para exhalar una vaharada larga y constante dentro de la boca abierta de Trevor. Sus labios apenas se rozaron. Trevor era suave como el terciopelo, como la lluvia. Las volutas de humo se enroscaron en las comisuras de sus bocas, rodeando las cabezas con un velo amorfo azul grisáceo. Zach mantuvo los ojos abiertos y vio que Trevor había cerrado los suyos, como si le estuvieran besando. Sus pestañas eran de un color pelirrojo oscuro, y el pálido pergamino de sus párpados mostraba la más delicada de las celosías de venas violetas. Deseaba besar aquellos párpados, sentir las pestañas sedosas contra sus labios, percibir el secreto movimiento enjaulado de los ojos bajo su lengua...

... Estaba sublimando la atracción de cojones, ¿a que sí?

Se retiró, estremecido. Una vez decía que no iba a haber nada con alguien, esa persona desaparecía. Al menos, así había sido siempre. Se permitía a cualquiera a quien quisiera, salvo que tuviera alguna buena razón para evitarlo, y su libido siempre le había recompensado concediéndole el control completo.

Hasta entonces.

Trevor se tumbó sobre la hierba húmeda y se llevó una mano a la frente. Zach vio las agujas de los pinos enredadas en su cabello largo, la suciedad reciente en las uñas, las diminutas gotas de agua atrapadas en el vello fino alrededor de los pezones.

—Y bueno —dijo Trevor, expulsando la escopeta—, ¿cómo intentaron matarte tus padres?

—Mi padre me estuvo pegando durante catorce años. Mi madre solía limitarse a la vertiente psicológica.

—¿Por qué no te largaste?

Zach se encogió de hombros.

—No tenía a donde ir. —Vio asentir a Trevor por el rabillo del ojo—. Sí, podía haberme escapado cuando tenía nueve o diez años, pero en ese caso me esperaba una vida de aguantar pollas tías en los asientos traseros. Esperé hasta estar seguro de que podía cuidar de mí mismo sin tener que recurrir a las mamadas, y entonces me largué. Me limité a desaparecer en otra parte de la ciudad, y nunca trataron de buscarme.

—¿Qué ciudad?

Zach dudó. Seguía sin querer mentir a Trevor, pero no podía empezar a contar historias distintas a distinta gente.

—No tienes por qué decírmelo si no quieres.

—Nueva Orleans —dijo Zach, sin estar muy seguro de por qué—. Pero no se lo digas a nadie.

—¿Estás escapando, o algo así?

El silencio de Zach era de lo más elocuente.

—No pasa nada —dijo Trevor—. Yo he pasado siete años huyendo de este sitio. ¿Pero sabes?, después de un tiempo acabas cansado.

—Sí, así que vuelves y el lugar intenta que le saques los sesos a la gente.

Trevor se encogió de hombros.

—No esperaba compañía.

Zach comenzó a reír. No pudo evitarlo. Aquel tío estaba totalmente hecho mierda... pero era inteligente, y a pesar de su extraña asexualidad, era absolutamente hermoso. Trevor se lo quedó mirando un momento antes de unirse a él con timidez.

Se sonrieron con camaradería, y de repente Zach se encontró preguntándose de nuevo si, después de todo, no sería posible querer a alguien y acostarse también con él. Algo en aquella sonrisa espontánea y dulce en una cara que normalmente no sonreía demasiado le hizo preguntarse por qué se había negado el placer físico de una persona a la que de verdad quería. ¿No sería divertido ver a alguien (muy bien, a

alguien como Trevor) sonreír de ese modo solo porque Zach sabía cómo hacerle sentir bien? Puede que fuera aún más divertido que el que te la mamara un extraño, por guapo que fuera, en el almacén de una tienda en un estado al que bien podrías no volver nunca.

Probablemente no. Probablemente terminara en palabras hirientes y lágrimas, dolor y recriminaciones, puede que incluso en sangre. Estaba casi garantizado que aquellos eran los riesgos de tales relaciones.

¿Pero en qué momento había decidido que no podía asumir esos riesgos particulares, cuando alegremente se lanzaba de cabeza, incluso buscaba, tantos otros?

Trevor lo miraba fijamente. Parecía que quisiera decir «¿en qué estás pensando?», pero que no se decidiera. Así lo prefería él, porque siempre había odiado esa pregunta. Parecía que la gente solo la usaba cuando estabas pensando algo que no querías compartir.

En su lugar, Trevor preguntó dubitativo:

—¿No nos hemos visto antes? ¿No te conozco? —Frunció el ceño, como si no fuera esa la pregunta exacta que quería formular, pero no era capaz de encontrar las palabras adecuadas.

Zach negó con la cabeza.

—No creo. Pero...

—Pero es como si así fuera —terminó Trevor por él.

Zach apagó el porro a medio consumir y lo devolvió al bolsillo. Se quedaron sentados en silencio durante algunos minutos. Ninguno de los dos quería ser el primero en decir demasiado, en llevar demasiado lejos esa extraña y nueva noción. Zach pensaba en lo irrecuperables que eran las palabras en el mundo real. En muchos sentidos prefería la simplicidad del universo informático, en el que podías revisar y borrar las cosas a voluntad, en el que actuabas y el sistema solo podía reaccionar de determinadas maneras.

Pero allí te topabas con un eventual muro de previsibilidad. Allí, el más leve cambio semántico podía alterar la situación de forma incontrolable, y aquello también le gustaba.

La lluvia casi se había detenido, pero ahora regresaba con más fuerza todavía, aunque aún seguían protegidos bajo la cobertura de ramas y enredaderas. El cielo retumbó con un trueno incipiente antes de estallar. Comenzó el aguacero.

Zach vio la ocasión de desactivar la incomodidad. Cogió el brazo de Trevor y lo levantó, notando cómo el muchacho se encogía ante el contacto.

—¡Vamos! —lo instó.

—¿Adónde?

—¿No quieres ducharte? ¡Esta es nuestra oportunidad!

—¿Ahí?

—Claro, ¿por qué no? Nadie puede vernos desde la carretera.

Zach se agachó para pasar bajo un telón de hojas de sauce y corrió hacia un punto

despejado del patio. Se quitó las zapatillas de sendas patadas, se desembarazó de la camiseta, metió las gafas en el bolsillo y comenzó a desabotonarse los pantalones. Trevor lo siguió, mirando dubitativo.

—¿Te vas a desnudar?

Zach abrió el último botón y dejó que los pantalones cayeran al suelo. No llevaba ropa interior. Trevor enarcó las cejas antes de encogerse de hombros, desabrochase los vaqueros y quitárselos. Si había crecido en un orfanato, el estar desnudo delante de otros hombres no le provocaría un pudor especial.

La lluvia jugó con sus cuerpos, quitando el polvo del camino y de la vieja casa en ruinas. Trevor no era más que un borrón a algunos metros de distancia. Zach apenas lograba verlo agitando los brazos, como si estuviera bailando o realizando una invocación salvaje.

Levantó la cara hacia la lluvia y dejó que le llenara los ojos, que le limpiara el sabor del humo de los labios. No era consciente de que sonreía como un idiota hasta que sintió la lluvia resbalando por sus dientes, sobre su lengua, hacia su garganta, como un riachuelo de plata.

Capítulo once

Kinsey fregaba los últimos restos de agua cuando los clientes más tempranos comenzaban a llegar. Terry estaba cerrando el Disco Giratorio y deseaba que Steve Finn estuviera en la ciudad. Aquel chico nuevo la había cagado con un albarán y había pedido veinte copias de Louie's Limbo Lounge, un disco desconocido de música de *striptease* exquisitamente mala, en vez de los dos que le había encargado como pedido especial. Ahora podían escuchar clásicos como Torture Rock, Beaver Shot y el asombroso Hooty Sapperticker, de Barbara & the Boys, siempre que quisieran.

Terry empezó a llamar a Poindexter, en Durham, para ver si quería alguno, pero decidió olvidarlo todo e invitar a una cerveza a su chica. Un ocaso de colores chillones bañaba el centro con luces rojas y púrpuras, y las calles que se oscurecían poco a poco resplandecían por la lluvia que había caído durante toda la tarde.

Una a una, las farolas se fueron encendiendo. Terry recordó un verano, hacía dos o tres años, en el que habían sufrido una plaga de polillas lunares. Los enormes insectos batían contra las ventanas y se arremolinaban alrededor de las farolas, capturando la luz con sus alas anchas y frágiles hasta hacerla variar de forma extraña y adoptar un color ajeno a la naturaleza: un verde plateado absolutamente pálido, el color del ectoplasma o el resplandor de la radiación. En las cunetas podías encontrar montañas de ellas muertas, convertidos sus cuerpos gruesos en meros cascarones.

Una bandada de murciélagos no tardó en llegar al pueblo, anidando en las copas de los árboles y en los campanarios durante el día, y cayendo por la noche sobre las polillas para atraparlas con sus mandíbulas como cuchillas. Si el concierto del Tejo Sagrado era aburrido, los chicos se congregaban en las calles para ver las sombras chinescas de alas correosas e iridiscentes, y se esforzaban por oír los agudos chillidos como agujas sobre la descarga de guitarras y baterías del local. Una noche, Fantasma reflexionó en alto que, para los murciélagos, la sangre de las polillas debía de saber a crème de Menthe.

Terry se preguntó qué habría sucedido con los chicos nuevos. Pensó en que Zach podría haberse limitado a llegar por el otro lado del pueblo y seguir adelante; aquel muchacho parecía tener mucha prisa por llegar a algún lado. Y suponía que Trevor seguiría en la casa de los asesinatos. Qué asunto más infernal, el que el hijo de Bobby McGee regresara después de tantos años.

Seguro que Kinsey tenía noticias frescas. Apresuró su paso hacia el Tejo, hacia los amigos y la música, hacia el sabor de una cerveza fría en su bar favorito, en una noche de verano.

Hacia las diez en punto, Terry ya se había tomado cinco cervezas frías y se había olvidado de Zach. Pero Zach no había llegado al otro lado del pueblo, y ni siquiera había vuelto a su coche salvo para comprobar los seguros y dejarlo a un lado de la casa. Había encontrado un lugar que le gustaba, y tenía intención de poner allí el campamento durante algunos días, salvo que Trevor objetara al respecto. Pero no creía que fuera el caso.

Cuando volvieron al interior, Trevor se excusó para ponerse algo seco y desapareció por el pasillo. Zach lo siguió unos minutos después y lo encontró tirado sobre un colchón sin ropa en uno de los dormitorios. Estaba desnudo y delgado hasta doler verlo, con la melena extendida alrededor de su cabeza como una corona, y ya profundamente dormido.

Zach lo observó un largo momento, pero no se atrevía a molestarlo. Trevor había dormido las últimas tres noches en una autobús Greyhound, en un sofá y en un tablero de dibujo; se merecía un poco de descanso en una cama. Buscó una de las mantas de Kinsey y lo cubrió. Al hacerlo vio la carne de gallina en el pecho de Trevor, las gotas de agua aún atrapadas en su ombligo, el enredijo húmedo de su vello púbico. Imaginó el sabor salado que tendrían esas gotas si se inclinara y las lamiera.

Ahora quieres molestarlo mientras duerme. Era la voz de Eddy, surgida de ninguna parte. Por Dios, Zach, ¿por qué no te limitas a pagar a alguien en Bourbon Street para que te haga una mamada?

Que te den por el culo, Eddy.

Cuando se giró para alejarse de la cama, reparó en los dibujos en las paredes. Monstruos y casas bonitas, paisajes familiares. Y rostros, toda clase de rostros. Eran obra de un niño, aunque de un niño con obvio talento, con ojo para las líneas y las proporciones, con una imaginación sin límites. Aquella era la habitación del propio Trevor.

Zach lo dejó durmiendo y comenzó a explorar la casa. Al final del pasillo estaba el baño en el que Bobby había muerto. No tenía ventana, y no pensó en buscar el interruptor. Se quedó en el umbral mirando el espacio a oscuras, y vio el brillo apagado de la porcelana bajo las capas de polvo y telarañas. La barra de la cortina estaba doblada, casi vencida. Se preguntó si Trevor la había visto ya.

Algo en la geometría del baño parecía incorrecto, como si el ángulo en el que las paredes se encontraban con el techo no fuera del todo recto. Aquello hizo que se sintiera confuso, casi mareado. Se giró y entró en la habitación al otro lado del pasillo, que resultó ser el estudio. Vio el cuaderno de Trevor abierto sobre el tablero de dibujo y pasó lentamente las páginas. Los dibujos eran muy buenos. Había leído un número de Birdland y pensaba que el estilo de Trevor ya era técnicamente superior al de Bobby. Las líneas eran más confiadas, las caras más finas y sutiles, con capas y capas de detalles y matices agazapados en las expresiones que capturaba.

Pero el trabajo de Bobby siempre había tenido una cierta calidez fracturada. Por sórdidos y viles que fueran sus personajes (los yonquis, los rebeldes elocuentes, los saxofones parlantes que follaban más que sus contrapartidas humanas), siempre tenías la sensación de que eran peones en un universo indiferente, el fondo de un chiste existencial al que le faltaba la frase de remate. El trabajo de Trevor era más áspero, más frío. Su universo no era indiferente, sino cruel. Ya conocía su frase de remate: la mujer destrozada y ensangrentada en el umbral, los cuerpos rotos de los músicos, los policías en llamas.

Y otros, vio Zach mientras hojeaba el cuaderno. Tantos otros. Tantos cuerpos muertos hermosamente dibujados.

Revisó el dormitorio principal y su armario empotrado y no vio nada interesante; probablemente los padres no habían traído muchas de sus cosas. Después de meter en el coche los utensilios de Bobby y las cosas de los chicos, no quedaría demasiado espacio.

Cruzó el pasillo hasta la habitación de Didi, se detuvo en el umbral y contempló petrificado la inmensa masa oscura que atravesaba la ventana, hasta que comprendió que se trataba de kudzú. Se preguntó cuánto tiempo pasaría antes de que las enredaderas llenaran el cuarto del suelo al techo. Se fijó en las manchas de sangre del colchón, en las salpicaduras que llegaban hasta lo alto de la pared. Trevor había dicho que el martillo había aparecido en la esquina opuesta, junto al armarito. Revisó el área e incluso tocó el kudzú con la punta de la zapatilla, pero no encontró nada inusual.

Había oído hablar de objetos instantáneamente transportados de un sitio a otro; se los llamaba «aportaciones». Se suponía que estaban calientes al tacto, como Trevor había dicho respecto al martillo. Él no estaba muy seguro de creer en aportaciones, pero no se le ocurría ningún otro modo de que hubiera llegado allí. Si es que era el mismo martillo.

Pero si no lo era, ¿de dónde habían salido la sangre seca y el tejido? No quería ni pensar en ello. Tenía que ser el mismo, pues eso tenía más sentido que pensar que Trevor había traído otro y lo había untado con seso de oveja, o algo así. No creía implícitamente en lo sobrenatural, pero tampoco le gustaba recurrir a improbables explicaciones naturales para evitarlo. La naturaleza era un sistema complejo, y tenía que haber más de lo que nadie podía comprender limitándose a observar la superficie.

La cocina era grande y anticuada, con una pila aislada y una cocina de gas. Una auténtica cocina rural, o eso imaginaba Zach. Abrió el frigorífico y se sorprendió al ver que la luz se encendía. Se dio cuenta de que no había comprobado la electricidad; se había olvidado de ella hasta entonces.

En el interior había una botella de zumo con dos dedos de un grumo oscuro en el fondo, alguna clase de materia vegetal momificada más allá de todo reconocimiento, y un tupperware cuyos contenidos no se atrevía a aventurar. Había oído que un ataúd de tupperware podría preservar unos restos humanos durante veinte años o más, así

que, ¿qué no podrían hacer con los restos de la cena? Fue a por las Coca-colas y el agua embotellada del salón y las dispuso en el estante junto al zumo.

Volvió a comprobar a Trevor y lo encontró aún dormido. Empezaba a aburrirse. Se dirigió al salón, salió hasta su coche y sacó la bolsa que contenía su ordenador portátil y su teléfono móvil. Creía que podría estar allí varios días, y quería darle a Eddy un mensaje más específico que el que le había dejado la noche pasada. Si marcaba ahora, quizá estuviera a tiempo antes del cierre.

Accedió al ordenador del Times-Picayune, tecleó rápidamente durante algunos minutos y pulsó los botones necesarios para enviar su artículo. Después de terminar, seguía inquieto. Buscó en su mochila un bloque de notas *post-it*, anotó algunos códigos telefónicos y los pegó al borde de la mesa. Era números que podría necesitar con urgencia, y no creía que a Trevor le importara.

Entonces, sin pensarlo, llamó a Mutanet. No se registró con su propia contraseña, por supuesto, ya que podrían estar monitorizando el foro. Pero hacía mucho que había conseguido privilegios completos de operador de sistema en Mutanet, aunque discretamente había olvidado comunicárselo al sysop. Este lo saludó como Discordante, o adorador de la diosa caótica Eris, y su contraseña era POEE5.

Primero leyó los mensajes del foro principal, revisándolos según su autor.

MENSAJE: 65

DE: KODEz KID

A: TODOS LOS MUTANTES

Hoy han trincado a «Lucio»!!

Jajajajajajajaja!!!!!!

MENSAJE: 73

DE: ZOMBI

A: KODEz KID

Si tuvieras la menor idea de la habilidad de Lucio no te alegrarías tanto de su desgracia. Y la has cagado, chaval: alguien lo avisó el sábado noche y se largó.

MENSAJE: 76

DE: AKKER

A: MUTOIDES

¡Zombi tiene razón! Yo, Akker el H-akker, fundador del Equipo de Recuperación y Adquisición de Datos (ERAD), entré en el sistema del Servicio Secreto y encontré la orden de registro del piso de Lucio. ¡¡Fui yo quien lo avisó a tiempo!! ¡¡¡Larga vida al ERAD!!! :-)

MENSAJE: 80

DE: ST. GULIK, SU HUMILDE SYSOP

A: QUIEN LO LEA

Lucio ya no puede entrar en este foro, he desactivado su cuenta. Si intenta contactar con vosotros, no habléis con él. Por lo que sabemos, podrían haberlo trincado y podría estar largando. ¡Cualquiera de quien se descubra que sigue teniendo contacto con él será expulsado de Mutanet! ¡El pirata paranoico es el pirata libre!

Aquello capturó su interés, así que revisó el correo personal del sysop. Solo había un mensaje.

DE: ZOMBI

A: ST. FRAUDE

¡QUE LE DEN A TU FORO FASCISTA, GILIPOLLAS! ¡¡TÚ SERÍAS EL PRIMERO EN CANTAR LA TRAVIA-TTA SI UN POLI TE LA METIERA EN TU CULO BLANCO!!! TU DIRECCIÓN ES 622 FRAZIER ST. EN METAIRE, Y SI SIGUES DICIÉNDOLES A LOS niñoZ CON QUIÉN PUEDEN HABLAR Y CON QUIÉN NO, LA COLGARÉ DE TODOS LOS FOROS DEL PAÍS. ¡Y LUEGO IRÉ PARA ALLÁ Y ENSEÑARÉ EN PERSONA A TUS DIENTES PARTE DE ESE CAOS AL QUE SE SUPONE QUE ADORAS (AUNQUE NO LO PAREZCA)! Y POR CIERTO, NO FUE AKKER QUIEN ADVIRTIÓ A LUCIO... ¡¡FUI YO!!!

Zach casi se cayó de la silla de la risa. Sabía que podía contar con Zombi. Dejó dos mensajes, el primero en el foro principal, donde todos pudieran leerlo, y el segundo personal.

DE: LUCIO

A: ST. PARANOICO

¡Por favoor, no me eche del foro, señor Sysop! ¡Porfa! ¡¡Porfaa!!
¡¡¡Porfaaa!!!

DE: LUCIO

A: ZOMBI

Millones de gracias.

Después se desconectó de Mutanet, quizá por última vez.

Después de apagar el ordenador se sintió desorientado. Estaba acostumbrado a pasar varias horas al día frente a la pantalla, y aquellos breves minutos solo le habían abierto el apetito, habían hecho que los dedos le cosquillearan, pero no le habían

provocado el zumbido hipersensible después de una sesión maratoniana. Pero aún no necesitaba dinero, y quería desaparecer durante unos cuantos días.

Reparó en la mochila de Trevor, que se encontraba sobre la encimera de la cocina. La cremallera estaba medio abierta y podía ver asomar la esquina de un tebeo. Miró hacia la puerta antes de dirigirse a la mochila, abrir con cautela la cremallera y comenzar a curiosear los contenidos.

Para Zach no era muy distinto de examinar su cuenta de crédito o sus antecedentes penales, cosas que hubiera hecho sin sentir ni remordimientos ni vacilaciones, de tener un motivo. Pero no le interesaban esas cosas. Quería saber lo que Trevor llevaba con él, qué quería mantener cerca.

Allí estaban los tres números de Birdland, ejemplares desgastados en bolsas de plástico. Sin sorpresas de momento. Un radiocasete portátil y algunas cintas (Charlie Parker, Charlie Parker y, para redondear, Charlie Parker), una camiseta negra, un par de calzoncillos, un cepillo de dientes y otros elementos de aseo. Bastante aburrido. Zach rebuscó y sus dedos tocaron un papel ajado. Un sobre.

Lo sacó y extrajo cuidadosamente los contenidos. Había tres hojas de papel cuajadas de cinta adhesiva en cada uno de sus pliegues desgastados. Gran parte del texto era indescifrable, pero por lo que podía adivinar viendo el desgate del papel, sospechaba que Trevor lo había memorizado.

Múltiples heridas defensivas... Un golpe al pecho penetró el esternón y atravesó el corazón, lo que en sí mismo podría haber resultado fatal...

Debido al terrible trauma, fue imposible retirar el cerebro de la víctima de una pieza...

Robert F. McGee... Profesión: artista...

Cada informe estaba firmado por el forense del condado y fechado el 16 de junio de 1972. El día anterior había sido el vigésimo aniversario de la muerte de los McGee; al día siguiente sería el vigésimo aniversario de sus autopsias.

Zach se imaginó los tres cuerpos desnudos alineados sobre camillas de acero cuyos desagües estaban ennegrecidos por la sangre coagulada. Podía imaginárselos más claramente de lo deseable, la piel de una palidez perturbadora, las heridas negras y púrpuras, los torsos marcados por las cicatrices en «Y» de la autopsia bisecando cada músculo pectoral, hasta el hueso púbico. Los pechos de la mujer colgando fofos, marcadas las venas oscuras, como una fruta que se hubiera podrido en el árbol, la larga melena endurecida por la sangre. La cabeza del niño torcida en un ángulo inquietante porque la parte trasera de su cráneo había desaparecido, los suaves labios rosados sellados con costras de sangre reseca, los dedos permanentemente doblados, como los de una muñeca. El hombre con los ojos a punto de salirse de sus órbitas por la presión de la cuerda, dándole una mirada demente que duraría hasta que los globos oculares cayeran en la cavidad craneal.

Dobló los informes de las autopsias y los devolvió al sobre. Era como si Trevor se hubiera imaginado la escena tantas veces que hubiera impregnado aquellas hojas de papel con alguna especie de foto fija psíquica. Volvió a mirar por encima del hombro, pero no había nadie en el umbral. No estaba seguro de si le asustaba ver a Trevor, o algo peor.

De momento se acabó el fisgar. Se estaba poniendo nervioso. Devolvió el sobre a su sitio y, en el fondo de la mochila, encontró una gruesa novela en tapa blanda. No matarás era la verdadera historia de un hombre llamado John List, que calmada y sistemáticamente había asesinado a cinco miembros de su familia (su esposa, su madre, dos hijos y una hija) antes de desaparecer durante dieciocho años. La contraportada aseguraba que había sido capturado gracias al programa de televisión Los más buscados de América.

El libro se abrió en sus manos por la página 281, pues allí el lomo estaba doblado. List estaba matando a su hijo mayor, Johnny, de quince años. Había forcejeado con el muchacho en la cocina y le había disparado por la espalda mientras escapaba por el pasillo. Luego se acercó y le disparó nueve veces más mientras el chico trataba de huir arrastrándose hacia un refugio imaginario.

Buscó el retrato escolar de Johnny en la sección de fotografías del centro del libro. Era un chico delgado y sonriente con un pelo oscuro mal cortado, gafas de culo de vaso y grandes soplillos por orejas. Se parecía a tantos de los pirados informáticos a los que había conocido, y no era tan diferente de él mismo a los quince años. Aquello podía pasarle a cualquiera.

Se sentó en la mesa y comenzó a leer acerca de los List. No solía perder el tiempo con esa clase de cosas, pero se trataba de una historia bastante interesante. No encontraron a la familia de List hasta un mes después, cuando los cuerpos ya estaban ennegrecidos e hinchados, alineados en sacos de dormir en el gigantesco salón.

Cuando estuvo demasiado oscuro para leer, se levantó y encendió la luz sin darse cuenta siquiera. Leyó durante dos horas, hasta que oyó bostezos y ruidos procedentes del dormitorio.

Trevor apareció en la puerta de la cocina, con el pelo revuelto y desmañado, los ojos llenos de sueño. Se había puesto unos pantalones de chándal negros, pero no se había cubierto el torso.

—¿He dormido mucho?

—Un par de horas. Pensé que te vendría bien.

—¿Por qué estás leyendo eso?

Zach dejó el libro.

—¿Y por qué lo lees tú? Sí, ya sé que no es asunto mío, pero parece algo deprimente para alguien en tu situación.

Trevor acercó la otra silla y se sentó a la mesa.

—Siempre leo libros así. Espero que alguno me haga comprender por qué lo hizo.

—¿Ha habido suerte?

—No. —De repente, Trevor alzó la cabeza y lo perforó con la mirada—. Además, te he dicho que por qué estás leyendo este libro. ¿No estaba en mi mochila? ¿Quién te ha dicho que podías registrarla?

Zach levantó las manos.

—Lo siento, solo necesitaba algo para leer, y estabas dormido. No he tocado nada más.

Genial, eran una pareja perfecta: un fisgón profesional y un obseso de la privacidad. Supuso que aquel no era el mejor momento para decirle a Trevor lo mucho que le habían gustado los dibujos de su cuaderno, y mucho menos para mencionar los informes de las autopsias.

Trevor parecía seguir molesto por aquel asunto, pero lo dejó pasar. Reparó en las notas en *post-it* de Zach. Despegó una de la mesa y la leyó.

—¿Qué es esto?

—Un número de tarjeta telefónica.

—¿Para qué es?

—Para llamar por teléfono.

Trevor volvió a lanzarle una mirada malhumorada, pero no insistió.

—¿Tienes hambre?

—Me muero.

Recuperaron la lata de ravioli de Kinsey de debajo del sofá y se la comieron con tenedores que consiguieron en un cajón de la cocina. Estaban asquerosos, pero Zach se sintió mejor después de comérselos. Vio a Trevor beberse dos Coca-colas del mismo modo en que algunos tipos beben cerveza, trasegando más por buscar un rápido efecto químico que por tener sed o por el sabor. Comenzaba a pensar que podría pasarse la noche mirándolo.

—¿Quieres algo más? —preguntó, pensando que podrían salir al comedor.

Trevor lo miró con cara pusilánime.

—¿Me podrías...?

Lo que quieras, quería decir Zach, pero se conformó con:

—¿Qué?

—¿Me podrías dar un poco más de ese porro?

Zach rió y rescató el canuto a medio consumir del bolsillo. Estaba un poco húmedo, pero se encendió sin problemas.

—Creía que no estabas acostumbrado —dijo.

—Y no lo estoy. En realidad, nunca me habían gustado. Pero mi padre solía fumar bastante mientras dibujaba, y había pensado...

—¿Qué? —preguntó Zach con suavidad—. ¿Que podrías comprender por qué lo había dejado?

Trevor se encogió de hombros.

—Si de verdad quisiera descubrir eso, comenzaría a darle a *whisky*. Bobby decía que los porros le hacían más creativo, y cuando se secó se negó a fumar, aunque mi

madre le insistía. Era como si no quisiera ni intentarlo otra vez.

—Puede que supiera que la inspiración ya no volvería, hiciera lo que hiciera.

—Puede ser.

Se quedaron sentados a la mesa hablando y fumando. Cuando Trevor le pasó el porro, Zach notó la celosía de pequeñas cicatrices blancas en el antebrazo izquierdo. Tenía que hacerse algunas en el exterior para igualar a las del interior, pensó. Pero aún no conocía lo bastante a Trevor como para asegurarlo. Hablaron de Nueva Orleans, de la batahola diurna del Mercado Francés, del aspecto que tenían las calles adoquinadas por la noche bajo la luz de gas, negras y doradas, del caos de neón de Bourbon Street, del río, como una vena marrón y sucia que palpitara a su paso por la ciudad.

Al final, ambos comenzaron a bostezar. Trevor se incorporó y se estiró cuanto pudo. Zach vio cómo el pantalón de deporte caía sobre los salientes de la cadera, y se preguntó por qué no apartaba la vista; ya lo había visto todo aquella tarde.

—¿Quieres dormir aquí?

Por fin.

—Estaría genial.

—Quédate si quieres con el dormitorio grande. Hay un colchón, y, eh... —Se quedó mirando el suelo—. Allí no murió nadie, ni nada así.

Zach no había esperado una invitación a dormir con él, aún trataba de convencerse de que ni siquiera la quería. Pero no pudo evitar sentirse decepcionado cuando Trevor le dio las buenas noches y dejó la cocina.

Se desató las zapatillas y se quitó las gafas, y estaba a punto de tumbarse sobre el sucio colchón de matrimonio cuando se dio cuenta de que la cabeza y la espalda le dolían al unísono. Había estado funcionando por pura adrenalina durante más de veinticuatro horas, y ahora el porro y las largas horas de carretera se habían conjurado por fin para darle el tatarabuelo de todos los dolores. Y no tenía medicamento alguno.

Recorrió el pasillo hacia la habitación de Trevor y vio que la luz seguía encendida. Llamó a la puerta.

—¿Tienes una aspirina?

Trevor estaba tirado en la cama, leyendo el libro de John List.

—Creo que sí. —Se sentó y rebuscó por su mochila, encontrando una única píldora blanca—. Toma. Me parece que es la última.

—Gracias. Buenas noches otra vez.

Zach fue a la cocina y bebió del grifo para tragarse la pastilla. Un escalofrío recorrió su columna cuando cruzó el umbral del pasillo y volvió a su habitación. Estaba húmeda y oscura, vacía salvo por el colchón y algunas cajas de cartón mohosas en las oscuras profundidades del armario. La ventana era un rectángulo negro como la tinta y salpicado de lluvia.

Por primera vez en horas, se descubrió inquieto por la casa. Estar sentado en la cocina iluminada, hablando con Trevor, era una cosa. Dormir solo en el cuarto de un

suicida y la víctima de un asesinato cuya sangre aún impregnaba el lugar... era otra muy diferente.

Pero no tenía miedo de los fantasmas, se recordó. Se tumbó sobre el colchón polvoriento, se tapó con una de las mantas de Kinsey y cerró los ojos.

Varios minutos después, el corazón le dio un vuelco mareante y comenzó a latir a tal velocidad que pensó que le atravesaría las costillas como un puño de músculo y sangre. Entonces todo el pecho sufrió una convulsión y estuvo convencido de que el órgano torturado simplemente había dejado de palpar, y de que en pocos segundos comprendería que estaba muerto.

Sintió cómo la casa se reunía a su alrededor, sus tablas putrefactas vivas y vigilantes, su oscuridad presta a rodearlo con sus brazos de terciopelo para reclamarlo como suyo.

Trevor apagó la luz y se tumbó sobre el colchón, escuchando los lentos crujidos, los sonidos de la casa. Pensó que en alguna parte, enterrada bajo los cientos de ruidos diminutos, podría haber una voz murmurante. Se preguntó cómo afectaría la presencia de Zach a la sutil química de aquel lugar. No sabía por qué lo había dejado quedarse.

Solo sería por una noche, se dijo. Zach también era un forastero, y seguro que al día siguiente querría seguir su camino.

Pero eso no explicaba la extraña sensación de aquella tarde, la casi convicción de que se conocían. Ni explicaba la tensión que Trevor sentía en los ojos cuando lo miraba, o el inquietante calor que sentía en su estómago cuando pensaba ahora en él. Era tan inteligente, y tan extraño... Su piel era totalmente suave, como el papel satinado.

Probablemente no fuera más que el porro. Había fumado demasiado. Menuda estupidez, pensar que eso podría enseñarle algo acerca de su padre; no era más que una droga, y sus efectos eran tan subjetivos como los del sueño o la pesadumbre. Ni siquiera el alcohol era otra cosa que una droga. En su interior sabía que no había obligado a Bobby a matar a su familia más que lo que lo había hecho el martillo.

Pero la idea de emborracharse aún lo ponía enfermo. Lo único que podría recordar era el olor punzante del *whisky* que envolvía a Bobby como una nube mientras veía cómo su hijo de cinco años se bebía el Seconal, antes de abrazarlo y darle las buenas noches por última vez.

Oyó el suelo crujir en el pasillo, y después un sonido más cercano. La puerta de su cuarto, que había juntado, se abrió lentamente. Se tensó y su oído se agudizó; sintió cómo las pupilas se dilataban dolorosamente en la negrura.

—¿Trevor? ¿Sigues despierto?

Era Zach.

Pensó en no responder, en hacerse el dormido. No podía imaginar qué querría

ahora. Pero Zach lo había escuchado aquella tarde.

—Estoy aquí —dijo, y se sentó.

—¿Qué era esa pastilla que me diste?

—Aspirina, lo que me pediste.

—¿Estás seguro de que era aspirina?

—Bueno, excedrina. Es lo que tomo siempre.

—Oh, Dios. —Zach rió suavemente—. Esa mierda lleva sesenta y cinco miligramos de cafeína por píldora. No tolero la cafeína.

—¿Qué pasa?

—Me sienta como el speed. Pero a lo bestia.

—¿Puedo hacer algo?

—Nada. —Sintió el peso de Zach en el borde del colchón—. Pero no voy a poder dormir en un buen rato. Pensé que podríamos seguir hablando.

—¿Por qué?

—¿Por qué qué?

—¿Por qué quieres hablar conmigo?

—¿Y por qué no iba a querer?

—No entiendo por qué te gusto. La primera vez que te vi intenté saltarte la tapa de los sesos. Ahora te he envenenado. ¿Por qué sigues aquí?

Oyó cómo Zach intentaba reír, aunque lo que surgió fue casi un gemido.

—Supongo que soy insistente.

—No, de verdad.

—Bueno... —Un escalofrío recorrió el cuerpo de Zach y se filtró al colchón—. ¿Te importa si me tumbo aquí?

—Supongo que no.

Trevor se movió a un lado y sintió cómo Zach se acomodaba. Creyó poder sentir la electricidad que surgía de su piel. Cuando el codo de Zach rozó el suyo, tuvo una sensación similar al calambre al caminar sobre una alfombra y luego tocar metal.

—Para empezar, no intentaste saltarme la tapa de los sesos. Te detuviste. Segundo, no sabías que la cafeína puede hacerme daño.

—Pero...

—¿Pero, a pesar de todo, tendría que haberme dado cuenta ya de que no eres bueno para mi salud?

—Sí, algo así.

—Puede que no esté en esto por la salud.

—¿En qué?

—En la vida.

—Entonces, ¿para qué estás?

—Hum... —Sintió un escalofrío de Zach—. Para mantenerme entretenido, supongo. No, entretenido no. Interesado. Quiero hacerlo todo.

—¿De verdad?

—Claro. ¿Tú no?

Trevor pensó en ello.

—Supongo que solo quiero verlo todo —dijo por fin—. Y a veces ni siquiera estoy seguro de quererlo. Solo siento que tengo que hacerlo.

—Eso es porque eres un artista. Los artistas me recordáis a los alambiques.

—¿A los qué?

—Alambiques. Con lo que elaboraban el alcohol ilegal. Tomáis la información y la destiláis en arte. —Zach quedó un momento en silencio—. Supongo que desde tu punto de vista no se trata de una buena analogía.

—Está bien. Aunque no es que tenga mucha elección acerca de hacer o no alcohol. La elección es la de la persona que lo bebe.

—Pues yo me bebería tu alcohol siempre que quisieras darme un poco. Te admiro. Por eso no me he ido hoy. Puede que estés como una cabra, pero creo que también eres muy valiente.

De repente, Trevor tuvo ganas de llorar de nuevo. Allí estaba ese muchacho que huía de algo siniestro y desconocido, esa alma curiosa, generosa y correosa que podía hacerse amiga del extraño del martillo, y pensaba que él era valiente. No tenía sentido, pero le hizo sentir mucho mejor. No recordaba la última vez que alguien le había dicho que estaba haciendo algo bien.

—Gracias —respondió cuando pudo confiar en su voz—. Aunque no me siento precisamente valiente. Suelo estar constantemente asustado.

—Sí. Como yo.

Algo rozó la mano de Trevor y se encaramó cálido hasta su palma. Un dedo de Zach, aún tembloroso. Casi apartó la mano rápidamente, y sintió cómo sus músculos se tensaban y se preparaban. Pero en el último segundo sus propios dedos rodearon el de Zach y lo atraparon.

Si le pasaba, no se llevaría a nadie con él. Aquello era lo que Trevor se había prometido.

Pero si tenía a alguien a quien aferrarse, puede que no tuviera que pasarle nada. Al menos no hasta caer en las profundidades.

El toque envió pequeñas corrientes por su mano que se filtraron en su torrente sanguíneo. Las viejas cicatrices del brazo palpitaron al ritmo del corazón. En la oscuridad apenas si podía distinguir los ojos resplandecientes.

—¿Qué quieres? —susurró.

—¿Podrías...? —Zach le apretó la mano antes de soltarla—. ¿Podrías simplemente abrazarme? Esta maldita excedrina...

—Sí —dijo Trevor—. Creo que sí. Lo intentaré.

Estiró el brazo con cautela y encontró el hombro desnudo de Zach; luego lo deslizó sobre su pecho y lo acercó, hasta que sus cuerpos quedaron acunados como dos cucharas en un cajón. El corazón de Zach martilleaba desbocado, y sus músculos estaban tan tensos que era como abrazar una bobina eléctrica a punto de explotar. Su

cuerpo parecía más pequeño y frágil de lo que Trevor había esperado. Le recordó a dormir con Didi; a menudo habían dormido encajados de aquel mismo modo.

—Lo más asqueroso de todo es que aún me duele la cabeza —dijo Zach a la almohada.

Trevor rió. Apenas podía creer que nada de aquello estuviera pasando. Despertaría y descubriría que se había vuelto a quedar dormido sobre el tablero de dibujo, que se había inventado a aquel chico, aquella situación imposible. No se suponía que tuviera que estar sintiendo aquello. Nunca había experimentado algo así. Se suponía que tenía que descubrir por qué seguía vivo.

Pero era más que consciente de la piel de Zach contra la suya, tan suave como la había imaginado, y no quería apartarse. Si acaso quería acercarse aún más.

Se preguntó si aquello tendría algo que ver con el motivo por el que seguía vivo.

Apoyó la cara contra el pelo suave en el cuello de Zach.

—¿Se supone que tenías que estar aquí? —preguntó muy suave, medio deseando que Zach no lo oyera—. ¿Es esto parte de lo que se supone que tiene que pasar?

—Menuda gilipollez —respondió Zach—. La vida te la inventas sobre la marcha.

Abrazándose como una pareja de gemelos en el útero, fueron capaces de dormir.

En algún momento justo antes del amanecer, un brillo lento y trémulo apareció cerca del techo, justo encima de la cama. Se fue haciendo más profundo hasta formar un remolino vagamente circular, parecido a las olas de calor que flotan sobre el asfalto durante el verano sureño. Entonces, de la nada comenzaron a caer diminutos fragmentos de papel. Pronto habían generado una nube en forma de embudo que giraba como una incomprensible tormenta de nieve en aquella habitación calurosa y silenciosa.

Trevor y Zach siguieron dormidos, ignorantes y despreocupados. Los trozos de papel cayeron sobre el suelo, sobre la cama, sobre los cuerpos sudorosos y dormidos.

El amanecer los encontró aún abrazados, el rostro de Trevor enterrado en el hombro de Zach, sus brazos alrededor del pecho del otro, sus manos entrelazadas con tanta fuerza que más tarde Trevor encontraría en sus palmas marcas de uñas.

Despiertos, habían tenido miedo de tocarse siquiera.

Dormidos, parecían aterrorizados ante la idea de separarse.

Capítulo doce

La suerte quiso que Eddy tuviera un pirata informático en su apartamento cuando el Servicio Secreto echó la puerta abajo.

Se llamaba Stefan, más conocido en los queridos foros de piratería de Zach como «Phoetus», y era uno de los pocos forajidos informáticos locales que conocían el nombre real de Zach y su dirección. Aunque Zach hubiera intentado ocultarle esa información, Phoetus la hubiera podido conseguir fácilmente en la vasta red de datos guardada bajo llave electrónica de la compañía telefónica. Zach decía que era muy bueno.

Salía con una banda de piratas locales que se hacían llamar «La Orden de Dag0n» (los piratas, le había explicado Zach, solían emplear un sistema alfabético único en el que las «f» eran reemplazadas con «ph», las «s» plurales con «z» y las «o» ordinarias con ceros). A Eddy le hacía gracia imaginarse a los blasfemos hombres pez de Lovecraft, de naturaleza innombrable, recorriendo el camino de Innsmouth a Nueva Orleans saltando, croando y berreando de forma inhumana bajo la luna; al llegar a los pantanos, montarían sus equipos de alta tecnología y comenzarían a pinchar líneas telefónicas y a asaltar bases de datos.

Stefan llamó a la puerta el martes por la mañana, hacia las once. Eddy había pasado todo el domingo y parte del lunes moviendo sus cosas del viejo apartamento en Madison Street, usando un pequeño carro rojo que usaba para la compra y la colada. Hasta que no empezó el penúltimo viaje no reparó en que podía haber alquilado una furgoneta de mudanzas. No era fácil acostumbrarse a tener miles de dólares en el banco. Aún seguía esperando que alguien la detuviera por la calle y le dijera que había habido un error.

Y sin duda así había sido, pero con un poco de suerte no se darían cuenta.

El lunes por la noche estaba dolorida y agotada. Se había desplomado en la cama de Zach, pensando que podría descansar unos minutos antes de bajar a la licorería de la esquina a por una botella de matarratas. Podía beber si le apetecía. No tenía que despertarse y arrastrarse hasta el Pink Diamond al día siguiente; podía llamar a Loup, esa fracasada y peluda estrella del *rock*, y decirle que se metiera el trabajo por el culo.

Por supuesto, no haría algo así. Le informaría educadamente de que necesitaba tomarse unas vacaciones, y que esperaba que no supusiera una gran molestia. Por supuesto, podría llamarla si necesitaba cubrir a una bailarina de vez en cuando. Si lo hacía, ya buscaría alguna excusa para no ir.

A veces, los restos de su educación eran un verdadero fastidio. En la etiqueta coreana no existían los «no» a secas. Había que dejar todas las posibilidades abiertas, por ambiguas que fueran. Nunca había que dejar a nadie en una situación vergonzosa, aunque fuera un gilipollas sexista adicto a la coca.

Echó un vistazo a las veinticinco cargas de cosas esparcidas por la habitación junto a las cosas que Zach había dejado. Era un verdadero lío. Decidió cerrar los ojos unos minutos.

Cuando volvió a abrirlos, la luz del día se filtraba por la ventana abierta, una lagartija verde la perforaba desde el techo con una mirada engarzada y alguien llamaba a la puerta con cuidado pero con insistencia.

La abrió, y Phoetus se coló en cuanto pudo. Tendría unos diecisiete años y era delgado, alto y desgarbado. Algo en su postura y en sus ademanes le recordaba los carteles del Hombre Evolucionado. Phoetus se encontraba alrededor del punto medio, en el que la estructura de la cabeza y la musculatura eran más humanas que simiescas, pero en la que los brazos aún estaban demasiado bajos. El pelo rizado tenía el aspecto de que se iluminaría bastante si se lo lavara, y los ojos estaban casi ocultos detrás de unas gafas de cristal tan grueso como el culo de una botella de Coca-cola.

La miró sin expresión.

—No eres Zach.

—No, Stefan. Soy Eddy, ¿te acuerdas? Nos conocimos en el Café du Monde. — Había estado tomando café y beignets mientras Zach masticaba los pepinillos tailandeses que acababa de comprar en el mercado y los acompañaba con un vaso de leche fría. Tenían una mesa junto a la baranda y Zach saludó al chico nervioso y de piel amarillenta que se acercaba esquivando artistas callejeros y miradas de los turistas.

Cuando los presentaron, el chico la miró como si su presencia lo petrificara; luego se inclinó sobre la baranda para decirle algo a Zach (le sonó como «el agujero de los eunucos está bien abierto») y se marchó rápidamente hacia el río.

—¿Quién era ese? —había preguntado.

—Uno de los más brillantes expertos en sistemas telefónicos del planeta. También es sysop de un foro de piratería llamado «El terror reptante», y miembro de la Orden de Dag0n. Es un tipo de lo más alternativo. Y de lo más sociable, ¿a que sí?

Como era habitual cuando Zach le hablaba de sus colegas informáticos, Eddy solo entendió la mitad, pero luego miraba el teléfono con un poco más de suspicacia. ¿Quién sabía qué presencias innombrables aguardaban dentro de aquellos cables, como hinchadas arañas de plata agazapadas en una tela de fibra óptica?

Stefan estaba junto a la puerta, frotándose las manos y mirándola con un terror sudoroso. Eddy comprendió, con algo similar a la fascinación, que era posible que nunca hubiera estado a solas con una chica en una habitación. La idea era extrañamente conmovedora. Tenía que cuidarse de hacer movimientos repentinos para no espantarlo.

—Zach no está —le dijo—. Ya no vive en Nueva Orleans.

—He oído que podrían haberlo trincado.

—¿Quién lo dice?

—Oigo cosas.

De eso no tenía la menor duda.

—No lo han cogido, se escapó. Pero está bien, me ha mandado un mensaje.

El pirata parecía consternado.

—No te habrá llamado aquí, ¿no?

—No. Dejé un mensaje en el periódico, en clave. —Le enseñó la página doblada del Times-Picayune del día anterior. Una diosa en un cuenco de quingombó, ya—. Creo que esto significa que está en Carolina del Norte; puede que vaya camino de Nueva York.

Phoetus miró desdeñoso el periódico.

—¿En clave? ¡Esto parece cosa de niños!

—Y supongo que anular el número de emergencias es todo un acto de madurez —respondió Eddy con frialdad. Zach le había dicho que Phoetus presumía en los foros de que podía sobrecargar todos los sistemas de emergencia telefónica de la ciudad de quererlo.

Sin registrar el insulto (o quizá no considerara que fuera un insulto), Stefan pasó a su lado y entró en la habitación.

—¿Dónde está el teléfono?

Señaló hacia la mesa de Zach, que seguía llena de pilas de libros y papeles, pero que tenía un aspecto desamparado sin el ordenador y las cajas de disquetes. Había dejado la impresora. Eddy suponía que sin tardar mucho la empeñaría.

Stefan levantó el teléfono y revisó el auricular de plástico antes de que Eddy pudiera protestar. Después sacó una cajita negra del bolsillo y conectó unos cables que surgían de ella a algo dentro del teléfono, antes de quedarse mirándola como un búho.

—Parece que nadie más tiene pinchada la línea, aunque el gobierno podría. Pueden pinchar directamente desde la compañía si tienen una orden judicial. Asumamos que está controlada.

—¿Qué has hecho?

Levantó la caja negra.

—Se llama multitester, y lee el voltaje estándar al descolgar. Si es demasiado bajo, es probable que otro aparato esté desviando voltios de tu línea.

—Oh.

Stefan se había animado un poco, pero ahora pareció regresar a su autismo nervioso, sorbiéndose los mocos.

—Yo también tengo gente detrás, ¿sabes? Si supieran que estoy aquí...

Eddy había cerrado la puerta al entrar Stefan, pero no se había molestado en echar el cerrojo. En la calle había una puerta de hierro de seguridad que conducía al apartamento, y aunque los residentes del Barrio Francés solían cerrar todas las puertas de sus casas, el portón ofrecía una imagen de privacidad, una ilusión de seguridad.

La ilusión saltó en pedazos cuando la puerta se abrió de golpe y se estrelló contra

la pared, dejando una muesca en el yeso. Lo que parecían todos los policías del mundo entraron de golpe en su diminuto apartamento. Eddy no tenía ni idea de cuántos había en total. Lo único que veía eran armas, grandes insectos grasientos desenfundados goteando muerte, apuntándole directamente.

Se acuclilló y se cubrió la cabeza con los brazos mientras chillaba «¡NO, NO!». No pudo evitarlo. Siempre había tenido un terror instintivo a las armas de fuego; quizá en otra vida había sido una revolucionaria sentenciada a morir fusilada, o una gánster abatida en un tiroteo en la calle.

A su espalda, oyó cómo uno de los más brillantes expertos en sistemas telefónicos del planeta rompía a llorar.

El equipo de asalto estaba compuesto por quince hombres: agentes del Servicio Secreto, expertos en seguridad telefónica de la BellSouth y policías curiosos de Nueva Orleans. La mayoría perdió el impulso al ver a los dos niños acobardados. Muchas armas volvieron a sus cartucheras.

La pistola automática alemana del agente Absalom Cover no era una de ellas. La mantuvo apuntando a los sospechosos y vio cómo se encogían. Cualquiera de los dos podía ser Zachary Bosch, o la persona que se escondía detrás del nombre.

El agente Cover llevaba mucho tiempo buscando a Bosch. Otros piratas lo espoleaban sin piedad, amenazaban su tarjeta de crédito y se aprovechaban de su servicio telefónico, dejando mensajes provocadores en su correo electrónico; solo les faltaba ir a su oficina de campo en Nueva Orleans y desafiarlo. Pero Bosch era más listo que diez de esos gamberros juntos, y mucho más peligroso. No presumía mucho. No dejaba a su paso pequeñas pistas ingeniosas. Se limitaba a colarse en sistemas en los que se suponía que nadie podía entrar, robaba información, sembraba el caos y cubría sus huellas como un indio.

Por fin, un pirata informático de quince años le había dado durante un interrogatorio las claves que necesitaba para rastrearlo. Rasca la superficie de un pirata y encuentras una rata; hazle las preguntas adecuadas, maravíllate un poco ante sus asombrosas proezas tecnológicas, y lo conviertes en una rata entusiasta. Algunos de aquellos chicos eran terroríficamente listos, pero seguían siendo chicos. Y el agente Cover creía que todos los chicos eran básicamente amorales.

Consiguió su orden judicial y actuó con rapidez. Bosch no tendría tiempo para escurrírsele entre los dedos.

Pero, una vez la primera descarga de adrenalina comenzó a desaparecer, se encontró mirando dubitativo a los dos niños llorosos. No esperaba que Bosch se rindiera tan fácilmente. La mayoría de aquellos adolescentes prodigio se convertía en gelatina en cuanto veía algunas pistolas y placas, pero no era menos cierto que la mayoría no había hecho más que entrar en un sistema o dos y revisar algo de información sensible; quizá habían usado un código telefónico robado de vez en

cuando, o habían descargado algún programa que no deberían tener. La mayoría carecía del coraje o de la inclinación criminal suficiente como para llegar al nivel que Zachary Bosch había alcanzado.

Cover echó una última mirada arrobada a su Heckler & Koch y la devolvió a la sobaquera debajo de la chaqueta. Aún no había tenido que usarla en ninguna redada contra piratas. A aquellos chicos les encantaba baladronear en los foros sobre cómo morirían matando antes de ser capturados, pero el arma más peligrosa que había encontrado en su poder hasta ahora había sido la sonda dental que un chaval usaba para pinchar líneas telefónicas.

Cuando se acercó a los sospechosos, la asiática punk levantó la cabeza y lo miró con lloroso desafío, como un ciervo al que hubieran destripado con una escopeta y que observara al cazador alzarse sobre él en la nieve ensangrentada. Tenía mierda suficiente colgando de las orejas como para disparar un detector de metales, y llevaba el pelo como si se lo hubiera cortado a oscuras con un cortacésped. Cover siempre se preguntaba qué les habrían hecho a aquellos chicos en su niñez para que quisieran tener ese aspecto. Una vez había enchironado a un pirata con una cresta azul y escorpiones tatuados en los lados afeitados del cráneo. ¡Escorpiones!

El chico alto y de aspecto enfermizo salió disparado hacia el baño, con dos de los policías detrás. Cover oyó cómo se levantaba la tapa del inodoro, y el sonido espeso y líquido del vómito.

—¡Ey! —Uno de los policías sacó la cabeza, con una expresión de desmayo en su cara resplandeciente—. Acaba de tirar la cartera y las llaves al retrete.

—Sacadlas.

—Pero si están en un charco de pota...

—Que las saquéis —repitió Cover. La chica lo contemplaba con una mezcla de terror y desprecio. El subidón de la entrada lo había abandonado y de repente se sentía agotado. Desde el baño oyó: «muy bien, macarrilla, saca eso de ahí», seguido por otra ronda de vómitos.

El Servicio Secreto de los Estados Unidos estaba encargado de toda clase de importantes deberes y misiones, a cualquiera de las cuales Ab Cover podría haber sido asignado tras su graduación en el Centro de Entrenamiento de Agencias Federales de Seguridad en Glynco, Georgia. Podía estar protegiendo al presidente de tipos raros, comunistas y asesinos. Podía estar encargado del recaudo de metales preciosos en las cámaras del Tesoro, o librar la guerra contra la falsificación de la moneda estadounidense.

Sin embargo, era parte de la campaña contra el delito informático que había comenzado con la Operación Sundevil en 1990. Sundevil, con base en Arizona, había apuntado contra el uso ilegal de números de tarjetas de crédito y códigos telefónicos. En todo el país se habían requisado más de cuarenta ordenadores y veintitrés mil disquetes en propiedad de ciudadanos privados. Desde entonces, el Servicio Secreto le había cogido el gusto a esos anarquistas resbaladizos a los que les encantaba

escondese tras sus teclados, en oscuras guaridas de iniquidad; cuando por fin los sacaba a la luz del sol, tenía que reconocer que se sentía recompensado.

Así que, en vez de proteger al presidente, Cover detenía a geniecillos inadaptados y de aspecto ridículo que, a menudo, no tenían edad para ir a la cárcel por delitos que nueve décimas partes de la población americana no comprendía.

En Washington le aseguraban que era un honor. En cualquier caso, se trataba de un modo de ganarse la vida. Pero a veces se preguntaba si era un modo adecuado.

Eddy aferraba su copia de la orden de registro y observaba cómo los policías revisaban todo el apartamento. Ahora que las armas habían desaparecido (aunque seguía siendo totalmente consciente de esas cosas asquerosas que abultaban bajo las chaquetas o que colgaban descuidadas de cartucheras mal aseguradas, como si pudieran caerse en cualquier momento y dispararse), pudo ver a los hombres que había tras ellas.

Los zánganos del Servicio Secreto eran de espaldas anchas y bien vestidos, con el pelo muy corto para mostrar sus expresiones salvajes, las claras mandíbulas cuadradas, los ojos duros y resplandecientes. Todos parecían vestir zapatos de cuero caros con borlas, y apenas se sorprendió al comprobar que varios de ellos llevaban incluso gafas de espejo. Asumía que los tipos de las chaquetas más baratas y los mocasines lisos eran agentes de los escalones inferiores, aunque en realidad se trataba de los de la compañía telefónica.

Y, por supuesto, reconoció a los policías de Nueva Orleans. Había tenido una larga y amarga relación con ellos, desde su arresto por fumarse un porro de marihuana a los dieciséis (Zach había borrado hacía tiempo aquellos antecedentes) hasta los torpes intentos de pescarla con engaños en el Pink Diamond («¿Cuánto por enseñarme un poco más?», le decían, tocándose la entrepierna de sus vulgares pantalones de calle).

Después de que el agente al mando examinara su carné de conducir y comprendiera que no quedaba más equipo informático en el apartamento que la impresora, pareció ver a Eddy como poco más que una amenaza menor. Aún podía ver cómo la cara mezquina y atractiva del hombre miraba en su dirección de vez en cuando mientras ladraba sus órdenes, pero más o menos se habían olvidado de ella. La impresora no tardó en desaparecer por la puerta en brazos de otro agente del Servicio Secreto, impecablemente vestido y de una eficiencia inquietante.

—Zach se mudó hace meses —dijo—. Creo que ha dejado el país.

Nadie le prestaba atención. Un hombre trajeado sacaba una fotografía tras otra a la mesa, a las estanterías, a las pilas de papeles. Otros dos ordenaban y empaquetaban rápidamente documentos impresos, fanzines mal editados, casetes y CD. Con un encogimiento del corazón vio cómo la página doblada del Times-Picayune acababa en una de las cajas, junto con un ejemplar de la novela de ciencia-ficción

Neuromante. Era uno de los libros favoritos de Zach. El personaje protagonista enchufaba su ordenador directamente a una entrada en su cerebro para entrar en la matriz, donde robaba información de inmensas corporaciones sin rostro. Para Zach, el mundo lleno de costuras de William Gibson hubiera sido el paraíso de sus sueños más exagerados. Para aquellos tipos, no era más que otra prueba de sedición.

Desenchufaron el teléfono y el contestador y también se los llevaron. Arrestaron al pobre Stefan; Eddy vio cómo lo sacaban a rastras por la puerta entre dos armarios, con el vómito aún manchándole el mentón. Se preguntó por qué se lo llevaban. Por tratar de destruir pruebas, probablemente, al tirar su identificación al retrete. A Eddy le había parecido un truco bastante bueno. Era una pena que no hubiera logrado tirar de la cadena para enviarlos a buscar a las alcantarillas.

La poli de Nueva Orleans, acosando a pobres adolescentes aficionados a la informática mientras las viejecitas visitaban las tumbas de sus maridos, arriesgándose a ser robadas o violadas en el cementerio. Verdaderos héroes. Y robada y violada era como se sentía en ese momento, viendo cómo esos robots entraban a la fuerza en su hogar y revisaban todas sus pertenencias, sin dejarle decir una sola palabra al respecto.

Decidió que, en cuanto la pesadilla terminara, iría al banco a retirar parte de los diez mil dólares. Todo no, eso parecería sospechoso, pero sí lo suficiente en caso de... ¿de qué? ¿En caso de que necesitara desaparecer a la carrera?

Maldita sea, pensó. Ni siquiera he violado la ley y ya estoy tan paranoica como Zach. ¿Es éste modo de vivir? ¿Compensa esta sensación en el estómago, la necesidad constante de mirar por encima del hombro? Suponía que a Zach sí le compensaba; él era adicto a la emoción, al riesgo. Pero, para ella, una situación así no podía durar demasiado.

No sabía si debía acercarse siquiera a ese dinero, y deseó haberle preguntado a Stefan si era seguro. Pero Eddy pensó que se sentiría más cómoda con unos cuantos fajos de dinero en efectivo escondidos en su colchón que con unos fondos ilegítimos acechando en una parte electrónicamente accesible de su vida. Ojalá no hubiera visto un ordenador en su vida.

En ese momento, si fuera totalmente honesta, deseaba no haber conocido a Zach. Era el mejor amigo que había tenido nunca, era generoso y brillante, le había enseñado toda clase de cosas exóticas que ella nunca hubiera conocido por su cuenta. Pero también era confusión, y problemas, y congoja.

Y, por encima de todo, lo echaba tanto de menos que creía morir.

Capítulo trece

Trevor se encontraba en una pequeña habitación cuadrada con un techo alto perdido en las sombras del amanecer, una habitación cuyas paredes estaban pintadas de un gris sucio para concordar con la ciudad que había más allá. Oyó la lluvia golpear contra los cristales sueltos de la ventana. Pronto llegaría el sonido de las puertas abriéndose, los pasos de los muchachos por el pasillo, sus voces en la calma de la primera hora de la mañana, y sería hora de levantarse, de desayunar, de ir a las clases, de hacer lo mismo que los demás días.

A menudo soñaba que estaba de nuevo en el Hogar para Jóvenes, que había recibido la penitencia de repetir aquellos años una y otra vez hasta que hiciera bien las cosas..., fuera lo que fuera «bien».

Abrió los ojos y se encontró mirando una nuca extremadamente cercana. El pelo oscuro del cuello había sido afeitado recientemente y se levantaba en un vello finísimo. La piel era blanca y traslúcida, casi carente de poros. El cuello se curvaba hasta terminar en un hombro huesudo. Vio su propia mano descansando en ese hombro, rodeando el nudo marcado de la apófisis. El resto del cuerpo estaba acunado acogedoramente en la curva que formaba el suyo propio.

Le asombraba que la sensación de otra persona en la cama con él (la lenta cadencia de la respiración, la vibración del corazón curioso) no lo hubiera tenido despierto toda la noche. Estaba acostumbrado a dormir en camas extrañas, pero siempre solo. ¿Qué pasaba cuando te despertabas en la cama con alguien? ¿Qué se suponía que tenías que hacer?

El hombro se movió bajo su mano y Trevor sintió cómo los músculos se movían líquidos, cómo los huesos giraban en sus cazoletas, la suave textura de la piel bajo su palma. Sintió la columna vertebral arquearse y temblar contra su pecho. Comprendió que nunca había pensado en la mucha anatomía que podía aprenderse tocando a alguien.

Entonces Zach giró y lo miró con esos ojos verde oscuros con forma de almendra, esos ojos que tenían la sombra exacta de un lápiz que una vez Trevor había usado hasta consumirlo por completo. Era el lápiz que usaba para colorear las aguas profundas y las sombras extrañas, y que tenía el único nombre de «Jade».

Zach lo miró y sonrió sin decir nada. Aun ayer, aun antes de la lluvia había parecido que Zach veía demasiado de él, que quizá medio escuchara sus pensamientos. No me importa estar en la cama contigo, pensó Trevor, sin querer en realidad que el otro lo oyera, pero esperando perversamente que así fuera. No me importa estar tan cerca de ti. No me importa pero nada.

Como un pulsar oscuro desde las profundidades de su subconsciente, llegó un nuevo pensamiento siguiendo al anterior: Sí, es posible aprender anatomía tocando a

alguien. Pero Bobby llevó ese método a sus peores extremos, ¿no?

Y fue entonces cuando notó los diminutos trozos de papel diseminados por la manta, sobre la almohada, entre la masa de pelo oscuro de Zach.

Estiró el brazo y cogió un trozo. Zach giró la cabeza para mirar y su mejilla apenas rozó el dorso de la mano de Trevor. Este sostuvo el trozo de papel cerca de los ojos, tratando de ver con tan poca luz. Era un trozo diminuto de un centímetro cuadrado aproximadamente, pero la textura pesada resultaba terriblemente familiar. Revisó algunos trozos más. Marcas de lápiz, en su mayoría líneas y sombras imposibles de identificar. Pero aquí y allí habían sobrevivido algunos detalles. Una palabra rotulada con prisas. Un par de labios sellados alrededor de la boquilla de un saxofón soprano. Un ojo oscuro cubierto de sangre.

Zach se apoyó sobre un codo y se quitó los papeles del pelo.

—¿Qué es esto?

Pero Trevor ya se había levantado, había salido de la habitación, había corrido por el pasillo y había entrado en el estudio dando un portazo. Había dejado su cuaderno cuidadosamente centrado sobre el tablero de dibujo. Ahora estaba abierto en un ángulo extraño sobre el suelo. La espiral estaba deformada por la fuerza que había arrancado las cinco páginas de su historia. Aquella visión le provocó una sensación enfermiza en el estómago.

Cogió el cuaderno. Lo sentía sucio, como si las páginas tuvieran una leve capa de gelatina. Trevor suponía que así podía ser. Lo sostuvo con los dedos pulgar y corazón de la mano izquierda y se obligó a caminar lentamente hacia el pasillo, en vez de arrojarlo contra una pared, darse de cabezazos contra el marco de la puerta o simplemente tirarse al suelo y llorar.

Las manos de Zach estaban llenas de trozos de papel. Trataba de examinarlos a la luz acuosa procedente de la ventana. Trevor sostuvo en alto su cuaderno. Cuando el otro comprendió de qué se trataba una expresión compungida se apoderó de su rostro.

—No será la historia de Bird...

Así que ese pequeño fisgón la había leído. Trevor no lograba que le importara demasiado en ese momento.

—Sí, es lo que tienes en las manos.

Zach las abrió y dejó que los fragmentos aletearan hasta el suelo. Se frotó las palmas para deshacerse de los papelititos que se habían quedado pegados antes de empezar a limpiarse con la almohada y la manta.

—¿Has...? ¿Has...?

Podía leer la pregunta en la expresión de Zach. Quería saber si había sido él quien había hecho trizas la historia. Aquella comprensión ni siquiera lo hizo enfadarse; suponía que era una duda bastante razonable.

—Estuve toda la noche contigo en la cama —dijo—. Ya lo sabes. Yo podría hacerte la misma pregunta.

—Pero yo no...

—Ya sé que no has sido tú.

—¿Qué vas a hacer?

—Supongo que dibujarla otra vez.

Zach comenzó a hablar, pero se detuvo. Al fin, no pareció capaz de contenerse.

—Pero... Pero... Trevor...

—¿Qué?

—¿No estás enfadado?

—¿Por qué? ¿Por que leyeras mi historia?

—No —dijo Zach con impaciencia—. Lo siento, pero... no. Quiero decir, ¿no te cabrea que ya no esté?

Trevor se sentó en el borde del colchón. Miró a Zach, que se inclinaba hacia delante con las manos cerradas en puños contra el pecho desnudo, los músculos tensos, los ojos muy abiertos y encendidos.

—Es evidente que a ti sí.

—¿Es que a ti no? ¡Ha destruido tu trabajo y te lo ha tirado a la cara! ¿Cómo puede no molestarte?

Trevor inspiró profundamente.

—En esta casa hay algo. Creo que puede ser mi familia.

—Sí, yo también lo creo. ¿Y sabes qué haría de ser tú? Diría «y qué» y saldría de aquí cagando hostias. Si puede hacer trizas tus dibujos, puede hacerte daño.

—Me da igual.

Zach se preparó para contestar, pero no pudo encontrar nada que decir y mantuvo la boca cerrada.

—Para empezar, de no haber estado aquí no hubiera dibujado esa historia. Me la dio Birdland. ¿Qué puedo decir si Birdland quiere recuperarla?

—¿Qué tal «pamplinas»?

Zach se deslizó sobre el colchón y tomó la cabeza de Trevor con ambas manos, apretando levemente las sienes.

—Este es tu Birdland. Y éstas. —Bajó las manos, dejó a un lado el cuaderno mutilado y apretó las de Trevor—. Si volviste aquí buscando algo, al menos admite de qué se trata. No pienses que necesitas este lugar para tu arte, porque no es así. Eso sería un suicidio.

—Igual quiero suicidarme.

—¿Por qué?

Trevor apartó las manos.

—¿Por qué no lo dejas?

—¿Porque lo hizo tu padre? ¿Por eso piensas que es tan romántico? Porque si es así...

—¿Por qué no cierras la puta boca y te metes en tus putos...?

—... quizá debieras pensar en esto: ¡SIMPLEMENTE PERDIÓ EL MALDITO SENTIDO DEL HUMOR!

Zach buscó el hombro de Trevor, puede que solo para sacudirlo remarcando su idea, pero Trevor no quería que lo hiciera. Levantó el brazo derecho para escudarse y Zach cometió el error de intentar bajárselo. Trevor vio cómo su mano izquierda se cerraba en un puño, cómo el brazo se armaba y se convertía en un martillo disparado hacia la boca de Zach, que seguía hablando. Sintió cómo la piel se partía cálida bajo sus nudillos, cómo su mano se manchaba de saliva y sangre. Le dolía el punto en que había impactado contra la dureza de los dientes y las encías. Pero no era su mano de dibujar.

La cabeza de Zach chocó contra la pared y cayó sobre el colchón, aturdido. Sobre su boca ensangrentada, los ojos eran de un verde más vívido que nunca, abiertos, conmocionados, asustados. Aquellos ojos suplicaban clemencia. Era maravilloso comprobar esa emoción en la mirada de otro. Podías concederla si lo deseabas. Pero también tenías el poder de rehusar.

Volvió a echar el brazo hacia atrás para repetir. Su otra mano se enroscó alrededor de la muñeca de Zach y sintió los pequeños huesos molerse deliciosamente bajo sus dedos. Contempló sus ojos. Ese mismo aspecto habían tenido los de los demás antes de morir. Así era estar al otro lado del martillo.

Sabes que tiene razón.

Se detuvo.

Si Bobby no podía soportar vivir sin su arte, bueno. El suicidio siempre es una opción. Pero no era necesario que los matara. No tenías por qué pasar el resto de tu vida solo. Mamá se hubiera podido ocupar de ti y de Didi. ¿Acaso no es cierto que perdió el sentido del humor?

Ya había tenido antes ideas así, normalmente a altas horas de la noche, en una cama cutre en una ciudad desconocida. Ahora volvían a aparecer desatadas, y le hacían comprender lo que había estado a punto de hacer. No solo estaba preparado para pegar a Zach, sino que pensaba pegarle una y otra vez, todas las necesarias hasta... ¿hasta hacerlo callar? ¿Hasta matarlo? No lo sabía.

Se alejó de él, cayó rodando del colchón y se quedó tumbado en el suelo, sobre el polvo y las ruinas de su historia. Parte de él esperaba que ahora Zach se acercara a él y le abriera la cabeza. Se quedaría quieto y le dejaría hacer.

Pero otra parte esperaba que Zach se mantuviera alejado, porque la blandura de sus labios partiéndose bajo su mano había sido tan, tan agradable...

Zach apretó el talón de las manos contra sus ojos y deseó desaparecer dentro del colchón. Estaba seguro de que el puño de Trevor impactaría en su cara en cualquier momento, y solo esperaba que el golpe lo dejara sin sentido antes de que llegara el siguiente. Sabía que debía defenderse. No sabía dar un puñetazo, pero podía usar los pies.

Pero responder era lo único que no podía hacer. Tenía un terror estoico al dolor

físico nacido de la dura experiencia: te tragabas lo que no podías evitar, pero no pedías más. Zach había aprendido hacía mucho que, si respondías, te hacían todavía más daño.

Cuando el golpe no llegó se arriesgó a mirar, aunque tenía el temor particular de que le dieran tan fuerte en el ojo que se le saliera de la cuenca. Pero Trevor no volvió a pegarle. Estaba en medio de la habitación, tirado en el suelo con los brazos alrededor de la cabeza.

Zach tragó sangre y sintió cómo unas lágrimas inevitables se derramaban por sus ojos, escociéndole los labios heridos. La sangre le goteaba por la barbilla y formaba capullos rojos sobre el colchón desnudo, descendía sobre su pecho y trazaba un arco escarlata en sus costillas. Sintió cómo se acumulaba en su ombligo y goteaba en su entrepierna. Se llevó los dedos a la boca y los sacó casi púrpuras. Volvió a mirar a Trevor, aún enroscado y desdichado en el suelo.

¿Por qué molestarse? Siempre he tenido razón: en cuanto te haces vulnerable ante alguien, llega la llamada de la sangre.

Sí, pero si apareciera un vampiro de verdad, no tardarías un segundo en enseñarle el cuello.

Casi se rió entre las lágrimas. Era verdad; siempre estaba dispuesto a asumir los riesgos deslumbrantes, siempre estaba presto a enfrentarse a la muerte inminente, siempre que pudiera evadirla en el último segundo. Pero el riesgo más lento y a la larga más peligroso, de involucrarse con alguien en la vida, de abrirle el alma a otro... era excesivo.

Sintió una oleada de desprecio por sí mismo. Toda su vida se había regido por las filosofías siamesas de «haz lo que te dé la gana» y «que te jodan, Jack, yo ya tengo lo que quería». Más allá de toda su osadía digital era un cobarde, incapaz de pelear o de amar. No era extraño que hubiera sido tan buen saco de golpes.

Trevor podría estar loco, probablemente lo estuviera, pero al menos buscaba la fuente de su locura en vez de escapar de ella.

Trevor levantó la cabeza. Su rostro también estaba empapado de lágrimas. Vio a Zach mirándolo, vio la sangre, y su expresión de calma inquieta se derrumbó en aflicción.

—Puedes irte si quieres. No... no te haré daño.

—No quiero irme.

Trevor trató de hablar, pero no lograba que su garganta comenzara. Volvió a esconder la cara entre las manos.

—¿Trevor?

—Q... —Se tragó un sollozo—. Qué.

—¿Por qué no vuelves a la cama conmigo?

Sorprendido, inseguro de lo que había oído, Trevor levantó la mirada. Vio el rostro de Zach, asustado pero no enfadado. Aun con la sangre goteando de su mentón, Zach lo quería allí. No podía imaginar el porqué. Solo sabía que no quería estar allí

solo, en el suelo polvoriento de su cuarto infantil, con sus dibujos descoloridos observándolo desde las paredes.

Se arrastró sobre los tableros ásperos, sobre la corriente de trozos de papel y polvo, hacia el colchón. Cuando estaba a mitad de camino, Zach extendió la mano y Trevor gateó hacia ella.

Zach tomó la mano extendida y atrajo a Trevor al colchón, hacia sus brazos. Le apoyó la cabeza sobre el hombro y le enterró la cara en el pelo. A Trevor el cuerpo de Zach le parecía un reflejo del suyo. Los huesos parecían encajar con los suyos como átomos en la estructura de una molécula. Creía poder sentir sus mismas almas, sus corazones fundidos de dolor, florecer juntos como metales al rojo blanco.

¿Cómo puedo saberlo? ¿Es esto estar enamorado? Y si es así, ¿cómo demonios SOBREVIVE nadie a ello?

Reparó en que estaba sollozando, al igual que Zach, en que sus caras, sus gargantas, sus vértebras estaban empapadas por las lágrimas del otro, en que su propia piel estaba manchada por la sangre de Zach, cuyos brazos estaban fuertemente enroscados alrededor de su pecho, el mentón afilado enterrado en su hombro. Giró la cabeza levemente y su boca encontró la mandíbula de Zach, aún ensangrentada.

Sin pensarlo, pasó los labios sobre la sangre y lamió parte de ella. Entonces la boca de Zach se movió para encontrarse con la suya, y Trevor supuso que aquella sensación cálida y extraña era un beso. Saboreó sal, cobre y el sabor ahumado de la boca de Zach, cuyos labios partidos se apoyaban muy suavemente en los suyos; sin duda le dolían. Mientras se besaban con más intensidad, Trevor sintió cómo las heridas se reabrían, cómo la sangre de Zach fluía sobre su lengua. La chupó y la tragó. Él la había derramado, así que tenía que encargarse de ella. Además, sabía tan dulce, tan colmada de las energías gemelas de la vida y la muerte...

Las manos de Zach trazaron leves patrones sobre su pecho, haciendo que se le pusiera la piel de gallina. Trevor llevó la boca a su oreja y olió la lluvia del día anterior en su pelo.

—¿Qué estás haciendo? —susurró.

Zach posó los labios contra su garganta y los dejó allí un momento antes de responder.

—¿Te molesta?

—No, creo que no. Solo... es que no sé...

—¿No sabes qué?

—Nada.

Zach alzó la mirada y se encontró con los ojos de Trevor.

—¿Quieres decir que nunca...?

Trevor guardó silencio. Los ojos de Zach se abrieron mucho más y empezó a hablar, pero al parecer el asombro le había robado la voz. Por fin dijo:

—¿Y qué has hecho?

—Nada.

—¿Masturbación?

—No mucho.

Zach negó lentamente con la cabeza, maravillado.

—Si yo no hiciera «algo» me moriría en menos de una semana. Me encontrarían esparcido por las paredes.

Trevor se encogió de hombros.

—Bueno... —Zach bajó la cabeza, de modo que sus cabellos más largos cayeron hacia delante hasta rozar el pecho de Trevor. La mayor parte de su rostro quedaba oculta, pero Trevor vio el rubor cubriendo una de las mejillas pálidas.

—Yo podría enseñarte. Si quieres.

—¿Zach? —Levantó la cabeza. Sus ojos estaban llenos de duda y deseo. Las pupilas eran enormes, verdes hasta la locura—. Ni siquiera sé cómo decir que sí.

Sus manos se encontraron y se entrelazaron. Zach le apretó los dedos, se los llevó a los labios y los besó. Su lengua se deslizó sobre el pulgar de Trevor, suave como el terciopelo. Trevor sintió cómo algo se desenroscaba en su interior, un calor extraño que trazumaba como el licor a través de sus entrañas. Solo que no embotaba sus sentidos, sino que los agudizaba; era consciente de cada centímetro de su piel, de cada pelo de su cuerpo, de cada poro y de cada célula. Todos ellos se esforzaban por llegar a Zach, ansiosos de él.

Entonces volvieron a besarse, al principio con cuidado, aprendiendo la forma y la textura de los labios del otro, probando lo afilado de los dientes que ocultaban. Trevor sintió cómo las manos de Zach se deslizaban por su espalda abajo y se colaban bajo la cintura de sus pantalones de deporte, cogiendo sus glúteos y apretándolos, bajando hasta la sensible unión con los muslos y acariciando con cuidado el vello de esa zona. Tenía una erección por primera vez desde ya no se acordaba cuándo, y casi se había olvidado de la sensación. Sin duda, era mucho más placentero al tenerla apretada contra la cadera de otro.

¡Va demasiado rápido!, dijo una voz aterrada dentro de su cabeza. ¡Y es demasiado peligroso! ¡Te beberá los jugos, saboreará tu cerebro, te abrirá el alma como si fuera un huevo!

Pues a la mierda, quiero que haga todo eso.

El pensamiento lo liberó, le dio abandono. Lamió la lengua de Zach y la atrajo hasta las profundidades de su boca. Uno se acostumbraba hasta tal punto a la textura y la masa de la propia lengua que no solía reparar en ella, acunada en el espacio de la mandíbula inferior, presionando contra los dientes. Tener otra allí era al principio de lo más raro, como intentar tragarse un pequeño animal resbaladizo, una pequeña anguila o quizá una ostra energética.

Sus manos recorrieron los planos y valles del cuerpo del otro. Ahora los dedos astutos de Zach tanteaban los pezones de Trevor, pulsando terminaciones nerviosas desconocidas, telarañas de sensaciones que parecían irradiar desde su cuerpo y ascender por su columna vertebral hasta el cerebro, bajando después a través del pozo

de su estómago hasta el pene dolorido. Qué más daba cuándo había estado empalmado por última vez; no recordaba haber tenido jamás una erección así.

Entonces la mano de Zach se deslizó hacia abajo para cogérsela a través de la tela suave, y sus labios cubrieron de besos un sendero desde el mentón hasta el pezón izquierdo, pasando por la curva de la garganta y la cavidad de la clavícula. Trevor sintió cómo su calor aumentaba y su mente comenzaba a disolverse en placer. Tragó saliva.

—¡No!

La boca de Zach se detuvo pero no se retiró. Su mano se movió a la protuberancia de la cadera y la apretó suavemente.

—¿Por qué?

Trevor contuvo el aliento, buscando una respuesta.

—Duele —dijo al fin, aunque no era precisamente lo que quería expresar.

—¿Te refieres a que parece demasiado bueno?

Motas plateadas se arremolinaron en el aire sobre su rostro; su visión comenzaba a ahogarse en una filigrana rojiza. Trevor cerró los ojos y asintió.

—A veces tienes que dejarte llevar, pero podemos frenar. Me pasaré el día besándote si es lo que quieres. —Bajó su cara hasta la de Trevor y rozó levemente sus labios con los propios. Trevor sintió de nuevo cómo las lágrimas amenazaban con desatarse ante la ternura de aquel muchacho.

¿Quieres hacer esto?, pensó. Por fin eres capaz de volver aquí, de regresar a casa. No has tenido ese maldito sueño en dos días. Estás a punto de encontrar lo que sea que te estás aquí esperando. ¿Quieres sumar todo esto a la ecuación?

Pero estaba cansado de escuchar a las voces de su cabeza, de vivir desarraigado en habitaciones vacías. Había otras cosas que escuchar. El aliento y el latido de Zach, el susurro de sus manos contra su propia barba incipiente, el sonido líquido de sus bocas al juntarse. Zach estaba casi encima de él, abrazándolo sin fuerza, besándolo con languidez. Era imposible pensar otra cosa que en sabores y texturas.

Se besaron ensoñadoramente, después con curiosidad, más tarde con más urgencia. Entonces Zach comenzó a acariciar de nuevo su cuello y su pecho, pero esta vez Trevor no sintió miedo. Arqueó la espalda y enredó sus dedos en el pelo espeso y suave de Zach. Los dedos de este volvieron de nuevo a los pantalones de deporte, encontraron el cordón que los sujetaba y lo desataron con habilidad. Sus labios bajaron hasta la concavidad del estómago de Trevor y se detuvieron justo encima del pantalón. Trevor creía que su pene no tardaría en explotar. Imaginó resplandecientes glóbulos de semen goteando desde el techo, cayendo sobre el pelo de Zach como diamantes sobre el terciopelo negro azulado.

Zach alzó la mirada hacia Trevor y, de repente, su expresión seria, casi asustada, se rompió en una amplia sonrisa resplandeciente.

—Esto es tan increíble que no te lo vas a creer —dijo.

Le bajó el pantalón y besó la punta del pene de Trevor, antes de meterse toda la

masa caliente y palpitante en la boca. Tenía razón. De repente desapareció la casa, desapareció la habitación infantil, desapareció el colchón sucio bajo su espalda. Solo quedaban aquel momento y aquel chico, solo la saliva suave y las puntas de los dedos y la lengua, solo el profundo túnel de seda de la garganta de Zach rodeándolo. No había modo de compararlo con nada más.

Sintió una corriente de pura energía blanca recorriendo su columna, enviando relámpagos gemelos a sus testículos y a su cerebro, inundando de luz cada una de sus células. El cuero cabelludo y las palmas de las manos le hormigueaban sin control. Sintió cómo se le abrían los poros y se llenaban de sudor, se oyó gemir, y oyó el gemido apagado de Zach invitándolo.

¿De verdad quiere que me corra dentro de su boca?, se preguntó. ¿Puedo hacerlo? ¿Puedo...? ¡OHDIOSMÍO!

El pensamiento volvió a abandonarlo. Se sentía como un hombre hecho de electricidad estática, compuesto por un millón de puntos plateados siseantes y parpadeantes. Entonces la descarga de energía lo inundó por completo y lo dejó limpio y vacío. Un año de dolor pareció abandonar su cuerpo mientras eyaculaba, fluyendo desde sus testículos, filtrándose por sus ojos, expelido por sus pulmones en bocanadas cortas y ásperas.

Durante varios minutos Zach siguió donde estaba, con la boca y las manos trabajando suavemente. Entonces retrepó y descansó la cabeza en la almohada, junto a la de Trevor. Sus labios estaban hinchados, manchados de sangre fresca y trazas lechosas de semen. La pátina de sudor de su rostro volvía su piel pálida casi opalescente.

Zach tomó un puñado de cabello de Trevor y lo posó sobre sus caras. El efecto era como estar dentro de una tienda de campaña, o de un capullo tostado. Las frentes y las puntas de la nariz se tocaron. Trevor podía saborear su propio semen en la boca de Zach cuando se besaron, un sabor fresco, levemente amargo y orgánico. ¿Así sabría también el de Zach? Descubrió que quería probarlo.

Lo atrajo hacia sí y rodó hasta situarse encima. La sensación del cuerpo de Zach bajo el suyo era excitante; aquella compleja y deliciosa masa de sangre, huesos, pensamientos, nervios y músculos estaba cautiva en sus brazos, y lo estaba de forma voluntaria, gozosa. Apoyó la cabeza en el pecho de Zach, cuya piel se tensaba sobre el esternón y las costillas como si fuera un parche de tambor blanquecino, sin vello o mácula alguna. Dejó que los meros bordes de sus dientes rozaran el pezón rosado.

—Aaah... —Zach se estiró como un gato—. Mmmmh... Sigue haciendo eso un poco más.

—¿Puedo morderte?

—Joder, claro.

Sus dientes se cerraron sobre el saliente indefenso. Lo lamió, lo apretó con más fuerza hasta que Zach gruñó. Lo trabajó, lo masticó. Seguro que Zach le gritaría que parara si le hacía daño, pero solo se agitó bajo él y emitió gemidos de dolor y

apreciación. Si lo que quería era unos pezones doloridos, él estaría encantado de proporcionárselos. Eran flexibles y tiernos entre sus dientes, y sabían al sudor salado y al leve aroma especiado de la piel de Zach.

—Arrr... ah... —Zach buscó los dedos de Trevor—. Ponme la mano en la polla. Por favor.

¿Su «polla»? El término sacudió a Trevor por un instante, le recordó al Hogar para Jóvenes, a risitas y susurros en la clase de higiene, a pintadas garabateadas en las paredes de los baños. Sonaba a palabra de R. Crumb, pensó irreverente, aunque Crumb dibujaba penes mucho más a menudo de lo que los mencionaba, llenos de desagradables pelos, venas abultadas y gotas de semen. Comprendió que volvía a estar aterrorizado, pero ahora era como estar en una montaña rusa que acabara de perder el control. No podías parar, de modo que no te quedaba otra que sujetarte bien e inclinarte a favor de las curvas.

Zach le había cogido la mano y la movía hacia abajo, dejando escapar un extraño gruñido de urgencia. Solo llevaba unos pequeños calzoncillos negros hechos de algún tejido suave. Sus dedos se deslizaron sobre la tela y la mano se cerró alrededor de la cálida forma palpitante que escondían. Frotó su cara contra las costillas de Zach, contra su estómago, presionó los labios contra el paño sedoso. Oyó la respiración entrecortada de Zach.

Asió el elástico de los calzoncillos con los pulgares y tiró, y Zach logró deshacerse de ellos sin dejar de sujetar el pelo de Trevor. El pene (Trevor era incapaz de pensar en aquello como su polla) se irguió hasta rozarle suavemente los labios. Lo cogió con las manos y sintió el corazón de Zach latiendo en sus palmas. La piel era lisa, ligeramente desgranada bajo la superficie. El glande era suave como el satén, como los pétalos de rosa. Lo rozó con el pulgar, lo apretó suavemente, oyó cómo Zach inspiraba entre dientes y gemía al expeler el aire. Podía ver la sangre recorrer el tejido bajo la piel traslúcida, un tono rosado oscuro y profundo delicadamente púrpura en los bordes, coronado por una sola perla de semen. Aquello era tan íntimo, tan crudo como sostener en las manos el corazón de otro.

El cuerpo de Zach se movió, y sus piernas lo rodearon. Por el rabillo del ojo vio cómo arqueaba la espalda sobre el colchón, cómo frotaba sus propios y espesos mechones de pelo sobre su vientre y su pecho.

Le llegó de repente: aquello también era poder, como lo era aplastarle la cara a alguien de un puñetazo, como atravesar un cráneo con un martillo. El poder de enloquecer a otro con el placer en vez de con el miedo y el dolor, de tener en tu poder todas y cada una de las células del otro.

Y, de aquel modo, el otro seguía vivo cuando todo había acabado.

—Chúpame la polla, por favor.

—Yo... —Trevor buscaba las palabras adecuadas—. Me encantaría —susurró al fin, y deslizó las manos bajo el culo de Zach, metiéndose después cuidadosamente el pene en la boca. Pareció encajar contra su lengua y las paredes de su garganta como

si hubiera sido hecho a medida. Deslizó una mano entre las piernas de Zach, cogió los testículos y sintió cómo se tensaban, notó la piel temblar, hervir. Zach giraba la cabeza y gemía, tratando de no acometer demasiado fuerte. Trevor se apoyó en sus caderas y metió el pene más profundo, deseando que los músculos de su garganta se abrieran, se licuaran. Casi sintió arcadas, pero reprimió el impulso. Quería aquello, quería aquel sabor, aquella oportunidad.

¿Oportunidad?, pensó. ¿A qué me refiero con oportunidad? Pero antes de tener tiempo de pensar en ello, Zach gritó «¡OOOOH, TREV!» y le tiró con tanta fuerza del pelo que parecía que le fuera a arrancar la cabellera. Todo su cuerpo estremecido se lanzó hacia delante y pareció verter su energía en Trevor, que sintió cómo derramaba calor sobre su lengua y directamente en su garganta, cómo la energía pasaba de las puntas de los dedos de Zach hacia sus sienes y directamente a su cerebro, emanando incluso desde el plexo solar de Zach en oleadas constantes. Su cuerpo era como una especie de enorme batería nerviosa.

Trevor siguió chupando hasta que el pene de Zach quedó flácido y resbaladizo en su boca, hasta que sus labios quedaron enterrados en la masa rizada y brillante de pelo que contrastaba tan negro contra los muslos de Zach. El sabor de la boca de Trevor era muy parecido al suyo, pero con notas diferentes: ligeramente herbal, picante. Se preguntó si su propio semen envenenaría el torrente sanguíneo de Zach con cafeína.

Pero el cuerpo del muchacho comenzaba a relajarse contra el suyo, lo rodeaba. Trevor se tumbó de modo que pudiera acomodarse contra él. Sus dedos trazaban patrones en el sudor que resbalaba por la columna de Zach. Le besó los párpados y las leves manchas oscuras bajo los ojos, saboreando la tierna textura de la piel contra los labios, el roce plúmbeo de las pestañas, los pequeños movimientos secretos de los ojos. Besó los elegantes arcos superciliares, la pendiente de la nariz estrecha y elegante. Entonces sus bocas volvieron a unirse en un beso largo, exuberante, saciado. Parecía que aun con los labios heridos Zach no podía dejar de besarlo. Trevor nunca había sabido que fuera posible sentirse tan unido a alguien, nunca hubiera soñado con desearlo siquiera.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó Zach después de un rato.

—Creo que vale más o menos por un millón de dibujos. —Trevor sintió una punzada de culpabilidad al decir esto. Pero si la historia de Bird no hubiera sido destruida, aquello no hubiera sucedido. Sabía que su mano, su cerebro, guardaban muchos más relatos. Zach tenía razón: no necesitaba que la casa se los entregara.

Zach negó con la cabeza.

—Si fue lo bastante gilipollas como para hacer trizas tu historia, quizá lo lamente. Quizá vuelva a recomponer los trozos.

Trevor resopló.

—Sí, con cinta adhesiva.

—Sí, con la cinta mágica.

—Sí, con novecientos kilómetros de cinta.

Zach se acomodó en la curva del brazo de Trevor, que sentía el sudor de sus cuerpos enfriándose, el frescor húmedo de la mañana que dominaba la habitación, y los tapó a los dos con la manta. Zach se acercó aún más a él. Era como estar en un pequeño y cálido espacio reservado en exclusiva para ellos, como un refugio, como un útero.

—Siento haberte pegado —dijo Trevor. Hacía mucho que había acabado el tiempo de las disculpas, pero tenía que decirlo en cualquier caso.

—Yo no. Nos llevó hasta aquí. —Zach bostezó y apretó la cara contra el pecho de Trevor—. Antes me asustaba intentar nada contigo.

—¿Por qué?

—Bueno... —Zach cambió de posición y pasó un brazo sobre el estómago de Trevor, acariciándole la colina protuberante de la cadera—. Normalmente no me acuesto con la gente a la que respeto.

—¿Por qué no?

—Porque soy gilipollas, supongo. No lo sé.

Trevor se lo quedó mirando.

Zach comenzó a hablar tanto como Trevor había hecho el día anterior, escupiendo su sórdida historia, detallando más daños de los que probablemente era consciente: los condones con los que se masturbaba, sus citas vacías en el Barrio Francés, la necesidad obsesiva de sentir la piel de otro contra la suya, pero sin tener que pensar en ello. Para cuando terminó estaba llorando otra vez, lágrimas lentas y avergonzadas.

Trevor tomó su cara con las manos y lamió las lágrimas. Su lengua tocó la esquina salada del ojo de Zach, trazó la curva del pómulos y acabó dentro de su boca. Zach se apretó agradecido contra él y sintió que Trevor quería volver a la carga, pero que no sabía si sería posible tan pronto. Aunque Zach parecía enseñarle una y otra vez que todo era posible.

Aquella vez duró mucho más. Las manos de Zach lo trabajaron con habilidad, acariciando, apretando, tocando y tanteando, construyendo un ritmo tan exquisito que Trevor pensó que se correría entre las cálidas y resbaladizas manos de Zach. Aquello hubiera estado bien, pero entonces Zach comenzó a descender, besándolo en todas partes, trazando un húmedo y resplandeciente laberinto de saliva a lo largo de su cuerpo, antes de empezar a chuparle profunda y lentamente, con una cadencia atormentadora, enloquecedoramente pausada. Casi era doloroso, pero Trevor quería que aquello durara horas.

Zach estaba tumbado entre las piernas de Trevor, con el brazo izquierdo rodeándole la cintura y la mano derecha haciendo algo ingenioso. Sintió cómo el pene de Zach crecía cada vez más contra su muslo. Movié la pierna para apretarlo, estiró la mano y apenas fue capaz de rozarlo con la punta de los dedos. Quería hacer algo para que Zach también se divirtiera.

—¿Cómo puedo...? ¿Cómo podemos los dos...?

Sin romper el ritmo, Zach se movió de modo que sus caderas quedaran junto a la cabeza de Trevor, su erección al alcance de su boca. Aquella postura parecía una maravilla de la física, pero Trevor aprehendió sus ventajas de inmediato; reposaba el peso mutuamente, juntaba los cuerpos y abría la garganta. Parecía que pudieran pasarse horas así. Y así fue, hasta que sus cuerpos quedaron unidos por una húmeda telaraña de saliva, sudor y semen.

Entonces volvieron a dormirse, un sueño fácil y saciado que duró hasta la tarde. La casa estaba en silencio a su alrededor. Sus sueños solo quedaban afectados por el repiqueteo de la lluvia contra el tejado, por el ritmo lento y constante de la respiración del otro.

Capítulo catorce

Una turista de Atlanta fue encontrada muerta el martes en un almacén empleado para almacenar elementos para el desfile de Mardi Gras. Elizabeth Linhardt, de 36 años, había sido mutilada y se había intentado quemar el cadáver. Una fuente anónima indica que la cabeza de la víctima fue hallada en la boca de un busto de Baco de tres metros de altura, parcialmente masticada...

Travis Rigaud, de la parroquia de St. Tammany, se disparó accidentalmente mientras limpiaba su colección de pistolas... cinco veces con cinco armas distintas: dos veces en el pie izquierdo, una en la pantorrilla izquierda y una vez en cada mano, sufriendo la amputación de dos dedos. «Al final vendí las armas», asegura Rigaud, «pero aún conservo mis rifles, y esta mala suerte no me va a hacer quedarme en casa cuando llegue la temporada de caza, aunque me falte una milla para darle a algo, no, chérie...».

La policía estatal dio el alto cerca de Chalmette a un hombre en cuyo coche transportaba 148 serpientes venenosas...

Eddy dejó caer el periódico y se tapó los ojos cansados con el antebrazo. Solo llevaba unos leotardos negros. Las axilas estaban moteadas con el fino vello oscuro que se había dejado crecer desde que abandonara el Pink Diamond. Aún llevaba los pequeños aretes de plata en los pezones, pero había eliminado la delicada cadena que normalmente los unía. Podía oler su sudor, un leve aroma de limones y almizcle, y pensó en que no tendría que tardar en levantarse y darse una ducha.

Después de largarse los policías, había ido directa al banco y había comprado las ediciones de la mañana y la tarde del martes del Times-Picayune. Ahora estaba tumbada encima de siete mil dólares, leyendo cada artículo y cada pie de foto a la busca de más pistas de Zach. Tenía los dedos manchados de tinta negra de mala calidad. Prestaba especial atención a las noticias extrañas, pero era mediado verano en Nueva Orleans y había noticias extrañas genuinas para dar y tomar.

¿Pero podía acaso alguien dispararse por accidente cinco veces con cinco pistolas distintas? Frunció el ceño. No parecía plausible, no.

Volvió a coger el periódico y releyó el artículo, hasta que una campana sonó en su cabeza. El nombre de soltera de la madre de Zach era algo cajún. Estaba casi segura de que era Rigaud. La otra historia falsa había tenido una línea de Joseph esto o lo otro. Joseph era el nombre del padre de Zach.

Pensó que aquellas oscuras referencias a la gente que se había pasado catorce años maltratándolo eran extrañas, tristes y algo perversas, pero allí estaban. Y aquel

artículo improbable tenía toda su marca, desde la burla a los palurdos fanáticos de las armas hasta el dialecto trillado. ¿«Aunque me falte una milla para darle a algo, no, chérie»? ¿Qué coño se suponía que significaba? ¿Qué forma de hablar era esa?

No, Cherie... N... C...

Se levantó y revisó los libros que habían dejado Zach y el Servicio Secreto, pero por supuesto no había atlas de carreteras. O Zach no lo había tenido nunca o se lo había llevado; o también lo habían requisado, quizá esperando que hubiera señalado con marcador amarillo fosforescente su ruta de escape. Tenía que haber conseguido un mapa del Carolina del Norte el día anterior, cuando la primera pista de Zach apareció en el periódico.

Se puso unos vaqueros cortos y eligió una camiseta negra de la pila que había dejado Zach. Estaba estratégicamente rasgada y tenía el símbolo a la Bauhaus de Midnight Sun, un terrorífico sexteto gótico que había estado tocando el año anterior por los locales del Barrio Francés, antes de desaparecer en el vacío reservado para los grupos realmente malos. No podía alcanzar a imaginar por qué Zach tenía aquella camiseta, salvo que se hubiera tirado a uno de los músicos. Probablemente así hubiera sido; todos eran tan guapos como imbéciles.

Aquellos dos viejos y fieles parásitos gemelos, la ira y el dolor, trataron de abrirse paso en su interior, pero Eddy los rechazó. Le daba igual con quién se hubiera acostado Zach. Lo había superado y podía considerarse su amiga. Y si de verdad lo era, su obligación era estar varios pasos por delante de sus enemigos, o al menos intentarlo.

Fuera, el chaparrón diario ya había llegado y se había marchado, y las calles aún humeaban. Los montones de basura en las traseras de los bares y restaurantes provocaban una *mélange* de olores: cerveza desbravada, verduras podridas, raspas de pescado cubiertas de grasa y cayena. Pasó junto a un cubo lleno de conchas de ostra aún cubiertas por el residuo pegajoso de los moluscos, y le llegó una vaharada de ese olor a mar que siempre le hacía preguntarse por un instante si necesitaba un baño.

Me iba a la ducha antes de salir, se acordó. Probablemente yo también huelo un poco a ostra pasada. Pero daba igual. Nadie se iba a acercar a ella lo suficiente como para que le importara, y tenía cosas más importantes de las que preocuparse.

Unas manzanas calle Chartres arriba, había una librería a la que Eddy y Zach solían ir juntos. Podían pasar horas allí, rodeados por el olor delicado, polvoriento, seco y atrayente de los libros, revisando volúmenes encuadernados en cuero con páginas de borde dorado, pilas de revistas antiguas, novelas en tapa blanda maltratadas a las que la edad había redondeado y suavizado los bordes. A la propietaria, una vieja dama criolla que fumaba una pipa fragante y leía incesantemente, nunca parecía importarles el tenerlos allí fisgando y curioseando.

Pero cuando Eddy le pidió un atlas de los Estados Unidos, la vieja señora negó con la cabeza.

—No creo que los mapas de los años 20 te sirvan de mucho, ¿no, chère? Prueba

en Bookstar, junto a la Destilería Jax, o en una de las cadenas en Canal.

—Muchas gracias.

Eddy se giró para marcharse, pero la señora debía de haber visto la pesadumbre de su expresión, porque puso una mano arrugada en su brazo para detenerla. El roce de su palma era frío y ligeramente sedoso. Tres anillos chillones resplandecían en sus dedos retorcidos.

—¿Dónde está ese hermoso jovencito con el que venías?

—Él... eh... —Se quedó mirando las manos de la mujer y las pilas de libros sobre el mostrador—. Tuvo que dejar la ciudad.

—¿Problemas amorosos?

—Problemas con la ley.

—Aaah... —asintió tristemente la mujer—. Quema una vela verde y una amarilla por él. ¿También tú estás en apuros?

—Quizá.

—Para ti, coge un huevo y... ¿Te ha interrogado algún policía?

—Sí.

—¿Cuántos?

—Bueno... —Eddy trató de contar de memoria armarios vestidos de gris—. Solo uno —dijo, razonando que el agente Cover era el único que la había interrogado de verdad.

—Escribe su nombre en el huevo —le aconsejó la señora— y tíralo en tu tejado. Asegúrate de que se rompe. El policía no volverá.

—Muy bien —dijo Eddy, genuinamente agradecida. Necesitaba cuanta ayuda pudiera conseguir—. Muchas gracias. Lo haré.

—Mais non. Pobre muchacho. Es tan hermoso, tan rebosante de vida...

—Sí —aceptó Eddy—. Es así.

—Pero creo que para él siempre habrá alguna clase de problema. Hay un dicho criollo... Tiene le coeur comme un artichaud.

Eddy rebuscó en el francés que había aprendido en el instituto.

—¿El corazón como una alcachofa?

—Oui. Tiene una hoja para todos, pero no alcanza para alimentar a nadie.

Tras un caluroso paseo calle Peter arriba, agobiada por el humo de los coches, hasta la librería, Eddy atajó por las oscuras y húmedas callejuelas secundarias del Barrio, deteniéndose en una tienda esquinera para comprar una vela verde, otra amarilla y un cartón de huevos. Ya en casa, cerró la puerta con llave y extendió su nueva guía de carreteras sobre la cama.

Localizó Carolina del Norte y comenzó a revisarla con cuidado, prestando especial atención a los pueblecitos cercanos a las carreteras principales, y reparando en los nombres extraños. Así encontró lugares como Pumpkin Center, Climax...

Deep Gap, Blowing Rock, Bat Cave... Silk Hope, Fuquay-Varina... ¿Missing Mile?

Eddy volvió al artículo del periódico. «Aunque me falte una milla para darle a algo, no, chérie». Missing Mile, N.C.

Ahí debía de estar.

Pero ¿por qué? El primer mensaje venía a decir que se dirigía hacia Nueva York. ¿Por qué había decidido quedarse en el sur, en un pueblo tan pequeño que sería difícil esconderse en él? ¿Y por qué estaba tan seguro de ello que le había enviado un mensaje indicando su nombre?

Eddy tuvo un repentino ataque de paranoia. Ha conocido a alguien. Por un instante estuvo segura de que era así; estaba convencida de ello. Ha conocido a alguien y ha decidido quedarse, solo tres días después de haberme dicho adiós para siempre.

Pero aquello era estúpido. No había modo de saberlo, y además no es que pareciera muy plausible.

Sin embargo... ¿Missing Mile, Carolina del Norte?

Suspiró. Al menos ahora sabía dónde se encontraba, o eso creía. Probablemente, en el periódico del día siguiente habría un artículo en el que le dijera que estaba felizmente escondido en el East Village. De momento, ella había hecho cuanto podía.

Sacó un huevo del cartón que había comprado y escribió «agente Cover» con grandes letras mayúsculas. Después bajó a la calle, apuntó con cuidado y lo lanzó hacia el tejado de su edificio.

Sonrió al oír el débil sonido chapoteante en lo alto, e imaginó el huevo friéndose del mismo modo que se freía el cerebro de Cover por la furia de descubrir que Zach le había dado esquinazo.

Ese es tu cerebro, versión vudú, pensó. ¿Alguna pregunta?

En su triste despacho en Poydras Street, Absalom Cover parecía estar sentado con la camisa remangada, hojeando un viejo ejemplar de Weekly World News, pero en realidad estaba concentrado en el caso Bosch. Se conocía el informe acerca del muchacho de memoria, y ahora disponía para seguir obsesionándose de los miles de datos que había cantado entre llantos Stefan «Phoetus». Duplessis.

Por desgracia, aunque Duplessis había demostrado ser una nuez extremadamente blanda, sus conocimientos concretos acerca de Bosch no iban mucho más allá de una reticente admiración por todas las cosas horribles que había hecho. Había un Código Ético del Pirata, le explicó Duplessis, que consistía en cuatro artículos sagrados: No borres nada. No muevas nada. No cambies nada. Apréndelo todo.

Zach Bosch hacía saltar por los aires las tres primeras cada vez que encendía el ordenador. Muy pocos en su círculo electrónico conocían el verdadero alcance de sus delitos; era cuidadoso, y no presumía del mismo modo compulsivo que la mayoría de los piratas. Había confiado a Stefan Duplessis alguna información porque este era

mejor técnico de *hardware* y podía decirle (en términos puramente teóricos, por supuesto, lo que probablemente incluyera diagramas de las teóricas modificaciones) cómo manipular su sistema para alcanzar aún mayores cotas de perversidad. Además, sospechaba Cover, a Duplessis tampoco le importaba demasiado doblar un poco el propio Código Pirata. Algunas de las acciones que imputaba a Bosch eran tan exageradas que los otros agentes se negaban a creerlas.

El agente Cover sí que se las creía. Estaba comenzando a comprender la mentalidad del pirata. Se requerían nervios de acero y podía resultar en proezas de espectacular genio, pero tenía un defecto: era megalómana. Al final se caía por su propia audacia y el pirata quedaba expuesto.

Como para demostrar ese punto, Duplessis también le había hablado del artículo que supuestamente Bosch había colado en el Times-Picayune. «Ve una diosa en un cuenco de quingombó». Era mejor que cualquier porquería del Weekly World News, eso seguro. Mejor, por ejemplo, que aquel titular, «La almeja de la catástrofe», que encabezaba una historia acerca de un molusco gigante que devoraba buceadores, o algo así. ¿Qué clase de mente maltrecha podía pergeñar cosas tales?

Cerró cansado el periódico, se recostó en la silla y se aflojó el nudo de la corbata. Al menos Bosch tenía algo de imaginación, si era él quien había colocado aquella historia en el Picayune.

El otro pirata así lo juraba, aunque las razones que daba para ello le parecían débiles, siendo generosos. Solo «conocía» a Bosch, aseguraba Duplessis; simplemente «era su estilo». Y juraba por activa y por pasiva que la chica que vivía en el apartamento de Bosch, Edwina Sung, no tenía nada que ver con todo aquello. El agente Cover pensó en ello. Era evidente que Duplessis había conocido el tiempo suficiente a Sung como para desarrollar un interés desesperado e infantil por ella.

Respecto a esa tarde, los registros de Sung revelaban un balance bancario de poco más de tres mil dólares, una cantidad razonable para una joven asiática-americana que podía permitirse vivir en el Barrio Francés. Lo más probable era que sus padres tuvieran algún negocio lucrativo y que la ayudasen. No tenía cargos sobresalientes en la tarjeta de crédito, no tenía cuentas pendientes con Hacienda, ni antecedentes penales; su historial laboral estaba lleno de huecos. Probablemente no fuera más que otro despojo bohemio, a la deriva en los cálidos mares alcohólicos de la subcultura de Nueva Orleans.

Pero Zach Bosch representaba algo para ella, como había quedado claro en la redada. Podrían ser cómplices, amantes o incluso parientes. En la fotografía de una vieja tarjeta escolar que habían encontrado olvidada en la mesa, Bosch parecía extremadamente joven, desafiante y ligeramente asiático. Pero fueran lo que fueran, Cover creía que a la chica le importaba lo bastante Bosch como para seguir sus movimientos si era posible. Puede que incluso supiera dónde se encontraba en ese momento. Debería interrogarla de nuevo.

Y ya puestos, habría que estudiar con más detenimiento sus extractos bancarios.

Una comprobación de rutina no bastaba cuando podía haber un pirata informático involucrado. Había que conseguir registros de todas sus transacciones del mes pasado, y ver si había hecho grandes depósitos o retiradas de dinero en los últimos días.

Frank Norton, el robusto agente de pelo cano que tenía el triste despacho de enfrente, entró y dejó caer una bolsa grasienta de papel sobre su escritorio.

—El sándwich.

—¿Atún?

—No, ensalada de huevo. Es lo que les quedaba en la cafetería. ¿No piensas irte nunca a casa?

—Claro, ya me pasé hace un par de días. Gracias, Araña. —Norton tenía ese mote desde sus días en la agencia antidroga, cuando había logrado que le mordiera una tarántula durante una redada en los muelles. Aseguraba que alguien se la había arrojado. Los traficantes juraban que esas enormes arañas peludas vivían en los racimos de plátanos, que cualquier idiota lo sabía, y que Norton no tendría que haber metido la mano entre aquellos plátanos aunque hubiera bolsas de más de dos kilos de cocaína escondidas entre ellos.

Solo de nuevo, Cover abrió el sándwich y lo asaltó el olor sulfuroso de los huevos cocidos con mayonesa. Odiaba la ensalada de huevo. Comerse aquel puré pútrido era asqueroso, pero hacerlo en Nueva Orleans, donde podías conseguir alguna de la mejor comida del mundo, era casi insoportable. Pero le temblaban las manos del hambre que tenía.

Dio un bocado al sándwich y una generosa porción de ensalada de huevo rezumó entre las rebanadas de pan marrón casi mohoso, quedó precariamente suspendida por un momento y cayó, dejando una larga mancha coagulada sobre su corbata y su camisa. Cuando trató de quitársela, la mitad se le cayó en los pantalones.

—Mierda, mierda, remierda.

Arrugó furiosamente la bolsa de papel y la arrojó en dirección a la papelera. Falló. Aquellos bonitos trajes que tenía que llevar eran condenadamente caros, y no tenía ni idea de si la mayonesa dejaría mancha. Seguro que su mujer lo sabía. Quizá debiera irse a casa un rato y comer algo decente. Ya se encargaría al día siguiente de la señorita Sung.

Putos huevos. Cómo los odiaba.

Capítulo quince

—Tenemos que conseguir sábanas —dijo Trevor—. Ese colchón está asqueroso.

—¿Y qué tal un ventilador?

—Sí, y una cafetera.

Zach sonrió.

—Parece que estamos jugando a las casitas.

—Oye, si no quieres... —Trevor lo miró de refilón antes de bajar la vista al suelo, avergonzado.

—Eh, eh, era una broma. Nunca he hecho estas cosas con otra persona, eso es todo.

—¿Te pone nervioso? —Una pequeña arruga apareció en el ceño de Trevor. Parecía costarle un gran esfuerzo comprender los humores y motivaciones que serían evidentes para la mayoría. Zach suponía que, probablemente, fuera la persona socialmente más extraña que había conocido jamás.

—Me pone híper.

—¿Quieres una excedrina?

Eso era lo que más le gustaba a Zach de la gente socialmente extraña: cualquier cosa que aparecía en su cabeza solía abrirse paso hasta su boca.

—No, gracias, estoy bien —dijo, antes de acabar mirándose y romper a reír al tiempo.

En el apresuramiento vertiginoso que había seguido al despertar y a una nueva ración de sexo, se habían vestido y habían conducido hasta el centro con la idea de comprar algo de comida. Pero habían acabado en Potter's, deambulando por los pasillos mal iluminados y con olor a viejo y a polvo, revisando los estantes atestados de basura y pillaje.

Zach vio cómo las manos de Trevor desaparecían dentro de un cubo lleno de ropa a cincuenta céntimos, apartando exclusivamente las prendas negras para descartarlas de inmediato. Solo sobrevivió una camiseta lisa. Sintió deseos de coger esas manos, darles la vuelta y besar las palmas.

Pero Potter's estaba lleno de viejos palurdos, en su mayoría borrachos reformados del Ejército de Salvación que dirigían el local. Zach suponía que estaban acostumbrados a los jovencitos modernos sin mucho dinero, pero no quería llamar demasiado la atención. Demonios, aquellos tipos no solo eran cristianos, probablemente fueran también republicanos. Si el agente gubernamental adecuado les enseñaba la placa, no solo le dirían todo lo que pudieran, sino que mientras lo hacían le dejarían limpio el culo a lametones. Ah, esos paletos rupestres, adoradores de John Birch y de las películas de John Wayne...

—¿Te pasa algo?

—Oh. —Levantó la mirada hacia Trevor y lo olvidó todo—. Nada.

Sus ojos trabaron contacto y, por un largo rato, bien podrían estar otra vez en la cama, enredados sobre la manta sudada, cociéndose en los jugos del otro. Entonces Trevor miró sobre el hombro de Zach.

—Ey, ahí está Kinsey. Seguro que nos deja darnos una ducha en su casa.

—¿Y nos daría de comer?

—Quizá.

—A ello.

Trevor cogió su jarra de café y Zach su abanico y avanzaron por los pasillos hacia Kinsey, como dos gatos hambrientos que saben a qué porche acudir.

Kinsey estaba sentado a la mesa de la cocina de su casa, oyendo la ducha. Ya llevaba así treinta minutos, y aunque el baño estaba al otro extremo del pasillo, las ventanas de la cocina habían comenzado a empañarse. Si seguían mucho más, su lasaña con setas y zucchini estaría lista y se la tendría que comer él. La casa se estaba poniendo insoportablemente calurosa y húmeda.

Se dirigió al pasillo y encendió el aire acondicionado. Desde la puerta del baño le llegaba el sonido del agua golpeando la piel, el traqueteo de la persiana de la ducha, y un ruido que podía ser una risa o un sollozo. ¿Estaban haciendo el amor bajo la ducha? ¿Estaban llorando?

No quería ni preguntar de dónde había salido el feo corte del labio de Zach, o por qué Trevor no llevaba su cuaderno.

Kinsey se había sorprendido al verlos acercarse a él en Potter's, todo desgñados, con los ojos brillantes y apestando a sexo. Entre ellos había una conexión tan obvia como si se estuvieran dando la mano. De todas las cosas que Kinsey hubiera podido predecir de la primera semana de Trevor en Missing Mile, el que se acostara con alguien no estaba entre ellas. Pero él había mandado a Zach allí, y aquí estaban ahora. Se preguntó si había conseguido evitar algo, o si simplemente había puesto en peligro a un chico más.

Desde el día anterior, en que oyó que Rima se había estrellado con el coche y había muerto en la carretera a las afueras de la ciudad, no se había sentido muy a gusto con su propio juicio. Debía de haber pasado justo después de abandonar el Tejo Sagrado. Si él no hubiera estado tan preocupado por su estúpido plato especial para la cena, si se hubiera tomado el tiempo necesario para hablar con la chica, para hacerle las preguntas adecuadas o, mejor aún, para escucharla...

(«¿Escucharla? ¿Hacer las preguntas adecuadas?», había saltado Terry. «¡Hippy de mierda! ¡Pillaste a esa cabrona metiendo la mano en la puta caja!»).

«Pero si le hubiera dado el dinero...».

«¡ENTONCES HUBIERA COMPRADO MÁS COCA! ¡Déjalo, Kinsey! ¡Déjalo ya, JODER!»).

En su interior, sabía que Rima probablemente fuera una causa perdida. Pero su muerte absurda y sin sentido le había hecho preguntarse hasta dónde podían llegar sus buenas intenciones, cuánto podía llegar a hacer por aquellos chicos perdidos a los que tanto quería poner en el buen camino.

Bueno, el tiempo lo diría. Aquella era la filosofía no oficial de Kinsey en casi todos los asuntos que no requiriesen su inmediata atención.

Abrió la puerta del horno y pinchó la lasaña con un tenedor. Una nubecilla de vapor se alzó desde la superficie pálida y verdosa. Aún estaba algo cruda, pero para cuando Trevor y Zach acabaran lo que fuera que estuvieran haciendo en el baño, probablemente estuviera hecha. Cortó una rebanada de pan con semillas, le untó mantequilla, abrió una botella de vino tinto dulzón y comenzó a preparar una cafetera cargada.

No podría cuidar de ellos, pero podía tenerlos bien alimentados.

Zach contemplaba la enorme masa de comida verde en su plato. Trevor comía de forma automática, subiendo y bajando el tenedor. Su montaña verde desaparecía a toda velocidad, regada con una taza detrás de otra de café solo. Había crecido en un orfanato, y probablemente fuera capaz de comer prácticamente cualquier cosa que le pusieran delante.

Pero Zach no podía ni comenzar. Aunque las cosas que comenzaban con «z» tenían tendencia a gustarle, creía que el zucchini era la verdura que menos soportaba. Estaba apelmazada y casi no tenía sabor; solo le quedaba el leve regusto desagradable de la clorofila y el sudor. Si los calcetines sucios fueran un cultivo de regadío, pensaba Zach, sin duda sabrían a zucchini.

Aquel guiso, o lo que fuera que Kinsey había intentado hacer, le recordaba a la comida de las tiras de Calvin y Hobbes, que saltaba del plato y brincaba por la mesa o se colaba por la camiseta del niño, haciendo ruidos como «blurp» o «argh». Pero Zach era demasiado educado como para poner las muecas de Calvin, así que se sirvió otro vaso de vino y deseó estar otra vez en la ducha, con las manos de Trevor enjabonándole la espalda, y su propia boca abierta deslizándose sobre su pecho húmedo.

—¿Quieres que te prepare otra cosa? —le preguntó Kinsey.

—No, gracias. Parece que no tengo mucha hambre. —En realidad, se sentía ligeramente revuelto después de quedarse tanto tiempo mirando aquel engrudo, pero el vino parecía estar asentándole el estómago. Captó una mirada extraña de Trevor y recordó que pedirle a Kinsey que les diera de comer había sido idea suya. Era un error que no volvería a cometer.

—En Nueva York debes de salir a comer un montón —dijo Kinsey, y Trevor le lanzó otra mirada. «¿Nueva York?».

—Intento gastar poco —respondió.

—Creía que eso era imposible en Nueva York.

—Control de alquiler —dijo Zach impotente, sin tener siquiera idea de que en Nueva York existiera algo así. Trevor le clavó una mirada reprobatoria.

Ya te lo explicaré después, pensó, tratando de telegrafiar el mensaje en la cabeza de Trevor mientras se servía más vino.

En cuanto le dieron las buenas noches a Kinsey y cruzaron el descuidado jardín hacia el coche, Trevor dijo:

—Conque Nueva York.

Zach estaba un poco mareado a causa del vino y el porro que se habían fumado después de la cena. Se apoyó sobre el Mustang.

—Ya te hablaré de ello cuando volvamos a casa.

—Ahora. No me gusta que me mientan.

—No te he mentado a ti. Le he mentado a Kinsey.

—No me gusta ninguna mentira, Zach. Si es que te llamas así.

—¿Qué? ¿Quien habla no es acaso el famoso Trevor Black? —Trevor apartó la mirada—. ¡Mira, ya te he dicho que estoy escapando! ¡No puedo ir por ahí contándole a la gente la verdad! Ahora entra en el coche.

—¿Puedes conducir?

—Pues claro, coño. —Zach dejó de apoyarse en el guardabarros y perdió el equilibrio, cayendo casi sobre la hierba. Trevor lo cogió y lo ayudó a sostenerse. Él le pasó las manos por la cintura—. No te enfades, anda.

—¿Estás bien?

Zach no había comido nada en todo el día y se había bebido casi toda la botella de vino. Lo imaginó agitándose en su estómago, mezclándose con todo el semen que había tragado, un dulce rojo rubí perlado de blanco salado. Pensó de nuevo en el grumo verde de lasaña y casi vomitó, pero no podía soportar que Trevor lo viera en aquel estado.

—Estoy bien —dijo. Ahogada contra la camisa de Trevor, pareció una sola palabra—. Solo estoy un poco borracho, no es nada. —Sintió cómo el cuerpo de Trevor se tensaba y recordó que Bobby estaba borracho de *whisky* la noche en que mató a su familia. Para Trevor, las palabras «estoy borracho, no es nada» debían de sonar tan estúpidas como crueles.

Bueno, ya encontrarían el modo de evitar esas trampas y campos de minas, aunque tuviera que ser por la vía directa. Zach no pensaba dejar de beber.

¿Y por qué cojones no?, pensó. Le gustaba el alcohol (normalmente), pero para él no era vital, como los porros. No se trataba de una parte esencial de la química de su organismo. Ya no estás en Nueva Orleans, donde el beber es de rigneur. ¿Por qué no te olvidas del asunto y lo haces feliz?

¡¡¡Porque no quiero!!!, aulló su mente con la voz de un niño caprichoso de tres

años. ¡Me gusta emborracharme a veces, no tiene nada de malo, eso no me hace pegarle a la gente, o machacarla, o matarla! Solo hace que...

¿Qué?

Bueno, me sirve para conseguir sexo.

Sabía que era cierto. Casi siempre que salía a recorrer el Barrio había estado borracho. Le ayudaba a brillantarlo todo, como la expresión de Eddy cuando lo veía hablando con alguna hermosa y estúpida criatura de la noche, el hecho de que prefiriera chupársela a la Muerte que ponerse condón, el saber que no le importaba absolutamente nada, aparte de piratear sistemas, correrse, ver películas de casquería y desafiar al mundo.

Solo que ahora sí había algo que le importaba. Y parecía tan buen momento para decirlo como cualquier otro.

Pero justo entonces un vehículo dobló a toda velocidad la esquina de la calle de Kinsey y voló quemando rueda hacia ellos. Era una camioneta con tracción a las cuatro ruedas por el ruido y el tamaño, aunque iba demasiado rápido para asegurarlo. Sus ocupantes asomaban por las ventanas, todo miembros velludos y grandes cabezas de toro con gorras de John Deere y Red Man firmemente caladas sobre el ceño.

—MARICONES DE MIEEEERDAAAAAAAAAAAAA... —oyeron, y una andanada de latas de cerveza plateadas cayó sobre el bordillo y rodó hacia ellos en la noche tranquila y cálida. La camioneta ya desaparecía por la siguiente colina.

Los chicos habían estado bebiendo cerveza, observó Zach. Una buena cerveza de dueño fascista con un *bouquet* que sugería residuos tóxicos y sobretonos de orina tostada y dorada.

Olió el líquido caliente que se derramaba sobre el asfalto y vio cómo una colilla sumergida se disolvía en uno de los charcos. No pudo más. Se alejó de Trevor, se tiró de cabeza al suelo y vomitó en el patio de Kinsey. La sensación era maravillosa, como la liberación de una presión aplastante, como un veneno vil y escarlata que abandonara el cuerpo. Sintió cómo las palmas de las manos conectaban con la tierra, cómo la energía fluía por sus brazos, a través de su cuerpo, en enormes, lentas y constantes oleadas. Estaba enchufado a la pila más grande que existía.

Cuando fue capaz de levantar la cabeza, vio a Trevor mirándolo como un insecto interesante pero vagamente repulsivo. Se alejó arrastrándose del charco de su propio vómito y se sentó tembloroso en el bordillo. Se quitó las gafas salpicadas y se las limpió con el faldón de la camisa. Trevor se sentó junto a él.

—¿Sabes cuántas veces vi a mi padre ponerse así bebiendo? —le preguntó.

—Unas cuantas, supongo.

—No. Solo una. Aunque a veces me pregunto qué hubiera sucedido si hubiera trasegado un poco más antes de que mi madre llegara a casa aquella noche. ¿Y si se hubiera puesto así y se hubiera quedado dormido? ¿Y si mi madre hubiera podido darse cuenta de que nos había drogado de algún modo?

—Parece que Bobby era bastante imparable.

—Puede. —Trevor se encogió de hombros—. Pero puede que un trago más lo hubiera dejado fuera de combate. Puede que mi madre hubiera podido sacarnos a Didi y a mí de allí.

—Supongo que es posible. —Más que cualquier otra cosa, Zach quería que Trevor le pasara el brazo por los hombros, quería apoyarse en su cómoda calidez. Pero no estaba seguro de si estaba enfadado aún con él—. Cuando mis padres se ponían ciegos también pensaba cosas así. Pensaba: «Un par de copas más y se caen redondos. Y se callan. Y dejan de pegarme». Pero una vez cogían el punto, solían conservarlo un tiempo.

—Y tú te llevabas la peor parte.

—Sí, salvo que tuvieran algo mejor que hacer.

—Entonces, ¿cómo...? —Trevor se giró hacia Zach y abrió los brazos. La expresión de su cara era en parte de disgusto y en parte de auténtico asombro—. ¿Cómo puedes tú beber ahora? Ya has visto lo que les hacía a ellos. ¿Cómo puedes hacer lo mismo?

—Sencillo. A mí no me produce el mismo efecto que a ellos.

—Pero...

—Pero nada. ¿Recuerdas lo que te dije anoche? «Aunque no es que tenga mucha elección acerca de hacer o no alcohol. La elección es la de la persona que lo bebe». No era el alcohol lo que hacía a mis padres comportarse así. Ellos eran así. Yo no.

—¿Y dónde deja eso a mi padre? —La voz de Trevor era calmada, pero letal.

—Bueno... —Ahí estaba la pregunta del millón, sintió Zach. Si respondía mal, ya podía olvidarse de beber cerca de Trevor. Lo que significaba que ya podía olvidarse de Trevor, porque no iba a permitir que nadie tomara esas decisiones por él. Y si respondía demasiado mal, se preguntó si volvería a ver su propia sangre decorando los nudillos de su amigo—. Puede que Bobby estuviera intentando apaciguar su furia —dijo—. Puede que estuviera intentando quedar inconsciente antes de que llegara tu madre.

—¿Eso crees?

Quiere creerlo. ¿Es cruel animarlo en esa dirección? Parece que no. Joder, a mí me gustaría creérmelo de ser él. Hasta podría ser cierto.

—No me sorprendería. Sabes que te quería...

—No, no lo sé. Sé que los quería a ellos. A ellos se los llevó con él. A mí me dejó aquí.

—¡Y una mierda! —Ahora le daba igual dar o no con la respuesta correcta; aquella línea de pensamiento lo enfurecía demasiado como para preocuparse por que le pegara—. Echó por la borda todo aquello que pudieran haber hecho, todo aquello que pudieran haber sido. La única vida que tenía el derecho de tomar era la suya. Él les robó.

—Pero si quieres a alguien...

—Entonces quieres que siga vivo. ¿Dónde está el amor por un cuerpo frío,

muerto? —Zach se controló antes de ir demasiado lejos por aquel camino—. Bobby te jodió la vida pero bien, pero al menos te dejó conservarla. Tenía que quererte mucho. Si estuvieras muerto, no habrían existido veinte años de dibujos, y yo no podría quererte, y tú ni siquiera te estarías preguntando todo esto.

—¿Qué?

—Decía que ni siquiera estarías preguntándote...

—No. Lo otro.

—Que yo no podría quererte —repitió con suavidad. Las palabras sonaban totalmente extrañas en sus labios. Sus ojos se abrieron mucho y trató de apartarse, pero Trevor lo abrazó con fuerza. Sintió cómo su lengua le recorría los labios, se demoraba en las comisuras. Al fin se rindió y abrió su boca para él. Ya habían intercambiado la mayoría de sus demás fluidos corporales. Suponía que un poco de vómito no sería mucha diferencia.

Al fin Trevor se aplacó y se limitó a abrazarlo. Zach sintió cómo sus temblores comenzaban a remitir, cómo la áspera quemadura de la bilis empezaba a desaparecer de su garganta.

—¿De verdad estás escapando? —preguntó Trevor después de un rato.

Zach asintió.

—Y a Kinsey y a Terry les has dicho que eres de Nueva York.

—Bueno, me parece que Kinsey no me cree, pero sí, eso es lo que les dije.

—¿Quieres hablar de ello?

—¿Por qué no entramos antes en el coche?

—Claro. —Trevor le pidió las llaves y él las rindió sin discusiones—. Además, mejor que nos pongamos en marcha, antes de que esos palurdos decidan volver a darnos una paliza.

Zach rió.

—No pasa nada. Si vienen, Kinsey puede salir con su lasaña para espantarlos.

Trevor se hizo enseguida con el Mustang. Una vez había tenido un breve empleo llevando coches de un lugar a otro (su jefe nunca le decía los motivos, y tampoco recibía muy bien las preguntas). En su mayoría habían sido viejas tartanas terroríficas o aburridas cajas de cerillas japonesas, pero aquel coche era divertido de conducir. El motor era ruidoso pero suave, y las ruedas masticaban la carretera como un pequeño felino salvaje que acosara a una serpiente negra.

En la boca tenía un regusto amargo, como el de una fruta que se hubiera podrido, el fantasma del vino reciclado de Zach. Para él no era muy distinto de tener en los labios el sabor del sudor, la saliva o el semen de Zach. Si querías a alguien, pensaba, deberías conocer su cuerpo por dentro y por fuera. Deberías estar dispuesto a saborearlo, a respirarlo, a nadar en él.

Abandonó la calle de Kinsey y se abrió camino hacia la autopista, antes de tomar

la carretera lateral que se adentraba en los campos.

—Me gusta cómo conduces —dijo Zach.

—¿A qué te refieres?

—Rápido.

—Sin rodeos.

—Tiene que ver con ordenadores —le advirtió.

—Eso ya lo suponía —dijo Trevor sombrío.

Condujeron más de una hora por las afueras de Missing Mile, recorriendo campos oscuros, iglesias abandonadas, cruces ferroviarios y pequeñas y limpias casas iluminadas con calidez frente a la noche. Pasaron frente a alguna tienda brillante ocasional o un bar honky-tonk, maniobraron para evitar el ocasional charco de carne muerta y aplastada sobre el asfalto.

Zach contó su historia sin interrupciones, salvo por alguna pregunta ocasional. Cuando acabó, el cerebro de Trevor daba vueltas por la terminología desconocida, por conceptos arcanos que nunca había creído posibles, pero muchos de los cuales Zach aseguraba haber realizado.

—¿Quieres decir que puedes conseguir información de quien sea... y cambiarla? ¿Podrías conseguir información sobre mí?

—Claro.

—¿Cómo?

—Bueno, veamos. —Zach fue marcando las posibilidades con los dedos—. ¿Tienes tarjetas de crédito?

—No.

—¿Has tenido alguna vez un teléfono a tu nombre?

—No.

—¿Te ha fichado la poli?

—Bueno..., sí. —Trevor tembló ante el recuerdo—. Una vez me detuvieron por vagancia en Georgia. Pasé la noche en el calabozo.

—Eso podría conseguirlo fácilmente. Y borrarlo. Con tu número de la Seguridad Social, probablemente podría acceder a tus registros escolares y de servicios sociales. Y tu situación actual con Hacienda, claro.

—Dudo que Hacienda sepa quién soy.

Zach rió entre dientes.

—No apuestes por ello, amigo mío.

Dieron un rodeo para regresar a Violin Road. Para cuando Trevor estacionó el coche detrás de la casa, ya parecía ser muy tarde. Las nubes se habían retirado y el cielo era un brillante cuenco invertido de estrellas. Zach vio la Osa Mayor, la Osa Menor y el leve fondo suave de la Vía Láctea, lo que agotaba sus escasos conocimientos astronómicos. Pero se quedó contemplando el universo hasta que el concepto del infinito lo aturdió y pensó que podía ver el gran cuenco removiéndose lentamente a su alrededor, orden nacido del caos, significado nacido del vacío.

Se abrieron paso entre las enredaderas y entraron en el salón a oscuras. La casa parecía calmada y silenciosa. Incluso el umbral al pasillo parecía neutro, como si se hubiera apagado un interruptor, como si se hubiera interrumpido una corriente, aunque la luz siguiera funcionando. Se lavaron los dientes en la pila de la cocina, pusieron las sábanas de Potter's en el colchón de la habitación de Trevor, se desnudaron y se tumbaron juntos en la oscuridad tranquila, con las cabezas tocándose sobre la única almohada y las manos unidas sin fuerza.

—Así que yo puedo traer fantasmas a tu vida, y tú federales a la mía —musitó Trevor.

—Supongo.

Trevor pensó en ello.

—Si yo fuera tú, me arriesgaría con los fantasmas.

—Esperaba que dijeras eso.

Y supongo que yo me arriesgaré con el largo brazo de la ley, pensó Trevor mientras giraba y se acomodaba en la curva del cuerpo de Zach. Dar cobijo a un fugitivo ya es un buen problema. Probablemente tengan un castigo especial para los que se enamoran de ellos. Descubrió que la idea de cometer un delito federal no le atolondraba demasiado. La posibilidad de estar enamorado era muchísimo más extraña.

Suponía que Zach había roto toda clase de leyes, pero tampoco él había tenido mucho respeto por la ley. Muy pocas tenían sentido, y al aplicarlas perdían el poco que les quedara. Había evitado meterse en líos a menudo simplemente porque no tenía muchos malos hábitos, y la mayoría resultaban ser legales. Pero si un solo zombi de traje negro y gafas de espejo se atrevía a tocarle un pelo de la cabeza a Zach, o a poner un pie dentro de los límites de Birdland...

No sabía qué pasaría entonces, pero creía que habría una buena ración de dolor. Después de todo, aquella casa ya había catado la sangre antes, y había vuelto a hacerlo aquel día.

Creó que podría estar cogiéndole el gusto.

En algún momento del confuso periodo entre la noche y el alba, Zach entreabrió los ojos y parpadeó. Carecía de verdadero sentido de la habitación que lo rodeaba, o de dónde se encontraba siquiera. Solo sabía que estaba todavía dormido y medio borracho, que su cabeza palpitaba y que tenía la vejiga dolorosamente llena.

Bajó del colchón y trastabilló por el pasillo. Al final, una suave luz brillaba como un faro. Lo único que tenía que hacer era ir hacia esa luz y aliviarse; después podría volver a la cama y dormir hasta que desapareciera el dolor de cabeza.

Arrastró los pies descalzos por el pasillo, desnudo, con una mano apoyada en la pared para conservar el equilibrio. Entró en el baño. Una de las bombillas de cuarenta vatios del techo se encendía caprichosamente, dando una luz parpadeante y débil. Se

acercó a la taza y orinó sobre el agua oscura y de aspecto fangoso. El sonido de su orina al golpear la porcelana parecía demasiado fuerte en el silencio de la casa, y deseó que no despertara a Trevor.

Trevor..., dormido ahí al lado, en Birdland...

Zach se despejó de repente, totalmente consciente de dónde estaba. El chorro de orina cesó. Cuando se la soltó, sintió una única gota caliente resbalando por su muslo. El fantasma del tinto barato aún se arremolinaba en su cerebro, dejándolo confuso y totalmente consciente de lo fácil que sería sentir terror.

Pero no había necesidad. Lo único que tenía que hacer era volverse, alejarse de la taza y...

... y estaba seguro de que no había cerrado la puerta al entrar.

Aunque estaba prácticamente dormido, recordaba haber abierto la puerta con el cuerpo, y el golpe del picaporte contra la pared. Las bisagras estaban cubiertas de herrumbre y no podían haberse cerrado sin ruido. Pero aunque Zach no había oído absolutamente nada, ahora la puerta estaba cerrada por completo.

Tragó saliva y sintió cómo su garganta chasqueaba por la sequedad.

Bueno, vives en una casa encantada, así que tendrás que aceptar que de vez en cuando las puertas se cierran solas. Pero eso no significa que lo que haya aquí pueda hacerte daño. Lo único que tienes que hacer es girar el picaporte y salir.

Y no mirar la bañera.

Ese último pensamiento llegó inesperadamente. Zach se lanzó sobre la puerta para aferrar el picaporte, que resbaló entre sus dedos. Entonces reparó en que tenía las manos resbaladizas por el sudor. Se las limpió sobre el pecho desnudo e intentó de nuevo. El pomo se negaba a girar, ni siquiera giraba el ángulo mínimo que le permitiera la holgura del mecanismo. Era como si todo el bloque se hubiera fundido.

O como si algo mantuviera la puerta cerrada desde el otro lado.

Se lanzó contra ella con todas sus fuerzas. Aunque pudo sentir cómo la vieja madera se combaba hacia el interior, no cedió. Se preguntó qué pasaría si lograba arrancar el picaporte de la hoja. Si había algo en el pasillo, ¿se colaría a través del agujero para engullirlo?

Dio un paso atrás y echó un vistazo a la estancia. El viejo linóleo había comenzado a curvarse en las esquinas, exponiendo la madera podrida que había debajo. La pintura pelada estaba cubierta de techo a suelo por largas manchas de óxido. La barra desnuda de la ducha estaba cruelmente doblada y el fondo de la bañera estaba cubierto por una fina capa de mugre. El agujero negro que era el desagüe estaba rodeado de moho verde. Pensó en golpear la pared para intentar despertar a Trevor y que lo sacara de allí, pero la bañera se encontraba contra la pared de la habitación, y para golpear tendría que inclinarse sobre ella o encaramarse.

Apartó rápidamente la mirada de la bañera y sus ojos cayeron sobre el espejo del lavabo. Reflejaba su propia cara pálida y sudorosa, sus ojos asustados, pero creyó ver otra cosa con él. Un movimiento sutil, una onda en la superficie del propio cristal, un

extraño destello en sus profundidades, como si el vidrio fuera un remolino plateado que tratara de atraerlo.

Frunció el ceño y se acercó. El frío borde del lavabo se apretó contra su vientre. Zach se acercó más, hasta que su frente casi tocó el cristal. Se le ocurrió que el espejo podría explotar, hundiendo sus fragmentos afilados en su cara, sus ojos, su cerebro.

Parte de su mente se acobardaba, gimoteaba, suplicaba que se alejara, pero otra (la mayor) tenía que llegar al final.

Uno de los grifos giró.

Un líquido caliente se derramó sobre la pileta, salpicándole la tripa, el pecho, las manos y los brazos. Saltó hacia atrás y se miró, sintiendo de inmediato cómo su bien entrenada capacidad para soportar las arcadas se ponía a prueba por segunda vez aquella noche.

Estaba cubierto con cuarterones y salpicaduras oscuras de la sangre que aún manaba del grifo, formando un charco en el lavabo. Pero no se trataba del brillante carmesí que tuvo el día anterior la sangre de su labio. Aquella masa era espesa y hedionda, ya medio coagulada. Su color tenía el rojo negruzco de las costras, y apestaba a carne descompuesta.

Delante de sus propios ojos, el otro grifo se abrió poco a poco. Un segundo fluido comenzó a mezclarse con la sangre podrida, algo menos viscoso y de color lechoso. El olor de la podredumbre se mezcló poco a poco con el del semen recién derramado. Al surgir de los dos grifos, ambos fluidos se entremezclaban como una especie de bastón de caramelo diabólico, rojo y blanco (y Negro. ¿No le encantaría a Trevor poner todo eso en una historia?).

Sintió cómo una risa histérica se agolpaba en su garganta. El piano borracho de Tom Waits no tenía nada que hacer contra aquel baño, cuyo lavabo sangraba y eyaculaba al tiempo. Genial. Puede que, a continuación, el retrete decidiera echarse una cagada, o que la bañera comenzara a babear.

Volvió a mirar al espejo y sintió cómo la risa se hacía amarga, cáustica, como el vomito áspero en el nacimiento de la lengua.

Salvo por ciertos elementos familiares (sus ojos verdes, la masa de pelo oscuro), Zach apenas reconocía su propio reflejo en el espejo. Era como si un escultor hubiera tomado un plano de su rostro y hubiera afeitado capas de carne de unos huesos de por sí prominentes. Su frente, pómulos y mentón estaban tallados en horrible relieve, la piel estirada sobre ellos como un pergamino, reseca y de un blanco enfermizo, como si al más leve toque pudiera empezar a desprenderse de los huesos. Sus fosas nasales y las cuencas de los ojos parecían demasiado grandes, demasiado profundas. Las sombras oscuras bajo los ojos se habían convertido en enormes oquedades oscuras en las que sus pupilas brillaban febriles. La piel alrededor de la boca parecía disecada, los labios estaban cuarteados y pelados.

No era el rostro de un chico de diecinueve años. Era la calavera que se ocultaba bajo su piel, esperando a ser revelada. De repente, Zach comprendió que las calaveras

siempre sonreían porque sabían que emergerían triunfantes, que conformarían la única identidad de la cara mucho después de que las naderías fatuas como los labios, la piel y los ojos hubieran desaparecido.

Contempló fascinado su imagen devastada. Poseía una cierta belleza consuntiva, una cierta llama oscura como la que arde en los ojos de los poetas demenciados y los niños famélicos.

Levantó la mano para tocar el espejo y las lesiones comenzaron a aparecer.

Al principio solo eran unos diminutos puntos púrpuras, uno en la inquietante protuberancia del pómulo, otro bisecando la curva oscura de la ceja, otro acunado en el pequeño hueco en la comisura de la boca. Pero entonces comenzaron a extenderse, profundizándose como enormes heridas, como una película pasada fotograma a fotograma en la que una orquídea hinchada se abriera bajo la superficie de la piel. Ahora casi la mitad de su cara estaba consumida por la podredumbre púrpura, cobrando un tinte azul necrótico en los bordes y salpicada por una telaraña escarlata de capilares reventados. Allí no había semblante alguno de belleza, ni llama oscura, nada salvo corrupción, desesperación y la promesa de la muerte.

Sintió cómo su estómago se rebelaba, cómo el pecho se le constreñía. Nunca había estado obsesionado por su aspecto, porque nunca lo había necesitado. Sus padres solían evitar machacarle demasiado la cara porque la gente podría darse cuenta. Aún tenía leves marcas de cinturón en la espalda y dos articulaciones tocadas en los dedos de la mano izquierda por roturas mal cuidadas, pero ninguna cicatriz facial. Nunca había sufrido acné. Había crecido ajeno a su propia belleza, y una vez fue consciente de que la poseía y supo para qué le servía, la había dado por hecha.

Ahora, ver cómo se descomponía era como sentir que el suelo desaparecía bajo los pies, como sufrir la amputación de un miembro, como ver cómo el bisturí descendía para dar el golpe final a la lobotomía.

(O como ver morir a un ser querido y saber que tuviste algo que ver con esa muerte... Zach, ¿te quieres?).

Los grifos seguían abiertos y el lavabo casi rebosaba con los dos fluidos gemelos. Un pequeño punto negro había aparecido en el centro de cada una de las lesiones de su cara, y poco a poco se fueron hinchando hasta explotar. El dolor recorrió toda la red de sus nervios faciales. De las diminutas heridas manaban gotas de un blanco grasiento y resplandeciente.

Zach sintió un repentino y cegador estallido de rabia. ¿Qué coño se suponía que era aquella cosa blanca? ¿Gusanos? ¿Pus? ¿Más semen? ¿Qué clase de representación moralista cutre era aquella?

—¡Que te jodan! —chilló, y agarró los bordes del espejo y lo arrancó de sus débiles sujeciones, arrojándolo a la bañera. El vidrio se rompió en pedazos con un estruendo que hubiera despertado a todo el cementerio de San Luis. El caudal del grifo comenzó a frenarse hasta desaparecer.

Inspiró profundamente y se llevó las manos a la cara, las frotó contra las mejillas.

Su piel era suave y firme, sus huesos sobresalían lo habitual. Bajó la vista hasta su cuerpo. No había enormes llagas abiertas, ni escaras cancerosas de color púrpura. Su estómago y caderas eran flacos, pero no esqueléticos. Incluso los cuarterones de sangre podrida habían desaparecido. No parecía haber nada raro en su escroto, que intentaba ocultarse dentro del cuerpo.

Los hombros se le hundieron y las rodillas se le hicieron líquidas, y tuvo que apoyarse en el borde del lavabo para sujetarse. Al hacerlo vio movimiento en la bañera, algo aparte de su propio movimiento reflejado en los fragmentos de espejo roto, una oscilación que parecía recorrer todos los fragmentos brillantes, a un lado y al otro, a un lado y al otro...

Se quedó contemplándola, incapaz de apartar la mirada pero aterrado de que sus ojos y su mente reunieran al fin la gestalt de todos los reflejos infinitesimales. No quería saber qué colgaba ahí, oscilando en el espejo. Pero si apartaba la mirada, permitiría que escapara.

A su espalda, las bisagras de la puerta chirriaron. Zach giró de golpe con los músculos tensos, dispuesto a enfrentarse a quien quisiera atacarlo. Vio a Trevor recortado contra el marco de la puerta, desgredado y somnoliento, con una expresión a medio camino entre la incomprensión y el espanto.

—¿Qué estás haciendo?

—¿Cómo...? —Zach tragó saliva. La boca y la garganta se le habían quedado secas, y le costaba hablar—. ¿Cómo has entrado?

—Giré el picaporte y abrí. ¿Por qué te has encerrado aquí?

Incapaz de decir palabra, Zach señaló el lavabo. Trevor siguió el movimiento del dedo y negó con la cabeza.

—¿Qué?

Zach miró la pila. Estaba vacía, y las únicas manchas eran las del polvo y el tiempo. El cuadrado de yeso sobre ella, allí donde había colgado el espejo, estaba más pálido que el resto de la pared. Trevor también lo notó.

—¿Has...?

Vio el espejo roto en la bañera y frunció el ceño. Entonces su mirada se posó sobre la barra doblada de la cortina y volvió rápidamente a Zach, alejándose de las levísimas sombras que se retorcían lentamente en la pared. Le apretó la muñeca con los largos dedos y tiró de él con fuerza.

—Sal de aquí.

Se dirigieron dando tumbos al pasillo y Trevor cerró la puerta de un portazo tras él. Se quedó allí un momento, con los ojos cerrados, respirando con dificultad. Entonces empujó a Zach pasillo abajo hacia la cocina, tirando de su brazo cuando no se movía lo bastante rápido.

—Ey... Qué... No...

—Calla.

Trevor buscó a tientas el interruptor de la cocina, empujó a Zach hacia la mesa y

se sentó, con la cara enterrada en las manos. Zach vio cómo le temblaban los hombros. Se acercó para masajear los músculos contraídos, pero Trevor se tensó aún más y le apartó las manos de un manotazo.

—¡NO ME TOQUES!

Zach sintió como si le hubieran metido el corazón en agua helada. Se apartó de la mesa, hacia la puerta.

—¡Genial! ¡Tú no me quieres aquí, tus fantasmas no me quieren aquí! ¡Creo que lo mejor es que me largue! —Miró alrededor, tratando de localizar la mochila que contenía el ordenador portátil y el OKI. Estaba apoyada en el refrigerador, y tendría que pasar junto a la mesa para llegar a ella. Además, sus gafas seguían en el dormitorio. No iba a poder ser una salida melodramática.

Pero Trevor ni siquiera levantó la mirada.

—Te quiero aquí. Y creo que ellos también. Siéntate.

—No me digas qué...

—Zach. —Ahora levantó la cabeza. Su expresión era desesperada, y sus ojos tenían un brillo confuso, ausente—. No me jodas. Por favor. Solo siéntate y habla conmigo.

Aún tenso, pero curioso, Zach apartó la otra silla. No quería irse, pero odiaba que le dijeran lo que tenía que hacer.

—¿De qué quieres hablar?

—¿Qué viste ahí dentro?

—Lo bastante para joderte.

—Cuenta.

Zach se lo dijo todo. Al final del relato volvía a sentirse enfadado, pero no con Trevor. Estaba cabreado con la casa, tanto como cuando había roto el espejo. Que le dieran a los patéticos sustos de esa casa de la risa, que le dieran a sus tristes juicios morales. Quería arrearle a Trevor en la cabeza, sacarlo de allí para siempre, entrar en Compuserv y comprar dos billetes de avión hacia alguna remota isla paradisíaca del Caribe.

Cuando terminó de hablar, Trevor tardó en decir algo. Su mano derecha descansaba sobre la mesa, con los dedos extendidos. Poco a poco, con cautela, Zach la cubrió con su propia mano, y esta vez Trevor no se retiró.

—¿Qué viste tú? —preguntó por fin.

Trevor guardó silencio tanto tiempo que Zach no estaba seguro de que fuera a responder. Pero entonces levantó la mirada. Sus pupilas eran enormes, totalmente negras contra la palidez de sus ojos.

—A mi padre —dijo.

Ninguno de ellos tenía muchas ganas de volver a dormir. Se quedaron en la cocina hablando de otras cosas, cualquiera menos la casa silenciosa que los rodeaba.

Trevor seguía visiblemente molesto, de modo que Zach trató de distraerlo, preguntándole acerca de tebeos que le gustaban o que odiaba, tratando de hacerlo discutir de política. (Zach creía que había que intentar socavar, subvertir y atacar la vasta estructura del poder americano por todos los medios posibles, por pequeños que fueran, mientras que Trevor opinaba que lo mejor era salir y empezar a volar cosas, o simplemente deslizarse entre las grietas e ignorar por completo el sistema). Cuando Zach mencionó su idea de limpiar la ficha policial de cuanto traficante pudiera encontrar, Trevor lo interrumpió.

—¿Podrías...?

—¿Qué? ¿Quieres otro porro?

—No. ¿Podrías enseñarme algunas de esas cosas informáticas?

Zach sonrió maligno, flexionó los dedos frente al rostro de Trevor y adoptó el acento de Charlie Chan que siempre llevaba a Eddy al paroxismo del cabreo.

—¿Y adónde quelel il honorable novio? ¿Citibank? ¿NASA? ¿Pentágono?

—¿Puedes entrar en el Pentágono?

—Bueno, eso llevaría un buen trabajo —admitió Zach—. Ey, ¿sabes qué? Vamos a ver si la electricidad está activada de verdad.

—¿Quieres decir que vas a entrar en la compañía eléctrica?

—Claro.

—Pero si está activada, ¿no se darán cuenta y nos la cortarán?

—No vamos a cambiar nada. A no ser que quieras, claro. Solo echar un vistazo. Primero necesitamos un número.

Antes de que Trevor pudiera decir nada, Zach tenía preparados el ordenador portátil y el teléfono móvil sobre la mesa. Marcó el 411, esperó y habló:

—Raleigh... El número de Carolina Power & Light, por favor.

Escribió algo en uno de sus *post-it* amarillos y se lo enseñó a Trevor.

—¿Pero eso no es solo su oficina?

—Nada de «solo». Es una semilla de información. Ahora veamos qué podemos sacar de ella. Apaga esa luz.

Trevor se levantó y apagó el interruptor. Ahora, la cocina solo estaba iluminada por el suave brillo plateado procedente de la pantalla del ordenador. Zach marcó algunos números más, y entonces sus dedos comenzaron a volar sobre el teclado en un rápido staccato. Señaló la pantalla.

—Mira esto.

Trevor se inclinó sobre su hombro.

LOGIN: LA52

CONTRASEÑA:

WC?RA

WC%

—¿Qué es eso?

—COSMOS —dijo Zach con reverencia—. La base de datos central de AT&T.

—Vaya.

—Sí. Así que... —Zach introdujo algunos caracteres más y después el número de teléfono que había obtenido del servicio de información—. Así conseguimos una lista de todos los números de Carolina Power & Light. Incluyendo los de sus conexiones informáticas. Incluyendo las cuentas. —Al tiempo que hablaba, la información aparecía sin cesar en su pantalla.

—¿Cómo conseguiste entrar en COSMOS la primera vez?

—Con un nombre de usuario y una contraseña robados.

—¿No es peligroso?

—El tipo al que se los robé ni siquiera sabe que existo. Solo le quité información, y él aún la tiene ahí, a su disposición. —Zach levantó la cabeza para apuntar otro número—. Esa es la belleza del ciberespacio. Puedes coger toda la información que quieres y nadie pierde nada.

—Entonces, ¿cómo estás en un lío tan gordo?

—Bueno... Si a Ellos no les gusta siquiera que robes información, imagínate cómo se ponen cuando empiezas a chupar dinero de sus cuentas bancarias.

—¿Ellos?

—La Conspiración —dijo Zach sombrío—. Espera... —Estaba marcando de nuevo, antes de seguir tecleando a toda prisa—. ¡Bingo! ¡Estamos dentro!

—¿Y ahora qué?

—Ahora tenemos que intentar averiguar cómo funcionan sus sistemas. —Zach frunció el ceño a la pantalla, pulsó algunas teclas, se pasó los dedos por el pelo y se lo apartó de la cara. La luz del ordenador daba a su rostro un tono blanco azulado, acentuando los huecos bajo las mejillas y alrededor de los ojos—. Puedes realizar una búsqueda por nombre o por dirección. Probemos con McGee, Robert...

—Supongo que las facturas estarían a nombre de mi madre. El currículum crediticio de Bobby no era muy brillante que digamos cuando dejamos Austin.

—Muy bien. McGee, Rosena...

—¿Cómo sabes el nombre de mi madre?

Zach levantó la mirada. Sus ojos parecían acorralados, la boca estaba ligeramente abierta.

—¿Eh?

—Nunca te he dicho su nombre.

—Oh. Bueno... Supongo... Eh... Supongo que leí esos informes de autopsia de tu mochila.

Trevor lo cogió por el hombro y lo zarandeó. Sintió cómo Zach se encogía un poco, y la sensación fue más gratificante de lo que le gustaría.

—¿Es que no tienes el menor respeto por la PUTA PRIVACIDAD?

—No. —Zach extendió las manos indefenso—. Lo siento, Trev, pero no. Estaba

interesado en ti, y quería saber acerca de ti. La información estaba ahí, así que miré.

—Yo te hubiera enseñado...

—Lo habrías hecho ahora. No lo hubieras hecho ayer. Y yo quería saber entonces.

—Genial. —Trevor negó con la cabeza—. Bienvenido a la generación de la satisfacción instantánea.

—Sí, soy culpable. ¿Quieres ver esas facturas eléctricas o qué?

—¿Las has encontrado?

—Aún no, espera... No, no hay nada por el nombre de tus padres, ni por el tuyo. Pero aquí está la cuenta del Tejo Sagrado. —Zach dio un largo silbido bajo—. Un notable balance de 258,50 dólares. ¿Le afeitamos ese cero? ¿Qué dices?

—No creo que Kinsey...

—Demasiado tarde. 25,85 dólares, ahora tiene mejor aspecto. Veamos... Buckett, Terry... No, él está al día.

—¡Creía que no ibas a cambiar nada!

—Oh. —Zach miró a Trevor, sonriendo como una zarigüeya—. Solo estoy divirtiéndome un poco. ¿Quieres ver cambios de verdad?

—¡No! ¡Limítate a encontrar la maldita casa!

—Bueno, bueno, conservemos la calma. Apartado rural 17, Violin Road, Missing Mile... —Zach tecleó la dirección—. Ajá... Servicio cortado el 20 de junio de 1972.

—Eso quiere decir que...

—Que la casa genera su propia electricidad.

La cocina quedó de repente inundada con una áspera luz blanca, y se cubrieron los ojos instintivamente con la mano. Justo cuando entreabrían los dedos para ver que no había nadie junto al interruptor, la estancia volvió a quedar sumida en la oscuridad. Después la luz volvió a encenderse durante algunos dolorosos segundos. Apagada otra vez.

—¡Déjala encendida! —gritó Trevor—. ¡Déjala encendida, joder!

La cocina permaneció a oscuras. Trevor echó la silla atrás con tanta fuerza que esta cayó al suelo. Cruzó la cocina de tres zancadas y pulsó el interruptor.

—Que la dejes —dijo. Zach no hubiera querido discutir con aquella voz.

Salió del sistema de la compañía eléctrica y apagó el ordenador. Ya había habido suficiente por una noche.

—Volvamos a la cama —dijo. Lo que en realidad quería decir era «salgamos de aquí cagando leches», pero Trevor llevaba veinte años esperando aquello, y Zach solo lo conocía desde hacía dos días. Si quería estar con él, allí es donde debería encontrarse. Al menos de momento.

Pero este lugar no va a tolerarlo, pensó mientras se metía en la cama con Trevor, acomodaba el mentón sobre su hombro y le pasaba el brazo por el torso huesudo. Cuando todo esto haya acabado te vienes conmigo. Te lo juro.

Capítulo dieciséis

Durante toda la noche, Trevor sintió los ojos de su padre observándolo mientras dormía, tratando de infiltrarse en sus sueños para reclamarlos. Los ojos de Bobby estaban velados como canicas de color azul pálido, como cubiertos por una nube, aunque aún los tocaba una última chispa de consciencia, una especie de media vida infernal. ¿Había quedado Bobby atrapado allí, en ese cuerpo, condenado a la lenta y secreta disolución de la tumba? ¿O en el baño, en la pintura amarilla pelada y la porcelana cuarteada, impreso en el aire caliente y estancado, tejido en la misma urdimbre del tiempo que se había detenido allí para él?

«¿POR QUÉ ME DEJASTE?», quería gritarle a su cara muerta. «¿EN QUÉ ESTABAS PENSANDO? ¿CREÍAS QUE MI VIDA ACABARÍA SIENDO UN LECHO DE ROSAS? ¿O ERAS CAPAZ DE VER TODO LO QUE ME ESPERABA, Y AUN ASÍ ERA LO QUE DESEABAS PARA MÍ?».

Abrazó a Zach y trató de perderse en el calor de la carne viva y sólida, en los pequeños ruidos del sueño, en los cambios del otro cuerpo que ya sentía como familiar a su lado. Pero, mientras entraba y salía de su sueño inquieto, vio de nuevo la forma colgada de la barra de la cortina, la cuerda aún girando en pequeños círculos sin sentido, agitada por alguna corriente o por los imperceptibles movimientos de los músculos y nervios de Bobby, cada vez más fríos.

Solo lo había visto durante unos pocos segundos, e incluso así había parecido resplandecer, como si lo estuviera contemplando directamente con el cerebro, no con los ojos. Fuera como fuera, todos los detalles que había reprimido de aquella mañana tan lejana habían vuelto. La palidez de las manos y los pies, los dedos a punto de reventar como uvas negruzcas, las lentas gotas de sangre que se derramaban desde debajo de las uñas. El tétrico mapa venoso que recorría el pecho y los hombros, claramente visible a través de la piel drenada. El pene encogido y de aspecto indefenso, casi oculto en el vello púbico pelirrojo de su padre.

De repente despierto, con el corazón latiendo dolorosamente, Trevor abrazó a Zach aún más fuerte. Zach no lo había visto. Él era su talismán, su único hilo de conexión con una posible vida más allá de la casa. No se había cuestionado las razones de Trevor por estar allí, no le había pedido que se fueran ni siquiera después de la experiencia en el baño. Era evidente que estaba aterrorizado cuando abrió la puerta, pero allí seguía. ¿Era porque consideraba que la casa era una especie de extensión de Trevor, y que por tanto confiaba en que no le hiciera daño?

Si ese era el caso, reflexionó, Zach tenía más fe en él que nadie en toda su vida.

Bueno, al menos desde Bobby.

¿Pero cómo puedo saber que a ti no va a hacerte daño?, pensó, apretando la cara contra la nuca de Zach en la oscuridad, saboreando la piel salada contra los labios,

sintiendo el pelo aterciopelado contra sus párpados. ¿Cómo sé siquiera que yo no voy a hacerte daño? Tu carne es tan maravillosa en mi boca, entre mis dedos, que a veces quiero seguir tirando y rasgando y masticando.

Volvió a dormirse recordando el sabor de la sangre de Zach en su garganta, imaginando cómo la piel se le abría entre los dedos, cómo el corazón aún palpitaba entre sus manos sanguinolentas.

Y de repente la luz del sol comenzó a filtrarse por las ventanas sucias, haciéndole cosquillas en los ojos. Le dolía un poco la cabeza y sentía el cuello algo agarrotado. Arqueó la espalda y se estiró, antes de girar la cabeza sobre la almohada para mirar a Zach.

Lo que vio le hizo contener el aliento de golpe y cerrar los ojos al instante. Zach estaba boca arriba, con los brazos sobre la cabeza, la cara vapuleada pero serena, muy pálida. En el centro de su pecho, justo sobre el arco de las costillas, había un orificio carmesí de bordes rasgados. De él había manado una sangre oscura que había manchado su estómago y su rostro, anegando también las sábanas.

Trevor no era capaz de volver a mirar. «Ser un verdadero artista significa no apartar nunca la mirada», recordó que había escrito Crumb, aunque estaba bastante seguro de que la cita original no era suya. Pero no podía abrir los ojos. Lo que hizo fue estirar una mano temblorosa hasta dar con el hombro de Zach. Poco a poco pasó la mano sobre la superficie corrugada de la caja torácica. La piel estaba húmeda, casi mojada, pero no era capaz de decir si se trataba de sudor o de sangre. Pasó los dedos sobre el pecho, explorando como un ciego, esperando que se hundieran en aquel agujero rojo y crudo, en aquella sopa de músculos, órganos y huesos rotos.

Pero no pasó eso, sino que sintió el corazón de Zach latiendo con fuerza y firmeza bajo su mano, a su amante agitándose ante su toque. Entero. Vivo. El alivio que lo inundó fue tan caliente como lo había sido la sangre imaginada, aunque más dulce.

Zach despertó con el pelo de Trevor sobre su cara, la boca cálida de Trevor alrededor de su pezón izquierdo, la mano de Trevor deslizándose sobre su muslo y su cadera, acariciando con suavidad su polla ya casi erecta. Así, no recordó de inmediato lo sucedido en el cuarto de baño, y cuando llegó el recuerdo lo hizo como algo remoto y poco amenazador, como una pesadilla recordada solo a medias.

Trevor se deslizó y comenzó a chupársela, hasta que por fin los pocos restos de la resaca de vino de Zach se disolvieron como los restos de una placenta y desaparecieron. La lengua de Trevor hacía que su piel se erizase y la sangre se le acelerara. No era un amante hastiado, como la mayoría de los que había conocido. Ellos sabían las mismas cosas que Zach: cómo satisfacerse a sí mismos, como lograr reacciones fisiológicas universales del cuerpo con el que acabaran en la cama. Pero Trevor estaba aprendiendo a complacerlo a él, y Zach pensaba en lo que le gustaría a Trevor, y cada vez que despertaban juntos volvían a aprenderlo de nuevo. Aquella era una inmensa diferencia.

¿Y qué te ha hecho cambiar de idea, Zachary?, oyó que le preguntaba la voz de

Eddy, algo triste, algo recriminatoria. ¿Qué te hizo comprender que no te ibas a convertir en una calabaza si hacías el amor más de una vez con alguien que de verdad te importara un poco?

No lo sabía. Solo podía mirar con asombro su vida de hacía tres días, la vida que no había contenido a Trevor Black, y preguntarse cómo había podido sobrellevarla. ¿Qué había sido para él el mundo sin aquellos sentimientos, sin aquel muchacho demente, brillante, hermoso? Le costaba recordarlo.

Ahora las manos de Trevor tiraban de él, la lengua hábil tanteaba sin descanso. A medida que ganaba confianza en lo que hacía, Trevor se revelaba como un amante casi invasivo, decidido a poner sus dedos en cualquier pliegue y hueco del cuerpo de Zach, en llevarse a la boca cada centímetro disponible de su piel, en bañarse en los jugos del sexo, y quizá ahogarse en ellos. Era casi doloroso, pero de un modo exquisito, como una ola cerúlea que rompiera su espuma contra una costa de un blanco puro, como la liberación de la vena hinchada cuando el yonqui clava la jeringuilla.

Pero de repente Zach se vio atrapado en el recuerdo de su propia imagen en el espejo del baño antes de que lo rompiera. La luz de la fiebre en sus ojos, atravesándolo directamente hasta el cerebro. El rostro emaciado. Aquellas heridas... Pensó en todos los fluidos que habían pasado entre él y Trevor, mezclados con los extraños productos químicos y los venenos sutiles que acecharan en sus cuerpos.

Entonces se sacó la idea de la cabeza, como siempre hacía con tales cosas.

Pero aquella vez le costó más.

Por la tarde estaban sentados en la mesa de la cocina, Trevor dibujando mientras Zach creaba una cuenta bancaria en Raleigh por diversión. Después se dirigieron al centro a tomar unos huevos a la cafetería, que servía desayunos todo el día para adaptarse a los horarios de su clientela.

Trevor acabó afectado por un café brutalmente fuerte, y Zach imbuido de la energía curativa de una comida que podía mantener en el estómago. Vagaron por la calle y se detuvieron en Potter's Store para que el aire acondicionado aliviara su piel empapada de sudor y sexo.

Zach se detuvo para jugar con una vieja calculadora, perdiéndose brevemente en la textura sensual de las teclas bajo sus dedos. Cuando levantó la mirada reparó en que estaba solo. Encontró a Trevor en el siguiente pasillo, mirando algo llamado Cepillo de Dientes Higiénico Sin Cables Sunbeam. La caja estaba decorada con estrellas de cuatro puntas descoloridas. A su lado estaban las cabezas amputadas de una familia WASP: mamá, papá, la hija y Junior, todos con sonrisas resplandecientes, y presumiblemente higiénicas. ¿Dónde estaban ahora aquellas complacientes caras de los años cincuenta, se preguntó Zach, aquellos iconos insulsos e inocentes de la publicidad de posguerra, aquellos arquetipos americanos manufacturados?

—¿Qué ha pasado con estos tipos? —preguntó en alto.

Trevor abandonó el intenso escrutinio de los aspectos gráficos de la caja. Su mirada era aguda y muy clara.

—Llegaron los sesenta y les aplastaron esas cabezas diminutas.

Zach seguía rumiando aquella frase una y otra vez mientras dejaban la tienda. Trevor no había tenido que pensar para responder: su vida había sido un estudio acerca de qué había sucedido exactamente con aquella clase de familia mítica.

Siguieron recorriendo Firehouse Street hasta la sección deprimida del pueblo, pasaron junto a escaparates cubiertos de papel, puertas selladas, coches abandonados sobre sus amortiguadores. Cuando llegaron al Tejo Sagrado y oyeron un ritmo de bajo y batería procedente del local a aquella hora tan temprana, se detuvieron para ver qué pasaba. Resultó ser una prueba de sonido de Gumbo a todo trapo.

Terry Buckett estaba en el escenario con otros dos tipos, un chaval delgado con el pelo cortado a lo tazón y gafas de Lennon que tocaba el bajo, y un rubio teñido de aspecto diabólico a la guitarra. El rubio, observó Trevor, tenía un tatuaje de *Mr. Natural* en el bíceps izquierdo, y el aspecto de haber nacido con la Stratocaster pegada al pecho. También era guapo, con una cara de sibarita y un cuerpo desgarrado y musculoso. Trevor se descubrió preguntándose si Zach se había dado cuenta. Qué tonto, pensó, pero la idea no lo abandonó.

La canción sonaba como un cruce entre los Cramps y alguna clase de vieja música surfera. Cuando terminó, Terry se levantó de la banqueta de la batería y cruzó el escenario para saludarlos.

—¡Me he quedado sin voz! —dijo con un susurro áspero y dramático.

—Supongo que esta noche toca concierto instrumental —añadió el chico con gafas a lo Lennon—. Ni yo ni Calvin cantamos.

—¿Por qué no suspendéis el concierto? —preguntó Zach.

Terry hizo un gesto triste con los ojos.

—Kinsey necesita el dinero como agua de mayo, y nosotros también. Trevor, Zach, este es R.J. Es un pringao, pero es mi más viejo amigo. Y este es Calvin.

—Ey —saludó R.J., y comenzó a afinar el bajo. No parecía especialmente preocupado porque lo insultaran. Calvin miró directamente a Zach y su rostro se dividió con una sonrisa deliciosa, resplandeciente. Parecía que se quisiera comer a Zach allí mismo.

—Eh, hola —dijo—. ¿Sois nuevos aquí?

Zach comenzó a devolverle la sonrisa, pero pareció contenerse, y le dio a Calvin una incómoda media sonrisa.

—Sí —dijo—. Los dos.

—Oye, pues si necesitas a alguien que te enseñe las vistas avísame, ¿vale? —Calvin hizo hincapié en la segunda persona del singular.

Trevor quería bajarlo del escenario y aplastarle la cabeza como un melón contra el suelo pegajoso. Era evidente que los dos estaban juntos. ¿Acaso era también capaz

de ver la poca idea que tenía acerca del sexo? ¿Acaso podía leer una añoranza indefinida en la mirada de Zach?

—Eh... Gracias, pero creo que ya he visto todos los sitios importantes. —Zach se volvió hacia Trevor y lo rodeó con el brazo—. Vamos —le urgió—, vamos a ver en qué anda metido Kinsey.

Se dirigieron hacia la parte trasera del local, pero en opinión de Trevor, Calvin ya había sufrido todos los tormentos de un infierno particularmente cruel.

Sobre el escenario, Calvin los vio alejarse y Terry vio cómo los veía. Aquellos ojos malvados devoraban a Zach desde la cima de su pelo enredado hasta las suelas de sus zapatillas. Era justo su tipo, y Terry lo sabía: huesos finos y palidez sobrenatural, pero especiada con unos labios astutos.

—Déjalo en paz —le advirtió.

—¿Quién es el que va con él?

—El chico de Bobby McGee.

Calvin abrió los ojos como platos.

—¿La necesidad de matar es hereditaria?

—Quién puede saberlo. Yo no me metería con él. Mierda, me duele la garganta. —Terry hizo una mueca mientras cogía sus baquetas—. ¿Queréis darle otra vez a Bad Reaction?

En la barra, Kinsey saludó a Trevor y a Zach antes de volver a concentrarse en la contabilidad. Zach pasó bajo la barra y se sirvió una National Bohemian y una Coca-cola de la nevera. Le tiró el refresco a Trevor, se abrió la cerveza y dejó tres dólares sobre la barra.

Kinsey levantó la mirada ante el sonido de las bebidas abriéndose y se concentró en Zach.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó.

—Eh..., diecinueve. ¿Por qué?

—Te dejo que te la bebas porque estamos cerrados. Pero en horas de apertura no puedes beber alcohol aquí. ¿Entendido?

—¿Eh? —Zach mostraba un completo pasmo—. ¿Por qué? ¿Qué he hecho?

—Nada, pero eres demasiado joven. No sé cuál será la edad para beber allí de donde vienes, pero aquí es de veintiuno. Podrían cerrarme por servirte una cerveza.

—Pero...

—Si quieres beber alcohol, te traes una petaca. No la enseñes mucho y no le digas a nadie que te he dicho que podías traerla. Esas son las reglas.

—¿Reglas?

—¿No hay reglas en Nueva York?

Zach miró impotente a Trevor, que supuso que tenía que decir algo. Era evidente que Zach estaba tan desconcertado por el concepto de una edad legal para beber que

su lengua de plata había desertado. Pero, para empezar, nunca tendría que haber contado esa estúpida historia de Nueva York. Era un neoyorquino de pura cepa tanto como Trevor era un indio de Calcuta. Y, además, le había devuelto la sonrisa al guitarrista. Que Kinsey siguiera sacudiéndolo un poco.

Pero Kinsey aflojó el tono.

—Estás en el corazón del Cinturón de la Biblia —le dijo—. Tendrías que alegrarte de no haber acabado en uno de los condados secos.

Zach negó con la cabeza en silenciosa incompreensión. Kinsey terminó de sumar una columna de números, se desenroscó en el taburete y se dirigió hacia la puerta trasera. Trevor y Zach quedaron solos en el bar.

—Me da que ni siquiera me comprarás una tú.

—Acertaste.

—Mierda.

La prueba de sonido terminaba. Zach se fue al aseo y Terry y R.J. pasaron junto a él al dirigirse a la barra. Cogieron sendos botellines helados de la nevera y se desparramaron en un reservado, con la confianza de quien lo había hecho millones de veces.

—¿Dónde está Calvin? —preguntó Trevor, incapaz de contenerse.

Terry señaló a la calle antes de llevarse la mano a la garganta.

—Ha ido a la tienda a por tabaco —tradujo R.J.

Bien, a ver si se muere de cáncer de pulmón.

—¿Va a volver?

Terry lo observó inquisitivamente antes de indicarle que se acercara. Trevor se sentó en el reservado a su lado y Terry le puso la mano en el hombro, antes de acercarse a él para susurrarle. Unos días atrás, Trevor se habría encogido ante el contacto por puro reflejo, pero ahora fue capaz de controlarse.

—No te preocupes por Calvin —le dijo—. Cree que tiene la obligación de flirtear con cuanto chico guapo se le pone a tiro, pero es un buen chaval. No dejes que te preocupe.

—No me preocupa.

—Me parece muy bien. Pero si tienes que darle una paliza, no se te ocurra romperle ningún dedo. Todos los demás guitarristas decentes están fuera del pueblo.

R.J. resopló dentro de la cerveza. Terry asintió serenamente. Kinsey volvió con una cesta de zucchini etiquetada «gratis» y la dejó sobre la barra. Trevor se preguntó si alguien en aquel pueblo conservaba siquiera un rastro de cordura.

De repente, desde el baño, oyeron la voz de Zach cantando a grito pelado. Al parecer no sabía lo delgadas que eran las paredes, o no le importaba. Las cuatro cabezas se volvieron en la dirección de aquella clara y fuerte voz de tenor que se filtraba a través de las cañerías y los tableros de aglomerado.

—OLD MAN RIVVVERRRR... HE DON'T LIKE COTTON... TIRED O'LIVINNN', SCARED O'ROTTIN'...

Entonces oyeron la cisterna vaciándose y Zach volvió al bar, donde se encontró a todo el mundo mirándolo.

—¿Qué?

—No sabía que supieras cantar —dijo Trevor.

Zach se encogió de hombros, tratando sin éxito de ocultar su placer por ser el centro de atención.

—Sangre cajún. Tienes suerte de que no toque el acordeón.

Trevor se encogió y Zach comprendió que acababa de revelar frente a Terry, R.J. y Kinsey una importante información acerca de su pasado. No podía estar seguro de si los demás lo habían pillado, pero Kinsey pareció al principio sorprendido y luego vagamente satisfecho, como si no hubiera hecho otra cosa que confirmar una sospecha que albergaba desde que se conocieron.

Bueno, no parecía muy probable que Kinsey le echara a los federales encima. Por supuesto, Clifford Stoll también era un *hippy* entrado en años y había delatado al Club del Caos Informático, un grupo de piratas alemanes que no estaban haciendo más que entrar en sistemas americanos mickeymouse y tratando sin muchas ganas de vender información al KGB.

Tragó saliva, decidió simular que aquel despiste no había sucedido y se sentó en el reservado junto a R.J. Su zapatilla encontró la de Trevor bajo la mesa y se apretó contra ella.

—En realidad no sé cantar —dijo con vaguedad—. Vamos, que nunca he estado en un grupo, ni nada así.

—¿Y te gustaría? —intentó decir Terry.

—Bueno... —Miró al otro lado de la mesa a Trevor, que estaba dibujando patrones en la humedad dejada por las botellas de cerveza sobre la mesa—. No sé cuánto voy a estar aquí —dijo, y Trevor levantó la mirada.

—¿Y qué tal solo por esta noche? —preguntó R.J.—. ¿Crees que puedes aprender unas cuantas canciones tan rápido?

—Si me escribís las letras y me dais unos minutos, sin problemas.

—¿Solo unos minutos?

—Bueno, después podemos ensayar para aprendérmelas de verdad. Pero puedo memorizar muchas cosas muy rápido.

—Mola. —R.J. y Terry se dedicaron sendos asentimientos—. ¿Y quieres hacerlo?

—¿Qué clase de música es?

—Quingombó —respondió R.J.—. Un poco de esto, un poco de aquello, y todo bueno.

—Eh... —Zach volvió a mirar a Trevor, que se había encogido de hombros y miraba hacia otra parte con una pequeña sonrisa. Probablemente pensara que aquello no era más que una bobada, por no decir una gilipollez. Zach sabía que liderar a un grupo de *rock* popular en la zona, aunque solo fuera durante una noche y en un local alejado de cualquier circuito importante, no era el curso de acción más inteligente

para un fugitivo buscado por la justicia. Pero no podía evitarlo: la idea de coger un micrófono vestido todo de negro, y tener la posibilidad de gruñir y bailar durante una hora o dos frente a su nuevo amante y una multitud de freaks a la moda, ya lo había seducido.

—Sí —dijo—. Me apetece hacerlo.

Sonó el teléfono del bar. Kinsey se apartó de sus libros de contabilidad para contestar, habló un momento y dejó el receptor sobre la barra.

—Trevor, es para ti.

Trevor se levantó frunciendo el ceño. Nadie sabía que estaba allí.

—¿Quién es? —preguntó, pero Kinsey se limitó a negar con la cabeza. C cogió el teléfono—. Hola.

—¿Hola, Trevor? Soy Steve Bissette, de Taboo.

—Ah, hola. —Taboo era su antología de tebeos favorita, aquella a la que había pensado enviar su historia de Bird. Stephen Bissette, además de un escritor y dibujante de exquisito gusto, era también su editor. Trevor no tenía ni idea de cómo había conseguido el número del Tejo Sagrado, o para qué lo querría.

—Oye, gracias por mandarme Incidente en Birdland. Creo que es una historia realmente retorcida, y me encantan tus dibujos.

—Gracias —dijo Trevor aturdido. Nunca había dibujado una historia titulada Incidente en Birdland, y por mucho que se esforzara no recordaba haber enviado nada a Taboo. Había pensado en titular la historia de Bird Incidente en Jackson, pero lo había descartado como demasiado aburrido, y no le había dado un nuevo nombre antes de que terminara hecha trizas.

—Sobre todo me encanta el final, cuando los músicos zombis crucifican al *sheriff* y lo queman. Tengo que admitir que no me lo esperaba.

—Gracias —volvió a decir Trevor. Miró por encima del hombro hacia el reservado. Calvin había vuelto y estaba inclinado sobre la mesa, quitando el celofán a sus Marlboros con elaborada indiferencia, pero Zach lo miraba a él. Levantó las cejas de forma inquisitiva.

—Bueno, a lo que iba —dijo Bissette—. Me gustaría comprarte la historia. Solo quería asegurarme de que tengo que mandar el contrato y el cheque a esta dirección.

—¿Me la puede leer?

Oyó unos papeles revolviéndose.

—Apartado rural 17, Violin Road...

—No. Envíelo a la atención del Tejo Sagrado. —Leyó la dirección de una factura del agua que había sobre el mostrador.

—Genial. Oye, y me encantaría ver más cosas tuyas. Pero la próxima vez no me envíes originales por correo ordinario, ¿de acuerdo? No es fiable. Mándame copias, o hazlo por FedEx. O por fax, si quieres. Puedo darte el número.

—No, da igual. Mandaré copias.

Se despidieron y Trevor colgó, sintiéndose como si acabara de fumarse solo dos o

tres de los porros de Zach: confuso, ligeramente exultante y totalmente desorientado.

Volvió a la mesa y se inclinó para hablar al oído de Zach.

—¿Podemos hablar un momento?

Atravesaron la silenciosa penumbra del bar y pasaron junto al *graffiti* que rezaba «no tenemos miedo». Trevor deseaba que fuera cierto. El sol brillaba en lo alto y la acera resplandecía por el calor. El cielo era del color de unos vaqueros desgastados, y estaba preñado de lluvia esperando a caer.

Trevor recitó la surrealista conversación. Los ojos de Zach se abrieron detrás de sus gafas, y se apoyó sobre el edificio negando con la cabeza.

—Esto cada vez se pone más raro.

—¿Has visto los trozos de la historia después de aquella mañana?

—Creía que los habías recogido tú para tirarlos.

—Yo creía que lo habías hecho tú.

Se quedaron mirándose, con la confusión y el miedo escritos en sus rostros. Al fin Zach dijo:

—¿Seguro que quieres quedarte ahí?

—No. Pero tengo que hacerlo.

Zach asintió. Trevor lo miró un momento antes de preguntar en voz baja:

—¿Estás seguro de que tú quieres quedarte?

—No.

—¿Vas a irte?

—No. Ahora no. —Tomó las manos de Trevor en las suyas—. Pero... pero ya sabes que podría tener que irme. Y de ser así, no será previo aviso.

—Lo sé. Pero tengo que quedarme, al menos hasta que descubra...

—¿El qué?

—El motivo por el que sigo vivo.

—Trev... —Zach apoyó los brazos en sus hombros y le pasó las manos tras el cuello—. ¿Y si no hay motivo? ¿Y si simplemente estaba loco?

—Entonces tengo que saber que fue así.

Se quedaron en la acera, abrazándose bajo la tarde calurosa. El cuerpo de Zach ya era como un reconfortante y viejo amigo en brazos de Trevor. Su tensión disminuyó un poco.

—Entonces, ¿vas a cantar?

—Sí. Terry me está escribiendo las letras. ¿Te importa estar solo mientras ensayo con ellos?

—No, hombre. ¿Qué piensas de ese Calvin?

—No lo sé. No hemos cruzado ni diez palabras. Será normal, supongo.

—Lo odio.

Zach levantó la mirada, sorprendido, y vio que lo decía en serio.

—¿Y eso?

—Por el modo en que te miró.

Zach rompió a reír, pero se paró al ver la expresión de Trevor.

—No seas idiota —dijo—. Estoy contigo, ¿entiendes? Estoy loco por ti, Trevor. No hay competición alguna.

—Y por el modo en que lo miraste.

—¡Me cago en la leche! —Zach cogió a Trevor por la camiseta y acercó sus caras—. Anoche tu casa me atacó. Me encerró en el baño y me hizo ver en el espejo cómo moría. No sé qué más hubiera hecho si no hubieras aparecido. Si no fueras más que un polvo sin importancia, ¿crees de verdad que seguiría aquí, joder?

—¡No lo sé! ¿Cómo voy a saber lo que vas a hacer? —Cogió a Zach de las muñecas y lo obligó a soltarle la camiseta—. Nunca había estado enamorado de nadie, ¿recuerdas?

—¡Ni yo!

Sus ojos se encontraron y quedaron paralizados. Estaban sujetándose los brazos, respirando con tensión, sin ceder ni un centímetro.

Esto es algo más que tener a alguien junto al que despertarte, comprendió Trevor. También es confiar en que ese alguien no te va a hacer daño, aunque sin duda lo hará. Es que puedan confiar en ti, en que no te irás cuando las cosas se tuerzan un poco. Los ojos de Zach estaban muy abiertos y eran intensamente verdes; su cara era más pálida que nunca. Incluso sus labios habían perdido el color, salvo por la mancha vívida de su cicatriz. Parecía enloquecido. Era hermosísimo.

Trevor comprendió que ya no estaba mirando a Zach sino estudiándolo, intentando memorizar aquel rostro. Al mismo tiempo, la furia de Zach pareció disolverse tan rápido como había llegado, reemplazada por una sonrisa absurda.

—¡Ey!

—¿Qué?

—¡Has vendido una historia a Taboo! ¡Es genial!

—Sí —dijo Trevor—. Pero aún me pregunto con qué nombre la he vendido.

Capítulo diecisiete

Eddy despertó el miércoles muerta de hambre, fue al Café du Monde a por un café y beignets, leyó el Times-Picayune sin encontrar más pistas, y regresó para encontrar que alguien había pegado un trozo sucio de papel a la puerta de su apartamento.

«Eddie», rezaba, «han hecho redada en casa de mis padres y se han llevado mi equipo. Estoy cooperando al máximo con el gobierno en el caso de Zachary Bosch, dob 5-25-73, SS# 238-54-6781. Conozco su coche. Y también leo los periódicos». Estaba firmado SD, e incluía un número de teléfono local.

Maldijo y arrancó aquel condenado papel de la puerta. Lo sentía sucio, arcano, indeciblemente detestable. Aplastó la nota y se preguntó cómo había pasado de la puerta de la calle, hasta que comprendió que su «seguridad» consistía en un teclado electrónico. Era presumible que tal dispositivo no pudiera frustrar a un Phoetus de DagOn.

Y también leo los periódicos.

¿Había visto Stefan, ese tarado de labios de pez y ojos saltones, el mismo artículo que ella había encontrado el día anterior, aquel del cajún que se disparaba con cinco armas distintas? ¿Había reflexionado al respecto y quizá, como quien no quiere la cosa, se lo había enseñado a sus amables vecinitos federales? «No sé si de verdad existe un sitio llamado Missing Mile», podía oírlo gimoteando, «pero si lo hay, más les valdría revisarlo».

Bueno, si era así, al menos había hecho un cierto intento por advertirla de ello. Puede que una pequeña porción de aquel asqueroso corazón quisiera que Zach tuviera una oportunidad.

Pero, por supuesto, era trabajo de Eddy el dársela.

Se sentía como si le hubieran metido el cerebro en una centrifugadora. Las neuronas daban vueltas de forma confusa, las sinapsis se separaban y se cortocircuitaban. Se sentó en la cama e intentó calmarse. No podría ayudar a Zach si estaba histérica.

¿Qué podía hacer? Primero, necesitaba un modo de encontrarlo y alertarlo del peligro. Esperaba que hubiera un modo de hacerlo por teléfono, pero si no era posible, suponía que tendría que ponerse en marcha hacia Missing Mile, Carolina del Norte.

Segundo, tenía que dar con un modo de ponerlo a salvo de forma definitiva. Probablemente tendría que dejar el país. Puede que incluso lo acompañara. Después de salvarle el culo no podría negarse.

Y, antes de hacer ninguna de estas cosas, necesitaba un teléfono seguro.

De acuerdo. No es que fuera un plan desarrollado, pero al menos era un punto de partida.

Cogió un cuaderno y un bolígrafo para anotar números. Después salió para tomar el tranvía que se alejaba del Barrio Francés por la avenida St. Charles, hacia el centro.

Primero llamó al Pink Diamond. Ya se había saltado dos turnos, así que probablemente asumieran que no iba a volver. Pero no había podido llamar desde que el Servicio Secreto se llevara su teléfono, y quería atar los cabos sueltos, pues así había sido educada. Marcó el número del despacho y respondió la voz viscosa del director.

—Ey, Loup, soy Eddy.

—¿Quién?

—Miss Lee.

—Ah, sí, creíamos que te habías vuelto a China. —Oyó el resoplido húmedo y mucoso que era la risa de Loup—. Ey, aquí tienes un mensaje.

—¿De verdad? —Aquello la aceleró—. ¿Qué es?

—No sé, es bastante extraño. Creo que debe de ser de un cliente loco. Lo cogió Valerye —Valerye era la camarera de día—, y dice que el tipo se lo deletreó con sumo cuidado y que juró que era importante.

—¿Que qué es? —repitió. La cabina telefónica que había encontrado en el estacionamiento de un puesto de marisco cerca del meandro del río estaba muy aislada, pero hacía calor y le daba claustrofobia. Empezó a sentir el comienzo de un dolor de cabeza.

—Bueno, te leo. Dice «Wax Jism».

—¿Cómo?

Loup deletreó las dos palabras y Eddy las anotó en su cuaderno. La cabeza ya le había empezado a palpar. Le dio las gracias a Loup y, cuando ya pensaba en colgar, le dijo que no iba a volver al trabajo. Se quedó mirando el ridículo mensaje. Wax Jism. Tenía que ser de Zach, pero ¿qué coño significaba?

Volvió la vista al estacionamiento. Sobre la elevación del malecón podía ver una parte del Misisipí, un remolcador y una barca negociando la contaminada corriente. Sus ojos volvieron al teclado del teléfono y algo saltó en su cabeza. Había letras en las teclas, no solo números. Eddy volvió a mirar el mensaje. Dos palabras: tres letras, luego cuatro. La misma configuración que un número de teléfono.

Cogió un inmanejable listín cubierto de metal que colgaba de un cordón enrollado. Estaba bastante ajado, pero milagrosamente intacto. Hojeó las primeras páginas hasta dar con el listado de códigos de área de todos los estados. En el mapa, Missing Mile estaba bastante cerca de Raleigh y Chapel Hill, y el código era el mismo para ambas localidades. Echó varias monedas al teléfono, marcó el código y tecleó el número con dedos temblorosos.

Sonó dos veces. Tres. Entonces alguien descolgó y una voz de hombre ligeramente ronca dijo:

—Hola, esto es el Tejo Sagrado.

—Hola, no me conoce, pero estoy buscando a...

—Ahora mismo no hay nadie para atenderte, pero esta semana tenemos preparados muchos espectáculos geniales. ¡El miércoles por la noche tenemos el *rock* del pantano clásico de GUMBO! El jueves...

Eddy apoyó la frente contra el cristal caliente y sintió cómo las lágrimas de frustración asomaban a sus ojos. Era una grabación.

—Si quieres dejar un mensaje para mí o para cualquiera de los que trabajan aquí —seguía la voz—, hazlo después del pitido. Y recuerda, ¡no dejes de venir para animar a los grupos locales en el TEJO SAGRADO! —El tipo sonaba nervioso y ligeramente desesperado. Al final, la maldita máquina emitió el pitido.

—Este es un mensaje para un chico llamado Zach —dijo Eddy sin mucha esperanza. No sabía si estaría usando su nombre real, pero era seguro que no usaría el apellido, y no quería delatarlo—. Tiene diecinueve años, 1,70 aproximadamente, delgado, pelo negro, ojos verdes, muy pálido, muy guapo. Si lo conoce, ¿puede hacer el favor de decirle que corre un grave peligro? Me llamo Eddy. Tengo que ponerme en contacto con él. Intentaré llamar otra vez. —Consultó el reloj—. No sé cuándo. Dígale... —Las lágrimas comenzaban a rodar por sus mejillas—. Dígale que voy a buscarlo.

Colgó, se limpió los ojos y recobró la compostura. Tenía que hacer una llamada más a un número local que se sabía de memoria. Lo marcó, escuchó cómo el tono sonaba una y otra vez y cerró los ojos aliviada cuando lo cogieron. De fondo se oía el ritmo palpitante del *reggae*, y por un momento pensó que se trataba de otra grabación. Entonces una voz profunda y musical dijo:

—¿Hola?

—Dougal —dijo—, soy Eddie. ¿Has oído lo que le ha pasado a Zach?

—Sí, tía. Lo han pillado. Es terrible. —Eddie se lo imaginó negando con la cabeza, las rastas de coloridos adornos meciéndose frente a su cara.

Cerró los ojos y contó hasta cinco.

—No —se obligó a decir con voz calmada—. No lo han pillado. Logró escapar, pero aún lo persiguen, y creo que están estrechando el cerco. ¿Quieres echar una mano?

—Eh, claro. Ayudaría a Zach en lo que pudiera, sobre todo contra el maldito gobierno. —No estaba segura, pero creía que lo había oído escupir. Inspiró profundamente y sintió cómo la embargaba el alivio. Por fin dejaba de estar sola en aquel embrollo.

—¿Podrías empezar recogíendome en el mercado de pescado de Liberty? Tengo que hablarte de ello, y también necesitaré tu ayuda.

—Cariño, tú no te preocupes por nada, ¿de acuerdo? Tú espera ahí, en Liberty. Conozco el lugar.

—¿Estás seguro?

—Irie —la calmó la hermosa voz de Dougal St. Clair—. No hay problema.

El ensayo seguía tronando en el Tejo Sagrado. Kinsey había salido a comprar unas galletitas para el bar. Cuando volvió, vio parpadear la luz en el contestador automático, pero al intentar reproducir el mensaje la máquina se limitó a emitir una larga serie de pitidos, antes de hacer un sonido similar al de un coche subiendo por una colina en primera. Miró el interior y vio que se había comido la cinta. El aparato había estado funcionando mal desde hacía semanas, borrando todos los mensajes que podía, y parecía que por fin había dicho «basta».

Descolgó para llamar al portero de aquella noche y descubrió, para su consternación, que también el teléfono estaba fuera de combate, aunque sabía que hacía poco funcionaba, porque Trevor había recibido aquella llamada misteriosa.

Miró el reloj y vio que ya eran las cinco: hora de corte. Había dejado pasar demasiado tiempo la factura. Ahora no habría modo de volver a tener línea hasta el día siguiente, y además tendría que irse hasta Raleigh para pagar. Y eso si hacía suficiente caja aquella noche para pagar el teléfono y las demás facturas, claro. El teléfono era importante, pero no tanto como el agua. Y en un local como el suyo, la electricidad era la principal prioridad, pues es lo que permitía a los grupos meter ruido y a las cervezas estar frías. Tenía que pagar esa maldita factura eléctrica.

Siempre le había gustado el verano en Missing Mile, pero últimamente se estaba haciendo algo cruel.

Dougal St. Clair vivía en un árbol, en una esquina reclusa del Parque Urbano. Su pequeña caseta de madera se encontraba entre las ramas altas de un gran roble, y se accedía a ella mediante una larga, retorcida y terrorífica escala de cuerda apenas visible contra el tronco. Estacionaba su coche en la zona ferial cercana, usaba los aseos públicos y las lluvias vespertinas, comía en los muchos buenos restaurantes de la ciudad con el dinero que se ahorraba en alquiler, y a menudo dependía de la bondad de sus amigos. Dougal era tan conocido que entre las gentes del Barrio Francés se consideraba una especie de privilegio poder invitarlo a comer de vez en cuando.

El exterior de su cabaña estaba pintado con un eficaz patrón de camuflaje. El interior lo compensaba con una explosión de colores. Las paredes eran rojas, amarillas, verdes y púrpuras, cubiertas con instantáneas de sus amigos estadounidenses y jamaicanos, los primeros un abigarrado muestrario de la sociedad freak de Nueva Orleans, los segundos invariablemente sonrientes y peinados con rastas.

El techo no era lo bastante alto como para que pudiera estar de pie, aunque Eddy podía hacerlo con comodidad. El suelo estaba cubierto con una estera tejida. En una

esquina había varias mantas, una caja de libros y otra con las cintas de un casete portátil. Guardaba muchas cosas en el coche, en caso de que alguien descubriera su cabaña, pero de algún modo nunca había tenido problemas.

—¿Cómo consigues tener aquí línea telefónica? —preguntó Eddy mientras se acomodaba sobre un cojín de impresionante bordado. En el camino desde el lago le había contado toda la historia.

Dougal le enseñó un moderno teléfono móvil.

—Regalo de Zachary.

—Debería haberlo supuesto. ¿Me dejas?

Se lo dio y sacó de su bolsillo una gruesa bolsa y un paquete de papel de fumar. Echó una generosa cantidad de hierba verde y fragante y comenzó a liar el porro. Eddy volvió a marcar el número del Tejo Sagrado. Solo sonó una vez, antes de que una voz electrónica y penetrante aullara a su oído y otra grabada dijera: «El número al que está llamando se encuentra temporalmente desconectado. En estos momentos no hay más información disponible. El número al que está llamando...».

—¡MIERDA! —Eddy casi tiró el teléfono al otro lado de la cabaña, y solo la detuvo el miedo a que saliera por la ventana y cayera quince metros más abajo. Sus ojos la traicionaron de nuevo y se llenaron de lágrimas, aunque ya estaba harta de llorar—. Se acaba de cortar nuestro único enlace con Zach. ¿Qué hacemos ahora?

—Relájate, cariño. —Dougal le ofreció el porro, un enorme submarino bien apretado—. Primero fuma un poco, que así se piensa mejor. Prepararemos un plan.

—Dilo por ti. Debes de haber estado fumando esto desde que naciste.

—Desde antes de nacer, dirás —le aseguró—. Pero no te preocupes, es ganja inteligente. Relaja y despeja la mente.

Eddy contempló abatida el inmenso porro. Dougal encendió una cerilla y le ofreció la llama protegida por sus palmas rosadas. Oh, qué demonios, decidió ella, y le dejó encenderlo.

El sabor era dulce y pegajoso, casi coagulado. Pero mientras el humo se arremolinaba en sus pulmones y pasaba a su torrente sanguíneo, creyó sentir cómo parte de las sombras se disipaban. Para cuando hubo dado dos caladas ya creí que podría volver a ver a Zach, quizá que incluso podría salvarlo. Una calada más y probablemente se los imaginaría casados. Le devolvió el porro a Dougal.

—¿Qué es esto?

—Jamaicana fresca. —Se llevó el canuto a los labios y produjo una enorme nube de humo. Eddy notó que no lo pasaba automáticamente como hacían los estadounidenses, sino que lo sostenía entre el pulgar y el índice con despreocupación, hasta que estaba dispuesto para la siguiente calada. Suponía que, cuando crecías en Jamaica, nunca te preocupaba de dónde vendría el siguiente porro.

La luz de la tarde era muy clara y se filtraba entre el follaje del árbol y las grietas en la madera, llenando la cabaña de verdes y dorados. Eddy se recostó contra la pared y comenzó a relajarse.

—¿Y dónde la consigues por aquí?

—Tengo un amigo que vuela a Jamaica dos veces al mes. Aterriza en una pequeña pista en las colinas cerca de Negril, en la costa oeste. La recoge y vuelve a su casa en el pantano, y alguien la recoge a su vez y la trae a Nueva Orleans. Sin problemas.

—¿Tiene una pista de aterrizaje en los pantanos?

—Ajá. Una pequeña cabaña y una pista para el avión.

A Eddy se le salía el corazón del pecho.

—¿Sabes si va a hacer pronto un viaje?

—Supongo que se le puede convencer —respondió Dougal con gravedad—. No creo que fuera hasta Carolina del Norte, no le gusta volar en espacio aéreo de los Estados Unidos. Pero si conseguimos llevar a Zachary a los pantanos, creo que podría sacarlo.

—Iré a Missing Mile. Me meteré café en vena y conduciré toda la noche si es necesario. No voy a permitir que lo cojan.

—¿Quieres mi coche? ¿Quieres que vaya contigo?

—Sí. No podemos traer a Zach por Nueva Orleans. Tendremos que dar un rodeo y bajar directamente al pantano. ¿Crees que tu amigo...?

—Allí estará —la calmó Dougal—. No te preocupes. Ya lo llamaremos cuando estemos en camino.

Le sonreía con unos dientes retorcidos pero muy blancos en contraste con su cara oscura, los ojos del color del chocolate caliente. Eddy no pudo evitar sonreír a su vez.

—¿Ves? Ya te dije que se piensa mejor con la cabeza despejada. La ganja inteligente no falla nunca.

El agente Cover maniobró su furgoneta Chevy blanca a través de la nube de monóxido de carbono que era el centro de Nueva Orleans. Una visita infructuosa al Barrio Francés lo había dejado con un montón de callejones sin salida. El cepillo de dientes de Edwina Sung había desaparecido de su cuarto de baño, y resultaba que había sacado siete mil dólares de su cuenta bancaria el día anterior por la tarde, varias horas después de la redada. Posiblemente estuviera escondida en alguna parte, consolándose por la pérdida de su delincuente favorito. Pero sospechaba que aquel pajarito exótico había volado del nido.

De su axila llegó un corto sonido electrónico: su teléfono móvil. Lo sacó como pudo de la chaqueta sudada y pulsó un botón.

—Cover.

—Buenas tardes, agente. Soy Payne, de Tráfico.

—¿Sí? —Cover se incorporó un poco en el asiento. Una llamada de Tráfico podía significar buenas noticias.

—Tenemos un rastro del nombre que nos dio. Zachary Bosco...

—Bosch.

—Bueno, nos costó bastante rastrearlo porque alguien lo había cambiado en el ordenador. Pero tenemos un registro suyo. La matrícula es LLBTR-5. Es una camioneta Chevy de 1965, color rojo, en Terrebonne Parish...

—¿Terrebonne? ¿Se refiere a... a Houma?

—Sí, es en Houma.

—Mierda.

—¿Tiene que bajar hasta allí, agente? Si es así, tenga cuidado. A algunos de esos cajunes no les gustan los polis. Tienen sus propias leyes y costumbres y todo eso. En esos pantanos hace un calor de mil demonios, y pueden ser una tumba abierta. Oiga, ¿va a necesitar algo más por hoy?

—No. Muchas gracias, Payne.

Cortó la llamada, se aflojó el nudo de la corbata y se acomodó en el embotellamiento, con las ranuras del aire acondicionado apuntándolo directamente a la cara. Sabía que Bosch habría entrado en el ordenador de Tráfico y habría jugueteado con las matrículas. Bosco. Qué mono. Probablemente hubiera podido borrar todos sus datos, pero hubiera disparado las alarmas en el ordenador, y era más de su estilo crear toda la confusión posible con el mínimo número de pulsaciones.

Una camioneta Chevy del 65... No tenía sentido. Stefan «Phoetus». Duplessis sabía más o menos tanto sobre coches como sobre chicas, pero juraba y perjuraba que recordaba haber visto a Bosch conduciendo un Mustang negro.

Hasta el momento Duplessis no había sido de mucha ayuda. Había encontrado artículos en el Times-Picayune que implicaban que Bosch podría encontrarse, a saber, en Cancún, México; Bangor, Maine; y Port-au-Prince, Haití. El periódico, por supuesto, insistía en que ningún pirata informático podría violar nunca la santidad de su sistema, y que cada una de las palabras impresas era cien por cien genuina. Y resultó que de verdad tenían un redactor en plantilla llamado Joseph Boudreaux, el firmante del artículo de la diosa en el cuenco de quingombó. Cover había hecho que un agente siguiera al reportero para descubrir si había escrito en realidad aquella historia. Pero no había muchas dudas de que Bosch podría haber roto el patético sistema de seguridad del periódico.

Cover pensaba para sí que el pirata había cogido el dinero que tuviera preparado para emergencias y había dejado el país, en cuyo caso estaban jodidos. Duplessis decía que Bosch era en parte cajún; era incluso posible que tuviera familiares en Houma y que estuviera oculto en algún asentamiento de pescadores, pero Cover creía que era demasiado astuto como para haberse quedado en Luisiana. Y, por las otras cosas que Duplessis había dicho acerca de la familia Bosch, dudaba que el chico tuviera intención de quedarse con alguno de sus parientes.

Había pedido una orden de búsqueda de la camioneta, aunque suponía que aquel maldito trasto estaría oxidándose en algún desguace y que sería imposible localizarlo. Sabía que no tendría nada que ver con Bosch.

Pero para cuando llegó al despacho, la camioneta ya había sido encontrada en Houma, que estaba a una hora de Nueva Orleans. No fue capaz de pensar en ninguna excusa para no ir a comprobarlo.

—¿Alguna noticia acerca del pirata? —preguntó Frank Norton cuando Cover pasó por su puerta.

—Puede ser.

—¿Sabes, Ab? Si te gana la partida un niño de diecinueve años, te van a dar por el saco.

—Que te folle un pez, Araña.

El viejo agente soltó una risa moleestamente vigorosa que siguió a Cover por todo el pasillo.

La autopista entre Nueva Orleans y Houma estaba peligrosamente cerca de la inundación, y así era durante gran parte del año. Las ruedas de Cover llevaban los últimos setenta kilómetros salpicando agua. En la mediana había grullas, grandes pájaros blancos apoyados sobre una pata que observaban su furgoneta pasar, o trataban de capturar a las ranas que se ocultaban entre los juncos que crecían justo hasta la calzada. Enormes árboles retorcidos y cubiertos de líquenes descolgaban sus ramas sobre la carretera. Ah, cómo odiaba el aspecto de aquel liquen.

La policía local de Houma decía que la camioneta estaba estacionada en un patio, y que tenía pinta de no haberse movido desde hacía tiempo. Navegó por las tristes calles del centro de Houma, se perdió varias veces y por fin llegó a la casa. El patio estaba lleno de gallinas sucias. No le gustaban las gallinas. Su abuela tenía un gallinero, y ya de niño el olor de sus heces, los pies escamosos y la carne roja, extraña y fofa de sus crestas le habían provocado repulsión.

La camioneta era un espectáculo de lo más triste. Se asentaba sobre tres ruedas pinchadas y un bloque de cemento. En su tiempo podría haber sido de color rojo, antes de acabar cubierta de mierda de gallina. Pero allí estaba la matrícula, a pesar de todo legible: LLBTR-5. El policía estaba apoyado contra su coche patrulla, aguantando un torrente de insultos de un hombre enorme de pelo negro, cara roja y gestos melodramáticos. Cuando apareció, el policía pareció verdaderamente aliviado.

—¡El gran hombre del gobierno! —gritó el cajún. Cover rechinó los dientes. Odiaba que lo llamaran así—. Gran hombre del gobierno, quizá pueda usted decirme por qué este policía idiota pretende darme el coñazo todo el día, ¿eh? ¡Estoy preparando una cazuela de quingombó, y de repente aparece y no deja de hacerme preguntas hasta que se me quema el guiso!

—Ehm, agente Cover, este es el señor Robicheaux —intervino el policía—. Dice que la camioneta no se ha movido desde hace cinco años.

—¡Claro que no, joder! Fue mi mujer la que me hizo poner esa... ¿cómo las llaman?, matrícula personalizada. Me dijo que era una maldición vudú. Se supone

que es de Laissez Les Bons Temps Rouler, y desde entonces no funciona. Sirve de gallinero, eso sí.

El agente Cover abrió la puerta del pasajero. Había tres malditas gallinas en el asiento delantero, y varias más sobre las pajas que cubrían el suelo. Clavaron en él sus ojos reptilianos y gluglutearon con frenesí.

Para terminar de arreglar aquel día perfecto, un huevo rodó desde el asiento y aterrizó justo sobre su carísimo zapato izquierdo. Miró hacia abajo y vio la yema dorada y el albumen lechoso derramarse sobre el cuero cuidadosamente cepillado.

Alguien me odia, pensó. Deseaba no tener que volver a pisar nunca más el barro sofocante de Luisiana. Deseaba no tener que volver a interrogar a otro mocoso punk que supiera mil veces más sobre ordenadores de lo que él pretendía saber nunca. Deseaba aquel codiciado puesto en la Casa Blanca.

Pero nada de eso importaba en ese momento. ¿Qué era lo primero que le habían grabado a fuego en Glynco?

Absalom Cover era un agente del Servicio Secreto. Y los agentes del Servicio Secreto eran agentes de granito.

Capítulo dieciocho

Trevor estaba sentado en la cafetería bebiendo café sin parar, dibujando y escribiendo en un viejo cuaderno espiral que había encontrado en la parte de atrás del coche de Zach. Las manos le temblaban un poco, y la formica negra y brillante de la mesa estaba salpicada por una constelación de azúcar blanca. Solo apretando el talón de la mano derecha contra la mesa y sujetando el cuaderno era capaz de mantener el pulso.

Ojos, manos, bocas aullantes se abrían paso por la página y se perdían en el patrón asfixiante. No recordaba haber dibujado nunca tan rápido, no desde su niñez, cuando estaba desesperado por pasar al papel tantas cosas como fuera posible, porque sabía que era el único modo de terminar siendo bueno.

La mano empezó a agarrotarse y la golpeó contra la mesa con frustración. Odiaba que se le agarrotara la mano, era como tener la mente en blanco. Se obligó a extender y flexionar los dedos, a estirar los músculos de la palma. Hojeó el cuaderno y vio que Zach había anotado cosas aquí y allá, con una caligrafía casi ilegible llena de florituras y ángulos psicóticos. Tres números de teléfono, de Caspar, Alyssa y «Mutagenic BBS». Un montón de anotaciones incomprensibles que tenían un aspecto similar a:

DEC⇒ A

YOU⇒ info ter

DEC⇒ mierda a tutiplén, después A

O bien «MILNET: WSMR-TAC, NWC-TAC», o «Crap file → CRYPT Unix<filename>». Una página llena de números de dieciséis cifras seguidos por fechas de meses/años, y titulada simplemente AMEXES. La críptica notación «118 1/2 Misterio-Cerca del hipódromo».

Trevor estudió estas anotaciones inconexas como si fueran jeroglíficos, preguntándose si conocería mejor a Zach de poder comprenderlas. Pero en realidad, concluyó, Zach no tenía su propensión a registrar su existencia en papel. Solo tenía seis años menos y ya pertenecía a una generación que prefería dejar su marca de otro modo: en chips de memoria, en disquetes y vídeo digitalizado. Todos sus sueños podían reducirse a unos y ceros, todo pensamiento podía enviarse a través de filamentos de fibra óptica con una milésima fracción del grosor de un cabello.

Tomó su taza de café y la vació, escuchó cómo sonaba al volver a depositarla sobre el plato anegado de café frío que había rebosado. Pidió a la camarera que se la rellenara y buscó una hoja en blanco, antes de comenzar a escribir una lista con la

caligrafía pequeña y clara que había cultivado rotulando tebeos.

HECHOS

Hace que aparezcan cosas (martillo, electricidad).

Nos produce alucinaciones (baño, cama).

TEORÍAS

De verdad rompió mi historia y después la recompuso, desplazándola después instantáneamente 1.500 kilómetros, hasta el buzón de SB.

Los trozos de papel eran una alucinación.

Estoy completamente loco y el correo es muchísimo más rápido de lo que pensamos.

Puede hacer lo que quiera, y está jugando conmigo.

Solo puede hacer cosas determinadas y está intentando comunicarse conmigo de algún modo.

Contempló la lista, preguntándose si era correcto adscribir cualidades conscientes e intencionadas a una cosa a la que temía dar nombre. ¿Y si la casa, o lo que había quedado allí, no tenía consciencia, ni capacidad para premeditar sus actos? ¿Y si las cosas que estaban sucediendo eran como fuerzas de la naturaleza, como una grabación a la que Zach y él hubieran accedido de algún modo? A Trevor aquello le parecía todavía peor.

La campana sobre la puerta sonó cuando Zach entró radiante y cruzó la cafetería en tres zancadas, ajeno a las miradas que recibía. Se sentó junto a Trevor, oliendo a sudor y a cerveza, despidiendo energía. Sus ojos brillaban, su pelo estaba más alborotado que nunca.

—¡Joder! —dijo—. ¡Me ENCANTA esto!

—¿El qué? ¿Ser una estrella del *rock*?

—¡Sí!

Trevor empezó a cerrar el cuaderno para no estropearle el momento, pero Zach vio la lista.

—¿Me dejas leer eso?

Se lo entregó y Zach leyó con rapidez, asintiendo.

—¿Qué alucinaciones tuviste en la cama? —preguntó.

—Que te había arrancado el corazón mientras dormías. —Adiós intento por no estropear el momento.

—Oh. —Zach se giró hacia aquellos ojos resplandecientes de jade y se quedó un rato mirándolo—. ¿Cuándo? ¿Esta mañana?

—Sí.

—Pero después me despertaste con ganas de follar.

Trevor se encogió de hombros.

—Sí.

Zach pensó en ello, negó con la cabeza y se preparó para decir algo, pero se contuvo. Trevor no lo presionó. Zach cogió la taza de café e inhaló el aroma, antes de tomar el más mínimo de los sorbos. Trevor vio cómo le recorría un escalofrío por la columna, cómo la garganta trabajaba y cómo sus pestañas oscuras aleteaban mientras la dosis homeopática de cafeína hacía su efecto. Hojeó el cuaderno y encontró los dibujos de Trevor.

—¿No aparecerá la cuadrícula de las páginas cuando las reproduzcan?

—No voy a publicarlas. Estos son míos. Ahora mismo no tengo muchas ganas de trabajar en nada más.

—Pero Trevor, todos son tuyos.

—No lo sé —dijo Trevor, mirándose las manos—. De verdad que no lo sé.

—Oye, mira, tengo que regresar. Solo quería decirte que vamos a ensayar un par de horas más. Vuelve a casa si quieres, ya me acercará Terry. —Le entregó su llavero. Trevor reparó en que no solo tenía las llaves de su coche, sino la de prácticamente todo lo que aquel muchacho tenía en la vida.

—Gracias —dijo.

—Sin problemas. Pero ten cuidado, ¿quieres? —Antes de salir del reservado, Zach se inclinó y le plantó un beso cálido y pausado en la boca.

—Eres genial —le dijo—. Nos vemos luego.

Trevor lo vio marchar y luego miró el llavero, como si el metal desgastado pudiera hablarle de Zach. Después echó un vistazo por la cafetería, preguntándose si alguien los había visto besarse.

Solo había un anciano pálido y bien vestido, sentado en un sitio soleado junto a la puerta, ocupado en su taza de café. La camarera lo llamaba señor Henry. Era un residente de toda la vida, y hasta hacía unos pocos años había vivido castamente con su hermana menor, que daba clases sobre la Biblia. Acudían a la misa de la iglesia baptista todos los miércoles y domingos. Ninguno de los dos se había llegado a casar nunca. Desde el infarto de su hermana, que misericordiosamente la había matado en el suelo de su propia cocina, en vez de dejarla tirada en alguna estéril cama de hospital, el señor Henry solo esperaba la muerte, para ser enterrado en su propia parcela junto a la de ella.

Pero aquel beso le había recordado un día de verano en el que durante casi setenta años se había obligado a no pensar. Unas vacaciones en las Orillas Exteriores... Un chico del lugar al que había conocido en la playa, de su misma edad, doce o trece. Habían pasado todo el día nadando en el océano inmenso, habían dormitado en las dunas calientes, habían intercambiado sus sueños más profundos y sus secretos más oscuros. Lejos de escuelas y familias, se habían convertido en lo que querían ser. Para el otro eran inimaginablemente exóticos.

Estaban simplemente tumbados en la arena, abrazados, cuando su padre los encontró. Pero el padre había sido diácono de la Iglesia Baptista; se veía como un

patriarca del Viejo Testamento que, sintiéndose atrapado en la vorágine inmoral de comienzos del siglo xx, se había convertido en un tirano doméstico. Le dio tal paliza que pasó cinco días sin poder andar, y hasta una semana después no logró andar derecho. Le dijo que no merecía volver a andar de pie, ya que no era un hombre.

El señor Henry había pasado setenta años creyéndose. Pero al ver cómo los labios de aquellos dos chicos tan hermosos se encontraban, cómo la punta de las lenguas se rozaban rápidamente, recordó lo dulces que habían sido los besos de aquella criatura de piel dorada en las dunas, aunque sabía que si su padre los hubiera descubierto besándose los hubiera matado a los dos. Ahora podían hacerlo en público si les apetecía, con el desparpajo de cualquier otra pareja de enamorados. Deseaba haber nacido en aquella época, o haber tenido la valentía suficiente para facilitar la llegada de las nuevas costumbres.

Trevor vio cómo el hombre lo contemplaba. Enrojeció hasta las raíces del pelo y volvió a su cuaderno, frunciendo el ceño. Pero mientras comenzaba a dibujar de nuevo siguió notando aquellos ojos apagados sobre él. En cualquier caso, ya estaba harto de aquel lugar, de su olor a grasa y café hervido, de aquellos ventiladores giratorios que emitían un constante y molesto traqueteo, sin lograr refrescar nada el ambiente.

Se levantó, dejó una generosa propina en la mesa para asegurarse de que la próxima vez su taza nunca estuviera vacía, y dio al anciano lo que imaginó que era un asentimiento tan educado como irónico mientras dejaba el local. Para su sorpresa, el hombre le devolvió la sonrisa y el asentimiento.

Pensó en ir por Burnt Church Road hasta el cementerio antes de volver a casa, pero desechó la idea. La tumba de su familia parecía demasiado pacífica, demasiado definitiva, cuando la visitó el domingo por la mañana. No guardaba respuestas para él, solo huesos desmenuzados. Las respuestas estaban en la casa, en su humedad y su podredumbre, en sus manchas de sangre de veinte años, en los espejos rotos.

Y quizá también en su extraña sensualidad silvestre, en su exuberancia de enredaderas verdes que atravesaban las ventanas rotas; en lo que se estaba convirtiendo para él y para Zach, un hogar mucho más allá de lo que lo había sido para él solo; en la sucesión de días sombríos y noches sudorosas que parecía poder continuar eternamente, aunque ambos sabían que eso era imposible; incluso en las galaxias de polvo que se arremolinaban bajo la luz tardía del ocaso, como notas doradas que cayeran de un saxofón, allí en Birdland.

Estacionó el coche junto a la casa, entró y sacó una Coca-cola del refrigerador. Se quedó de pie en la cocina para bebérsela, mirando las cosas de Zach sobre la mesa. Zach parecía haberla elegido como su habitación, y así lo insinuaban los *post-it* pegados al borde de la mesa como un extraño canteado amarillo. En el refrigerador había una pegatina que rezaba «que los jodan si no saben aguantar una broma». Su ordenador portátil, una máquina sin duda alguna muy cara, estaba a la vista, como si confiara en que la casa lo protegiera de cualquier daño o robo. Recordó cómo Zach

había entrado la noche pasada en la compañía eléctrica sin dificultad alguna, como si cualquiera pudiera llamar y leer la factura eléctrica de todos los habitantes del pueblo cuando les diera la gana. Qué chico más tonto, pensó Trevor. Qué genio más asombroso.

Pero eso le recordó cómo las luces de la cocina se encendieron y apagaron sin ninguna mano visible. Y eso, a su vez, le recordó toda su historia. Incidente en Birdland. Se terminó la Coca-cola y recorrió lentamente el pasillo, dejando atrás las habitaciones hasta llegar al estudio. Allí la luz era clara, verde, pura como solo podía serlo en las tardes de verano. Pasó la mano por la superficie mellada del tablero de dibujo. Contempló los dibujos pegados a la pared.

Entonces, sin saber bien lo que iba a hacer, extendió ambos brazos, arrancó dos dibujos y comenzó a hacerlos trizas. El papel se arrugaba bajo sus dedos, seco, quebradizo, indefenso. Destruir una obra era para él un tabú casi tan fuerte como el asesinato. La sensación era embriagadora.

—¿TE GUSTA? —gritó a la habitación vacía—. ¿QUÉ TAL TE SIENTA VER CÓMO TE DESTROZO? ¿ACASO TE IMPORTA?

El silencio era ensordecedor. Los últimos pedazos de papel cayeron de sus manos. De repente se sintió muy cansado.

Fue a su cuarto y se tumbó en el colchón. La luz allí era apagada, más azul que verde, y el kudzú tan denso que las sombras parecían dibujadas. La manta y la almohada estaban impregnadas con una mezcla única de su propio olor y del de Zach, un tercer aroma que no había existido en el mundo hasta el día anterior por la mañana, un olor en parte almizcle, en parte herboso, en parte salado.

Se tocó el pene. La piel tenía un tacto tenso, tierno, casi escocido. Nunca jamás había imaginado siquiera las cosas que había hecho con Zach. Le encantaba aquella intimidad física pura, la sensación total de conexión. Pensó en tener a Zach dentro de él. Se preguntó si le dolería y descubrió que le daba igual, que quería probarlo de todos modos.

Abrazando la almohada, imaginando el cuerpo de su amante unido inextricablemente al suyo, se quedó dormido.

En el Tejo Sagrado, Gumbo estaba interpretando ya las últimas canciones del concierto. Como prometió, Zach había memorizado las letras que le había escrito Terry, y después había aprendido a cantarlas con R.J. tarareando en voz baja para guiarlo. La voz de R.J. no era mala, pero se trataba de un tono plano que nunca funcionaría como cantante principal de un grupo. Zach decidió que su propia voz sí que había nacido para ello. En las canciones que no se había aprendido, se inventaba las letras.

Terry dio un último golpe a sus platos y saludó con las baquetas.

—Acabemos ya —dijo R.J.—. Esto ya no podemos mejorarlo.

Zach se había quitado la camiseta en algún momento del ensayo. Su pecho estaba manchado de sudor y de sus propias huellas allí donde se había agarrado con una mano mientras se aferraba al pie del micrófono o gesticulaba exageradamente con la otra. Se había cogido el pelo mientras cantaba, tirando de él hasta que apuntaba en cien direcciones distintas.

Vio a Calvin mirándolo y sonrió.

—¿Qué te parece?

La mirada de Calvin era descarada.

—¿El qué?

—La inmensa originalidad de mi estilo cantando, por supuesto.

—Por supuesto. —El guitarrista dejó que su mirada se deslizara desde la cara de Zach a su pecho, luego a su entrepierna, para ascender después lentamente—. Creo que es muy atractivo.

—¿Cuántos años tienes?

—Veintitrés.

—¿Puedes comprarme una cerveza y meterla en una taza?

—Ey, por supuesto. —Calvin sonrió con malicia—. Pero solo si tú invitas a la próxima ronda.

—Qué demonios, yo pago esta. —Zach sacó un billete de cinco del bolsillo y se lo ofreció—. Déjale el cambio a Kinsey.

Calvin rechazó el dinero.

—Pago yo.

Terry se acercó al borde del escenario, secándose el pelo con el pañuelo y chupando alguna clase de pastilla para la garganta. El olor mentolado y áspero envolvía su cabeza como una nube invisible.

—Tienes ese toque especial, Zach. Eres un cantante extraordinario.

—Muchas gracias. Vosotros sois bastante buenos.

—Sí, en eso estamos. ¿Quieres venir a darte una ducha y dar unas caladas?

Calvin regresó con dos vasos de plástico llenos hasta arriba. Cuando Zach cogió el suyo, sus dedos empapados lo tocaron.

—¿Adónde vais?

—A mi casa —respondió Terry con voz ronca.

—¿Puedo ir?

—No. Vete a casa y échate un rato. Sé que anoche estuviste hasta que amaneció comiendo setas.

—No pasa nada. Y esta noche pienso repetir.

Terry echó atrás los ojos, exasperado.

—Genial. ¿Y puedes esperar hasta después del concierto?

—Puede. —Calvin buscó la mirada de Zach con la suya, resplandeciente de alevosía—. Depende de lo que pase después del espectáculo.

Por primera vez, Zach sintió un destello de enojo hacia Calvin. Era guapo hasta

decir basta, tocaba fenomenal la guitarra y era evidente que sentía una sana lujuria por él. Pero también era evidente que le importaba una mierda Trevor.

Bueno, puede que aún no le cupiera en la cabeza el hecho de que estuvieran juntos. A Zach no le molestaban ni la atención ni la cerveza gratis, y probablemente Calvin no tuviera malas intenciones. Y si era así, peor para él.

Pero no veía la necesidad de cabrear a su nuevo compañero de grupo sin necesidad. Y puede que Calvin tuviera setas de sobra, pensó, y estuviera dispuesto a compartir algunas.

Y era pero que muy guapo.

Trevor despertó solo en el dormitorio a oscuras. Durante un momento fue incapaz de sentir el colchón, ni siquiera estaba seguro de encontrarse sobre una superficie sólida; bien podría haber estado girando en un negro vacío carente de direcciones. Entonces, poco a poco, el cuadrado apagado de la ventana se fue haciendo visible, así como el rectángulo, más grande, que enmarcaba el armario. Cobró conciencia del espacio vacío al otro lado del colchón. Zach todavía no había vuelto.

Ya era casi noche cerrada, y tenían que ser bien pasadas las siete. Se preguntó dónde estaría Zach, y qué estaría haciendo en ese mismo momento. ¿Seguía todavía en el club, disfrutando de la alegre camaradería de los otros músicos, después de haber pasado tantas horas intensas con Trevor? ¿Estaría deseando haber conocido antes al exótico Calvin, que tocaba la guitarra y llevaba amuletos de plata en las orejas, y al que no tendría que haberle enseñado a hacer el amor?

¿Y qué si era así? ¿Y qué si Calvin se ofrecía a acercarlo a casa y sus miradas se encontraban en una perfecta comprensión que yo no podría ni imaginar, y a mitad de camino se echaban al arcén y Calvin le hacía una mamada en el coche? ¿Y qué si eso estaba sucediendo en ese mismo instante? ¿Y qué si sus manos estaban enredadas en el pelo fino y blanqueado de Calvin, y si arqueaba la espalda como había hecho para mí, su polla dulce y suave encajando tan a la perfección en la boca de Calvin como en la mía? ¿Y si nunca regresaba?

Se llevó la mano izquierda a los labios y hundió los dientes en el pliegue de carne de la muñeca. El dolor le aclaró la cabeza un poco, y logró que las fantasías paranoicas dejaran de volar a más velocidad que su capacidad para expresarlas. Sabía que Zach no estaba con Calvin. Pero también sabía que, en otras circunstancias, podría darse el caso. Irracional como era, aquella idea seguía haciéndole daño.

Apenas escuchó un coche que se detenía fuera, y una puerta que se cerraba. Entonces Zach cruzó el porche y tanteó el camino por el salón a oscuras. Trevor oyó cómo chocaba con algo, maldecía y se detenía.

—¿Trev? —llamó con incertidumbre.

No tienes por qué responder. Podrías dejarlo ahí, solo en la oscuridad.

¡Para!, se ordenó. ¿De dónde demonios procedía ese pensamiento?

—Aquí —dijo.

La luz inundó el pasillo y cortó a través del dormitorio. Zach entró, se sentó en la cama y abrazó a Trevor a través de la manta. Trevor se giró y le devolvió el abrazo. El pelo de Zach estaba mojado, y olía a jabón, champú y piel deliciosamente limpia.

—¿Te has duchado?

—Sí, en casa de Terry. Tiene una bañera genial, una de esas enormes y antiguas, apoyada sobre garras.

Un oscuro alivio inundó a Trevor cuando recordó las garras de la bañera de Terry. Confianza, se recordó. Pero la confianza llevaba veinte años fuera de su vida, y no iba a llegar sin condiciones en un par de días.

Las manos de Zach buscaron bajo la manta.

—No tengo que volver al local hasta dentro de dos horas.

—Tú nunca paras, ¿no?

—No —admitió Zach—, no si tengo elección.

—¿Por qué no te metes aquí abajo y me abrazas?

—Por supuesto. —Zach se quitó las zapatillas, se desnudó y se acomodó junto a Trevor. Pasó un brazo sobre el pecho de su amante y apoyó la cabeza en su hombro. Su cuerpo estaba relajado, y muy caliente.

—Ooooh —gimió—. Aquí se está genial. No dejes que me duerma.

—Hazlo si quieres —le dijo Trevor—. Acabo de despertarme. Te aviso dentro de una hora.

—¿Seguro?

—Nunca he tenido problemas para mantenerme despierto.

—¿Y te puedes quedar aquí y abrazarme?

—Por supuesto.

—Mmmm... —Zach exhaló un gemido profundo y contenido—. Te quiero, Trev... Eres lo mejor que me ha pasado nunca. —Cayó rápidamente dormido, y Trevor quedó mirando a la oscuridad, enfrentándose a aquella idea.

No era capaz de comprender cómo podría ser lo mejor que le hubiera pasado a nadie, y mucho menos a alguien como Zach. Su vida estaba marcada por el desastre. Probablemente estuviera loco. No podía depender de nadie; era imposible que tuviera la fuerza suficiente para que nadie dependiera de él. Puede que Trevor McGee sí tuviera esa capacidad, pero Trevor Black desde luego no.

Pero Zach lo había dicho. Y no creía que le estuviera mintiendo.

Se preguntó qué pasaría de tener Zach que marcharse. ¿Querría que lo acompañara? Y si era así, ¿lo haría? Aunque había regresado a la casa pensando que podría morir allí, descubrió que ya no tenía gana ninguna de morir. Pero aún no había encontrado lo que buscaba. ¿O sí?

Volviste para buscar a tu familia. Puede que tu error fuera asumir que se trataba de Bobby, Rosena y Didi. Kinsey y Terry te aceptaron, te mostraron más amabilidad que ningún otro extraño en tu vida. ¿Y quién es este que ahora tienes entre tus brazos,

sino tu familia? No quiero que se vaya. Por favor, no.

Entonces tuvo un pensamiento que hizo que el corazón se le parara, que la saliva se le secara en la boca: Quizá Bobby creyera que mamá estaba preparándose para marcharse conmigo y con Didi. Y puede que no quisiera que nos marcháramos.

Entonces, ¿por qué me dejó con vida? ¿Por qué me dejó marchar?

Porque sabía que eras un artista. Ese es el motivo. Sabía que volverías. Los artistas siempre regresan a los lugares que los crearon, y a los que los arruinaron.

Coge a Charlie Parker. Podría haber pasado sus mejores años en Francia, donde los músicos de *jazz* estadounidenses eran tratados como la realeza, donde los prejuicios raciales apenas existían, donde la heroína era fuerte y pura, y sin el acoso de la ley. Pero Bird fue incapaz. Tuvo que volar de vuelta a las luces apagadas de la calle 52, a los locales donde no podía seguir tocando, a la tierra inmensa y hambrienta que había convertido su nombre en leyenda, pero que lo mataría a los treinta y cinco años. Tenía que regresar. Tenía que verlo y oírlo todo. Era un artista.

De acuerdo, pensó. Estoy aquí. Pero dibujaré lo que a mí me salga de los cojones. Y nunca jamás volveré a hacerle daño a Zach.

Como respondiendo, Zach gimió en sueños y apretó la cara contra su hombro. Trevor le acarició el pelo y la suave curva de la espalda, y se preguntó qué malos sueños lo acosaban. ¿Se trataba de una fuerte presa sobre su hombro, de unas esposas de acero que lo arrastraban hacia una sangrienta violación y la muerte en prisión? ¿O eran los ojos límpidos y la lengua cruel de su madre, o los puños de su padre? ¿O era algo menos concreto, como una imagen apenas vislumbrada en un espejo, una sombra trémula proyectada sobre la pared?

La noche era muy silenciosa. Escuchó los pequeños sonidos secretos de la casa, el rumor lejano del tráfico en la autopista, los insectos que recorrían y serraban la hierba. Pero más cerca que todo eso, tan cerca como él mismo, oyó la respiración y los latidos del corazón de Zach.

Lo abrazó con más fuerza y pensó en todas las cosas a las que no estaba dispuesto a renunciar.

Capítulo diecinueve

El Tejo Sagrado ya estaba atestado cuando llegaron Trevor y Zach. Había comenzado una lluvia tibia, pero los chicos seguían aguardando en la acera, disfrutando del calor en la húmeda noche estival. Zach vio montones de vaqueros negros desgarrados, pelos rapados y largas trenzas, tintes de todos los colores. La mayoría de los rostros eran jóvenes, pálidos y extasiados. Enfermos de alegría, pensó, viendo cómo sus vidas se abrían ante ellos en mil direcciones diferentes.

El portero de turno era un adolescente delgado y nervudo, con una estructura facial aguzada y delicada como la de un pájaro. Su pelo largo, teñido de negro, caía sobre su cara ligeramente empapado por la lluvia, y por un momento Zach quiso acercarse a aquel pobre muchacho de aspecto famélico y desvalido, tomarlo en sus brazos y darle una descarga del amor y la energía que restallaban en su cuerpo. Logró contenerse.

El muchacho los detuvo cuando fueron a entrar, y Zach pronunció las tres palabras talismán con la facilidad de quien lo ha hecho durante toda su vida.

—Soy del grupo.

—¿Cómo te llamas?

—Dario.

El chico encontró el nombre en la lista y lo tachó, antes de asentir hacia Trevor.

—¿Y él?

—Viene conmigo.

—Vale. —El muchacho cogió un sello de goma, lo presionó contra un tampón de tinta roja y después contra el dorso de sus manos izquierdas. El diseño era un árbol de aspecto terrorífico con muchas ramas, más que el mítico Yggdrasil, enraizado en el Infierno.

Pasaron de la noche cálida al calor y la emoción apenas reprimida del local.

—¿Dario? —preguntó Trevor.

—Es mi nombre artístico. Por Dario Argentó.

Entonces se encontraron entre la multitud, donde hablar era imposible. Zach cogió a Trevor de la mano y lo dirigió hacia la pequeña sala cubierta de *graffiti* detrás del escenario. Terry y R.J. estaban sentados en un sofá destartado. Sobre un amplificador quemado había una neverita llena de la ubicua Natty Boho. Zach cogió una.

—Y entonces se pone Fantasma —decía Terry a R.J.— y dice: «¿Qué tal? ¿Tenéis nuevo cantante?».

—¡No jodas!

—Sí. Y dice: «Sí, pues tened cuidado. Alguien le pisa los talones». Y entonces vuelve a ponerse Steve y dice: «Fantasma soñó que el FBI o alguien así va detrás de

vuestro cantante».

—Eh... Ey, Zach. Hola, Trevor.

Terry se levantó y los saludó con un abrazo.

—Zach, nuestro amigo con poderes psíquicos ha soñado que el FBI te persigue. Dinos que no es verdad.

Zach intentó reír.

—No, a no ser que se hayan enterado de lo de las mutilaciones de ganado. — Trevor le apretó la mano.

—¿Estás listo? —preguntó Terry.

—¡Claro que sí!

—Había pensado en hacer dos pases. Todo el mundo comprará cerveza durante el descanso y Kinsey sacará más pasta.

—Y podremos colocarnos aquí atrás —dijo Calvin mientras entraba. Zach se preguntó si habría estado escuchando desde la puerta. Calvin vestía unos leotardos de algodón negro y un trapo destrozado que en su día podría haber sido una camiseta. Casi lo mismo que llevaba Zach, pero más ajustado y estropeado. Este vio que uno de sus pezones estaba perforado por un arete de plata. Calvin lo saludó y le ofreció un pequeño objeto negro: sombra de ojos.

—¿Quieres?

Recorriendo el escenario, sus ojos inyectados de alcohol...

—¿Me dejas?

Calvin le puso el lápiz en la mano y se giró, doblando los dedos. Parecía haber rebajado un poco el tono. De hecho, la atmósfera del cuarto se había hecho de repente energética, emocionada pero eficaz. Aquellos tipos estaban listos para pasárselo bien, pero también tenían un trabajo que hacer. Terry y R.J. se incorporaron y se estiraron. Zach sintió el primer cosquilleo nervioso, como unas alas que se sacudieran en el interior de su estómago. Se miró en el pequeño espejo sin luz que Kinsey les había proporcionado y comenzó a pintarse el ojo.

Trevor lo miró con extrañeza.

—¿Qué estás haciendo?

—Maquillándome un poco. —Terminó, difuminó un poco las esquinas y miró a Trevor—. ¿Te gusta?

—Mejor me voy a la sala.

—Vale. ¿Por qué?

Trevor se acercó a él.

—Porque si me quedo aquí —le susurró al oído— tendría que follarte delante de todo el grupo.

Genial. Ahora iba a subir empalmado al escenario.

—Espera a después del concierto —le respondió—. Te voy a dejar nuevo.

—¿Me lo prometes?

—Mmm. —Los labios de Trevor cubrieron los suyos, sus brazos se deslizaron a

su alrededor y lo abrazaron con fuerza. Entonces Trevor miró a los otros músicos.

—Espero que deis un buen espectáculo —dijo. Todos repararon en que habían estado mirando y sonrieron ampliamente mientras respondían con una salva de agradecimientos.

La puerta de la sala se abrió y Trevor desapareció entre la multitud. Terry miró a los demás.

—¿Listos?

Todos asintieron. Un momento de silencio. Entonces Terry pronunció otras tres de aquellas palabras totémicas del *rock*:

—Vamos a ello.

Trevor se encontraba en el mismo centro de la sala cuando Gumbo subió al escenario. Sintió cómo el gentío lo empujaba hacia delante y se dejó acercar a Zach.

Este ya sonreía a la audiencia, como si quisiera comérsela viva. Calvin y R.J. cogieron sus instrumentos y pasaron las correas de brillantes colores sobre sus hombros. Terry se sentó a la batería, se inclinó hacia delante y habló con voz ronca al pequeño micrófono.

—¡Hola! ¡Somos Gumbo! —Una ronda de silbidos y aplausos—. Muchas gracias. Habréis notado que esta noche somos cuatro en vez de los tres habituales. Saludad a Dario, nuestro cantante invitado especial, en una colaboración de... ¡una sola noche! —Una baqueta besó el borde de un plato—. ¡Dario! ¡Un auténtico maníaco cajún recién llegado de Nueva OrleÁAAAANS!

Sobre el bosque de manos que saludaban y aplaudían desde la multitud, Trevor vio claramente cómo Zach vocalizaba la palabra «mierda». Pero se recuperó rápidamente y arrancó el micrófono de su soporte mientras Terry daba la entrada de la primera canción. Calvin desató una rápida y sucia riada de ruido de guitarra mientras R.J. lo respaldaba con una línea de bajo que hizo a Trevor pensar en unas ruedas abriéndose camino en la autopista. Zach aguardaba con el micrófono pegado al pecho, la espalda arqueada, taladrando a la audiencia con sus ojos resplandecientes.

Trevor creyó que lo miraba directamente a él cuando comenzó a cantar.

En realidad, Zach se había dejado las gafas en el camerino y no podía ver mucho más allá de las cuatro primeras filas. Pero podía sentir a Trevor entre la multitud, percibía una larga hebra invisible de electricidad fluyendo entre ellos, enchufada a la telaraña que conectaba a Zach con Terry, R.J. y Calvin, enviando descargas a todos los espectadores, infectándolos también a ellos. Era una energía de color azul plateado, galvanizante como la luna, efervescente como el champaña.

Abrió la boca y sintió cómo la energía quemaba su columna vertebral mientras cantaba. Apenas era consciente de lo que decía; su memoria fotográfica le proporcionaba las letras y su cerebro de reptil las traducía en emoción pura, sin llegar a procesar su significado. Él retorció las sílabas, alargaba los sonidos, llevaba su voz

a los graves para concordar con el bajo, después cantaba con la guitarra, con un tono agudo, áspero y claro.

La multitud se lanzó hacia el frente. Algunos chicos de delante ya estaban bailando. Zach dejó que sus movimientos tiraran de él, fluyeran sobre él. No tardó en bailar con más energía que todos ellos, acordándose de respirar, manteniendo la fuerza de la voz, dejando que la música lo controlara.

Los rostros juveniles estaban sudorosos, con los ojos medio cerrados y los labios abiertos por el éxtasis. Era como hacer el amor con una enorme sala llena de gente a la vez, como tomar el control de todos sus centros de placer y apretar bien fuerte. Era su mejor fantasía hecha aún mejor. No había celos. Todos recibían, y él recibía de ellos. Y en algún punto, justo en el medio, estaba su verdadero amor.

—I gotta bad reaaaaaction —gimió, acariciando el micrófono con los labios, dejando que su voz crujiera, pensando en Billie Holiday—. Gotta bad reaction to yooou... gotta suck your poison every night, gotta swallow too... —Ahora que la canción se acercaba a su fin, improvisaba la letra. Calvin captó su mirada y le lanzó una sonrisa siniestra.

La siguiente canción de la lista se titulaba simplemente FUNKY BLUESJAM. Terry le había dicho que se limitara a improvisar un acompañamiento, y que inventara la letra si le apetecía. Su camiseta ya estaba empapada. Se la quitó cuando el grupo comenzó a tocar un ritmo lento y sensual. La multitud silbó y aplaudió. Zach cerró los ojos, echó atrás la cabeza y se quedó balanceándose en el centro del escenario durante largo rato. Llevaba los pantalones muy caídos y las luces jugaban con el sudor de su rostro, su pecho, sus costillas. Sintió cómo lo miraban y los dejó.

Levantó poco a poco el micrófono y comenzó a cantar de nuevo, dejando que su voz se deslizara sobre la música, y solo entonces comenzando a formar palabras y frases completas.

—Where the bars never close... And the neon screams... and the smell of whiskey gets in your dreams...

Un chico bailaba frente al escenario, moviendo la cabeza con abandono, el pelo rojizo de punta pero afeitado en las sienes, la piel pálida enrojecida. Sus ojos se encontraron con los de Zach y mantuvo la mirada, casi desafiante. Zach conocía aquella mirada, la había visto muchas veces en el Barrio. Decía: «soy tan hermoso como tú, y lo sé». El muchacho vestía una delgada camiseta blanca y unos vaqueros desteñidos de cadera muy baja. El borde de la camiseta se levantaba por sus movimientos, revelando un enloquecedor vientre sin vello alguno, la curva de una cadera capaz de romper el corazón.

—Where the gutters run red by the break of dawn... And the boys get paler as the night wears on...

De repente vio a Trevor entre la multitud. No bailaba, solo estaba quieto en un mar de cuerpos, dejándose zarandear, contemplando a Zach. Su expresión era intensa pero calmada; estaba absorbiendo todo aquello, memorizándolo quizá para dibujarlo

después. Zach perdió el hilo de la letra y durante un rato se limitó a gemir y susurrar. Se sentía como el cantante de algún tugurio lleno de humo en 1929, puesto de alcohol ilegal y de los porros que se liaban en el camerino.

Lanzó a Trevor la más caliente de las sonrisas, devolvió el micrófono a su soporte y se pasó las manos por la cara, por el pelo. Trevor le devolvió una sonrisa incómoda, como si temiera que la gente supiera que lo estaba mirando. Pero sus ojos no vacilaron. Tenía que absorberlo todo. El artista como globo ocular, pensó Zach: sin párpado, tan crudo al tacto como un nervio expuesto, pero viéndolo y procesándolo todo.

Las dos canciones siguientes eran standards de Gumbo con un sabor de *country* cajún. Zach se abrió camino por ellas pensando en Hank y Patsy en Clifton Chenier, deseando tener una botella de *bourbon*, un par de botas de vaquero negras con puntera de acero y un cubo lleno de pepinillos de tabasco. Terry castigaba sus tambores sin piedad y R.J. movía los pies por primera vez aquella noche. Zach advertía que aquella era la música que les gustaba de verdad. Tocaban bien el *blues*, pero eran chicos de campo.

A continuación iba otra improvisación. R.J. y Calvin se descolgaron con un riff que parecía sacado de una vieja película de espías, siniestro y sigiloso; Terry reía detrás de su batería, tocando un ritmo de club de *striptease*. Zach se aferró al micrófono, inclinó la cara hacia los focos y cerró los ojos. El mundo era rojo y dorado, era sudor y humo, era dolor y gozo.

La primera parte acabó demasiado pronto. Zach se quedó mirando a la audiencia, sin querer soltarlos siquiera durante veinte minutos. Trevor captó su mirada y le señaló la barra. Zach levantó la mano abierta («en cinco minutos ahí») y abandonó reluciente el escenario.

Entrar en la sala que hacía las veces de camerino era como hacerlo en una sauna. Los otros tres músicos estaban tan sudorosos como él, e igual de aturdidos. El pequeño cubículo estaba saturado de energía. El olor era el de una tormenta eléctrica en una taquilla.

Terry le pasó un brazo por los hombros.

—Buen espectáculo. Tío, sabes cómo ganarte a la gente.

—Es genial.

—Has nacido para ello —le dijo R.J.—. Terry podría pasarse toda la vida cantando Bad Reaction y nunca conseguiría ponerlos así.

—Ah, que te follen —dijo Terry—. Solo soy un batería que hace horas extras. Zach es cantante.

Disfrutando con las alabanzas, Zach se acercó a coger una Natty Boho, pero reparó en que se había acabado la primera en el escenario y tenía la vejiga llena.

—¿Hay algún sitio por aquí para mear, o me toca pelearme para llegar a los baños?

—Sí, si vas por detrás del escenario, en la esquina hay un baño diminuto. Se

supone que nadie debe saber que existe porque no tiene lavabo, pero puedes mear ahí.

Zach se marchó en la dirección que le indicó Terry. Un estrecho pasillo con forma de ele enganchaba con las tripas de la zona del camerino. Prácticamente no había luz. Zach apoyó la mano en la pared para no chocarse con nada. Los bloques de ceniza eran fríos y húmedos al tacto, como si descendiera hacia una cueva subterránea. Al fin llegó a una puerta abierta, y tanteó hasta que encontró el interruptor de la luz. Se encontró con el lavabo más húmedo y diminuto que había visto en toda su vida. Estaba limpio, y eso casi lo hacía aún peor: un aseo tan desolado como aquel necesitaba cucarachas y moho para darle vida. Odiaba imaginar allí a Kinsey, fregando y restregando el retrete.

Se bajó los leotardos y la orina le sonó muy fuerte contra el agua herrumbrosa. Comprendió que eran sus oídos, que no dejaban de pitarle. Mientras se acostumbraba, oyó un golpe en la puerta. Apuesto a que sé quién es, pensó.

—¿Sí?

—Soy Calvin.

¡Bing! Acaba usted de ganar un viaje a Acapulco y un juego de cuchillos de cocina. Abrió una rendija y vio un ojo resplandeciente, un mechón de pelo oxigenado y media boca sonriente.

—Solo quería ver si habías acabado. Yo también tengo que entrar.

Lo dejó entrar y se giró para marcharse. Calvin se dirigió a la taza, se bajó los pantalones y comenzó a orinar. Ah, así que tenía que mear de verdad, pensó Zach.

Pero cuando ya se dirigía hacia la puerta, Calvin dijo:

—Ey, Dario.

—¿Sí?

—Ha sido cojonudo. Sobre el escenario tienes una presencia increíble.

—Bah, me encanta cantar. Vosotros sois los músicos.

—Sí, bueno. Eres casi tan humilde como yo. —Calvin tiró de la cadena, se levantó los pantalones justo por encima del vello púbico y se giró con un movimiento suave que atrapó a Zach y lo apretó contra la pared. Sus pechos sudorosos se apretaban el uno contra el otro. Las manos de Calvin acariciaron sus costillas y los pulgares rozaron los pezones desnudos, antes de apretarlos suavemente. Zach se sintió instantáneamente excitado.

Los labios de Calvin rozaron los suyos.

—¿Tienes tantas ganas como yo? —susurró.

—Bueno... sí... pero...

La boca de Calvin se cerró sobre la suya, caliente y exuberante, llena del sabor dorado de la cerveza. Su lengua se deslizó, tanteó, se abrió camino en la boca de Zach. Durante un momento se besaron con abandono. La barba sin afeitar de Calvin le arañaba. Le iba a dejar marcas. A Zach no le importaba.

Sintió cómo las caderas del guitarrista se apretaban contra las suyas. Notó la erección creciente de Calvin apretándose contra su estómago desnudo. Casi

automáticamente, Zach movió la cadera para que las pollas se tocaran, separadas solo por dos delgadas capas de algodón. La pared de hormigón era rugosa y fría contra su espalda. El ruido del local era un apagado y lejano rugido subliminal.

Y de repente se preguntó por qué demonios estaba haciendo aquello.

La pregunta era irritante. Le hacía comprender que, desde el momento en que había dicho «sí... pero...» y Calvin lo había callado con un beso, no había tenido un solo pensamiento coherente. Ni para Trevor ni para él, ni para nada que no fuera su propio placer ciego. Muchas veces había usado el sexo como una droga, pero hasta ahora nunca había sabido de forma consciente que lo empleaba para dejar de pensar.

La vergüenza ante tal pensamiento lo inundó como una ola cáustica. Pero en su cresta llegó una segunda comprensión: al estar con Trevor no se sentía así, no se cortocircuitaban sus procesos cognitivos ni se apagaban sus emociones. Cuando hacían el amor, sus percepciones se intensificaban y su consciencia parecía expandirse. Antes, follar siempre había sido como cerrar una puerta al mundo. Con Trevor era como abrir un millar de puertas.

Y eso significaba que allí no obtendría nada que no pudiera conseguir, y mil veces mejor, en casa.

Sintió una punzada de arrepentimiento cuando acabó el beso y apartó a Calvin. Este era lo que acostumbraba a considerar una buena pieza, un chico malo y guapo con una guitarra, y en los viejos tiempos le hubiera encantado pasar una noche en su cielo y su infierno personales.

Pero, le gustara o no, aquellos días habían acabado para él. No podía hacerle eso a Trevor. Además, ni siquiera lo deseaba.

—Lo siento —le dijo—. No puedo.

—Claro que sí. —Calvin intentó empujarlo de nuevo. Su mirada era salvaje y su respiración acelerada. Era evidente que estaba caliente hasta el punto del dolor, y Zach lo sentía por él. Pero allí fuera había chicos adorables de sobra, cociéndose en su propia salsa. Un guitarrista rubio y guapo no tendría problema para cazar.

—No. No puedo. Estoy con alguien, y lo sabes perfectamente.

—Ey... —Calvin levantó un hombro levemente como si le diera igual, pero en su mirada se veía el dolor—. Te vi mirar, nada más. Solo intentaba mostrarle al chico nuevo un poco de hospitalidad.

—Ya sé que estaba mirando, pues claro. Estás buenísimo. —La mirada de Calvin se suavizó un poco—. Pero estoy con Trevor, ¿de acuerdo? Estamos muy bien. Lo quiero.

Calvin sorbió.

—Te enamoras bastante rápido, ¿no crees?

—No creas. Me costó diecinueve años.

—¿No te da miedo que le dé la neura y te mate mientras duermes?

Zach rió.

—No. Y si Trevor decide matarme, se asegurará de que estoy bien despierto.

Calvin consideró aquello.

—Bueno, eso —dijo al fin—. ¿Quieres darme un último beso?

—Sí —respondió Zach con honestidad—. Pero no voy a hacerlo.

Se escabulló bajo el brazo del guitarrista y lo dejó mirándolo. Mientras se abría camino por el pasillo, el ruido y la energía del local se hacían más fuertes a cada paso. Sintió el hilo invisible de su amante tirando de él, atrayéndolo.

Había hecho muchas cosas de las que se sentía orgulloso: había sobrevivido por su cuenta desde los catorce años, se había introducido en sistemas que nadie más podía romper, había sacado a amigos de la cárcel y había limpiado sus informes policiales.

Todo aquello estaba bien, pero no recordaba la última vez que la decisión de no hacer algo le había hecho sentir tan bien.

—¡He vendido una historia a Taboo! —gritó Trevor sobre el estruendo del bar.

La expresión agobiada de Kinsey se convirtió en una enorme sonrisa.

—¡Es genial! ¡Ten una Coca-cola! ¡Qué coño, toma dos! —Le puso las bebidas delante antes de levantar una mano a modo de disculpa y alejarse a toda prisa para servir a los clientes que se alineaban, esperando una cerveza. Trevor sacó un billete de cinco dólares del bolsillo y lo dejó en el bote de las propinas mientras Kinsey le daba la espalda.

Zach le había dado bastante dinero aquella mañana. «Por si necesitas algo de la ciudad», le dijo, dejándoselo en la mano. Cuando Trevor protestó por la cantidad (más de cien dólares), Zach pareció disgustado. «El dinero solo es algo que cambias por las cosas que quieres», le había dicho a Trevor con el aire de quien explica que dos y dos son cuatro. «Cuando necesitas más, lo consigues. No crece en los árboles, pero acceder a una cuenta bancaria es infinitamente más sencillo que trepar a un árbol».

Echó un vistazo al bar atestado pero no vio señal de Zach. Probablemente siguiera en el camerino, colocándose con los demás. No creía que a Zach le molestara que se uniera a ellos. Para su sorpresa, estaba cogiéndole el gusto a los porros. Posiblemente fuera porque se trataba de un componente vital en la química corporal de Zach. Pero también era posible, pensó, que estuviera preparado para comenzar a alterar su consciencia, en vez de simplemente exagerarla.

Cogió sus dos Coca-colas y comenzó a abrirse paso hacia el escenario. A mitad de camino se encontró con Calvin, que iba en sentido contrario. Trevor se limitó a asentir, pero Calvin se encaró con él y lo detuvo. Le puso las manos en los hombros y se inclinó para hablarle al oído.

—Tienes un novio realmente encantador. No tengas duda de que te quiere. Más te vale que no lo sueltes.

Y entonces desapareció en la multitud. ¿De qué iba todo eso?, se preguntó. Pero

le daba igual, no le importaba lo que el guitarrista pensara de él. Además, Terry y R.J. eran mejores músicos que él. El estilo de Calvin era muy espectacular, pero carecía del alma sureña de los otros.

Trevor entró en camerino y allí estaba Zach, con el torso descubierto, resbaladizo como una foca, resplandeciente, dando una larga calada a un grueso y fragante porro. La sala ya estaba llena de amigos del grupo, pero Zach lo vio. Mantuvo el humo en los pulmones mientras pasaba el porro, cruzó la sala, apoyó los labios contra los de Trevor y exhaló una larga y constante humareda en la boca de su amante. Una escopeta.

Trevor abandonó las Coca-colas y pasó la mano por la curva de la columna de Zach. Sus dedos acabaron resbaladizos por el sudor. Se los llevó a la boca y probó la sal.

—¿Quieres ir a algún otro sitio? —le susurró Zach al oído. Trevor asintió. Zach se lo llevó por la puerta y recorrieron el pasillo hacia el aseo mal iluminado. Cerraron la puerta de golpe y se apoyaron contra ella, abrazándose, apretándose, arañándose, besándose con desenfreno. Después Trevor se arrodilló sobre el suelo de cemento, lamiendo el estómago de Zach, usando los dientes para bajarle los leotardos, agarrándose a sus caderas como si fueran asideros.

Solo le llevó minuto y medio.

—Oh, Trev —musitó Zach mientras se corría—. Oh, Dios, lo necesitaba, gracias, gracias...

—¿Qué esperabas? —dijo Trevor limpiándose la boca con el dorso de la mano—. No puedes ser una verdadera estrella del *rock* sin una mamada tras el escenario.

Alguien llamó a la puerta.

Trevor sintió cómo Zach se tensaba. Se incorporó. Zach se levantó los leotardos y se apartó de la puerta.

—¿Quién es?

—Nosotros —dijo un coro de voces jocosas.

Abrió la puerta. Terry, su novia Victoria, R.J. y Calvin estaban fuera, con aspecto sonrojado.

—Lo siento —dijo Calvin—, pero el descanso casi ha terminado y habíamos pensado que igual querías un poco. —Le presentó una bolsa de plástico llena de setas. Eran de color marrón claro, con vetas azules iridiscentes de psilocibina. El olor era terroso.

Trevor vio cómo la mano de Zach se dirigía hacia la bolsa, antes de detenerse y mirarlo con incertidumbre.

—Me encantan las setas. ¿Las has probado alguna vez?

Trevor negó con la cabeza.

—Bueno... sin duda te dan un montón de ideas. —Zach lo contempló primero a él, luego a la bolsa—. ¿Puedo coger algunas para luego? —preguntó.

Calvin apartó la bolsa.

—Puedes comprar algunas. No voy a regalártelas si no es para tomarlas con nosotros.

Zach buscó la mirada de Calvin. Aunque los dos se sintieran probablemente atraídos el uno por el otro, pensó Trevor, no era eso exactamente lo que estaba sucediendo entre ellos. Era más bien que se comprendían como cualquier criatura de la misma especie, sobre todo de una especie peligrosa.

—De acuerdo —dijo Zach sacando un fajo de billetes de veinte—. ¿Cuánto?

—Yo... ah, a la mierda. —Terry, R.J. y Victoria habían comenzado a mirar a Calvin con reproche en cuanto mencionó el dinero—. Me da igual, coge un puñado.

Zach casi se estaba riendo cuando metió la mano en la bolsa.

—Gracias, Calvin. Eres muy amable. —Sus miradas se lanzaban dagas de plata, pero en otro nivel parecían estar disfrutando positivamente del intercambio. Trevor había pasado los dos últimos días buceando en la personalidad de Zach como en un río desconocido, ansioso por que fluyera a su alrededor, para que su corriente lo transportara. Ahora comenzaba a comprender que había afluentes secretos y extrañas simas que quizá nunca sospechara.

Zach envolvió sus setas en un poco de papel higiénico y se las dio a Trevor. Este metió el pequeño paquete en el bolsillo y se limpió los dedos en la camisa. No estaba nada seguro de querer comerse aquellas cosas de aspecto desagradable. Sabía que a Bobby le gustaban los alucinógenos, pero que los había dejado poco después de dejar de dibujar. Y Crumb había tomado todo tipo de drogas, aunque en una entrevista reciente en Comics Journal aseguraba que habían afectado a su capacidad.

¿Pero qué había pensado Trevor antes? Acelerar su consciencia con cafeína le había ayudado a merodear alrededor de los límites de su pasado, pero aún no había penetrado en su corazón. Puede que fuera el momento de comenzar a alterar su cerebro, de abrir las mismas células. Quizá entonces supiera lo suficiente como para poder marcharse con Zach, de verse éste obligado.

Gumbo empezó la segunda parte con una versión acelerada de la vieja canción cajún Paper in My Shoe. Zach gritó las frases que se sabía sobre un muro de ruido de guitarra y batería y se inventó el resto, sonriendo entre los versos disparados como balas. Mientras vivió en Nueva Orleans nunca había soportado la música cajún, pero cantar aquella canción en aquel local era como volver a casa.

La audiencia bailaba con entusiasmo. Desde el escenario parecían poco más que una masa de cabezas sudorosas y bamboleantes, de manos alzadas y rostros extasiados. Reparó en que el pelirrojo atractivo seguía delante y en el centro, pero que había volcado su atención en Calvin. El guitarrista mantenía con él un constante contacto visual, jugando. El chico bailaba con tanto entusiasmo que el sudor había hecho transparente su camisa blanca. A través del algodón empapado alcanzaba a ver los pezones rosados y puntiagudos.

Mira, tuvo ganas de contarle a Calvin. Eres un partidazo, tienes drogas, tocas la guitarra en un grupo estupendo. No podrías volver solo a casa ni queriendo.

Comenzaron otra improvisación, esta vez lenta, oscura y sucia. El cuello de la camisa del chico había bajado, exponiendo un hombro pálido. Varias chicas de las primeras filas llevaban minúsculos tops, y mientras bailaban sus brazos delgados se agitaban en el aire como ramas. Zach se encontró pensando en la piel. Podría ser una sustancia fabulosamente erótica, suave para los dedos, salada para la lengua. Su color podía inspirar odio. Podía ser azotada y bronceada.

Agarró el micrófono con fuerza y se inclinó sobre él, hasta que sus labios casi lo tocaron.

—Dressin' up at night in his suit of skin... Cured her ribs in the farm... Fried up her heart in a skillet... Put her ole hands in a jar...

Vio a Trevor riendo entre la audiencia, con los ojos cerrados y la boca muy abierta: un momento carente de toda consciencia de sí mismo. Zach dejó que sus labios acariciaran el micrófono.

—Ooooh, Ed —gimió— what'd you do with her head?

A los chicos les encantaba. Zach se colgó del pie del micrófono y lanzó algunos compases sensuales de Summertime: «Gonna spread your wings, take to the sky...».

Llegaron demasiado pronto a la última canción. Zach se lanzó con todas sus ganas y terminó de rodillas, aferrando el micrófono y gritando, forzando cada gramo de aire de sus pulmones, buscando el tono correcto en la profundidad de su alma. ¿Quién sabía cuándo volvería a cantar delante de la gente? Tenía que hacer que aquel momento fuera inolvidable.

Entonces terminó. Estaba en el camerino, escuchando el rugido de los espectadores a través de la delgada pared. Terry, R.J. y Calvin le daban palmadas en la espalda, felicitándolo, asegurándole que si se quedaba en el pueblo podría cantar con ellos cuando quisiera. Después de colocarse de nuevo, los demás salieron para comenzar a recoger el equipo. Zach encontró a Trevor solo, en un extremo del gentío.

Se quedaron un rato en la barra. Los demás miembros del grupo no tardaron en desaparecer para disfrutar de la atención de la gente. Los amigos revoloteaban a su alrededor, esperando a ser atraídos al círculo. Los chicos se acercaban a ellos con cumplidos, sonrisas y miradas hambrientas.

Zach vio a Calvin hablando con el chico que había estado bailando frente al escenario. La cara del muchacho tenía el tono delicado de una acuarela: pestañas del mismo color rojo que su pelo, labios pálidos y rosados, un levísimo toque lavanda por encima y debajo de los ojos. Hizo un gran gesto con la mano y bajó la mirada desdeñoso.

—No sé —le oyó decir Zach—. La última vez que comí setas estaban pasadas y me pusieron fatal.

—Estas son buenas —le aseguró Calvin—. Las cultivo yo mismo.

—Bueno... —La mirada del muchacho buscó la de Calvin—. Dame una, venga

—sonrió.

—Ven ahí atrás conmigo y te pondremos a tono.

Zach los vio dejar juntos la barra. Por algún motivo, la idea de que esas dos exquisitas criaturas echaran un polvo alucinatorio le hizo feliz. Miró a Trevor, sentado a su lado, y pensó en echar un polvo alucinatorio propio.

—¿Quieres marcharte pronto? —le preguntó, y no pudo evitar reír cuando Trevor puso aquella expresión absurdamente agradecida.

Capítulo veinte

Ya en la casa, Trevor y Zach se sentaron en la mesa de la cocina a beber un poco de agua. Al principio, del grifo solo habían salido unas gotas herrumbrosas, pero después de dejarla correr algunos minutos se había convertido en una corriente clara y constante. Zach no podía evitar recordar la sangre podrida y el semen pegajoso que habían salido del grifo del baño, pero el agua de la cocina tenía buen aspecto, y sabía bien.

Las setas estaban sobre la mesa, frente a ellos, junto al ordenador, aún medio envueltas en el papel higiénico del Tejo Sagrado. Los dos chicos no dejaban de mirarlas de vez en cuando, Trevor con trepidación curiosa, Zach con una especie de paciente lujuria.

En cuanto entraron por la puerta habían recorrido la casa, encendiendo la luz en todas las habitaciones seguras: la cocina, el dormitorio grande, el cuarto de Trevor, el estudio. Incluso la luz del pasillo estaba encendida. Aunque ya era bien pasada la medianoche, la casa parecía casi acogedora.

Zach no podía dejar de hablar del concierto.

—En cuanto puse el pie en ese escenario —le dijo a Trevor— sentí como si hubiera nacido allí. No me había sentido así desde la primera vez que toqué un ordenador. ¿Qué voy a hacer, Trev? Podría disfrazarme y convertirme en una famosa estrella del *rock*. Como el tipo de aquella película, *El corazón del ángel*, pero al revés, sin amnesia. ¡Sería la tapadera perfecta!

—Pero el tipo de *El corazón del ángel* le vendió su alma al Diablo.

—No tengo problemas con eso. —Zach tocó el sombrero de una seta y contempló cómo unas esporas oscuras caían sobre la encimera—. ¿Sabes? Tengo muchísimas ganas de comerme alguna.

—Pues hazlo.

—¿Vas a probarlas?

—No sé... —Trevor se movió en la silla—. ¿Qué sucede exactamente? ¿Es como colocarse?

—No, es mucho más intenso. La primera vez da miedo, pero tienes toda clase de alucinaciones increíbles y sientes cosas extrañas. Y se te ocurren cosas, ideas de lo más raras.

—Se parece al sexo, entonces.

—También podemos hacer eso.

—¿Crees que podría hacerme ver cosas que ya están aquí, pero que aún no puedo ver?

—¿Como qué? ¿Te refieres a aquí, a la casa?

Trevor asintió.

Zach inspiró profundamente.

—Trev... No creo que debiéramos quedarnos mucho en la casa después de comérmolas. Pensé que podríamos ir a casa de Terry. Ellos se las comieron en el local, así que estarán despiertos toda la noche, y seguro que Terry nos deja su habitación vacía. No sé si me apetece colocarme aquí.

Trevor se quedó mirándolo.

—¿Qué? —dijo Zach al fin.

—Estamos hablando de un alucinógeno, ¿no? De una droga que expande la mente, que altera la consciencia.

Zach asintió.

—Muy bien, entonces. Teniendo en cuenta aquello a lo que vine aquí, el motivo por el que vivo en esta casa, ¿de verdad crees que tengo intención de hacerlo en algún otro sitio?

—Supongo que no —respondió Zach en voz baja—. Pero Trevor, me parece que es una idea pésima.

—¿A qué te refieres?

—Sabes que pronto tendré que marcharme. Y sé que al menos se te habrá pasado por la cabeza la idea de venir conmigo.

—¿Y?

—Y puede que no quiera que te vayas.

—Puede que no quiera yo.

Las palabras le dolieron como una bofetada.

—Si te quedas aquí... —comenzó Zach, pero tuvo que detenerse para inspirar profundamente. Su voz estaba prácticamente rota—. Si te quedas aquí me costará mucho ponerme en contacto contigo. Podría ser incapaz de conseguirlo.

—Podrías dejarme un mensaje en el bar.

—Si descubren que he estado aquí, podrían pincharle el teléfono a Kinsey y acosarlo. Podrían pinchar el teléfono de Terry. Podrían hostigarte sin parar. Tengo detrás a gente desagradable de verdad, Trev, y aquí ya he dejado demasiadas huellas. Tengo que desaparecer, y es posible que nunca logres dar conmigo. ¿Es eso lo que quieres?

Trevor había estado mirando testarudo la mesa, pero ahora alzó la vista hacia Zach. Sus ojos brillaban por las lágrimas que pugnaban por ser derramadas.

—No.

—Y yo tampoco. —¿De verdad?, pensó Zach. ¿Lo estoy diciendo de buena fe? Si voy a estar siempre huyendo, ¿quiero de verdad arrastrar a alguien a esa vida?

Y la respuesta era un rotundo «sí». Porque no solo lo quería, sino que además lo necesitaba. Si no se llevaba a Trevor, igual le daba dejar atrás también el cerebro y el corazón. Era así de simple; con esa profundidad se engarzaba la gente en tu vida cuando la querías así.

Una parte de Zach seguía odiando la idea.

Otra parte daba gracias por haber encontrado al siamés perfecto.

Y otra se regocijaba de que aquello fuera siquiera posible.

Sus dedos se enroscaron sobre la mesa. Se apretaron las manos durante un momento, los dos conteniendo las lágrimas.

—Puedes quedarte aquí un rato y después irte con Terry —dijo Trevor—. No me importa estar solo.

—Ni hablar. No te gustaría meterte esto y quedarte solo en esta casa.

—Me da igual.

—No, créeme. —Zach se echó atrás para mirarlo a los ojos—. Créeme, no. Serás capaz de soportar la casa, pero conozco la psilocibina. No pienso dejar que lo hagas.

—Entonces quédate.

—De acuerdo. —Zach apoyó la cabeza en el hombro de Trevor. Acabo de aceptar un colocón de setas en una casa encantada, pensó. La Gran Aventura de Zachary Bosch, rollo tres.

—Entonces, ¿cómo se hace? ¿Simplemente te las comes?

—Sí. Y quedas advertido, tienen un sabor repugnante.

Trevor cogió un tronco manchado de azul y lo mordisqueó con cuidado.

—No sabe a nada.

—Tú espera.

Zach se levantó y rellenó los vasos de agua, antes de empezar a repartir las setas. Había siete sombreros y cinco troncos. Los sombreros eran los más potentes y los que peor sabían. Puso tres de cada en una pila, y cuatro sombreros y dos troncos en otra.

—¿Y ahora qué? —preguntó Trevor.

—¿Estás nervioso?

—No.

—Pues come.

Cada uno cogió un sombrero, se lo metió en la boca y comenzó a masticar. El de Zach se partió y se le apelmazó. El sabor seco y muerto se filtró entre sus dientes, sobre su lengua. Se ayudó con un trago de agua.

—Ahora te entiendo —dijo Trevor después de unos segundos.

—No tienes que masticarlos por completo. Te basta con ablandarlos y tragarte los trozos.

—Y me lo dices ahora. —Trevor vació su vaso y se levantó a por más—. Dios, qué cosa más desagradable. Es como masticar carne momificada.

—Más te vale no pensar en eso. Te quedan cinco piezas más.

Mascando, haciendo muecas y trasegando agua, se tragaron el resto de las setas y se lavaron los dientes en la pila.

—¿Cuánto tarda? —preguntó Trevor.

—Veinte, treinta minutos. ¿Nos fumamos un porro y nos metemos en la cama?

—¿Estás seguro de que debemos colocarnos?

—Sí —asintió Zach vigorosamente—. Dadas las circunstancias, estoy más que

seguro.

Trevor sintió los primeros cosquilleos de la droga veinte minutos después. Zach estaba tumbado en parte sobre él, con la cabeza en su pecho. Habían estado hablando en el dormitorio a oscuras, una conversación llena de meandros, con aguas tranquilas y silenciosas aquí y allá. Fue durante uno de estos silencios que la sensación comenzó en el estómago de Trevor y se extendió, atravesando sus entrañas, viajando astuta en su sangre, subiendo por su columna hasta llegar al cerebro.

Sintió cómo los labios de Zach se movían contra su pecho.

—¿Lo sientes?

—Sí.

—¿Estás alucinando?

—Creo que no. —Trevor observó las sombras proyectadas en el techo. Unas venas rosas y púrpuras palpitaban en su interior y comenzaban a arrastrarse paredes abajo—. Bueno, puede que sí.

Atrajo a Zach, le sostuvo la cabeza en las manos y le besó los párpados cerrados. Las sombras bajo sus ojos estaban más oscuras por el contorno de ojos y la fatiga. Trevor los acarició con los labios y sintió cómo Zach se estremecía. Le besó la frente, el estrecho puente de la nariz, la punta elegante, la boca deseosa.

Los besos no tardaron en convertirse en una experiencia alucinatoria en sí misma. El juego de sus lenguas era como una danza. La boca de Zach sabía a pasta de dientes de menta, a humo de porro y a lo que había llegado a considerar el sabor propio de su amante, picante y vagamente dulce. La piel de Zach parecía ondular contra él en cada punto de contacto. Trevor imaginó cómo se ablandaba, caliente como el caramelo, y fluía sobre él, rodeándolo. El que el cuerpo de Zach lo tomara a él o fuera asimilado no importaba. Su carne se mezclaría, sus huesos se fundirían en un complejo receptáculo que albergaría sus vísceras comunes. ¡Vaya dibujo sería aquel!

Ahora Zach le lamía el arco de la clavícula, dejando un rastro de humedad cálida que se enfrió y evaporó rápidamente. Se frotó la cara contra el pecho de Trevor, apretó los labios contra el hueco bajo sus costillas, y Trevor sonrió al ver cómo una banda de energía brillante volvía a conectarlos, elusiva y constante como las partículas y las ondas que conformaban la luz, el sonido, la materia.

La habitación se arremolinaba a su alrededor. Sus dibujos saludaban delicadamente desde las paredes. El colchón se volvió insustancial bajo su espalda, como si estuvieran suspendidos sobre un gran hoyo que atravesara el suelo y los cimientos de la casa, como si pudiera disolverse en cualquier momento y hacerlos caer eternamente, solos en un vacío negro y ciego, un universo negro. Trevor reprimió un suspiro y apretó a Zach. Comenzaba a pegar con fuerza.

—No pasa nada —lo tranquilizó Zach—. Son setas fuertes, nada más. Sigue abrazándome y no pasará nada.

—¿Puedes... podrías...? —Trevor no tenía ni idea de lo que quería preguntar. Sus dientes comenzaron a castañetear.

—Trev, tú relájate y déjate llevar. Mira las luces. Todo es maravilloso. Te quiero.

—Yo también te quiero... pero es tan raro...

—Eso se pretende. Por eso tomamos drogas, para hacernos sentir distintos. No te enfrentes a ello.

Zach le acarició el pelo, le frotó los brazos y los hombros hasta que los músculos comenzaron a relajarse. Las manos de Trevor se habían cerrado en puños poco apretados. Zach las forzó a abrirse, besó los mapas especulares que eran las palmas, los callos del lápiz, las complejidades de las puntas de los dedos. Se metió un dedo en la boca y lo lamió con suavidad, y oyó cómo Trevor aguantaba la respiración.

—Tu lengua es como el terciopelo.

—Y tus manos saben a agua de mar.

Besó el pliegue de la muñeca izquierda de Trevor, y después recorrió con la lengua el antebrazo y el suave hueco del codo. Trevor suspiró y se relajó un poco, aunque su pulso seguía siendo el de un pájaro asustado contra la lengua de Zach. Las venas del codo, las del yonqui, las que había que cortar si querías desangrarte hasta morir.

Zach deslizó la boca por el brazo hasta besar las líneas blancas elevadas de las cicatrices. Antes había dudado en hacerlo, sin saber si a Trevor le importaría. Ahora, la textura era tan atrayente que no podía evitarlo. Imaginó la cuchilla atravesando la carne como un cuchillo la mantequilla, cómo los ojos gélidos de Trevor gritaban, tratando de escapar de su rostro impassible mientras veía cómo la sangre comenzaba a manar.

Trevor emitió un gemido desde lo más hondo de su garganta. Zach lamió con más fuerza la carne tierna, y la cicatriz que besaba se abrió contra su lengua como un tórrido ósculo. El sabor cobrizo de la sangre fresca se derramó en su boca.

Trevor notó una sensación punzante en el brazo, y después otra, y otra, entonces tres a la vez, un dolor trémulo que calaba hasta los huesos. Se incorporó sobre el codo derecho y vio cómo se abrían los viejos cortes del brazo izquierdo, cómo se partían como pequeñas bocas rojas. Zach lo miró primero con confusión, luego con horror, al comprender que Trevor también veía la sangre. Su boca estaba manchada de un húmedo escarlata que caía por su cara, algo terrorífico al destacar contra la blancura de su piel.

—Trev... ¿qué...?

Trevor se sentía extrañamente sereno. Las heridas abiertas no dolían más que cuando se las había hecho. En realidad eran un modo de drenar el dolor. En aquel momento recordó la sensación perfectamente.

—Está casi aquí —dijo.

—¿Qué?

—Birdland.

Las pupilas de Zach eran enormes, resplandecientes. Tenía la boca abierta. Trevor tomó sus manos, lo levantó y lo sostuvo así, manchando de sangre su cuerpo. Le besó los labios pegajosos.

—No te asustes.

—Pero... ¿no estás sangrando?

—Solo durará un poco.

—¡Trevor! ¡Ten tus estigmas si quieres, joder, pero no me vengas con mierdas místicas! —Zach golpeó el colchón—. ¡No te atrevas a morirme! ¡Si te mueres... si te mueres te juro por Dios que iré a por ti! Te encontraré y no pararé hasta que tu puto fantasma...

—No me estoy muriendo. Ven aquí. Abrázame. —Lo rodeó con más fuerza y sintió cómo la sangre fluía entre ellos, cómo bajaba por la columna vertebral de Zach. Tengo que irme, pensó. Eres lo único que puede traerme de vuelta. Pero eso asustaría aún más a Zach, así que guardó silencio.

No sabía adónde iba, ni cómo. Sabía que sería Birdland, la verdadera Birdland que se hallaba paradójicamente lejos, más allá de la casa y al tiempo en sus profundidades. Pero Trevor sabía que Birdland no era solo el lugar de su pasado, el lugar de su niñez donde había hallado su talento, sus sueños. Era también el sitio donde sus sueños podían encontrarlo a él... y algunos podían ser verdaderas pesadillas. Era un espacio de cicatrices, de heridas que nunca habían terminado de cerrarse.

—Pero no me dejes aquí —murmuró Zach contra su pecho.

—Te lo prometo.

Trevor recordó cuando había estado tumbado en esa cama aquella misma tarde, imaginando el cuerpo de Zach inextricablemente unido al suyo, y recordó la fantasía de cómo la carne fluía sobre él, rodeándolo. Se apretó contra su cuerpo y le rodeó las caderas estrechas con las piernas.

—Quiero que me folles —dijo.

—¿Eh? ¿Ahora?

—Sí. Ahora.

Las emociones pelearon en el rostro de Zach: confusión, miedo, pena, frustración, excitación. Trevor sintió cómo el pene de Zach crecía con cautela contra la parte trasera de su muslo. Extendió un brazo y le cogió los testículos, recorrió el miembro sedoso y lo untó con sangre. Zach se estremeció e inspiró profundamente.

—¿Estás seguro?

Pero, aparentemente, podía ver la respuesta en la cara de Trevor. Sus ojos no dejaron los de su amante mientras se mojaba la mano con saliva y con ella frotaba su pene. Entonces levantó las rodillas de Trevor, le separó las piernas y entró. La sensación no era tanto dolorosa como completamente alienígena. Trevor sintió cómo su recto trataba de contraerse, cómo todo su cuerpo intentaba tensarse. Buscó la boca de Zach y le lamió la lengua. Estaba decidido a tener a aquel chico dentro de él, de

todas las maneras posibles. Había llegado el momento.

Entonces sus intestinos comenzaron a aflojarse y calentarse, sus músculos se fundieron en círculos concéntricos alrededor de Zach, atrayéndolo más hondo. Unió sus manos tras la espalda de su amante. La sangre caía por sus brazos, goteaba sobre sus cuerpos, comenzaba a empapar el colchón.

—Aaah... —Los dientes de Zach se cerraron sobre su hombro, un dolor pequeño y exquisito—. Es tan prieto... que casi duele...

—Fóllame todo lo fuerte que quieras. Quiero que me rompas.

—¿Sí? —Zach se acomodó sobre las rodillas, apoyó las manos en los muslos de Trevor y los apretó hacia arriba y hacia atrás, entrando todavía más. Su rostro estaba manchado de sangre, su expresión congelada en una mezcla de dolor y éxtasis.

—¿Así, dices? ¿Te gusta?

—Sí... pero dale más fuerte. —Trevor buscó la mano de Zach y la guió hacia su pene. Cuando Zach cerró los dedos alrededor del glande y comenzó a apretar, Trevor puso su mano sobre la de Zach y oprimió con brutalidad.

—Trev, no quiero hacerte daño...

—¡Más fuerte! —sollozó Trevor—. ¡Tengo que llegar!

—¿DÓNDE, COJONES? —Zach le cogió el mentón con la mano libre y lo obligó a mirarlo a la cara. Sus ojos eran enormes, salvajes—. ¿POR QUÉ ME HACES HACERTE ESTO?

El placer y las drogas sobrecargaron las sinapsis de Trevor con una sensación incomparable, pero sintió cómo un vórtice comenzaba a abrirse en su cerebro. Su conciencia giró alrededor de su borde, atraída por el remolino. Apretó las caderas con fuerza contra Zach, empalándose. La zona entre el ano, los testículos y el glande era como un enorme nervio al aire. El corazón de Zach palpitaba en sus entrañas. La luz surgió del vórtice, resplandeciente y arremolinada.

Más allá de aquel remolino estaba Birdland. Si quería volver a estar alguna vez con Zach, debía ir allí en ese momento.

Se dejó.

—¿Trev? ¿¡Trevor!? ¡¡¡MALDITA SEA, Trevor!!! —Zach golpeó la almohada junto a la cabeza de Trevor, que ni se movió ni pareció oírlo.

Había sentido cómo se le arqueaba la espalda, cómo el semen de Trevor se amontonaba en su palma y resbalaba entre sus dedos, y cómo él también había estado a punto de correrse. Pero entonces Trevor dejó de gemir, sus ojos quedaron en blanco y cayó sobre el colchón.

Su corazón latía desbocado hasta el punto del dolor. Le buscó el pulso, la respiración. Ambos eran fuertes y estables. Tenía los ojos medio abiertos y parpadeaba lentamente. Pero la mirada era desenfocada, y no reaccionó cuando Zach le pasó la mano por delante y observó las pupilas. Sintió un escalofrío. Aquellos ojos

parecían abandonados.

—¿Trev? —susurró—. Recuerda que has prometido que no me dejarías.

Sin respuesta.

—¿Trevor? ¿Por favor...? —Zach presionó la boca contra los labios muertos y besó con fuerza. Sin respuesta de nuevo.

No creía que Trevor estuviera ahí dentro. O quizá se había escondido tan profundamente que no podía oírlo. Una palabra resonó en su cabeza como el tañido de una campana profunda y disonante: catatonía.

La idea lo asustó de tal modo que aferró a Trevor por los hombros y lo zarandé con fuerza. La cabeza se sacudía flácida sobre el cuello. Un hilo plateado de saliva surgió de una de sus comisuras. No había nada en aquella mirada, ni en aquel rostro.

Zach se arañó la cara, se mordió los dedos con desespero, sollozó de frustración y pavor. ¿Por qué había llegado a pensar que sería buena idea darle setas a Trevor? ¿Por qué había creído que ninguno de los dos sería capaz de soportar una experiencia tan tremenda entre aquellas paredes maliciosas, malditas?

De repente recordó lo que Trevor había dicho justo antes de perder la consciencia: «Tengo que llegar». ¿Había acaso usado el trauma del orgasmo para separarse de algún modo de su cuerpo? ¿Estaba su espíritu flotando por la casa, incapaz de comunicarse con él, incapaz de volver?

O peor todavía, ¿es que ya no estaba allí? ¿Y si había llegado al mundo espiritual, exigiendo una respuesta a por qué seguía con vida, y Bobby había decidido quedárselo allí? ¿Y si Bobby solo quería acabar el trabajo que había dejado a medias? Corpóreo o no, Trevor seguía colocado hasta las cejas, y eso lo hacía aún más vulnerable de lo que ya era. Si se había marchado a otro sitio, Zach sabía que tenía que seguirlo.

¿Pero cómo demonios iba a abandonar su cuerpo? Estaba acostumbrado a tener orgasmos; por muy intensos que fueran, su espíritu no se separaría de su carne, ni crearía un cordón umbilical ectoplásmico, ni se disociaría. Hasta ese momento en que quería abandonarlo, nunca había pensado en lo sólidamente fundida que estaba su alma a su cuerpo.

Se concentró furiosamente, trató de proyectarse dentro del cerebro de Trevor. Ya había entrado una vez, pero parecía que la contraseña había cambiado. Trató de imaginar cuál podría ser la nueva, intentó tantear alrededor de los límites de la consciencia desaparecida. Se obligó a relajarse, a rendirse a la droga, a pensar en cualquier cosa menos en proyectarse. Se tiró del pelo y la cabellera, trató de arrancarse su propio fantasma del cráneo. Nada de ello funcionó. Se derrumbó sobre el colchón, abrazó a Trevor y sollozó en su pecho. Una delgada película de sudor había cubierto la piel inerte, que resplandecía con colores opalescentes y tenía un leve olor a café.

Café...

Tuvo una peligrosa idea.

Volvió a comprobar el pulso de Trevor. Seguía firme y estable. Le besó la mejilla y le habló al oído.

—Te quiero, Trev. Voy a por ti. Pero intenta no marcharte demasiado lejos.

Se incorporó y casi perdió la consciencia cuando la sangre corrió a su cabeza. Intentó que así fuera, pero se recuperó. Cruzó el dormitorio y salió al pasillo, negándose a mirar hacia el baño o el umbral que daba al salón. Negándose a mirar por encima del hombro mientras entraba en la cocina. Nunca se había sentido tan inseguro en aquella casa.

Abrió el refrigerador, parpadeó ante la luz y sacó el paquete de café que Trevor había comprado. Lo llevó junto a la cafetera de Potter's y metió una generosa cantidad en el filtro, antes de llenar la jarra de agua y verterla. Unos segundos después, la máquina comenzó a burbujear y un aroma oscuro y rico llenó la cocina. El olor le daba náuseas; sabía lo que probablemente iba a tener que hacer.

No podía esperar a que se llenara. En cuanto hubo destilado un poco, arrancó la jarra de la máquina y la vació en una taza. El café hirviendo goteó sobre la placa calentadora. Los nervios de Zach chisporrotearon en respuesta. Volvió a meter la jarra, apagó el interruptor, cogió la taza humeante y corrió de vuelta al dormitorio.

—¿Trev? ¿Quieres un café? Vamos... —Le pasó una mano por el cuello y le levantó la cabeza, le puso la taza bajo la nariz, sin mucha esperanza. Como temió, no hubo respuesta alguna. No estaba allí.

Miró la taza. La superficie negra del café resplandeció, tan llena de siniestros colores como una capa de aceite. A Zach le parecía la superficie de la muerte. Su corazón dio un vuelco y se disculpó por adelantado por lo que estaba a punto de hacer.

Inspiró profundamente y sopló el brebaje demoníaco, la droga maldita. Elevó una plegaria a sus varios dioses y afianzó el pulso.

Entonces se llevó la taza a los labios y se tragó aquella amarga pócima.

Capítulo veintiuno

Trevor sintió cómo se elevaba a través del aire espeso de la habitación, cómo atravesaba el cielorraso y el tejado, saliendo a la noche. El firmamento se arqueaba sobre él como un enorme cuenco negro salpicado de diamantes. Vio el kudzú invadiendo la cubierta, el coche pequeño y robusto estacionado detrás de la casa, el sauce del patio en el que habían hablado Zach y él el primer día, sus ramas meciéndose bajo la terrible luz de la luna, afilada como una cuchilla. Ascendía y ascendía. Podía ver a lo lejos las calles de Missing Mile, oscuras y silenciosas. La casa ya estaba muy abajo, un rectángulo de juguete que casi podía olvidar.

Aquí no es donde debería estar, comprendió. Tengo que volver a Birdland.

Al instante creyó encontrarse en una película reproducida marcha atrás, cada vez más rápido; caía en una cegadora espiral de vuelta hacia el tejado, atravesando las enredaderas vampíricas y el techo, hasta entrar en las habitaciones y fundirse con las paredes, hasta chisporrotear dentro de los cables eléctricos, hasta gotear por los grifos y desaparecer por el desagüe, hasta entrar en los fragmentos rotos del espejo...

Él estaba allí.

Este pensamiento lo llenó con una excitación fría que era casi miedo. Fuera lo que fuera Birdland, estuviera donde estuviera, en ese momento se encontraba allí.

Regresaron las sensaciones de su cuerpo. Abrió los ojos y se vio de pie, en la esquina de una ciudad cuyo nombre no conocía. Era como una amalgama de todas las ciudades en las que había estado alguna vez, las secciones más depauperadas, los barrios más pobres: edificios cenicientos cubiertos de pintadas ilegibles, ventanas rotas o tapiadas, carteles arrancados de los postes telefónicos, de las paredes de ladrillo. Las pocas salpicaduras de color en aquel paisaje parecían incongruentes.

La acera y la calzada estaban vacías. La franja de cielo sobre él tenía un malsano color púrpura que reflejaba la luz de la ciudad y enmascaraba cualquier luna, cualquier estrella. Parecía ser de madrugada. No vio señales de vida en los edificios a su alrededor, y no oyó ni tráfico ni voz alguna.

Pero el lugar no parecía amenazador. Creía reconocerlo, y estaba seguro de que lo reconocía a él. Eligió una dirección cualquiera y comenzó a caminar. Creyó oír el gemido de un saxofón a lo lejos, aunque no dejaba de aparecer y desaparecer, hasta que no pudo estar seguro de que fuera real.

Pasó junto a las oscuras fauces de un estacionamiento subterráneo cerrado con malla de gallinero, por un solar vacío sembrado de botellas rotas, una serie de escaparates, lavanderías, iglesias de la Luz Sagrada, todas cerradas. Todo tenía un aspecto oscuro, resbaladizo, comprimido, como si tuviera más de dos dimensiones, pero sin llegar a tres. Los edificios eran sólidos; podía sentir la acera bajo sus pies, el aire fresco de la noche apartando el pelo de su cara, los huesos de sus dedos

moviéndose dentro de los bolsillos...

¿Bolsillos? Pero si estaba en la cama con Zach, desnudo. Se miró y vio que vestía un traje de chaqueta a rayas con amplias solapas del estilo de los años 40. Debajo llevaba una camisa negra de seda con una corbata chillona de patrón ajedrezado, poco apretada. Los pantalones hacían juego con la chaqueta, y en los pies calzaba un par de mocasines negros llenos de rozaduras, pero evidentemente caros. Nunca había vestido ropas así, pero había visto cientos de fotografías de Charlie Parker con ese atuendo exacto.

Siguió andando. Hubo un momento en que olió el aroma del café, rico y fuerte, pero no era capaz de localizar la dirección. Tras unos minutos, desapareció.

No tardó en llegar a una hilera de bares que parecían abiertos. El bloque estaba iluminado con anticuadas lámparas de gas de hierro colado situadas en cada esquina. Los bares eran oscuros, pero el neón resplandecía en sus profundidades con el verde del chartreuse, el azul gélido, el escarlata invitador.

Las angostas callejuelas entre los locales eran aún más oscuras. De ellos procedía un perfume fermentado: el olor de centenares de botellas mezclando sus contenidos, destilando un nuevo y nocivo veneno.

En la acera había estacionados algunos coches, turismos abollados, coches llenos de alerones y modificaciones, todos vacíos. Pero seguía sin haber nadie en las calles, y los escaparates de los bares eran opacos y no hacían sino devolver reflejos distorsionados. El pavimento estaba lleno de charcos que mostraban extrañas luces, colores seductores.

En ese momento, Trevor comprendió lo que andaba mal con los colores de aquel lugar. Todo el escenario era como una fotografía en blanco y negro coloreada a mano; el color se había superpuesto, no era parte de la imagen en sí. Tenía un aspecto al mismo tiempo chillón y avejentado.

Los tebeos de Bobby siempre habían sido en blanco y negro. Recordaba una vez en que Didi había coloreado una página con sus ceras, dejando un manchón de rojo aquí, un trazo azul allá. El aspecto final se parecía a ese sitio.

La incertidumbre lo detuvo en la acera; era refractario a entrar en cualquiera de los bares oscuros, pues no le apetecía dejar atrás los signos de vida. A lo lejos, la calle parecía hacerse más oscura, los edificios crecer más altos, con un aspecto más industrial. El aire ya estaba teñido por un leve olor agostado, en parte químico, en parte a carne. No quería perderse entre las fábricas y suburbios de Birdland.

Pero ¿adónde se suponía que tenía que ir? Bajó a la calzada para tener una mejor visión de los bares y observó las marquesinas desvencijadas y las luces llamativas en busca de alguna indicación. No logró ninguna. Pero, de repente, alguien apareció corriendo de uno de los callejones cercanos, y solo el paso atrás que dio Trevor impidió que la figura flaca y huesuda lo arrollara.

El tipo lo aferró por las solapas de la chaqueta con dedos arácnidos y lo miró implorante. Su rostro era casi cadavérico, los ojos ardientes y enormes, alojados en

cuencas tan profundas que parecía que se los habían sacado con una cuchara. Su carne era de una textura fibrosa. El largo abrigo negro colgaba de sus hombros como un par de alas rotas. Las mangas abolsadas se habían deslizado sobre sus antebrazos al agarrar a Trevor. En ellos eran claramente visibles las numerosas y recientes marcas de pinchazos.

—Por favor, dame algo de pasta —siseó—. Me llega una enorme roca brillante.

Era Sammy el Esquelético. Un personaje, la quintaesencia del yonqui de Bobby, un manojo de actividad febril y promesas animado por su adicción. Era el personaje que Trevor había estado intentando dibujar en la cocina el día en que descubrió que podía dibujar. Recordó cómo Bobby se inclinó sobre él y lo besó en la coronilla, susurrándole al oído: «Menudo tiparraco has dibujado».

Levantó las manos y rodeó las delgadas muñecas de Sammy, apartando con cuidado sus garras esqueléticas de las solapas. Sintió la vieja ternura por aquel personaje.

—Lo siento, Sam —dijo—. No llevo nada.

—¿Pero qué dices? ¿Tú eres el Tipo, no? ¿Tienes esto, no? —Sammy tomó las manos de Trevor y las sostuvo un largo momento. Su carne era fría como las baldosas de un depósito de cadáveres. Trevor sintió cómo algo le picoteaba la palma. Cuando Sammy lo soltó, se encontró sosteniendo una pequeña joya resplandeciente. Parecía un diamante, pero con un leve fulgor azul en su núcleo. Lo hizo rodar sobre la palma y observó cómo sus facetas capturaban la luz.

—Es todo cuanto tengo —dijo Sammy—. Sé que no es mucho, pero ya conseguiré algo más.

Buscó entre los pliegues de su abrigo y sacó una jeringuilla envuelta en un pañuelo sucio. El émbolo estaba bajado, el cilindro vacío. La aguja brillaba siniestra bajo una delgada película de sangre reseca.

—Dame solo un poco —suplicó Sammy.

—No llevo nada, te lo juro.

Sammy el Esquelético miró a Trevor como si uno de ellos estuviera loco y no estuviera muy seguro de cuál de los dos.

—Yo a ti te conozco, ¿no?

—Bueno... —Trevor no estaba seguro de cómo responder.

—Tú dibujas, ¿no?

—Sí.

—Entonces vamos, mañana te pagaré el doble. Te la chuparé. Lo que sea. Pero sé un buen chico y súbete la manga.

—¿Para qué es eso?

—La vida roja, chaval... —Sammy agarró la manga de Trevor—. Esa vida roja y dulce que corre por tu vena.

—¿Quieres mi sangre?

Sammy el Esquelético lo miró a los ojos y asintió lentamente. La necesidad

desnuda y retorcida en su cara era distinta a todo lo que Trevor hubiera visto antes. Recordó una frase de William S. Burroughs. La cara de Sammy era una ecuación escrita en el álgebra de la necesidad.

A Trevor nunca se le habían dado bien las matemáticas, pero sabía que en toda ecuación había dos partes. Si los habitantes de aquel universo, o dimensión, o tebeo, o lo que demonios quisiera que fuera, podía colocarse con sus fluidos corporales, puede que también él pudiera extraer algo de ellos.

Cubrió la mano de Sammy con la suya y le dejó en la palma el diamante.

—Y si te doy algo... —preguntó—, ¿sabrías dónde está Bobby McGee?

De nuevo aquel lento asentimiento.

—¿Me puedes llevar allí?

—Pues claro —dijo Sammy—. Te está esperando.

El yonqui trató de sonreír. Era un espectáculo terrorífico.

—Muy bien.

Sammy lo guió hacia uno de los bares oscuros. El interior era al mismo tiempo chillón y mugriento, con paredes de un terciopelo púrpura sucio y un suelo que hacía tanto que no se fregaba que Trevor sentía cómo las suelas de los zapatos se le iban pegando al caminar. Un anuncio de una marca de cerveza de la que nunca había oído hablar parpadeaba verde y dorado sobre la barra. Junto con el reflejo en el espejo sucio de la pared opuesta, formaba un confuso túnel de luz que se extendía hasta el infinito. No había camarero, ni clientes. El lugar estaba en silencio.

Se sentaron en una de las pequeñas mesas desvencijadas. Trevor se quitó la chaqueta a rayas y se levantó la manga izquierda de su camisa de seda. Vio que las cicatrices seguían abiertas, derramando lentas lágrimas de sangre. Las manchas no se mostraban en el paño negro, aunque el líquido empapaba la manga. La mirada de Sammy se centró en la sangre. Parecía que quisiera lamerla directamente del brazo.

Pero buscó en su voluminoso abrigo y sacó un tubo de goma, que ató alrededor de su propio brazo, algunos centímetros por encima del codo.

—Si lo ato ahora —le explicó— puedo disparar mientras sigue caliente y potente. —Acarició la mano de Trevor. Su toque era ambiguo, no del todo sexual—. ¿Estás preparado?

—Limpia antes la jeringuilla. No pensarás meterme esa mierda sucia en el brazo...

—No, no es ahí donde te gusta meterte mierdas sucias, ¿eh?

Antes de que Trevor pudiera asimilar por completo el comentario, Sammy se levantó de la mesa, pasó detrás de la barra y volvió con un vaso lleno de *whisky*. Sacó el pico, sumergió la aguja en el líquido ambarino y lo agitó. Después extrajo del bolsillo un mechero barato, pasó la llama por la aguja y la demoró en la punta. El alcohol se prendió con una llama clara y azul, ardiendo con rapidez. Sammy miró a Trevor.

—¿Satisfecho?

Trevor no tenía ni idea de si aquel procedimiento esterilizaba de verdad la aguja, pero al menos la costra de sangre seca y aspecto repulsivo había desaparecido. Asintió, con la sensación de que durante la transacción había perdido la voz cantante.

Sammy se inclinó sobre el brazo de Trevor y deslizó la aguja dentro de la cicatriz abierta más cercana al codo. Tanteó durante un momento y un destello de dolor atravesó la carne blanda. Entonces la aguja encontró una vena y se hundió profundamente. Sammy sacó el émbolo lentamente y una oscura flor de sangre penetró en la jeringa. Trevor sintió cómo la aguja temblaba con cada latido de su corazón.

Sammy siguió sujetando su mano, acariciando levemente la muñeca y jugando con sus dedos. Pero en cuanto tuvo la hipodérmica llena, sacó de un tirón la aguja de la herida. Sin perder un solo instante, se levantó su propia manga, hundió la aguja profundamente en la corva y presionó el émbolo. La sangre de Trevor pareció correr hacia las venas como si la estuvieran chupando con fruición. Trevor vio cómo los párpados del otro aleteaban; el trapo rosado que era la lengua resplandecía en la boca.

—Ooooh... La dulce... roja...

Entonces las manos de Sammy se convulsionaron, los ojos se echaron hacia atrás en la cabeza y se desplomó de cara sobre la mesa. La aguja cayó de su brazo y rodó hasta caer al suelo, el interior del cilindro aún cubierto por una delgada película de sangre. La mano derecha de Sammy golpeó el vaso de *whisky* y lo lanzó volando al suelo. Su hedor áspero inundó el bar.

Trevor cogió un puñado de cabellos de Sammy y le levantó la cabeza de la mesa. Era liviana como una calabaza hueca. La cara del yonqui era ahora de un azul enfermizo bajo el tono ya grisáceo de la piel. Tenía los ojos cerrados y el mentón cubierto de baba.

Entonces, los mechones se separaron del cuero cabelludo como la hierba muerta arrancada del suelo seco, y la cabeza de Sammy golpeó de nuevo la mesa y se partió con la limpieza de un melón maduro.

Por todas partes salpicaron fragmentos y esquirlas del frágil cráneo, gran parte del cual simplemente se convirtió en polvo. Su cerebro parecía una hamburguesa quemada, disecada y quebradiza. Trevor vio algo parecido a una canica brumosa que dejó un rastro rojo al rodar hacia el borde de la mesa. Era uno de los ojos de Sammy. El globo vaciló largo rato antes de caer al suelo con un chapoteo enfermizo. Había muy poca sangre. La mesa no tardó en llenarse de dientes del color del marfil viejo, hebras de cabello de un gris ceniciento, polvo que olía a ataúd recién abierto: ligeramente picante, ligeramente putrefacto.

Trevor se quedó mirando atónito la ruina del personaje de los tebeos de su padre. El chiste más frecuente sobre Sammy el Esquelético es que era capaz de meterse cualquier cosa. Morfina, dilaudida, H pura, lo que fuera. Los camellos más rastrosos habían intentado envenenarlo con ácido de batería de coche y estricnina cuando les debía demasiada pasta, pero Sammy simplemente se los inyectaba en la vieja vena y

volvía a por más.

Había hecho falta el hijo de su creador (su hermano, en cierto modo) para darle a Sammy el viaje definitivo. Y si de verdad sabía dónde encontrar a Bobby, ahora no iba a decir nada.

Apretó la delgada muñeca. La piel se deshizo bajo sus dedos hasta que se encontró aferrando poco más que el hueso. Una vez más estaba solo en aquel lugar, que parecía tan vacío como la promesa de un drogadicto. Trevor se bajó la manga de la camisa, se puso la chaqueta y salió del establecimiento.

La calle seguía desierta. Eligió una avenida lateral que pasaba junto a las fábricas, pero que no parecía dirigirse directamente hacia ellas. No le quedaban lágrimas para Sammy. Siguió andando.

Zach logró soltar la taza de café vacía y enroscarse junto a Trevor antes de que el dolor golpeará su pecho como un martillo pilón. Durante varios segundos fue incapaz de respirar, y creyó que todo había acabado. Se había matado rápida y limpiamente con una sola dosis de una droga socialmente aceptada, usada por miles de millones de personas cada día.

Entonces sus pulmones sufrieron un espasmo y fue capaz de aspirar una triste y vacía bocanada, luego otra. Su corazón latía con tal fuerza que las extremidades le temblaban y su visión palpitaba. Se acercó más a Trevor y le pasó un brazo por el pecho, asegurándose de que sus cabezas estaban muy juntas sobre la almohada.

Cada músculo del cuerpo de Zach parecía tensado desde múltiples direcciones, como si no tuviera superficie suficiente para abarcarlo. Imaginó las fibras cediendo y estallando una a una. El dolor era exquisito, eléctrico. Ardía, tiritaba, gritaba. Las setas que había ingerido no hacían sino amplificar su sufrimiento.

Un velo rojo comenzó a correrse sobre su visión. Dejó que su mirada se desenfocara y comenzó a sentir cómo se deslizaba. Se le ocurrió que, si perdía la consciencia y tenía sueños terroríficos, la tensión de su corazón podría matarlo antes de conseguir despertar. Me da igual, pensó. Si no logro encontrar a Trevor, no tengo la menor razón para querer volver.

El dolor primero disminuyó, luego desapareció. Sentía como si su débil carne y su cerebro confinado se estuvieran disolviendo, liberándolo. De repente se encontró flotando en algún punto cerca del centro de la sala, contemplando los dos cuerpos tumbados sobre la cama. Las extremidades estaban entrelazadas, anclándose mutuamente. Parecían indefensos, frágiles como los cascarones desechados por las langostas. Podían romperse al menor roce.

¡Esto es real!, pensó Zach. ¡Estoy teniendo una verdadera experiencia fuera del cuerpo! Trató de silenciar el pensamiento, temeroso de que pudiera devolverlo a su carne. Sin embargo, de repente se sintió volando hacia el techo, a punto de ser arrastrado a través del paramento. Se aferró con sus uñas psíquicas y luchó para

permanecer en el dormitorio. Tenía miedo de perder los cuerpos de vista. Y al otro lado de aquella pared estaba el cuarto de baño.

Pero ya había pasado a través, girando sin control cerca del techo, tan cerca que podía contar las grietas en la pintura amarilleada, las telarañas que cubrían el plafón de la luz. La habitación giraba cada vez más rápido. Ya no había techo, ni suelo, nada salvo un borrón mareante de lavabos, bañeras y retretes que de nuevo parecían manchadas de sangre podrida, aunque podría no tratarse más que de sombras. Se sentía aturdido por la fuerza centrífuga y el terror.

Estaba atrapado en un remolino que lo absorbía poco a poco hacia la bañera. Por un momento creyó que caería dando tumbos directamente hacia el agujero negro del desagüe, pero entonces vio los fragmentos rotos del espejo y sintió cómo caía hacia ellos, dispersándose. Era como ser empujado a través de una pantalla, como caer en un caleidoscopio con bordes afilados como cuchillas.

Reconoció el siguiente lugar que vio. Era un sitio que conocía bien. Era su cuna, su hogar, su droga más adictiva.

Era el ciberespacio.

El escritor Bruce Sterling definía «ciberespacio» como el lugar en el que tenía lugar una conversación telefónica. Podía extrapolarse para incluir el lugar en el que se almacenaba la información computarizada, y aquel que debía recorrer un pirata para obtener datos. No tenía realidad física, pero Zach tenía una imagen de él tan vívida y clara como las calles del Barrio Francés. El ciberespacio era parte cosmos, parte rejilla, parte montaña rusa.

Justo después de dejar su cuerpo en el dormitorio, Zach se había sentido muy liviano y un tanto húmedo, como una aspiración de vapor de agua o una voluta de ectoplasma. Ahora carecía de peso alguno y de propiedades físicas. Estaba compuesto de energía, no de materia. Era una criatura de información. Viajaba a través del ciberespacio a una velocidad altísima.

De repente dejó de volar y se quedó sin aire.

Estaba sentado, con una sensación ardiente en el plexo solar. Se llevó la mano al pecho y tocó lo que claramente era ropa. Parecía llevar alguna especie de traje. Estaba reclinado en una silla acolchada. A sus pies había un suelo duro y pegajoso y una luz viva le asaltaba los ojos. A medida que se iba acostumbrando a ella fue capaz de distinguir las hileras de butacas a su alrededor, los cuerpos sentados y las cabezas asintiendo, las imágenes sangrientas parpadeando en una enorme pantalla. Un cine.

La película parecía un compuesto de muchas obras de directores italianos de cine gore, pero todos los actores parecían varones homosexuales, y la música era un chirriante fondo de saxofón. Un chico desenrollaba cuidadosamente un condón alrededor del pene erecto de otro, antes de levantar un par de enormes y resplandecientes tijeras y cortar el conjunto, aplicando después la boca al muñón crudo para beber de la sangre que manaba a borbotones. Un hombre blanco se masturbaba sobre otro negro tumbado boca abajo, eyaculando una corriente perlada

de gusanos sobre la espalda de ébano, tensa y sudorosa.

Zach vio que la mayoría de los espectadores estaba sentada en parejas. Aquí y allá, una cabeza subía y bajaba suavemente sobre un regazo, medio oculta por un abrigo sucio. Zach contempló la película algunos minutos más. Justo cuando comenzaba a sentirse interesado, alguien se deslizó y se sentó junto a él, poniéndole una mano cálida en la pierna.

Se giró con un «vete a la mierda» bien ensayado en los labios. Aquella era una situación que se había encontrado en el cine desde que tenía uso de razón, y no estaba lo bastante pirado como para dejar que un perverso anónimo se la cascara. Al menos no siempre.

Pero en vez de soltar el discurso se quedó mirando. La persona sentada a su lado era Calvin.

El guitarrista llevaba un traje color carbón con un jersey negro de cuello alto debajo. Su rostro delgado y sonriente parecía flotar en la penumbra del cine. Su cabello rubio estaba engominado hacia atrás, lo que le daba un aspecto vulpino. La presión de sus dedos aumentó. Se inclinó para susurrar, y sus labios rozaron la oreja de Zach.

—¿Te apetece tanto como a mí?

No, yo solo quiero a Trevor, pensó Zach. Abrió la boca para decirlo, pero lo que salió fue: «Coño, claro que sí». Entonces la boca de Calvin atacó la suya, su mano se deslizó hacia su entrepierna, tanteando la cremallera y liberando su polla ansiosa, traicionera. Los dedos de Calvin apretaron y acariciaron con experiencia. Zach le pasó los brazos por el cuello y le devolvió el beso con ganas. Sus lenguas intercambiaron secretos fundidos.

De todos modos, esto es lo único que queríamos el uno del otro, pensó Zach, un polvo rápido, sin complicaciones ni ataduras. ¿Qué tiene de malo? Ya no recordaba por qué se habían detenido la primera vez.

La piel de sus testículos comenzaba a tensarse, la polla palpitaba y le dolía. Rompió el beso y cogió aliento. Por encima del hombro de Calvin echó un vistazo a la pantalla. Una mano se deslizaba arriba y abajo sobre un pene que reconocía como el suyo. La cámara abrió el plano poco a poco hasta que pudo ver una maraña de miembros desnudos, incluido un brazo cuyo bíceps llevaba tatuado un pequeño personaje de tebeo que Zach apenas pudo reconocer como Krazy Kat. Supuso que *Mr. Natural* aún no había sido invitado a aquel universo. Bueno, pensó incoherente, Krazy Kat era un buen maricón.

La cámara volvió a acercarse hacia la mano, cuyo ritmo se aceleraba para igualar el de Calvin. Zach sintió que ya estaba a punto de correrse. La pantalla se llenó con la carne púrpura y resplandeciente, con enormes dedos resbaladizos. Entonces el semen comenzó a salir a borbotones del enorme pene de la película, así como de su propia polla dolorida.

Pero Zach solo veía lo que sucedía en la pantalla. El semen había trazado un arco

mortal en el aire, había aterrizado sobre la mano y había comenzado a disolver la piel. Allá donde había caído aparecieron diminutos orificios que siseaban y se extendían, reduciendo las capas de carne y músculo a un encaje ennegrecido. La materia se desprendía del armazón óseo, fluyendo pene abajo. A pesar de todo, los dedos esqueléticos seguían trabajando. Y la mano de Calvin seguía masturbándolo.

El guitarrista se inclinó para darle otro beso y Zach vio su cara, que ya no era delgada sino demacrada. Se apretó contra la butaca mientras en la piel de Calvin estallaban pústulas púrpuras como las que había visto en su propio rostro en el espejo del cuarto de baño. La lengua era una esponja seca y letal que atacaba desde sus dientes, buscando la boca de Zach, anhelante de humedad.

Entonces dejó de ser Calvin: era el dependiente de la tienda de Misisipí. Hoja. Aquellos pómulos elegantes eran ahora tenebrosamente exagerados. Los ojos de color miel eran como trozos de topacio sobre un mosaico en ruinas. Sus labios temblaban al inclinarse hacia Zach. Le acarició el muslo con una mano en desintegración.

—Bah —susurró—, ven aquí y follamos...

Entonces se convirtió en la persona anterior, y después en la anterior. Y después en la mujer anterior. Y no dejaban de mutar, y cada vez se encontraban en peor estado.

Zach logró apartarse de su butaca y se alejó andando hacia atrás. Tropezó con unos pies y se giró para disculparse, pero los dos rostros que se giraron hacia él estaban hinchados y lívidos, horriblemente podridos. Vio cómo su amante se incorporaba, apoyándose en el respaldo de la butaca, y comenzaba a acercarse lentamente hacia él. Sobre la estruendosa banda sonora Zach podía oír la respiración trabajosa, la tos seca, dolorosa. Por todo el cine, otras figuras comenzaban a agitarse, a levantarse.

Se giró y echó a correr. Saltó como pudo sobre las piernas enredadas, corrió por el pasillo y salió al vestíbulo a toda prisa. Unas puertas de cristal lo separaban de la calle. En el último segundo antes de aferrar el pomo supo que estarían cerradas con llave. Quedaría atrapado allí en el vestíbulo con los zombis que iban a por él, y cuando lo cazaran lo aplastarían contra el cristal como una fresa machacada. Había visto películas suficientes como para saber lo que sucedía cuando los zombis te alcanzaban.

Pero las puertas no estaban cerradas, y Zach las atravesó a toda velocidad. Al llegar al otro lado de la calle se detuvo un instante para subirse las gafas y recobrar el aliento; echó un vistazo hacia el cine. La fachada estaba espléndidamente decorada con azulejos art decó y mármol de colores escarlata profundo, verde jade y negro carbón. La marquesina estaba formada por tubos de cromo, como en un sueño de los años 30 sobre el futuro. En el cartel, con letras rojas de treinta centímetros de altura, se deletreaba «El jardín de las delicias terrenales».

—Qué bien —dijo con gesto torcido mientras comenzaba a caminar deprisa, echando rápidos vistazos cada poco tiempo. La calle seguía vacía. Suponía que los

zombis estaban confinados al cine.

Levantó las manos frente a su cara y se miró las palmas. Las líneas eran de un color rosa oscuro, con un aspecto saludable y ligeramente humedecidas por el sudor. Siempre había oído que, si estabas enfermo de verdad, las líneas de las manos se volvían grises.

Pero se sentía bien. ¿Estaba intentando asustarlo aquel lugar con sus imágenes especulares putrefactas y sus zombis de andar por casa? ¿O estaba tratando de avisarle de algo?

Decidió que, si alguna vez lograba salir de allí, se largaría directamente a la clínica más cercana para hacerse un análisis de sangre. No le apetecía, pero pensó que quizá fuera el momento de comenzar a considerar otras cosas aparte de sus propios deseos.

No tardó en encontrarse lejos del cine. Las calles desiertas parecían familiares. Aquel lugar no era Nueva Orleans, pero pensó que se había usado su ciudad para sazonar aquel escenario, como un condimento. Lo advertía en las lámparas de gas de las esquinas, en las altas aceras, incluso en los balcones de hierro o en un portón aquí y allá que conducía a un patio en sombras. El aire nocturno era fresco, aunque no tenía el olor del Barrio Francés, su bruma alcohólica. Aquel olor era más parecido al del Callejón Tóxico, la venenosa zona del río Misisipí entre Nueva Orleans y Baton Rouge, un leve rastro de productos químicos y aceite quemado.

Vio una fuente burbujeante en un diminuto parque de hormigón y se detuvo a descansar. La fuente le resultaba extraña, y después de un momento comprendió por qué: no había monedas en el fondo, ni siquiera peniques. Nunca había visto una fuente pública sin monedas en el fondo. Sin embargo, allí había lo que parecían pequeñas joyas facetadas, tan traslúcidas en el agua clara que Zach apenas podía estar seguro de que estuvieran allí de verdad.

Vale, ahora estás alucinando, pensó. Y ni siquiera son tus propias alucinaciones. Será mejor que te acostumbres a ver estas mierdas raras.

Se miró los pies y de repente reparó en que estaban calzados con unos zapatos que nunca antes había visto, mocasines relucientes de dos colores. Por primera vez pensó en revisar el resto de su atuendo.

Una especie de traje, había pensado en el cine. ¡Pero qué traje! Estaba confeccionado con un paño del más pálido rosa, de corte amplio y abolsado, con grandes solapas. Debajo llevaba una camisa de color crema y una extravagante corbata de seda roja con diminutas figuras. Zach sintió algo en la cabeza y lo investigó. Una boina. Qué menos. Incluso los cristales de sus gafas parecían haber adoptado un moderno tono brumoso.

Birdland podía intentar joderte a cada vuelta de la esquina, pensó Zach, pero al menos te vestía para ello con estilo.

Oyó música cercana, la voz clara de un saxofón que ascendía gozoso antes de descender. El sonido se acercaba. Para entonces, a Zach no le hubiera sorprendido ver

a Charlie Parker (o a su zombi) aparecer doblando la esquina, con los ojos muy cerrados y la frente arrugada, soplando su instrumento mientras caminaba. Bird solía aparecer así en el escenario, le había dicho Trevor, después de que el resto del grupo llevara ya tocando una hora. Aparecía en algún punto en las entrañas del local, y los otros músicos se encajaban gradualmente con él a medida que oían su aproximación. Para cuando Bird pisaba el escenario, ya dirigía a la banda.

Pero lo que apareció doblando la esquina fue, en el más literal de los sentidos, un instrumento solista. Caminando sobre cuatro patas de aspecto de insecto y múltiples articulaciones, presionando sus propias llaves con dos manos de tres dedos del mismo tenor, resplandeciendo el cobre a través de la telaraña de rayones y golpes, llegó un saxofón alto.

—Oh, no —musitó Zach—. Esto es absurdo.

La música se detuvo y de la copa del instrumento llegó una voz aflautada.

—Eh, tú, estás en un tebeo, ¿pillas? Se supone que los tebeos son absurdos. Ten, coge un palillo de té y ya verás si no te vuelves absurdo.

Zach no alcanzaba a ver aparato fonador alguno en el instrumento, nada que recordara vagamente a unos labios o unas cuerdas vocales, pero la voz no sonaba sintetizada. El saxofón introdujo una de aquellas garras espinosas en la curva de su campana y sacó un cigarrillo retorcido. Se lo tiró a Zach, que lo atrapó ansioso.

—Cuidado con ese pitillo —le aconsejó el saxofón—. No dejes que te pillen los zombis. No son como nosotros, no tienen nuestra elegancia.

—Ey, gracias.

—De nada —dijo el instrumento—. Cualquier descendiente de Hieronymus es amigo mío. —Entonces comenzó a caminar calle abajo, tocando algunos compases de Ornithology.

—¡Espera! —Zach se metió el porro en el bolsillo y corrió tras el saxofón—. ¿Sabes dónde están los McGee? ¿Trevor? ¿Bobby?

El saxo pasó a Lullaby of Birdland, pero no respondió de ningún otro modo. Llevaba a Zach media manzana de ventaja y siempre parecía encontrarse por delante de él, poniéndose a cuatro patas y deslizándose como una cucaracha sobre aquellas patas espinosas, mientras seguía tocándose con las pequeñas manos puntiagudas, resonando la alegre melodía. Los elegantes zapatos nuevos de Zach le hacían daño cuando intentaba correr. No lograba darle alcance, y el saxofón terminó desapareciendo por un callejón. No consiguió recuperar el rastro.

Ahora Zach se encontraba en una calle angosta, encerrada a ambos lados por edificios oscuros que parecían inclinarse levemente hacia la acera. Muchos de los bloques tenían pórticos y escaleras antiguas que se abrían a vestíbulos que en su día podrían haber sido elegantes, pero que se encontraban en un avanzado estado de deterioro. Vio montantes de abanico con los vidrios rotos, y en los que solo quedaban esquirlas que formaban una dentadura rota y multicolor. Apenas lograba distinguir una franja de cielo púrpura. El lugar estaba desierto. Buscó en su chaqueta, sabiendo

de algún modo que allí, en algún bolsillo, tendría que haber un elegante encendedor de plata. Así era.

Se apoyó en uno de los portales, se metió el porro en la boca y lo encendió. Un sabor acre y amargo le inundó la boca, totalmente ajeno a la marihuana. Comenzó a toser. «Un palillo de té», había dicho el saxofón, y Zach había supuesto que se trataba de alguna clase de argot. Ahora recordaba una viñeta de Birdland en la que unos contrabandistas con cabeza de gato descargaban en el muelle, en una noche oscura como boca de lobo, cajones de Darjeeling y Earl Grey. Era té de verdad.

Bueno, a tomar por culo. La cafeína era la que había dado comienzo a ese viaje, y era posible que lo preservara. Zach dio otra calada del palillo de té y empezó a sentir una deliciosa confusión, tan buena como la de la hierba verde y pegajosa que Dougal vendía en el Mercado Francés. Sintió una repentina oleada de añoranza, y se preguntó si alguna vez volvería a ver Nueva Orleans.

Pero si no movía el culo y encontraba pronto a Trevor, era bien posible que no volviera a ver siquiera Missing Mile. Dio dos caladas más y se agachó para apagar el porro en la acera. Entonces lo asaltó una clara premonición, más fuerte que cualquier intuición que hubiera tenido en su vida: Sal de aquí echando hostias. Pero ya.

Comenzaba a incorporarse cuando oyó un portazo y unos fuertes pasos tronando en las escaleras a su espalda. Dejó caer el cigarrillo, pero antes de poder girarse un fuerte empellón lo tiró por la acera. Logró protegerse la boca con las manos para no romperse ningún diente, pero sintió cómo el corte del labio volvía a abrirse, y vio la sangre fresca salpicando el cemento. Sus palmas gritaban agónicas. Notó la suciedad de la acera abriéndose paso por las capas subcutáneas de carne abierta.

—¡Tú, idiota, niño de mierda! ¡Te dejo solo cinco minutos y te encuentro fumando droga en una esquina! —Una bota aterrizó sobre sus riñones. La voz era familiar, profunda y algo cascada. Mierda, no, pensó Zach. Conviérteme en un puto zombi. Déjame ver otra vez cómo me pudro delante del espejo. Por favor, lo que sea, pero papá no.

Se alejó de la bota retorciéndose, y una mano enorme se cerró alrededor de su muñeca y lo levantó. Se encontró mirando la cara pálida y exasperada de Joe Bosch, y recordó una de las cosas más terroríficas de su padre: incluso cuando le estaba dando a alguien una paliza de muerte, normalmente a su mujer o a su hijo, su cara nunca perdía esa expresión preocupada, esos ojos abiertos. Era como si de verdad creyera que estaba infligiendo aquel daño por el bien de todos los implicados, como si lo único que le molestara fuera que los demás no lo vieran del mismo modo.

Cuando Zach se marchó de casa, su padre era treinta centímetros más alto que él, delgado pero musculoso. Desde entonces Zach había crecido la mitad de esa diferencia y había ganado casi quince kilos. Joe también debía de haber seguido creciendo, porque parecía conservar la ventaja de antaño. Zach siempre había tenido un aspecto similar al de su madre. Tenía su color pálido, sus huesos esbeltos, su nariz estrecha y el labio inferior malhumorado, el pelo de color negro azulado. La forma de

almendra de sus ojos también era de ella. Joe no era tan distinto. Era de piel clara y cabello oscuro, con rasgos agudos e intensos; podría haber sido el hermano de Evangeline. Pero los ojos de ella eran de un negro cajún, mientras que los de Joe tenían el color del jade.

La mirada implacable de su padre se clavó en él, lo diseccionó, lo reflejó. Zach ni siquiera era capaz de intentar alejarse. Recordaba demasiado bien las consecuencias de las acciones evasivas. El truco cuando te daban la paliza era tragarte lo que no podías evitar y mostrar el dolor justo para aplacar su furia, pero no el suficiente como para hacerles desear más. Si despertabas su sed de dolor, te hacían sangrar, te destrozaban, te quemaban.

Pero había una cosa que Zach nunca había sido capaz de controlar, algo que le había provocado más disgustos y moratones de los que podía recordar, y ello era su boca.

Miró directamente a Joe a los ojos, preguntándose si habría algo de su verdadero padre allí dentro o si no era más que un fantasma, como el Calvin del cine. Un destilado de Birdland, las setas y su propio miedo.

—Ya sé que puedes darme una paliza —le dijo—. Pero aún no sé si eres capaz de hablarme.

—¿Hablarte? —se mofó Joe. Zach vio un diente de oro y recordó una noche, cuando tenía cuatro o cinco años, en que su padre entró tambaleándose y sangrando por la boca. Parecía como si la estuviera vomitando. Se había peleado en el bar por una chica y Evangeline se pasó la noche gritándole—. Claro, Zach-a-ryyy. —Su madre lo había bautizado como su propio abuelo. Joe odiaba aquel nombre y siempre lo pronunciaba de ese modo, con una mueca provocadora—. Podemos hablar. ¿De qué quieres hablar?

—Pues me gustaría hablar contigo de un cojón de cosas. —Zach nunca se había atrevido a decirle esas cosas a su padre. Si no lo hacía ahora, no lo haría nunca—. Dime por qué me odias tanto. Dime por qué tengo cicatrices de cinturón en la espalda que no han desaparecido en cinco años. Dime cómo es posible que yo pudiera irme de casa y abrirme paso a los catorce años, ¡pero que tú no fueras capaz de soportar tu puta vida a los treinta y tres!

Se tensó para recibir el primer golpe, pero Joe se limitó a sonreír. Su mirada se hizo brillante y peligrosa.

—¿Quieres saber todo eso? Entonces mira esto.

Metió la mano libre en el bolsillo de su camisa y sacó un preservativo usado. Sosteniendo el borde con el pulgar y el índice, como si su propia semilla le resultara desagradable, se lo restregó por la cara. La punta del depósito estaba rota, y de ella colgaba un delgado hilillo de semen, resplandeciente a la luz púrpura. El tesoro familiar de los Bosch.

—Por esto te odio —dijo—. Tenía las mismas ganas de tener un niño como tú las tienes ahora. Podría haber hecho lo que quisiera con mi vida. Tu madre no te quería

porque tenía miedo del embarazo, y porque era demasiado perezosa para cuidarte una vez llegaste. Pero yo tenía un futuro... y tú lo aniquilaste.

—¡Y una mierda! —Zach sintió cómo se le subían los colores, cómo sus ojos ardían de furia—. ¡Esa es la gilipollez más grande que he oído en mi vida! Solo soy tu excusa para tu fracaso. Nadie te hizo...

Joe apretó la goma entre los labios de Zach y se la metió en la boca. La cosa se deslizó sobre su lengua y se aplastó desagradable contra sus dientes. Zach estaba tan sorprendido que casi se la tragó. Durante un momento los dedos de su padre le rascaron la lengua, duros y sucios. Entonces se retiraron y solo quedó la sensación pegajosa del preservativo, su sabor a látex y a pescado muerto.

Notó cómo la bilis ascendía por su garganta. Apartó la cara de la mano de Joe y escupió el condón a la acera, donde quedó como un pellejo amputado en un charco de saliva. Aún tenía en la boca el sabor del semen de Joe, sabor a azufre, sal y sueños asesinados.

—Trágatelo —le dijo Joe—. Podrías haber sido tú.

Zach sintió cómo su mente comenzaba a alejarse, pendiente de una fina hebra.

—Esto no está pasando —dijo—. No eres real.

—¿Ah, no? —dijo Joe—. Entonces supongo que esto no te dolerá —y preparó el brazo derecho. Zach alcanzó a ver el destello de un gran anillo de oro un instante antes de que el puño le golpeará la cara.

El dolor fue como un sol explotando en su cabeza. Inhaló sangre. Detrás de los párpados vio un repentino destello de color azul eléctrico. Había leído que, cuando veías ese color, significaba que tu cerebro acababa de sacudirse contra el interior del cráneo.

Joe volvió a golpearlo y sus labios se aplastaron húmedos contra los dientes. La blanda piel se partió y desgarró. Aquello hizo que el golpe de Trevor fuera un empujoncito amoroso. Lo soltó y Zach cayó derribado sobre la acera. No podía abrir los ojos, aunque las lágrimas se los abrasaban. Se enroscó en posición fetal y se cubrió la cabeza con los brazos. Su padre le gritaba, medio sollozando.

—Pero qué listillo de mierda. Siempre te creíste más listo que yo. Tú y esa PUTA, con vuestra cara bonita. ¿Crees que ahora seguirás siendo igual de BONITO? ¿Cuán listo vas a ser cuando TUS PUTOS SESOS ESTÉN ESPACHURRADOS SOBRE LA ACERA?

La bota de Joe le golpeó la base de la columna vertebral y envió una oleada de dolor ardiente por todo el cuerpo. Va a matarme, pensó Zach. Va a patearme hasta matarme aquí, en la calle. ¿Morirá también mi cuerpo en la casa? ¿Despertará Trevor a mi lado y, al ver mi cabeza reventada, creerá que lo ha hecho él?

La idea era insoportable. Giró y vio cómo la bota se preparaba de nuevo para golpearlo. Entonces atrapó el tobillo de su padre y tiró con fuerza. En ese momento supo que, si Joe caía, no volvería a levantarse. Lo mataría si era posible, con una botella o un trozo de ladrillo si conseguía uno cerca, con las manos desnudas de ser

preciso. Se acabó el no responder; aquello era todo o nada.

Pero Joe no cayó. Zach consiguió desequilibrarlo y hacerlo trastabillar, antes de recuperarse con un gran rugido de rabia y patear con furia el hombro de su hijo. Los músculos se contrajeron al instante en un nudo de agonía. Bueno, se acabó, pensó Zach a través del dolor. Era mi oportunidad y la cagué, y ahora simplemente me matará. Ya podía saborear el tacón sucio de la bota abriéndose paso por su boca, sus dientes partiéndose, la sangre saliendo a borbotones de su lengua.

Pero en vez de aplastarle la cabeza, Joe se agachó, cogió a Zach del brazo y volvió a levantarlo. Era evidente que, de resistirse, su padre estaría encantado de luxarle el brazo.

—Eres lo bastante listo para meterte en los sitios, pero no para saber cuándo no eres bienvenido —le siseó a la cara. Su aliento olía a peppermint y a ginebra matarratas—. Has venido aquí a meter las narices, y yo voy a impedirlo. No pelees conmigo o te saco un ojo. Te lo juro.

Zach lo creía. Recordaba una vez, justo antes de largarse de casa, en que Joe lo había tirado contra una pared y le había puesto un cigarrillo encendido a un dedo del ojo derecho, amenazándolo con quemarlo si parpadeaba. Evangeline le había quitado el pitillo, había recibido un sopapo en la cara que la había derribado y después había empezado a insultar a Zach por provocar a su padre con algún comentario ingenioso. Más tarde, Zach reparó en que tenía las pestañas quemadas.

Joe sacó el arma que siempre llevaba por las calles de Nueva Orleans, un calcetín medio lleno de monedas y atado con un nudo. La lana negra estaba rígida por la sangre reseca. La valoró pensativo con la palma antes de sonreír y voltearla por encima de la cabeza, preparando el golpe.

Trevor, prometió Zach en silencio, si te vuelvo a ver alguna vez... No, cuando vuelva a verte, te llevaré a la playa más limpia, más blanca, más azul, más cálida que hayas visto nunca, y te compraré todo el papel y la tinta que quieras, y nos cuidaremos el uno al otro y nos querremos mientras vivamos. Olvidaremos nuestro pasado y comenzaremos a construir nuestro futuro.

Entonces la cachiporra de su padre le golpeó el cráneo. El ataque fue tan brutal que el calcetín se partió. En el instante anterior a que perdiera la consciencia, Zach vio cómo sus contenidos llovían alrededor de su cabeza, resplandecientes.

No eran monedas. Eran diamantes diminutos.

Trevor siguió por la calle que había elegido. Lo conducía cada vez más dentro del área fabril a la que no había querido ir, pero ya no había calles perpendiculares, y no quería volver por donde había venido. En aquellos bares no había nada para él, solo botellas cubiertas de polvo y llenas de veneno. Nada salvo los huesos desmenuzados de Sammy el Esquelético.

Pasó junto a un estanque de líquido negro, brillante y burbujeante rodeado por

una valla, un edificio enorme y decrepito de cuyos cientos de ventanas rotas surgía un vapor blanco, y un patio en el que los vagones de tren herrumbrosos yacían dispersos como las piezas de un juego de construcción infantil. Aquel paisaje tenía una extraña belleza tóxica. Como un terreno alienígena, pensó Trevor al principio; pero aquella desolación era peculiarmente humana.

Sus dedos ansiaban tener lápiz y papel. Podía imaginar la satisfactoria sensación de la punta de grafito volando sobre la página, la textura ligeramente granulosa del papel, la infinitesimal vibración simpática de los huesos de su mano... Metió las manos en los bolsillos y siguió andando.

La calle comenzó a curvarse en una extraña perspectiva, como si la línea del horizonte no llegara a encajar con el cielo. Vio delante la esquina de otro solar abandonado, pero al hacerse visible el borde del edificio comprobó que la parcela no estaba vacía, sino que el edificio estaba retranqueado respecto a los demás de la calle. Aquel bloque tenía algo extraño aparte de su posición, y comprendió de qué se trataba después de un momento. Estaba hecho de madera. La estructura que veía era un porche de madera, en un suburbio industrial de acero y hormigón.

Proyectaba una sombra negra y lisa sobre el suelo, el reflejo de una cubierta inclinada y unas barandillas, como otro millón de porches iguales en otro millón de viejas casas rurales. Los veías a montones si te dabas una vuelta por las carreteras del Sur. Sin embargo, no eran precisamente corrientes en las secciones industriales de ciudades desiertas, grises, vastas.

Tras dar unos pasos más, su mente consciente vio lo que su subconsciente sabía desde el principio. Era la casa de Violin Road, sólida y sombría, en medio de aquel paisaje onírico y necrofílico. Como había sucedido siempre, apenas parecía parte del mundo que ahora habitaba.

Si no era la semilla de Birdland, la casa era sin duda su corazón podrido. Si no era parte de aquel mundo muerto, sin duda era su origen. Trevor sabía que tenía que entrar. Si moría aquella vez, sería como si no hubiera vivido los veinte años posteriores. Si sobrevivía, el resto de su vida le pertenecería.

Y a Zach, si seguía queriendo formar parte de ella. Además, es la casa en la que perdiste la virginidad después de un cuarto de siglo, se recordó. Pero aquella era otra fuente del poder que la casa tenía sobre él, tan visceral como las muertes.

Recuerda, pensó soñador, siempre tienes tiempo de sobra para bajar a Birdland...

Pero ya no había más tiempo. Ya había llegado hasta el umbral.

Sin el patio lleno de malas hierbas y sin el velo verde del kudzú, la casa parecía sombría, quebrada, esculpida en esquirlas y sombras. Las ventanas reflejaban colores opacos, devolviendo parte de una luz que Trevor no alcanzaba a divisar. Mientras cruzaba el solar indistinto, adquirieron una tonalidad violeta antes de apagarse.

Subió los peldaños, abrió la puerta y entró. El salón era justo como lo recordaba: una silla y un sofá feos pero no devorados por completo por el moho y la carcoma; el tocadiscos rodeado de cajas de discos. Su corazón se detuvo un momento al ver otra

figura en la pieza a oscuras.

Agachada junto al umbral del pasillo había una mujer delgada con una amplia camisa blanca y una falda roja. Vestía guantes a juego hasta los codos. Un largo cabello negro se derramaba sobre sus hombros y su espalda, reflejando tonos azules sobrenaturales.

Giró la cabeza y el rostro se inclinó hacia él: pálida, de rasgos claros, resplandecientemente adorable. Los enormes ojos oscuros estaban un poco rasgados, manchados de sombras. Trevor comprendió tres cosas al mismo tiempo: la mujer tenía el mismo aspecto que Zach; sostenía algo entre las manos; vestía solo un camisón blanco de una pieza, sin guantes. La falda estaba tan manchada de sangre que la había creído una prenda separada. Los brazos estaban embadurnados de sangre hasta los codos.

La mujer levantó las manos y le mostró lo que sostenían. Trevor vio una masa gelatinosa y sanguinolenta cuajada de venas oscuras, el punto negro de un ojo y cinco pequeños dedos enroscados.

—No tenía dinero para un médico —le dijo—, así que me golpeé en el estómago hasta que sangré. Solo quería sacarme esta maldita cosa, ¿me oyes? ¡Sacármela!

Trevor avanzó hasta ella y la miró. Una rápida vena de furia palpitó en su cabeza. Zach había sufrido lo indecible a manos de aquella mujer.

—No lo hiciste —le dijo a la mujer—. No lo querías pero lo tuviste de todos modos, y entre los dos lo torturasteis mientras tuvisteis ocasión. Eso fue hace diecinueve años, y a vuestro hijo ahora le va bien. ¿Dónde estás tú ahora, puta, perversa de mierda?

La mujer se aplastó contra el marco de la puerta. La masa sangrienta resbaló de sus manos. Trevor tuvo que resistir la necesidad de recoger aquel detrito solitario con sus propias manos y llorarlo. Aquella cosa maltrecha no era Zach, no podía ser. No era más que un fantasma nonato.

Recordó que la madre de Zach se llamaba Evangeline, como el poema.

—Vete, Evangeline —dijo—. Sal de mi casa. Te odio.

Sus enormes ojos dolidos se clavaron en los de Trevor, que no era capaz de determinar si lo había oído. No había respondido directamente a nada de lo que él le dijera.

—Eres un fantasma —le dijo—, y ni siquiera eres el correcto.

La cabeza de la mujer cayó hacia atrás. Sus manos se tornaron garras y le recorrió un escalofrío. Durante un momento los contornos de su cuerpo se difuminaron, como si estuviera traspasando una membrana invisible. Entonces su pelo comenzó a adoptar un tono dorado con mechadas más oscuras salpicadas de sangre. Los rasgos se hicieron más blandos, más redondeados, los pechos más grandes. Los brazos le colgaban a los lados, una masa de sangre y heridas. Trevor se encontró mirando a su propia madre, Rosena McGee, tal y como la había descubierto aquella mañana.

Recordó el primer día en que volvió a la casa, cuando encendió la luz del estudio

y vio el dibujo de Bobby de la escena, idéntico al que él había hecho en el autobús. En aquel momento Trevor pensó que quizá Bobby lo había hecho antes de las muertes, como una especie de preparación. Pero era demasiado exacto; con la resistencia de Rosena, nunca habría podido descargar los golpes sobre su cuerpo con la misma precisión que había mostrado en el papel.

No. La había matado y después se había sentado allí, con su cuaderno, y la había dibujado. Después había colgado el dibujo en la pared del estudio antes de dirigirse a matar a Didi. Trevor no tenía pruebas de aquella secuencia de los acontecimientos, pero la veía con toda claridad. Bobby se había agachado sobre el cuerpo destrozado de su mujer y había dejado volar la mano sobre el papel. Los ojos habían pasado con intensidad demente del rostro muerto de Rosena a la página, una y otra vez. ¿Pero por qué?

Los ojos de su madre estaban abiertos, el blanco velado de sangre. Había grandes heridas en la frente, en la sien izquierda, en el centro del pecho. Todas habían sangrado con profusión. De las heridas de la cabeza también había manado una sustancia clara (fluido cerebral, supuso) que trazaba surcos pálidos a través de la sangre. Trevor notó que, al contrario que él mismo y Sammy el Esquelético, Rosena no llevaba un vestido de los años cuarenta; vestía los mismos vaqueros bordados y la dashiki de algodón que la noche de su muerte.

¿Qué demonios significaba? ¿Qué demonios significaba nada de todo aquello? De repente quiso tener a Zach con él como nunca había deseado nada. Zach era capaz de desvelar patrones lógicos intrincados, y quizá explicarlos. Y si en Birdland no había lógica alguna, al menos podría abrazarlo, le daría un sitio en el que esconder la cara de modo que no tuviera que seguir mirando los ojos ensangrentados de su madre.

No. Aquello era por lo que había venido. Tenía que verlo todo.

El cuerpo de Rosena bloqueaba la mitad del umbral. Trevor lo rodeó, cuidando de no rozarla con la pierna. Podía imaginar el despliegue de miembros rígidos si la derribara, podía oír el sonido hueco de la cabeza al golpear el suelo. Cuando ya casi había pasado, pudo imaginar también cómo sería que el cadáver levantara la mano de repente y le aferrara el tobillo. Pero Rosena no se movió. Trevor no podía creer que quisiera hacerle daño alguno.

Abrió la puerta de la habitación de Didi y miró a través de la rendija, pero no entró. Sobre el colchón había tirado un cuerpo diminuto. Aun con aquella débil luz era capaz de distinguir la mancha oscura que rodeaba la cabeza.

¿También lo había dibujado a él después de matarlo? Era posible, pero Trevor no creía que fuera el caso. Para entonces ya debía de ser muy tarde, y Bobby no quería ver otro amanecer. ¿Pero adónde había ido a continuación? ¿Directamente al cuarto de baño, con la soga, o a algún otro sitio?

Había tantas preguntas... De repente Trevor se sintió disgustado consigo mismo por hacerlas cuando no parecía haber respuestas. ¿Qué cojones importaba lo que Bobby había hecho? ¿Qué diferencia podría haber ahora? No debía haberse comido

esas setas, nunca tendría que haberse catapultado a Birdland. Había dejado a Zach atrás y no sabía cómo volver. Allí todo parecía un callejón sin salida y sin sentido.

Puede que todo fuera una alucinación. Aquel mundo parecía tan tangible como el otro: había sentido el pinchazo de la aguja de Sammy en el brazo, había olido la sangre fresca y el hedor a alcantarilla de los cuerpos. Pero había tomado una droga que no conocía. ¿Quién sabía lo que sucedería a continuación? Puede que entrara en su habitación y viera su propio cuerpo dormido sobre el colchón, abrazando a Zach. Puede que así lograra regresar.

Viniste a por respuestas, se recordó. ¿Es que creías que las ibas a encontrar escritas con sangre en las paredes? ¿Estás de verdad preparado para volver a la casa real, a la casa vacía? ¿Estás preparado para dejar de intentar encajarte, como una pieza dispar, en el rompecabezas de las muertes de tu familia? ¿Para escaparte con Zach, para empezar tu propia vida?

No lo sabía. Parecía existir una barrera invisible entre él y todo cuanto veía, como si la casa le dejara mirar pero no tocar, diciéndole «nunca serás parte de esto»; como si necesitara oírlo de nuevo. Los muertos estaban unidos por una terrible intimidad, y Trevor era el vivo, el forastero. Nunca fue culpa tuya, no hiciste nada por quedar al margen. Fue Bobby quien te dejó fuera. Todos te dejaron fuera. Vuelve con la persona que te quiso lo bastante como para quedarse.

Se encontró de pie junto a la puerta cerrada de su propio cuarto. Se sentía como si caminara sobre la delgada línea entre su pasado y su futuro. Si caía, bien podría perderlos ambos. El equilibrio lo era todo.

Como en un sueño, vio cómo su mano avanzaba y los dedos asían el picaporte. Muy lentamente, abrió la puerta.

El hombre sentado al borde de la cama alzó la mirada. Sus ojos encontraron los de Trevor: iris de un azul gélido rodeados de negro, pupilas enormemente dilatadas. El rostro delgado y el pecho desnudo estaban embadurnados de sangre, al igual que el pelo rojizo. En la mano derecha sostenía un martillo herrumbroso, la cabeza resplandeciente de rojo espeso y pegajoso, la garra una pesadilla de cabellos rubios enredados, piel desgarrada, cerebro y hueso pulverizados. Unos lentos riachuelos de sangre descendían por el mango, formando oscuros patrones venosos sobre el brazo.

Trevor era apenas consciente de que había alguien más en el cuarto, sobre el colchón, una pequeña forma quieta que respiraba profundamente, oscurecida por las mantas. Pero no lograba enfocar la presencia, la membrana parecía opacarse y reforzarse en ese punto, como una arruga en el tejido del mundo.

Durante un largo, largísimo momento, él y Bobby simplemente se quedaron mirándose. Eran más parecidos de lo que Bobby recordaba. Entonces el trance de Bobby pareció romperse en parte, y sus labios se movieron. Lo que surgió fue un susurro roto, enronquecido por el *whisky* y el pesar.

—¿Quién eres?

—Soy tu hijo.

—Didi y Rosena...

—Los has matado. Me conoces, Bobby. —Trevor avanzó unos cuantos pasos y entró en la habitación—. Más te vale conocerme. Yo no he dejado de pensar en ti durante veinte años.

—Oh, Trev... —El martillo cayó de la mano de Bobby. Aterrizó con un fuerte golpe contra la tarima del suelo, a menos de un centímetro de los pies desnudos, pero Bobby ni parpadeó. Trevor vio cómo las lágrimas surcaban su rostro, lavando parte de la sangre—. ¿De verdad eres tú?

—Ve a mirarte al espejo si no me crees.

—No... no... Sé quién eres. —Sus hombros se derrumbaron. Parecía viejo, desolado—. ¿Cuántos años tienes? ¿Diecinueve? ¿Veinte?

—Veinticinco.

—¿Sigues dibujando?

—¡Maldito seas! —Trevor recordó la lluvia de papel despedazado sobre el colchón, la almohada, sus cuerpos—. ¡Tú deberías saberlo!

Muy lentamente, Bobby negó con la cabeza.

—No, Trev. No sé nada. —Volvió a elevar la mirada, y Trevor vio por el dolor desnudo de aquella cara que Bobby decía la verdad. Una terrible sospecha vagó por su mente como una bruma fría.

—¿Por qué no me mataste? —preguntó. Había deseado tanto tiempo decir aquellas palabras... Ahora sonaban planas, sin vida.

Bobby se encogió de hombros con desamparo. Trevor reconoció el gesto, porque era suyo.

—Simplemente me quedé aquí sentado —comenzó Bobby—, mirando tus dibujos en la pared, preguntándome cómo demonios podía golpearte con esa cosa, cómo podía hundir ese trozo de metal en tu cerebro, tan dulce, tan listo; pensé en lo fácil que habían sido los demás comparados contigo. Ellos fueron como... lecciones de anatomía. El cuerpo es un rompecabezas de carne y sangre y hueso. ¿Lo entiendes?

Trevor asintió. Pensó en las veces que había querido seguir mordiendo a Zach, seguir tirando y desgarrando su carne solo para ver lo que había debajo. Entonces pensó en las peleas en el Hogar para Jóvenes, en cómo golpeó la cabeza de aquel chico mayor que él contra los azulejos de la ducha. En los zarcillos de sangre arremolinados en el agua caliente.

—Y cuando matas a la gente a la que amas observas lo que hacen tus manos, sientes la sangre golpeándote el rostro, pero todo el rato estás pensando: «¿por qué estoy haciendo esto?», y entonces lo comprendes. Es porque los amas, porque quieres todos sus secretos, no solo aquellos que deciden mostrarte. Y después de destrozarlos, lo sabes todo.

—Entonces, ¿por qué...? —Trevor apenas era capaz de hablar. Lo que había sospechado durante tanto tiempo era cierto: Bobby no lo quería lo suficiente como para matarlo.

—¿Por qué te dejé fuera? Porque tenía que hacerlo. Porque me quedé aquí sentado, viéndote dormir, pensando en todo esto. Y porque entonces entraste, justo ahora.

»Y no pude hacerlo, Trev. Si me queda algo de talento, algo del don, es el que tú atesoras ahora. Puedo matarlos a ellos, puedo matarme yo..., pero no puedo matar eso.

Recogió el martillo, se incorporó y se dirigió hacia él.

—¡Espera! —Trevor extendió las manos y trató de tocar a Bobby. Este se detuvo justo fuera de su alcance y sus manos se cerraron sobre el aire vacío—. ¿Estás viendo...? ¿Es esto...? —No sabía cómo articular sus pensamientos—. ¿Qué hay de Birdland? ¿Qué le pasó por lo que hiciste?

—Birdland es una máquina engrasada con la sangre de artistas —dijo Bobby con vaguedad. Su tono era ausente, como si estuviera dando una conferencia. Se acercó y le mostró el martillo goteante—. Birdland es un espejo que refleja nuestras muertes. Birdland nunca existió.

—¡Pero si está justo al otro lado de la ventana! —gritó Trevor—. ¡Acabo de venir de ahí!

—Sí —dijo Bobby—. Pero yo me quedo aquí.

Le puso el martillo en la mano antes de abrir mucho los brazos y envolver a Trevor en un abrazo que era como una niebla cálida y húmeda. Su contorno comenzaba a difuminarse. Su carne se ablandaba, se fundía con la de Trevor.

—¡NO! ¡NO TE VAYAS! ¡DIME POR QUÉ LO HICISTE! ¡¡¡DÍMELO!!!

—En realidad no quieres saber el porqué —oyó decir a la voz de Bobby—. Lo único que quieres saber es qué se siente.

Trevor sintió cómo la bruma viscosa se filtraba en sus huesos, se enroscaba en su cráneo, nublabla su visión. Sintió la sangre corriendo por el mango del martillo, resbalando caliente y pegajosa por sus dedos, mezclándose con la sangre de sus propias cicatrices. Por el rabillo del ojo vio sus dibujos agitándose en la pared como alas atrapadas.

—Dímelo —susurró.

Eres un artista, le respondió la voz como un murmullo. Ahora sonaba en lo más profundo de su cabeza. Vete a descubrirlo por tu cuenta.

Entonces el mundo parpadeó como una bombilla reventada.

Capítulo veintidós

Zach caía vertiginosamente por el ciberespacio. Quién iba a decirlo, pensó aturdido. No necesitaba ordenador alguno; puedes llegar aquí bebiéndote una taza de café y haciendo que alguien te dé en la cabeza lo bastante fuerte para sacarte los ojos.

Iba cada vez más rápido, a la velocidad de la luz, de la información, del pensamiento. Más allá no había consciencia, ni identidad. No había matones federales, ni Estados Unidos, ni Nueva Orleans ni Missing Mile, nadie llamado Zachary Bosch. No existía el crimen, ni la muerte. Se sintió disolverse en la vasta telaraña de sinapsis, de números, de bits. Era complejo pero falto de emoción, fácil de comprender. Era confortador.

Era tan frío...

Zach combatió la telaraña de pánico repentino. ¡No! No quería quedarse allí y ser asimilado en el ciberespacio, o en Birdland, o en el vacío... en lo que fuera. No quería convertirse en una pequeña pieza de un bien o un mal mayor, un fragmento aerodinámico de información que por sí mismo no significara nada. Quería su problemática individualidad, con sus dificultades y peligros. Quería su cuerpo. Quería a Trevor.

Con cada partícula de voluntad que le quedaba luchó por dirigirse hacia el mundo de la vigilia.

Sintió un destello frío y eléctrico y cobró conciencia del peso de su cuerpo, del colchón bajo él. Sintió su corazón martillándole en el pecho. Estaba incómodamente seguro de que allí la cosa no había hecho más que empezar. La sangre caía a su garganta desde sus cavidades nasales, casi asfixiándolo. La cabeza le zumbaba y palpitaba. Sentía las manos como si alguien se las hubiera frotado con papel de lija.

O todo lo que recordaba había sucedido en realidad, o aquel sí que estaba siendo un viaje de la hostia.

Se obligó a abrir los ojos y vio a Trevor sentado al borde de la cama, contemplando con mirada ausente la pared opuesta. Su pelo enredado y empapado de sudor caía sobre sus hombros desnudos y su espalda. Los brazos y las manos seguían ensangrentados, pero esas cicatrices parecían haberse cerrado.

En la mano derecha sostenía el martillo, embadurnado de sangre y otras materias. Zach sabía que Trevor no lo había golpeado: si todo aquello fuera suyo, en ese momento no estaría respirando. ¿Pero qué había hecho? ¿Y qué creía haber hecho?

Se incorporó sobre el codo y sintió que la cabeza le daba vueltas. Su visión se emborronó. Se dio cuenta de que había perdido las gafas.

—¿Trev? —susurró—. ¿Estás bien?

No hubo respuesta.

—¿Trevor?

La mano de Zach parecía enraizada al colchón. Logró levantarla algunos centímetros, extenderla lo que parecían kilómetros. Sus dedos apenas rozaron el muslo de Trevor. La piel parecía fría y suave como el marfil. Los dedos de Zach dejaron cuatro manchas paralelas de sangre sobre la superficie pálida.

Tenía las manos en carne viva. En la casa no había ningún sitio donde pudiera haberse hecho algo así. Claro que no, pensó, sucedió al caerme en la acera de Birdland, tratando de impedir que el bordillo me saltara todos los dientes. Te empujo Joe, ¿recuerdas?

Y si él se había encontrado con Joe, ¿qué había visto Trevor?

Se acercó más a él e intentó incorporarse.

—Trev, óyeme, tú no me has hecho nada. Estoy bien. —Una oleada de confusión se adueñó de él, amenazando con convertirse en náusea sin previo aviso—. ¿Estás bien? ¿Qué te pasa?

Trevor se giró. Sus ojos eran como oquedades perforadas en un glaciar, negros barrenos que se hundían cada vez más en el hielo. Su cara parecía hueca, macilenta, desojada. Pareciera que el cráneo trataba de atravesar la piel.

—Me vio —dijo—. Me vio aquí.

—¿Quién? ¿Cuándo?

—Mi padre. —Los ojos de Trevor parecían reconocerlos, pero no había en ellos calidez alguna. Mirarlos era como volver a caer a través del vacío—. Me vio entrar aquí aquella noche. Me habló.

Oh, tío, pensó Zach. Qué mal viaje. Pero qué mal viaje.

—¿Dónde estabas? —preguntó con cautela.

—En Birdland.

Por supuesto. ¿Dónde si no?

—No, quiero decir... —¿Qué coño quería decir?—. Quiero decir, ¿dónde estabas en el continuo espacio-tiempo? ¿En qué fecha?

—En esta casa. Aquella noche. Vi a mi madre muerta. Vi a mi hermano muerto. Entonces entré aquí y Bobby estaba vivo, sentado en la cama, decidiendo si me mataba o no. Me vio, habló conmigo, y decidió que no era capaz. Fue culpa mía.

—No lo entiendo. ¿Quieres decir que despertaste y le hiciste cambiar de opinión?

—¡NO! ¡Me vio tal y como soy AHORA! ¡Me habló a MÍ, y después fue a AHORCARSE! ¡Mira esto! ¿Es que no lo ves? —Trevor hizo gestos descontrolados con el martillo. Un pequeño glóbulo de sangre alcanzó el labio ya ensangrentado de Zach. Se recostó contra la pared y se limpió subrepticamente.

—¿Habló con tu yo de veinticinco años?

—Sí.

—Lo acosaba tu fantasma.

—Sí.

—Mierda. —La cabeza de Zach comenzaba a aclararse poco a poco; casi tenía sentido. Pensó en los bucles, programas informáticos diseñados para repetir una serie

de instrucciones hasta que se satisficiera una determinada condición. Zach ya había sospechado que los lugares encantados, de existir, podrían operar con un principio muy similar. Esta idea nacía de la mayoría de las famosas historias de fantasmas de Nueva Orleans, en las que el espectro solía aparecer en el mismo lugar y repetía las mismas acciones una y otra vez, como por ejemplo señalar el lugar en el que estaban enterrados sus restos, o hacer rodar su cabeza decapitada escaleras abajo.

A pesar de todo, la idea parecía tener algo de sentido. Aquel sería un programa diabólicamente complejo, pero era posible que Trevor hubiera logrado romper el bucle.

Una gota de sangre cayó sobre el pecho de Zach y trazó una línea sinuosa sobre sus costillas. Entonces Trevor extendió el brazo y apoyó con toda suavidad la cabeza del martillo contra la cara de Zach. Trazó con él la curva de su mandíbula, acarició con la garra la papada. El metal tenía un tacto frío, levemente rugoso, horriblemente pegajoso. La expresión de Trevor era exaltada, casi extática.

—¿Trev? —preguntó Zach con cuidado—. ¿Qué estás haciendo?

—Me estoy preparando.

—¿Para qué?

—El rompecabezas de la carne.

Signifique eso lo que signifique.

—De acuerdo. Si quieres te ayudaré con eso. ¿Pero por qué no dejas el martillo?

Trevor se limitó a mirarlo con aquellos ojos excavados en el hielo.

—Por favor... —La voz de Zach era ahora poco más que un susurro áspero.

Trevor negó con terrible lentitud.

—No puedo —dijo, y levantó mucho el martillo. Sus ojos nunca abandonaron los de Zach. Estaban llenos de lujuria, de súplica, de terror desnudo. Zach veía con claridad que Trevor no quería hacer eso, que lo odiaba; veía del mismo modo que aquello era lo único en el mundo que Trevor quería estar haciendo.

También vio la trayectoria del martillo: siguiente parada, su querida glándula pineal, el punto en el que estaría el tercer ojo. Zach se arrastró como pudo hacia el otro lado del colchón y trató de ganar la puerta, pero Trevor lo siguió y le bloqueó el paso. El martillo se estrelló contra la pared y atravesó un dibujo. Frágiles fragmentos de papel cayeron al suelo.

—¿QUÉ ESTÁS HACIENDO? —chilló Zach.

—Estoy descubriendo cómo es la sensación.

—¿Por qué?

—Porque soy un artista —dijo Trevor con los dientes apretados—. Necesito saberlo. —Atrapó el brazo derecho de Zach y lo devolvió contra la pared. Trevor solo era un poco más alto y fuerte, pero parecía tener la madre de todos los subidones de adrenalina corriendo por sus venas. Volvió a levantar el martillo.

—Trevor, por favor... Te quiero...

—Yo también te quiero, Zach. —Había verdad en su voz.

Vio caer el martillo y se apartó a un lado. El golpe le rozó el hombro y el músculo chilló de dolor.

Trevor armó de nuevo el martillo. Zach levantó el brazo izquierdo, le atrapó la muñeca, le bloqueó el codo y alejó el brazo con toda su fuerza. El sudor y la sangre hacían resbaladiza la presa. Miró con decisión a Trevor a los ojos.

—Óyeme, Trev. —Su corazón era como un tomate maduro en una licuadora. Trataba de encontrar el aliento. Trevor pugnaba con él—. ¿Por qué necesitas saber lo que se siente al matar a alguien? Tienes tu imaginación, ¿no?

Trevor parpadeó, pero no dejó de empujar el cuerpo de Zach.

—Tu imaginación es mejor que la de Bobby. Puede que él necesitara llevarlo a la práctica para descubrir lo que se siente. Pero tú no.

Trevor dudó. Su presa sobre el brazo de Zach se alivió un poco, y el muchacho más joven vio su ocasión. ¡Lucha ahora, con todas tus fuerzas!, le gritó su mente. ¡No pienses en lo que te hará si la cagas! ¡HAZLO!

Dejó escapar un largo aullido inarticulado y le clavó la rodilla justo en la entepierna. Al mismo tiempo tiró del brazo de Trevor hacia atrás con toda la fuerza que pudo reunir. El ángulo del rodillazo no era bueno, pero lo cogió por sorpresa y lo desequilibró. Zach retorció la muñeca con brutalidad y Trevor perdió la presa del martillo. El arma voló por la habitación y golpeó la pared opuesta con un fuerte crujido antes de caer al suelo.

Decidió que, si Trevor iba a por el martillo, él correría hacia la puerta y trataría de salir de la casa. Puede que lo siguiera. Puede que en el exterior las cosas fueran más cuerdas.

Trevor abrió mucho los ojos pálidos. Contempló a Zach con una mezcla de admiración y amor. Su mirada era hipnótica. Zach no lograba moverse.

—Que así sea —dijo Trevor con suavidad—. Siempre imaginé que lo haría con mis propias manos.

Atacó.

Zach se hizo a un lado y logró llegar a la puerta y atravesarla. Trevor corrió detrás de él, bloqueando el camino hacia el exterior y conduciéndolo por el pasillo. Zach trató de llegar al estudio, pensando que podría salir por una ventana. Trevor le agarró un mechón de pelo y tiró de él hasta desequilibrarlo. Cayó contra Trevor, que le inmovilizó los brazos.

—Solo quiero saber cómo estás hecho —le susurró al oído—. Te quiero tanto, Zach... Quiero trepar dentro de ti. Quiero saborear tu cerebro. Quiero sentir tu corazón palpitar en mis manos.

—Solo podrá latir en tus manos unos segundos, Trev. Entonces estaré muerto y ya no me tendrás más.

—Sí que te tendré. Estarás justo aquí. Este lugar preserva a sus muertos. —Como al pulsar el botón de grabar, pensó Zach, y eso volvió a recordarle los bucles. ¿Acaso había empezado a funcionar en la cabeza de Trevor una especie de bucle homicida?

Y si era así, ¿cómo podría interrumpirlo?

Sintió las caderas angulosas de Trevor presionando contra sus testículos, el brazo rodeando con firmeza su pecho. Por un momento el contacto fue casi erótico. Pensó que para Trevor era igual; su pene se agitaba contra su muslo, medio erecto.

Entonces Trevor bajó la cabeza y hundió los dientes profundamente en el músculo entre el cuello y el hombro.

El dolor fue inmediato, inmenso, caliente. Zach sintió cómo la sangre comenzaba a correr por su clavícula, por su pecho. Notó cómo las fibras musculares se retorcían y se partían, se oyó gritar primero, sollozar después. Trató de clavarle el codo en el pecho, pero Trevor le sujetaba con fuerza los brazos a los costados. Intentó patear, y Trevor lo levantó y lo arrastró hacia el cuarto de baño.

Me lleva a su infierno, pensó Zach, y va a devorarme allí. Me va a despedazar buscando la magia en mi interior, y no la encontrará. Entonces cumplirá la condición del bucle y se matará. Qué estupidez de programa.

Trevor cerró la puerta de una patada. El cuarto diminuto estaba oscuro salvo por los fragmentos de espejo en la bañera, que parecían absorber la luz, infectarla con colores ruidosos y devolverla de vuelta contra las paredes leprosas, contra el techo. La pila volvía a estar manchada de sangre. Zach se preguntó si el semen también seguía allí, seco hasta hacerse traslúcido.

El dolor en el hombro remitió un poco y dejó de pelear. Se sentía aturdido, lejano. La presa de Trevor le empujaba las costillas hacia arriba y las aplastaba hacia dentro, dificultándole la respiración. Iba a morir. Estas sensaciones de dolor y desconexión serían las últimas que experimentaría, y aquellos pensamientos pasajeros, asustados, serían los últimos que tendría.

Estúpido programa de mierda...

Entonces Trevor le estampó la cara contra la pared y Zach perdió por completo la consciencia.

Con la carne en sus manos, enfebrecido por el miedo, pegajoso por culpa del sudor y de la sangre, ya oliendo el cielo. Huesos indefensos para romper, piel inerme que desgarrar, un dulce río escarlata del que beber. Tenía que hacerlo. Tenía que saber. Con los ojos y las manos, con todo su cuerpo, tenía que ver.

Encajó a Zach en el espacio entre el retrete y el lavabo, en su espacio. Le arañó el pecho con las uñas, abrió surcos en aquella piel blanca y suave. La sangre resplandecía en sus manos, le salpicaba la cara. Presentó la boca a las salpicaduras y lamió la sangre, y entonces abrió la piel con los dientes. Era fácil. Era lo correcto. Era hermoso.

Las manos de Zach se levantaron y trataron de empujarlo hacia atrás, pero no quedaba fuerza en ellas. Trevor lo metió aún más en la esquina, en las telarañas, y sintió cómo aquellas cosas diminutas y de múltiples patas se alejaban como podían.

Pasó la lengua por las largas heridas que le había abierto con las uñas en el pecho. Sabían a sal y cobre, a vida y a conocimiento.

Acarició la concavidad del estómago. Todos los valiosos secretos del cuerpo, acunados entre la pelvis y la espina dorsal. Hundiría las manos hasta las muñecas, hasta los codos. Tantearía bajo la caja torácica y haría que el corazón palpitara contra sus dedos. Encontraría la fuente de la vida y la consumiría entera.

—¿Trev? —dijo Zach. Su voz era débil, fina, apenas presente—. ¿Trevor? No puedo pelear contigo. Pero si vas a matarme, por favor, dime por qué.

Trevor apretó los dientes sobre el lóbulo de la oreja de Zach y tiró de él, preguntándose cómo sería el que esa pequeña masa de carne suave bajara por su garganta.

—¿Por qué qué?

—Por qué el dolor es mejor que el amor. Por qué prefieres matarme para sentir la sensación en vez de intentar pasar la vida conmigo. Creía que eras valiente, pero lo que estás haciendo es de una cobardía mezquina.

Las lágrimas corrían por su cara sobre el cabello fino de sus sienes. Trevor trazó la senda salada hasta la esquina del ojo de Zach, pasó la lengua sobre el párpado y después lamió con suavidad el globo ocular. Estallaría en su boca como un bombón. Se preguntó si aquel verde asombroso sabría a menta.

—Para verlo todo —susurró Zach— tienes que estar vivo. Si me haces esto, también morirás. Dime que no es cierto.

Puede que lo fuera. Claro que lo era. ¿Pero no había sabido siempre que aquella sería la última viñeta, la crucifixión y conflagración, el modo en que se suponía que tenía que acabar su vida? ¿Y no merecía la pena?

Pero de repente Trevor recordó algo que Bobby le había dicho en la otra habitación, en la otra casa: «Birdland es una máquina engrasada con la sangre de artistas».

Miró a Zach. La sangre le corría por la cara en espesos riachos negros desde una herida en el cuero cabelludo. También sangraba por la nariz y la boca destrozada. Tenía un espeluznante nudo púrpura en un hombro, y la marca de un profundo mordisco en el otro. El pecho estaba surcado de furiosos arañazos rojos. Allá donde no había cortes y magulladuras, la piel era absolutamente blanca. Sus ojos sostenían los de Trevor. Su expresión estaba a medio camino entre el terror y la serenidad.

—Lo que quieras —dijo Zach—. De ti depende.

Las palabras arrancaron a Trevor por completo de su sueño de carne desgarrada, de cuerpos abiertos en canal para descubrir sus secretos. Porque no solo era un cuerpo, comprendió. No era un rompecabezas o una lección de anatomía, ni la fuente de un conocimiento místico. Era Zach. El hermoso muchacho al que había visto gritar y gemir en el escenario esa misma noche, el chico listo, el anarquista delincuente, el alma generosa, su menor amigo, su primer amante. No era una caja de juguetes que destrozar, no era una extraña exquisitez que abrir y devorar aún humeante.

Y Zach tenía razón. Hiciera lo que hiciera Trevor a continuación, lo haría por propia elección y tendría que vivir con ello hasta el día de su muerte, aunque esta llegara en breves minutos. Y si moría, ¿iría a Birdland? Pensó en Bobby, solo con aquellos dos cuerpos rotos por toda la eternidad. ¿Y si Trevor terminaba en su propia casa, atrapado con sus propios muertos?

Pero Bobby le había puesto el martillo en la mano y le había dicho que fuera a averiguar lo que se sentía.

Imaginó un nuevo informe de autopsia: Zachary Bosch, provisional, 19 años... Causa de la muerte: trauma contundente, exsanguinación, evisceración... Circunstancia de la muerte: asesinato...

¿Eran esas cosas las que consideraba su padre en su tiempo? ¿O es que Birdland tenía sed de sangre con la que engrasar sus engranajes?

Se apartó de Zach y del diminuto espacio entre el lavabo y el retrete. Se miró las manos y por un momento pensó que estaban manchadas con la sangre de Zach, que las había hundido en sus entrañas, que lo había hecho de verdad y había despertado demasiado tarde. Si me queda algo de talento, algo del don, oyó decir a su padre, es el que tú atesoras ahora.

Que te jodan, pensó. No voy a hacerte el trabajo sucio.

Le dio la espalda a Zach y entró en la bañera. Los cristales rotos chirriaron y rasparon bajo sus pies desnudos. Contempló los fragmentos de espejo, la luz arremolinada.

—No pienso hacerlo —dijo—. No necesito saber lo que se siente. No necesito dibujarlo. Puedo vivirlo.

Cerró la mano derecha en un puño y lo estampó contra la pared.

El yeso húmedo y viejo se quebró, se pulverizó, se desintegró bajo sus nudillos. No le dolió nada. Quería que le doliera. Quería el dolor que tan dispuesto había estado a infligir a Zach.

Cayó de rodillas y comenzó a golpear una y otra vez con el puño la porcelana dura, el vidrio roto.

Zach creyó oír cómo se rompía un hueso de la mano de Trevor. Intentó incorporarse. La cabeza estaba insensible, pesada, la visión borrosa. No lograba levantarse para ayudarlo.

Así que, con sus últimas fuerzas, se arrastró.

La bañera parecía muy lejana, aunque Zach sabía que se encontraba a menos de un metro. Tuvo que aferrarse al borde y tirar de sí el último trecho. La porcelana tenía un tacto repulsivo, resbaladizo como los dientes y frío como la muerte. Temblaba bajo los golpes. El sonido de los puños de Trevor golpeando la bañera era ahora el de la carne cruda contra un suelo de piedra. Zach se aferró al borde con una mano, estiró la otra y lo tocó en la espalda.

Trevor giró hacia él. Su cara estaba retorcida, los ojos enloquecidos por el pesar y el dolor. Ahora sí, pensó Zach. Ahora va a matarme, y después se golpeará hasta matarse como una polilla contra una ventana, justo aquí, donde Bobby pueda verlo. Qué idiotez. Qué inutilidad. Ya no sentía miedo, solo una tremenda y hueca desilusión.

Pero Trevor no volvió a cogerlo, sino que se quedó mirándolo, casi expectante. Dije algo que hizo que dejara de hacerme daño, comprendió Zach. ¿Por qué no puedo decir algo que haga que deje de hacérselo a sí mismo?

—Escucha —empezó—. Bobby mató a los otros porque ya no podía cuidar de ellos y no podía dejarlos marchar. Entonces se mató porque no podía vivir sin ellos. ¿Sí o no?

Trevor no respondió, pero tampoco apartó la mirada. De repente Zach tuvo una intuición, del mismo modo que le había ocurrido alguna vez que al encontrarse con un sistema especialmente difícil de romper. Creyó saber lo que había en ese bucle dentro de la cabeza de Trevor.

—¿Es por amor? —preguntó—. Trev, ¿crees que tienes que seguir haciendo todo esto para demostrarme que me quieres?

Al principio creyó que no respondería, pero entonces, lentamente, Trevor asintió.

Estamos tan jodidos..., pensó Zach. Si vivimos lo suficiente, podríamos protagonizar los carteles de Familias disfuncionales. Gracias, Joe y Evangeline. Gracias, Bobby.

—Pero ya sé que me quieres, Trevor. Te creo. Quiero seguir vivo y mostrártelo. No necesito que cuides de mí. Yo puedo cuidar de mí mismo. Y si me aguantas, no te dejaré nunca.

—¿Cómo...? —La voz de Trevor sonaba rota, usada—. ¿Cómo puedo saberlo?

—Tendrás que confiar en mí —dijo Zach—. Lo único que puedo decirte es la verdad. El resto tendrás que decidirlo por tu cuenta.

Trevor apartó la mirada del hipnótico patrón giratorio de los fragmentos de espejo y miró la cara aplastada de Zach. El dolor en la mano derecha era enorme, caliente como una sartén al fuego, y después gélido hasta el hueso. Los nudillos habían sido reducidos a trizas ensangrentadas. Creía que se había roto al menos un dedo. La sensación lo ponía enfermo, pero al menos la furia terrible había desaparecido.

Había estado preparado para caer, y caer, y caer, y caer. Y casi había arrastrado a Zach con él.

Este estaba de rodillas frente a él, desnudo y ensangrentado como un recién nacido. El dolor acuchilló las piernas de Trevor cuando se incorporó, y reparó en que sus pies también habían sufrido feos cortes; los había estado restregando contra los cristales rotos, tratando de destrozar una imagen que no era capaz de conformar. Ahora los fragmentos de espejo estaban opacos por su sangre, y no reflejaban nada.

Salió de la bañera y ayudó a Zach a levantarse con la mano buena. Lo agarró con el otro brazo y enterró el rostro en el cabello rígido.

—¿Qué puedo hacer? —suplicó. La pregunta parecía terriblemente inadecuada, pero no se le ocurría otra.

—Márchate conmigo. Ahora mismo.

Trevor esperaba sentir la casa tensándose como un músculo a su alrededor, tratando de retenerlo. Pero no percibió nada que surgiera del suelo para lamer la sangre de sus pies, nada en las paredes que los rodeaban. Miró por encima del hombro de Zach hacia la barra de ducha doblada y no sintió más que un leve eco del viejo pesar, mezclado con miedo. Ahí era donde había acabado Bobby, donde había decidido acabar. Trevor podía ir adonde quisiera.

Aquella comprensión fue como ver el infinito desplegarse de repente ante sus ojos. Un millón de espejos, y ninguno de ellos roto. Un millón de posibilidades, y más aún ramificándose a partir de estas. Podía dejar aquella casa y no volver a verla jamás, y seguiría vivo. Y era por su propia mano: él había elegido estar con Zach, él había elegido comerse las setas e ir a Birdland, él había buscado la casa, él había girado el pomo y había entrado en la eternidad de Bobby. Todas eran elecciones que había hecho. Dependía de sí mismo.

Zach abrió la puerta del baño y lo sacó al pasillo. La casa estaba inundada por una clara luz azul. La noche había acabado.

Trevor miró la cara maltratada, ensangrentada y cansada de Zach. Te elegí a ti, pensó, pero no puedo creer que me sigas queriendo.

Entraron dando tumbos en el dormitorio y se sentaron en el borde de la cama. Zach encontró sus gafas intactas en el suelo y se las puso. Trevor vio la muesca en la pared opuesta, donde había intentado golpear a Zach, vio el martillo ensangrentado en la esquina. Acarició el pelo de su amigo con la mano buena y le besó los párpados, la frente. Deseaba que una corriente eléctrica hubiera recorrido su brazo y lo hubiera electrocutado de haber violado aquel cerebro maravilloso.

Zach se inclinó contra él y apoyó la cabeza pesadamente contra su hombro.

—Necesito salir de aquí —susurró.

—Muy bien. ¿Adónde vamos?

—No lo sé. —Con cautela, Zach le tocó la mano derecha, que descansaba en su regazo para permanecer quieta—. Esto tiene mala pinta. Necesitas que te la curen. Y creo que yo podría tener una conmoción.

—Oh... Zach...

—No fuiste tú. Fue mi padre.

—¿Tu padre?

—Sí. Mira, tenemos que hablar, pero ahora mismo no puedo. Creo que me voy a desmayar. Necesitamos un hospital.

—El más cercano está a más de treinta kilómetros. ¿Puedes llamar a Kinsey con tu móvil?

—Tiene el teléfono de casa cortado. Se lo oí decir anoche... —La voz de Zach se perdió. Ya tenía los ojos medio cerrados, y su respiración era rápida y superficial. La piel estaba fría, ligeramente húmeda.

—¿Puedes conducir?

Zach negó con la cabeza.

—Tu coche tiene cambio manual.

—Lo sé. Yo cambio las marchas si logro permanecer despierto. Si no lo consigo te dolerá como el infierno, y lo siento. Pero estoy viendo doble, yo no duraría un minuto en la carretera.

—Así lo haremos. —Trevor trató de flexionar la mano y una gran descarga de dolor le recorrió el brazo. El índice y el corazón estaban rígidos, hinchados, llenos de sangre. La piel parecía tan tensa e incómoda como un guante demasiado pequeño. Los nudillos estaban tan machacados que creyó ver un pálido brillo óseo bajo el rojo, aunque no lo examinó de cerca.

No puedo coger un lápiz así, pensó. Pero estaba demasiado preocupado por Zach como para prestarle más atención.

Zach lo ayudó a vestirse, le puso las zapatillas y se las ató. Trevor sentía las costuras rozando los cortes de los pies, la sangre empapando las suelas. Después Zach se vistió y empezó a recoger sus cosas. Trevor no cogió nada salvo su radiocasete portátil, sus cintas y sus ropas. Si se le curaba la mano, ya compraría más lápices y cuadernos. No podía imaginar usar otra vez los viejos.

Después de sopesarlo, acercó una cerilla al sobre que contenía las autopsias de su familia y las quemó en la pila de la cocina. Tuvo una sensación similar a la que había experimentado al destrozarse la mano, pero estaba convencido de que allí era donde debían estar.

Ayudó a Zach a atravesar el salón, sosteniéndolo, ya que el otro llevaba ambas mochilas. El aire era espeso como el sirope y succionaba las piernas de Trevor, tiraba de sus pies. «Podrías quedarte», le susurró. «Siempre habrá un sitio para ti aquí, en Birdland».

Pero no pensaba prestar atención. Ese solo era uno del millón de sitios existentes, y ya no era aquel en el que deseaba estar.

Zach se aferró a él hasta que estuvieron fuera de la casa y salieron del porche. El cielo era de un profundo azul acuoso con trazas rosadas. Eran visibles algunas estrellas que parecían demasiado grandes y brillantes, su fulgor demasiado intenso. Todo el mundo estaba en silencio.

La hierba alta les rozaba las rodillas mientras se abrían paso hacia la parte trasera de la casa, donde estaba estacionado el coche. Trevor ayudó a Zach a subirse al asiento del pasajero antes de sentarse detrás del volante. A Zach le costó ponerse el cinturón de seguridad. Trevor también quería ponerse el suyo, pero no se creía capaz de hacerlo solo, y tenía miedo de pedirle a Zach que se inclinara sobre él y lo ayudara. Parecía enfermo y sudoroso, a punto de perder el sentido.

Metió la llave en el contacto con la mano izquierda y la giró con torpeza. El motor cobró vida con un rugido, y una punzada de dolor le atravesó el pie al pisar el embrague. El Mustang comenzó a rodar por el patio hasta salir a la carretera cubierta de maleza.

—¿Zach?

—... sí...

—Mete la segunda.

Zach buscó a tientas la palanca de cambios y la movió hacia abajo, metiendo la segunda marcha. El coche cobró velocidad. Ya estaban al final de la larga calle, listos para coger Violin Road. Trevor giró con la mano izquierda, fijando el volante con el antebrazo derecho. Miró por el espejo retrovisor. La casa apenas era visible a través del sudario de enredaderas y maleza. Parecía un lugar vacío. Se preguntó si algún día lo sería de verdad.

Dejó que el coche avanzara sobre la carretera de gravilla.

—Muy bien —dijo—. Mete la tercera.

No hubo respuesta. Miró a Zach. Estaba derrumbado contra el respaldo del asiento, con los ojos cerrados y las gafas deslizándose sobre su nariz. Los cortes eran como flores oscuras en su rostro pálido.

—¡Zach! ¡ZACH!

—... mmmh...

Trevor frenó el coche, se aseguró de que respiraba y volvió a acelerar hasta llegar a unos 30 km/h. Si se saltaba las señales de *Stop*, podría llegar a casa de Kinsey en segunda. Lo sentía por el embrague, pero le daba igual. Si a Zach le pasaba algo ahora, bien podría volver a esa casa, trancar la puerta y encerrarse dentro.

—Manténte despierto —le dijo—. No quiero que te duermas.

—... mmmmmh...

—¡Zach! ¡Canta conmigo! —Trató de pensar en una canción cuya letra se supiera. La única que le vino a la cabeza era una que les habían obligado a aprender en el Hogar para Jóvenes. Tendría que servir—: YIPPIE KI YI YO-O —entonó a voz en grito—. GIT ALONG, LITTLE DOGGIES! Vamos, Zach, por favor... IT'S YOURRRR MISFORTUNE, AND NONE OF MY OWWWWWN...

—Yippie... ki yi yo —cantó Zach con voz fantasmal, apenas un susurro.

—GIT ALONG, LITTLE DOGGIES... Vamos, más alto...

—YOU KNOW THAT WY-OMING WILL BE YOUR NEW HOOOOOME —terminaron al unísono.

Miró a Zach. Tenía los ojos abiertos, y una sonrisa cansada.

—¿Trevor? —dijo.

—¿Sí?

—Como cantante eres una mierda.

—Gracias.

—¿Trev?

—¿Qué?

—Y esa canción es otra mierda.

—¿Y?

—Y... ¿quieres poner esto en tercera, o qué?

—Que sea la directa —dijo Trevor, pisando a fondo.

Capítulo veintitrés

Frank Norton masticaba un donut glaseado y ya duro, valorando la improbable figura que acababa de aparecer en el umbral de su despacho. El chico tendría diecisiete o dieciocho años. El cuerpo delgado era desgarrado y ligeramente encorvado. Un pelo sucio y marrón le caía por la cara. Los cristales de las gafas eran culos de botella. Sus ojos pequeños lo escudriñaron desde detrás.

—¿Está el agente Cover? —demandó.

Debería haber imaginado que buscaba a Ab, pensó Norton. ¿Qué otro llena esta oficina de cretinos adolescentes a las siete de la mañana?

—No. Ayer tuvo un día duro persiguiendo una camioneta Chevy y aún no ha llegado. —El chico se quedó mirándolo sin expresión alguna—. ¿Puedo ayudarte? —añadió.

—Me llamo Stefan Duplessis. Lo estoy ayudando con el caso Bosch.

Ah. El soplón.

—Claro, Stefan. ¿Qué puedo hacer por ti?

—He encontrado una pista muy importante. —Duplessis le mostró un recorte de periódico con manchas de sudor—. Creo que fue Zach Bosch quien puso este artículo en el Times-Picayune. Además, pienso que está en Carolina del Norte. El primer artículo así lo decía, y este también. ¡Incluso he averiguado el nombre del pueblo!

Lo que faltaba. Dios.

—¿De verdad? —preguntó Norton educadamente. Ab andaba totalmente perdido en aquel caso. Lo más probable es que ese pirata ya estuviera en Australia—. Lo siento, Stefan, pero me temo que no es mi caso. Tendrás que dejarlo en la mesa del agente Cover.

—¡Pero es que tengo que hablar con él ahora mismo! —El tono de aquel chico era parecido al del gato siamés de su cuñada cuando Norton le tiraba de la cola.

—Lo siento, chico, no puedo hacer nada.

—Entonces esperaré aquí hasta que llegue. Esto es demasiado importante como para dejarlo en su mesa.

—Tú mismo. En el pasillo hay un banco.

Duplessis hizo su salida con un aire de dignidad herida. Ab Cover no es agente del Servicio Secreto, pensó Norton. Es una maldita niña.

Unos minutos después se levantó para servirse una taza de café y vio al pirata sentado con aire desesperado en el banco de madera, aún aferrado a su sección del Times-Picayune. La curiosidad de Norton pudo más.

—Ey, chico, ¿me dejas echarle un vistazo a eso?

Duplessis le entregó el papel. Estaba emborronado con marcas de dedos, y había rodeado la noticia con un rotulador verde.

CLASECITA Travis Rigaud, de la parroquia de St. Tammany, se disparó accidentalmente mientras limpiaba su colección de pistolas... cinco veces con cinco armas distintas: dos veces en el pie izquierdo, una en la pantorrilla izquierda y una vez en cada mano, sufriendo la amputación de dos dedos.

Se lo devolvió.

—Está muy bien, Stefan. Le encantará echarle un vistazo.

Ab Cover ni siquiera es una niñera, decidió Norton con gran alegría mientras se servía una taza de café y seguía con su donut. Es un puto lunático.

Kinsey Hummingbird estaba teniendo una pesadilla. Era un sueño que tenía a menudo, en el que unos palurdos iracundos no paraban de dejar coches y camionetas decrepitos, que apenas se tenían en pie, en el Tejo Sagrado, diciéndole que tenían que estar listos para las seis de la tarde. Kinsey miraba entonces el cartel del local y veía que había sido repintado y que ahora rezaba «Taller y repuestos T. Sagrado».

Ahora alguien tocaba el claxon sin educación alguna, exigiendo que le atendiera. ¡MOOOOOOOOOOC! ¡MOOOOOOOOOOOOOOC! El sonido resonó potente e insistente en su dormitorio. Abrió los ojos. Fuera ya empezaba a clarear, y creyó que seguía oyendo la bocina. El sonido nunca se prolongaba tanto después de despertar. Quizá el exceso de trabajo se estaba cobrando su factura.

No. Bueno, quizá. Pero alguien estaba tocando de verdad el claxon en el exterior. Volvió a sonar, nítido y claro en el silencio del amanecer. Se sentó y apartó la cortina a un lado para echar un vistazo afuera. Vio en el patio el Mustang negro de Zach. Las ruedas habían abierto profundos surcos a través de la hierba sin cortar.

Se puso el albornoz de baño sobre el pijama y corrió por la casa, iluminada por una luz azulada. Reparó demasiado tarde en que se había olvidado las zapatillas, abrió a toda prisa la puerta principal y cruzó el jardín hasta el coche. Trevor iba al volante. Su rostro estaba marcado por el agotamiento y el dolor. Por fin reflejaba su edad, pensó Kinsey, quizá ahora aparentara incluso más. Junto a él, Zach alternaba entre mesarse el pelo y golpearse las rodillas con las manos. Su cara era una masa de cortes y sangre. Kinsey pudo ver rastros de sangre que ya comenzaban a empapar la tela de su camisa, añadiendo toques rojos al azar a la cabeza reventada de Kennedy que ya la decoraba.

—Me estoy manteniendo despierto —dijo Zach a Kinsey cuando lo vio mirándolo—. Tengo una herida en la cabeza. Nos vendría bien algo de ayuda.

—¿Qué ha pasado?

—¿Te lo podemos contar camino del hospital? —dijo Trevor. Levantó la mano derecha, que había permanecido oculta en su regazo. Kinsey la observó aterrorizado. La mano estaba púrpura, hinchada hasta tener tres veces su tamaño normal. Dos de los dedos medios estaban retorcidos en ángulos terribles. Parecía la mano del Coyote después de que se la reventara un mazo gigante de madera preparado para el

Correcaminos.

Kinsey le abrió la puerta y Trevor salió con cuidado, como si todo su cuerpo fuera una herida. Zach salió por su cuenta y no tardó en desplomarse. Los otros dos corrieron a auxiliarlo, pero había caído sobre la hierba mojada y blanda y simplemente estaba allí tendido, sollozando.

—No logro pensar con claridad... —dijo mientras lo ayudaban a levantarse y lo llevaban al coche de Kinsey—. Es la peor sensación del mundo. Es como abrir una ostra mala. Es como... hum... mierda... hum...

—Sigue hablando —dijo Trevor. Ayudó a Zach a subir atrás y se sentó a su lado.

—¿Cómo una ostra mala? ¿Por qué?

—Porque mis pensamientos parecen resbaladizos, y podridos, pero ya me los he tragado y no puedo... eh...

—¿Regurgitarlos?

—¡Sí!

Kinsey escuchó una conversación de este tenor durante más de treinta kilómetros. En ocasiones hacía algún comentario o pregunta para ayudar a Trevor, pero no les pidió detalles de lo sucedido, aunque sentía una terrible curiosidad y una enorme preocupación. Ya se lo contarían cuando pudieran.

La sala de urgencias de Raleigh estaba prácticamente desierta a aquella hora tan temprana. Kinsey esperó sentado en una silla de plástico naranja incapaz de acomodar el trasero de ningún espécimen de la raza humana, hojeó diversas revistas que nadie habría querido leer jamás. Escuchó cómo Trevor daba sus datos y luego ayudaba a Zach a formalizar el ingreso con el nombre «Fredric Black», diciéndole a la enfermera que había sido un accidente de coche.

—¿Cómo desean pagar?

Zach buscó en su bolsillo.

—Tengo algunas tarjetas de crédito...

—En efectivo —dijo Trevor rápidamente. Llevaba encima todo el dinero de Zach, y era una cantidad considerable.

—¿Estado civil? —preguntó la enfermera.

Zach lanzó una mirada desconcertada a Trevor.

—Soltero —dijo este—. Está conmigo.

La enfermera los miró largo rato.

—¿Hermanos?

—Eh... sí. —Trevor señaló a Kinsey con la cabeza—. Ese de ahí es nuestro tío.

—Muy bien. Podéis pasar juntos. —La enfermera les entregó sus formularios y les señaló el antiséptico pasillo verde.

Otra enfermera limpió la sangre y el yeso de la mano de Trevor y le sacó diecisiete esquirlas de espejo de los nudillos con unas pinzas. Le dieron una bolsa de hielo mientras el doctor examinaba a Zach, comprobaba la herida de la cabeza, le miraba los ojos con una linterna y, por fin, aseguraba que sin duda había conmoción,

pero que no era grave.

—Que descanse —aconsejó a Trevor—. No permita que se mueva mucho.

—Tengo que hacerlo —protestó Zach—. Soy una estrella profesional del *rock*.

—Lo haré —prometió Trevor. Ayudó a Zach a bajar de la camilla con el brazo bueno.

El doctor volvió a mirar el corte en la cabeza.

—Dios, chico, quizá debiéramos coserte eso.

—¡No! ¡Nada de puntos!

—Bueno, es tu cabeza... De todos modos, ¿con qué te diste?

—Diamantes.

—No pueden ser diamantes. Estarías muerto. Es una de las sustancias más duras conocidas por el hombre.

—Eran diamantes —insistió Zach.

El doctor miró a Trevor.

—Puede que no... eh... que no esté totalmente lúcido en uno o dos días.

—Entiendo. —Apretó el brazo de Zach. Te creo, pensó. Eran diamantes, como el que Sammy el Esquelético me puso en la mano. No tenía ni idea de lo que querían decir los diamantes, pero significaban que Zach también había estado en Birdland.

Lo único malo para Trevor fue cuando el doctor le enderezó los dedos para entablillarlos. Apretó la mano de Zach y se obligó a cabalgar las oleadas de dolor en vez de hundirse bajo ellas. Se había hecho eso voluntariamente, y soportaría lo que fuera necesario para arreglarlo. Y cuando estuviera curado, dibujaría lo que quisiera durante el resto de su vida.

En el camino de vuelta a Missing Mile se sentaron juntos en el asiento de atrás, apoyando Zach la cabeza en su regazo. Trevor trató de dar a Kinsey una versión comprensible de los acontecimientos de aquella noche. Kinsey no decía mucho, pero parecía creerlo todo.

—No sé qué vamos a hacer —le dijo Trevor—. ¿Nos podríamos quedar contigo un par de días?

—Claro. Todo lo que queráis.

—No creo que sea mucho. —Todo lo demás en Missing Mile me gusta, pensó, pero no quiero seguir en la misma localidad que esa casa. Ya sé cuanto necesito saber. Y Zach no tardará en tener que huir.

Echó un vistazo para asegurarse de que Zach no se quedaba dormido. El doctor había dicho que aguantara despierto al menos una hora más.

Pero tenía los ojos abiertos y observaba a Trevor con calma. El color del jade resplandecía en la clara luz de la mañana. Parecía muy despierto, y muy contento de seguir con vida.

El vuelo *express* despegaba del New Orleans International a las ocho y veinte. El

agente Cover tenía el tiempo justo para reunir la base de su equipo de redada original y notificar al agente especial encargado de la oficina de Raleigh que se dirigían hacia allá. Se suponía que los esperaba con los coches preparados.

Una azafata empujaba un carrito de bebidas por el pasillo y se detuvo junto a ellos con una sonrisa edulcorada.

—¿Puedo ofrecerles algo?

—Café —dijeron Loving, Schulman y DeFillipo.

—Café —dijo Cover.

—¿Crema y azúcar?

—Solo —respondieron todos al unísono.

Cover abrió el archivo de Bosch y contempló el artículo recortado. El corazón se le había hundido aquella mañana al llegar a la oficina y ver al desastrado comemocos esperando en el pasillo. Duplessis manoseaba los papeles hasta que los dejaba blandos y húmedos, desagradables al tacto. Y sus «descubrimientos» hasta ahora habían valido una mierda.

Pero cuando leyó aquello se sintió excitado al instante. El otro artículo había mencionado Carolina del Norte de forma explícita; aquel parecía apuntar tímidamente, lo que podía significar que Bosch estaba allí y que había decidido quedarse un tiempo. Y había un pueblo llamado Missing Mile. Y era imposible dispararse cinco veces con cinco armas diferentes.

La guinda llegó cuando Schulman lo informó de que Joseph Boudreaux, el reportero del Times-Picayune, ni siquiera sabía quién era la diosa Kali.

El agente Cover creía que Bosch por fin la había cagado.

Miró por la ventana el cielo azul y brillante de la mañana, y la luz del sol reflejada en lo alto de las nubes cremosas. Siempre se sentía seguro a veinte mil pies de altitud. Sacó las gafas de sol del bolsillo del pecho y se las puso, antes de volver a revisar el informe. La pequeña fotografía de Bosch lo miraba directamente, con los labios torcidos en una sonrisa punk, los ojos acusadores.

Voy a por ti, pensó. Espero que te lo pasaras de puta madre en Carolina del Norte, porque no vas a tener más fiestas en mucho, mucho tiempo.

Se sorprendió un poco al verse tan alborozado. Se suponía que era un agente de granito, pero se sentía como un niño que buscara los huevos de Pascua y ya cerrara el cerco sobre el enorme conejo de chocolate.

Terry entró con su Rambler en el pueblo hacia las dos, mandó a casa a su dependiente de la tarde, puso a todo volumen el primer disco de R.E.M. y se sentó detrás del mostrador del Disco Giratorio, contemplando con satisfacción los patrones cambiantes de la luz en la pared opuesta. Siempre se sentía estupendo el día después de tomar setas. Las alucinaciones tardaban unas veinticuatro horas en desaparecer por completo de su cerebro, y daban al día siguiente un aire claramente psicodélico.

Incluso tenía mejor la garganta.

R.J., que prefería seguir viviendo como un chico de once años la mayor parte del tiempo, había pasado y se había ido a casa a dormir. Terry se marchó con Victoria, Calvin y David, el chico pelirrojo al que Calvin había conocido tras el concierto. David resultó ser un brillante estudiante de intercambio de Londres. Tenía veinte años, y los divirtió a todos con su charla ingeniosa hasta que Calvin lo arrastró a uno de los dormitorios. Terry y Victoria se quedaron con el otro. No había nada como el sexo con alucinógenos para reforzar una relación.

Alrededor de las cuatro y media de la mañana, todos se reunieron otra vez en la cocina, cansados y felices, y lograron preparar unas palomitas. Entonces pusieron Willy Wonka y la fábrica de chocolate en el vídeo de Terry, se acomodaron en el sofá y se divirtieron con la siniestra historia hasta el amanecer, rebobinando una y otra vez la parte en la que Gene Wilder decía: «NOSOTROS somos los que hacemos la música, y NOSOTROS somos los que tenemos los sueños». Después de eso, Terry y Victoria se fueron a dormir mientras Calvin y David se largaban a buscar algo para desayunar, aún pletóricos de enloquecida energía fúngica.

Terry sospechaba que las drogas psicodélicas afectaban al cuerpo del varón homosexual de un modo distinto al de los heterosexuales. Él nunca podría comer nada grasiento en una cafetería puesto de setas, y aunque el par de veces que había probado el éxtasis le había gustado, no se había sentido ni remotamente con ganas de pasarse la noche bailando música disco. O techno, o rave, o el ruido que estuviera de moda en ese momento. Calvin y David insistían en bajar hasta Raleigh, donde imaginaban que encontrarían algún glamouroso local after-hours para hacer precisamente eso.

Eso le hizo pensar en Trevor y Zach. Esperaba que volvieran, pero no habían aparecido. Se preguntó si habían pasado la noche de viaje en la casa. Aquella idea hizo que se le encogieran las pelotas. Recordaba cómo, siendo adolescente, asustaba a sus amigos más jóvenes con historias de los asesinatos, preguntándose si los fantasmas de los McGee aún vivirían en la casa, tentándolos para que entraran a hacerles compañía.

Por supuesto, al final entraron. Al principio solo parecía una casa vieja abandonada más, todo madera podrida, polvo viejo y sombras. Pero cuando se acercaron al umbral ensangrentado, las sombras parecieron moverse a su alrededor, cambiar, y por un momento dejaron de estar en la casa.

No sabía si se había tratado de una alucinación en masa, o qué. Lo dudaba, porque no parecía tener nada que ver con los asesinatos. Terry había visto la calle de una ciudad a su alrededor, un suburbio lleno de escaparates tapiados. Fluctuaba como un espejismo, pero sin duda estaba allí. R.J. había visto un bar desierto y oscuro con cristales rotos por el suelo y espejos rotos en las paredes, tan cubiertos de polvo que no podía verse la cara reflejada. Y Steve nunca dijo lo que había visto, salvo que tenía patas como un insecto.

Todos habían sentido que el lugar los absorbía, que podrían perderse allí y no regresar jamás. Lo que Terry no había admitido a los otros (aunque sospechaba que sentían lo mismo) era que, por un momento, la idea de perderse le había resultado tentadora. Allí había dulces venenos y sueños retorcidos. Allí había cosas que nunca podría tocar con manos de mera carne y hueso.

Habían escapado gritando vítores, dándose palmadas, pero sin engañarse por un momento los unos a los otros. Salieron al porche y cruzaron el patio lleno de maleza hacia la pequeña y testaruda figura de Fantasma, al otro lado de la carretera. Ninguno de ellos había vuelto nunca. Pero Terry había soñado con ello, y con aquel suburbio extraño y seductor, y apostaba a que Steve y R.J. albergaban sueños propios.

Terry reparó en que estaba fantaseando. Había dos chicos en la sección de importación mirándolo inquisitivamente. Uno de ellos era un negro delgado con una camisa Yellowman y unos voluminosos pantalones militares llenos de bolsillos; unas largas rastas decoradas recogidas en una espesa coleta mostraban la cara amigable, ligeramente equina. La otra era increíble, una impresionante asiática con un pelo corto que acentuaba sus grandes ojos rasgados y sus huesos exquisitos. Llevaba un montón de pendientes, pero nada de maquillaje. Terry no había visto nunca a ninguno de los dos.

—¿Os puedo ayudar en algo? —preguntó. Probablemente estuvieran buscando a Steve y a Fantasma. Los chicos alternativos habían comenzado a aparecer por el pueblo a lo largo del último año, desde que Lost Souls? lograran que su cinta se distribuyera por tiendas de discos de toda la costa este. La mayoría solo quería ver un concierto; algunos querían acampar en el patio de la casa del grupo, o creían que Fantasma era su verdadera pareja espiritual debido a los mensajes personales y secretos que oían en sus letras. Era un poco inquietante, pero había generado un montón de dinero mientras Steve trabajó en la tienda. Incluso ahora que Lost Souls? estaba de gira, bastaba que Terry dijera que él había tocado la batería en la cinta para que los chicos se compraran la camiseta del Disco Giratorio.

La chica dio un paso adelante y, para sorpresa de Terry puso sobre el mostrador una fotografía de Zach. La imagen se había sacado de noche, y Terry reconoció el escenario como Nueva Orleans, probablemente durante el Mardi Gras. Zach se agarraba a una farola con una mano y sostenía una cerveza Dixie con la otra. Vestía una chaqueta púrpura y una camisa de malla negra. Tenía una enorme sonrisa boba que indicaba a las claras que estaba borracho como una cuba.

—Estamos buscando a este chico —le dijo—. Se llama Zachary. Es un buen amigo nuestro, y está metido en un buen lío.

—Eso parece. —Terry cogió la fotografía y simuló estudiarla—. Parece un chico muy majo. Sería una lástima que los polis lo pescaran.

—¡No somos policías! Estamos intentando advertirle de... La chica cerró la boca, como si pensara que ya había dicho demasiado. Su compañero se acercó al mostrador.

—Venimos en paz —dijo, extendiendo una mano grande y esbelta—. Somos su

hermano y su hermana. Yo me llamo Dougal. La dama es Edwina. Eddy.

Terry le dio la mano. Dougal hablaba con un espeso acento jamaicano y su mirada era aguda, amable, colocada. La de la chica ardía como un rescoldo. Terry creía que fueran amigos de Zach, aunque probablemente no sus hermanos de verdad. Olían un poco a sudor, como si hubieran pasado la noche conduciendo. Y la fotografía era vieja, desgastada en los bordes. Alguien había pasado mucho tiempo mirándola, y Terry estaba dispuesto a apostar que ese alguien era Edwina. Eddy.

Sin embargo, una cosa era fiarse de la gente por instinto, y otra muy distinta hacerlo con federales involucrados. Se alegraba de que no hubieran encontrado primero a Kinsey.

—¿Cómo es que habéis venido aquí a preguntar?

—Porque Zach es un tipo raro —dijo simplemente Eddy—, y los tipos raros suelen frecuentar las tiendas de discos.

Terry no podía discutir aquello.

—Bueno, mirad... Entended que quiero asegurarme de que sois buena gente. Dadme algo de lo que pueda fiarme.

—¿Qué tal si nos relajamos todos un poco primero? —dijo Dougal—, y sacó una bolsa de hierba y un paquete de papel de liar. En cuanto abrió la bolsa, el olor dulce y pegajoso de la hierba de primerísima calidad inundó la tienda. Terry vio un buen montón de brotes verdes y brillantes, bien apretados, con pequeñas hebras rojizas. Dougal cogió una generosa porción y empezó a liar un enorme porro allí mismo, sobre el mostrador.

—¡De acuerdo! ¡De acuerdo! —saltó Terry—. ¡Espera! Vamos a la sala de atrás a hablar.

Cerró la puerta de la tienda y giró el cartel al lado que rezaba «Vuelvo en 5... no, en 15 minutos... Cuando sea».

En el almacén, entre pilas de discos, cintas y CD, equipo diverso almacenado allí por varios grupos y carteles enrollados en incómodos tubos de papel imposibles de apilar, Dougal encendió el porro y Eddy hizo a Terry un rápido resumen de su situación. No ofreció muchos detalles, solo que Zach había conseguido meterse en un problema feísimo con su ordenador y que quería ayudarlo a salir del país. Terry había leído acerca de los piratas informáticos y se había sentido intrigado por ellos, pero no sabía que fueran capaces de cosas como las que Eddy daba a entender que había hecho Zach.

Dio una calada al porro, que sabía aún mejor de lo que olía, y aguantó el humo cuanto pudo. No es que condenara el robo, pero le costaba sentir lástima por inmensas entidades corporativas como Citibank y Southern Bell. Les encantaba hablar de cómo el coste de tales robos era repercutido en el consumidor, ¿pero cuándo no se pasaba cualquier coste de un gran negocio al pobre cliente que se encontraba en la base de la pirámide?

Fuera cual fuera la moral de Zach, o su falta de ella, a Terry le gustaba mucho. Si

había la menor posibilidad de que los federales se dirigieran a Missing Mile para prenderlo, sabía que tenía que ayudarlo a escapar.

—Muy bien —dijo—. Es verdad, Zach está aquí.

La cara de Eddy se iluminó con una sonrisa hermosa y sincera. Era evidente que estaba loca por Zach... al igual que medio mundo, parecía el caso. Terry se negó a ser quien la informara de la existencia de Trevor. Además, no era asunto suyo. Pero tenía el presentimiento de que el avión que saliera del país llevaría a un pasajero de más, y no el que Eddy esperaba.

—Está con un amigo —dijo al fin— en una casa abandonada y encantada. Yo no voy a ir hasta allí y no creo que sea buena idea que vayáis vosotros solos. Pero os llevaré a casa de mi amigo Kinsey. A él no le importan los fantasmas, y se encargará de avisar a Zach de que estáis aquí.

Alguien llamó a la puerta de la tienda. Las tres cabezas se alzaron al unísono y se giraron hacia el sonido.

—Esperad aquí —dijo Terry—. No salgáis a no ser que os llame. Si oís más voces, salid por esa puerta de ahí. —Cogió una lata de ambientador Glade y se la lanzó a Eddy—. Eh, y echad un poco de la mierda esta.

Terry se agachó bajo la cortina y se dirigió a la parte delantera. En la puerta había dos tipos de hombros anchos, vestidos con trajes y gafas de sol, golpeando la puerta de nuevo.

—Id a joder a vuestro padre —musitó Terry. Abrió la llave y entreabrió la puerta—. ¿Puedo ayudarlos?

—Absalom Cover, Servicio Secreto de los Estados Unidos. —El tipo más alto le enseñó una placa. Era flaco y de mandíbula fuerte; el pelo negro engominado dejaba a la vista un rostro delgado. Terry creyó distinguir el bulto de la pistola debajo de la chaqueta bien cortada—. Este es mi compañero, Stan Schulman. ¿Podemos entrar y hacerle algunas preguntas?

—Eh... pues no. —Terry se deslizó al exterior y cerró la puerta a su espalda. La acera estaba brillante y resplandeciente, y reparó en que estaba bastante colocado. Pero conocía sus derechos. Si no tenían una orden judicial, no tenía por qué dejarles entrar en la tienda—. Estoy de inventario —explicó— y tengo las cosas por todas partes. No puedo dejar que vengan dos tipos a desordenarme todos los montones. ¿Les importa hacerme sus preguntas aquí fuera?

—¿Cuál es su nombre?

—Terry Buckett. Soy el dueño de esto.

El otro agente, Schulman, buscó en su chaqueta. Parecía rechoncho y desaseado al lado del elegante Cover. Terry podía ver cuentas de sudor en el cuero cabelludo del hombre, claramente visibles entre el pelo ralo. Incluso el bigote le sudaba. Terry intentó imaginar cómo sería un trabajo en el que había que vestir chaqueta y corbata aun en el calor estival de Carolina.

Schulman sacó una pequeña fotografía.

—¿Ha visto a esta persona alguna vez?

Terry estudió la fotografía y consiguió no reír ante la mueca de «que te jodan» de Zach.

—No... Me temo que no.

—En su trabajo debe de ver a un montón de chavales —lo urgió Schulman—. Asegúrese. Se llama Zachary Bosch. Tiene diecinueve años.

—Y es un delincuente peligroso y una amenaza para la sociedad, ¿no? Lo siento, pero no. No lo he visto. —Terry cruzó los brazos delante del pecho y miró a los agentes. Se vio a sí mismo reflejado en sus gafas de sol, cuatro pequeñas imágenes de su pelo alborotado y su desgastado pañuelo azul que le sonreían. Bosch. Le pegaba.

—Sabemos que está aquí —dijo Schulman—. Ya nos han dado una identificación positiva en la cafetería. Tenemos todo el lugar controlado. Si sabe dónde está y no nos lo dice, podrían sucederle toda clase de cosas desagradables.

—¿Disculpe? —Terry se dio unos golpecitos en la sien con el talón de la mano—. Debo haberle oído mal. Cuando me levanté esta mañana creía que estaba en América.

—Y así es, señor Buckett —Cover se inclinó amenazador sobre él—. Y la posesión de marihuana es ilegal en América. ¿No está algo drogado ahora mismo?

Mierda.

—No sé de qué me está hablando, pero tengo que volver al trabajo. Si quieren perder el tiempo consiguiendo una orden judicial y registrando mi tienda, adelante. No encontrarán nada. Creía que ustedes se encargaban de proteger al presidente, no a hostigar a ciudadanos inocentes. —Vio cómo la mandíbula de ambos agentes se endurecía cuando dijo «presidente».

—Hacemos nuestro trabajo, señor Buckett. —Era Cover, frío y letal—. Y esperamos que los ciudadanos inocentes nos ayuden cuando les es posible.

—Y los demás somos culpables, ¿no?

—De algo, señor Buckett. —Aun con las gafas de sol puestas, Cover conseguía parecer pagado de sí mismo—. Todo el mundo es culpable de algo. Y nosotros podemos descubrir de qué. Buenas tardes.

—Mejores para ustedes —dijo Terry mientras volvía a la tienda y cerraba con llave. Se quedó allí un minuto, viendo cómo se alejaban, sintiendo escalofríos. No podía sino preguntarse en qué demonios se estaba metiendo.

Pero sabía de qué lado estaba, y eso era cuanto necesitaba. Miró el teléfono y pensó en llamar a Kinsey. ¿Pero y si los agentes estaban escondidos al otro lado de la esquina, viendo si saltaba sobre el teléfono en cuanto se hubieran marchado?

Asomó la cabeza por la cortina. El almacén apestaba a ambientador de pino.

—Malas noticias. Los matones están aquí, y lo buscan.

Eddy abrió mucho los ojos.

—¿Nos han seguido? ¿Los hemos atraído hasta aquí?

—No creo. No parecían saber que estuvierais. Tengo la impresión de que actuaban siguiendo alguna clase de chivatazo.

—El periódico. ¡Mierda! ¡Maldito Phoetus de mierda! —Eddy se golpeó las rodillas con los puños. Enfadada, con las orejas enojadas, el pelo de punta y su elegante rostro asiático, parecía una especie de diosa tibetana de ojos salvajes. Un par de brazos extra y una lengua bífida y hubiera dado el pego a la perfección.

—Oíd —dijo Terry—, voy a escabullirme para llamar.

Dougal buscó en uno de los bolsillos de sus pantalones y sacó un teléfono móvil.

—¿Quieres usar esto?

—Eh... claro. —Terry examinó aquel pequeño artilugio—. ¿Cómo se enciende?

Dougal se lo mostró y marcó el teléfono de la casa de Kinsey. Oyó un timbrado truncado, y después una penetrante voz electrónica.

—El número que ha marcado está temporalmente desconectado...

—Maldita sea, ya podía este hombre pagar las facturas. Creo que es mejor que nos acerquemos allí.

Eddy le puso la mano en el brazo.

—¿Alguno de los agentes se llamaba Cover?

—Sí, el más duro.

—No puedo salir. Me reconocería.

—Creo que se han ido...

—Tenemos el coche frente a la ferretería. No puedo arriesgarme.

Tenía razón, comprendió Terry.

—Muy bien. Espera aquí, junto a la puerta trasera. Traeremos el coche al callejón y te sacaremos.

Terry y Dougal dejaron juntos el Disco Giratorio y caminaron con elaborada despreocupación por una serie de calles laterales, acercándose poco a poco al otro lado del pueblo. Terry imaginaba agentes acechando junto a cada poste telefónico, espionando desde cualquier ventana tintada.

—¿Tu coche no tiene matrícula de Luisiana? —preguntó a Dougal—. ¿No será peligroso conducir por el centro?

—No, tío. De camino nos paramos en un... ¿Cómo llamáis a los baños en medio de la carretera?

—¿Un área de descanso?

—Eso, tío. Encontramos un coche abandonado, pero que todavía tenía las matrículas, y me tomé la libertad de cogerlas prestadas.

Terry asintió, maravillado. A lo largo del tiempo había conocido toda clase de bichos raros. Había completos tarados, artistas brillantes y toda la gama intermedia. Pero por los recursos que mostraban, creía que aquellos chicos los superaban a todos.

Sin embargo, no tenían de su lado al gobierno de los Estados Unidos, equilibrando la balanza con dinero y poder. Las ratas callejeras no tenían mucho que hacer contra una Uzi cargada.

Terry no dejó de sudar hasta que tuvo a Eddy a salvo en el coche, acurrucada en el asiento trasero y con la cabeza cubierta por una toalla, y se pusieron en marcha

hacia la casa de Kinsey. Aun así, no pudo dejar de mirar por el espejo retrovisor.

Capítulo veinticuatro

Kinsey movió el coche de Zach hasta la calle y estacionó el suyo detrás. El Mustang no estaba precisamente camuflado, pero su presencia era menos evidente que si hubiera estado en medio del patio delantero. Acomodó a Trevor y a Zach en su dormitorio y se tumbó en el sofá. Solo llevaba dos horas durmiendo cuando el Mustang apareció en su casa, y después tenía que abrir el local. No tardó en caer dormido de nuevo, y afortunadamente sus sueños se vieron libres de bocinas estruendosas, quejidos y olor a grasa de motor.

En el dormitorio principal, Trevor estaba tumbado boca arriba mirando el techo. La mano entablillada se le antojaba pesada y remota. Zach estaba acurrucado contra su brazo izquierdo, con las piernas sobre las de él. Jugaba con el pelo de su amigo. Se habían tomado los analgésicos que les había prescrito el doctor y estaban atontados pero contentos. Al menos lo bastante como para hablar de la noche pasada.

—¿Qué llevabas puesto? —preguntó Zach.

—Un traje de solapas anchas. Una corbata. Unos zapatos chulos.

—Como yo. Pero yo llevaba boina.

—Eras Dizzy.

—¿Eh?

—Dizzy Gillespie. Bobby tenía costumbre de mirar fotos de él y de Charlie Parker para dibujar las ropas de sus personajes. Siempre vestían esa clase de trajes elegantes.

—Estuvimos en el mismo lugar, ¿no?

—Estábamos en Birdland.

—¿Qué significa eso?

—Significa que estábamos dentro del cerebro de mi padre. O en el Infierno. O que estábamos alucinando. ¿Y cómo coño voy a saberlo? Estuviste allí. Lo viste.

Se produjo un silencio. Trevor se preguntó si había sido demasiado brusco, pero no estaba seguro de querer diseccionar lo que había pasado en la casa, al menos de momento. No estaba seguro de que quisiera hacerlo nunca.

Por fin, Zach preguntó:

—¿Adónde iremos ahora? —Su voz comenzaba a apagarse. Apretó la cara contra el costado de Trevor y cerró los ojos.

—Sueña —le dijo Trevor—, y que sea con una playa. Tiene una arena blanca y pura, y aguas claras de color turquesa. El sol sobre tu piel es como la miel caliente. Detén a alguien en la playa y pregúntale dónde estás. Entonces recuerda el sitio, y allí que nos iremos.

—Oooh, sí... —Sintió cómo el cuerpo de Zach se relajaba por completo—. Te quiero, Trev...

—Y yo a ti —susurró en el silencio fresco de la habitación. Era verdad, para ambos era verdad, y los dos estaban vivos para creerlo. Trevor aún seguía sorprendido ante aquella idea.

Ahora comprendía que podías matar a alguien por quererlo demasiado, pero aquello no tenía nada que ver con el arte. El arte estaba en aprender a pasar tu vida con alguien, en tener el coraje de ser creativo con alguien, en derretir las respectivas almas y dejarlas fluir juntas, creando una aleación que pudiera resistir el embate del mundo entero. Zach y él habían usado sus respectivas adicciones para viajar a Birdland. Pero las adicciones podían alimentar el talento, y sin duda el talento alimentaba el amor. ¿Y qué otra cosa los había traído de vuelta, sino el amor?

La respiración de Zach era lenta, regular; un sonido totalmente pacífico. Trevor se preguntó si él también sería capaz de dormir. Dejó que su cuerpo se acomodara con el de Zach, sincronizando sus dos respiraciones, sus dos corazones.

Minutos después estaba profundamente dormido, y no tuvo sueños.

La vieja furgoneta de Dougal se detuvo frente a la casa de Kinsey. Eddy vio el Mustang negro en el callejón y su corazón dio un brinco.

—¡Ese es el coche de Zach!

Terry y Dougal la siguieron por el sendero. Terry llamó a la puerta, esperó y llamó con más fuerza. Eddy no podía quedarse quieta. Después de unos minutos agónicos, la puerta se abrió un poco y asomó un brillante ojo azul. Entonces se abrió del todo, y un hombre muy alto y muy delgado, con un pijama arrugado, les sonrió somnoliento.

—Buenos días, Terry. —Asintió a Eddy y Dougal y se quedó allí, frotándose la larga mandíbula con expresión de educada confusión.

—Buenos días —respondió Terry sin rastro de ironía, aunque ya eran más de las tres de la tarde—. Kinsey, tenemos un problema. Estos son amigos de Zach de Nueva Orleans, y sus enemigos no andan lejos.

—Venga, entrad y sentaos. Zach está dormido. Trevor también. —Kinsey les franqueó el paso.

Terry hizo las presentaciones y contó a Kinsey su encuentro con los agentes. Eddy miraba alrededor del acogedor salón. Sus pensamientos volaban descontrolados. Zach está en esta casa. Voy a verlo. Voy a salvarlo...

—¿Pero qué hicisteis después del concierto de anoche? —preguntó Kinsey.

—Comimos setas y vimos una película. Trevor y Zach fueron a su casa, pero Calvin también les dio algunas setas. —Terry frunció el ceño—. ¿Por qué?

—Bueno, tuvieron una especie de accidente.

—El coche parece estar bien.

—En la casa pasó algo.

—¡Lo sabía! —Terry se dio una palmada en la frente—. ¡Ese maldito lugar está

enbrujado! Una vez fui allí con Steve y R.J., y no creeríais lo que vi.

—¿El qué? —dijo una nueva voz suave—. ¿Qué viste?

Todos se giraron. Un joven de melena pelirroja estaba en el umbral. Su mano derecha estaba entablillada y cubierta de vendas. No llevaba camisa, y sus pantalones de algodón estaban muy bajos sobre las caderas, como si se los hubiera puesto con una mano. Su mirada pálida e intensa descansó brevemente en Eddy y Dougal, antes de volver a Terry.

—Ey, Trevor. —Terry parecía avergonzado—. Yo, eh... Preferiría no contarte lo que vi, si no te importa. No debería haber estado hablando de ello.

—No pasa nada —dijo Trevor. Volvió a mirar a los recién llegados—. ¿Quiénes son estos?

—Ah, sí...

—Somos de Nueva Orleans —interrumpió Eddy—. Somos amigos de Zach. Si tú también eres amigo suyo, necesitamos tu ayuda.

Los ojos de Trevor se estrecharon. Miró a Kinsey, que se encogió de hombros.

—¿Qué queréis?

Por el modo en que lo había dicho, Eddy supo que se había acostado con Zach. Vaya sorpresa.

—¿Cuánto sabes? —le preguntó ella.

—Todo.

—Demuéstralo.

—Ahora lo recuerdo. Tú eres Eddy. Te dejó diez mil dólares como regalo de despedida. —Miró a Dougal—. Y tú eres el tipo del Mercado Francés. No recuerdo tu nombre.

Al menos me ha mencionado, pensó Eddy consternada. Pero allí había algo raro. Ese Trevor no parecía uno de los rollos de una noche de Zach. Tenía pinta de inteligente y hablaba como si tuviera cerebro. Y era evidente que Zach confiaba mucho en él.

—¿Está bien? —preguntó Eddy.

—Lo estará. —Trevor se la quedó mirando—. Dime lo que quieres.

—¿Trev? ¿Qué está pasando? —Del oscuro pasillo aparecieron un par de brazos delgados que rodearon a Trevor por detrás. Un momento después, Zach miró por encima de su hombro. Tenía cara somnolienta, desnuda sin sus gafas. Por lo que Eddy podía ver, no llevaba encima más que un escueto calzoncillo negro. Zach bizqueó al ver el salón lleno de gente. Cuando distinguió a Eddy y a Dougal, sus ojos se abrieron de forma casi cómica.

—¡Hostia! ¡Creo que estoy alucinando otra vez!

—No, no. Están aquí de verdad. —Trevor guió a Zach al sofá, lo sentó al lado de Kinsey y después se colocó al otro lado, pasando un brazo protector sobre sus hombros—. Pero todavía no me han dicho por qué.

—Queremos que vengas con nosotros —dijo Eddy. Solo miraba a Zach, aunque

no podía asegurar si este la veía de verdad. Parecía desconcentrado, ausente—. La policía registró el apartamento. También arrestaron a tu amigo Stefan, que te vendió lo más rápido que pudo. Ahora están en Missing Mile. Podemos ayudarte a escapar.

—Ey, Ed. Ey, Dougal. Es genial veros otra vez. Eh... ¿y adónde tenéis pensado llevarnos?

—¿Llevarnos?

Zach miró al suelo antes de volver a levantar la mirada hasta Eddy. Una bruma pareció levantarse de sus ojos verdes, y vio el viejo destello perverso. Allí estaba, a pesar de todo.

—Sí, Ed. Llevarnos. A Trevor y a mí. Si eso representa algún problema, supongo que tendremos que largarnos por nuestra cuenta.

Le puso una mano a Trevor en la pierna, en el interior del muslo, y la miró con expresión plana. No mostraba el menor rastro de culpa. Eddy supuso que simplemente no era parte de su programación genética.

—Dime cómo has podido hacerlo —dijo.

—¿Hacer qué?

—¡Enamorarte tan rápido después de negarte a hacerlo durante diecinueve años, tonto del culo!

Zach negó con la cabeza. Eddy podía ver que la pregunta lo asombraba de verdad, y eso era lo que más le dolía, porque sabía exactamente cómo se sentía él.

—No lo sé —dijo Zach—. Simplemente encontré a la persona adecuada.

Eddy miró a Trevor, que sostuvo la mirada con firmeza. Sus ojos eran tan claros que Eddy pensó que podría ver su cerebro a través de ellos. ¿Era eso lo que había hecho enamorarse a Zach? Se imaginó aquellos labios besándolo, aquellas manos elegantes y de dedos largos tocándolo, la cabeza de Zach descansando sobre su pecho suave y huesudo. Había química entre ellos, y pasión. Era evidente con solo verlos sentados el uno junto al otro.

—Muy bien —dijo al fin—. Genial. Espero que te haga feliz. Yo me voy afuera unos minutos. Vosotros decidid lo que queréis hacer y me lo contáis luego. —Eddy se levantó y se abrió camino como pudo fuera de la habitación, cegada por las lágrimas. Se encontró en el pasillo, luego en el dormitorio. Ya estaba sollozando; era incapaz de ver nada, y hasta le costaba respirar. Volvió al salón y casi tropezó con sus propios pies. Sintió una mano grande y amable en el hombro, y una forma muy alta a su espalda. Kinsey.

—La puerta trasera está por ahí —le dijo, y la guió por la cocina.

—Gr-gracias... Siento perder los nervios en tu casa...

—Olvídalo, te entiendo. —Le abrió la puerta—. El patio está muy recluso. Quédate todo lo que quieras.

—No creo que tengamos mucho tiempo.

—Intentaré ponerlos en marcha —prometió.

Eddy se quedó sentada en los escalones que daban al patio durante varios

minutos, contemplando la jungla que allí crecía, dejando que las lágrimas fluyeran libremente por su cara. Creía que Zach estaba enamorado de verdad; eso era lo más insoportable. Podía verlo en su cara y en la de Trevor, en el modo en que sus cuerpos se tocaban. Y no creía que Zach le mintiera respecto a algo así. Era bastante fácil de comprender. Ella no era lo que Zach quería. Trevor sí.

Pero no soportaba la idea de verlo en la cárcel. Tenía que ayudarlo.

Al final las lágrimas se secaron y se quedó sentada con el mentón apoyado en el puño, observando cómo una abeja revoloteaba alrededor del jardín descuidado y lleno de zucchini de Kinsey, saboreando la quietud de la región. Le encantaba el Barrio Francés, pero a veces allí le costaba pensar, con todos los músicos callejeros, y las botellas rotas, y las drags chillando, y el tráfico atronador. Y si había algo que Eddy necesitaba en ese momento, era tiempo para pensar.

Si no los enderezaba, la tropa que había en la casa se quedaría sentada hablando hasta que el agente Cover apareciera con sus sicarios. Para cuando se levantó y volvió dentro, ya tenía un plan.

—Entonces, ¿adónde vamos? —preguntó Zach a Dougal.

Dougal le regaló una sonrisa blanca y astuta.

—Te vienes volando a casa conmigo, tío. Siempre has dicho que algún día te gustaría perderte en Jamaica.

—¿Jamaica? —Zach se giró hacia Trevor—. Ahí es donde soñé que estábamos, como me dijiste. Estaba paseando por una playa blanca y limpia con palmeras verdes y brillantes, y un tipo dijo: «¡Ganja! ¡Ganja inteligente de la buena!», así que me detuve.

—Eso es Jamaica —le aseguró Dougal—. Siempre hay ganja inteligente. Llevo aquí un poco, por si queréis. —Zach y Terry asintieron. Dougal lió otro submarino y lo pasó. La habitación no tardó en llenarse de un dulce humo de hierbas.

—¡Me cago en vuestra puta madre! ¿Es que os vais a sentar a colocaros?

Eddy estaba en el umbral, los brazos en jarras, la cara surcada de lágrimas y tan cabreada como encantadora. Zach comprendió que la había echado de menos desde que se fue, y que la echaría de menos allá donde estuviera. Era muy dura.

—¡El Servicio Secreto está POR TODAS PARTES! ¡El agente encargado del caso apareció en la tienda de discos de Terry! —Cruzó el salón hasta Zach, lo cogió del hombro y lo zarandeó—. ¿Acaso no te parece buena idea PONERTE EN MARCHA DE UNA VEZ?

Trevor le apartó la mano.

—¡Tiene una conmoción! ¡Déjalo en paz!

—Muy bien. Si no movéis el culo pero ya, tendrá tiempo de sobra para recuperarse, ¡en una celda! ¿Es eso lo que quieres?

—Callaos. Los dos. Por favor. —Zach frunció el ceño y se masajó las sienes,

tratando de aclarar sus pensamientos—. Tiene razón, Trev. Si ya están aquí, tenemos que largarnos.

Zach miró a Eddy con tristeza.

—Siento todo esto, Ed. Ojalá hubiera algún modo de compensártelo.

—Dame tu coche.

—¿Eh?

—Ya me has oído. Dame tu coche. Siempre me ha gustado, y no vas a necesitarlo más. Dougal puede llevarte de vuelta a Luisiana para que cojas tu avión. ¿Crees que podrías volver a entrar en Tráfico de Luisiana y ponerlo a mi nombre?

—Bueno... claro. ¿Qué vas a hacer?

—Pasearme por el centro e intentar que me sigan. Iré hacia el este por la 42 mientras vosotros os escapáis en el otro sentido. No están buscando el coche de Dougal.

Los cinco hombres la miraron con ojos sorprendidos. Fue Terry quien al fin rompió tímidamente el silencio:

—¿No te perseguirán y te arrestarán?

—Los llevaré tan lejos como pueda. Puede que me arresten, pero es posible que no puedan acusarme de nada si no logran demostrar que Zach ha estado aquí. Diré que el Mustang siempre ha sido mío, y el ordenador me respaldará. ¿No?

—Sí —dijo Zach.

—Después de eso, ¿quién sabe? Puede que me largue a California. Igual me voy a Kansas a conocer a William S. Burroughs. Igual acabo tirada en Idaho. Me da igual, la verdad. Solo quiero estar un tiempo sola.

Sacó un llavero de su bolsillo y se lo tiró a Dougal.

—Ya sabes dónde está mi apartamento. Tú y el resto de la banda del Mercado Francés os podéis quedar con lo que queráis. Zach, ¿tienes que sacar algo del coche?

—Um... No, aquí tengo mi mochila.

—Entonces, ¿alguno de vosotros puede ayudarme a descargarlo? No quiero que me trinquen con un ordenador que es como una bomba y un montón de ropa de tío.

—Me lo llevaré todo a Potter's —se ofreció Kinsey.

—Quédate con el ordenador —le dijo Zach—. En el disco duro hay toda clase de cosas interesantes. No tendrás que volver a pagar una factura en tu vida.

—Gracias, pero paso.

—Me lo quedo yo —dijo Terry.

Los otros llevaron cinco viajes del Mustang mientras Zach conectaba con el ordenador de Tráfico de Luisiana y hacía los cambios necesarios, además de dejar un par de extras. Eddy seleccionó algunas cosas entre la ropa de Zach: una voluminosa chaqueta del ejército, un par de gafas de sol, el sombrero negro de ala ancha que Dougal le había vendido en el Mercado Francés hacía menos de una semana. Después se los puso y se hizo evidente que, desde lejos, podía fácilmente pasar por Zach.

Se acercó al sofá.

—Perdóname —le dijo a Trevor, y se inclinó y le plantó un beso a Zach en los labios. Entonces se giró y se dirigió hacia la puerta principal, sonriendo. Era una sonrisa dolida, pero no amarga.

—Encantada de conoceros —dijo—. De verdad. Buena suerte a todos, creo que la vais a necesitar. Dadme diez minutos.

La puerta se cerró sonoramente a su espalda. Unos momentos después oyeron el suave ronroneo del Mustang saliendo a la calle.

Todos se miraron con incertidumbre. Entonces Trevor preguntó a Zach:

—¿De verdad soñaste con Jamaica?

Zach empezó a asentir, hizo una mueca de dolor y dijo:

—Sí.

—Entonces vamos.

Levantaron la mirada para ver a Kinsey, a Terry e incluso a Dougal sonriendo, como los padres orgullosos en una boda.

—Nos da tiempo para otro canuto —dijo Dougal—. Creo que tenemos motivos de celebración.

Eddy condujo por la calle de Kinsey, se detuvo un largo rato en la intersección y giró a la derecha hacia la ferretería agrícola, en Firehouse Street. No sabía dónde estaban los agentes o qué aspecto tenían sus coches, pero se imaginó que podría conseguir que la vieran a ella.

Se caló el sombrero sobre la cara, acomodó las gafas sobre la nariz y reunió todo su nervio. Iba a tener que hacer toda una demostración de conducción, pero el coche podría con ello. Una vez Zach la había llevado por la Autopista 10 a más de 190 km/h. Ella también podría con ello.

Estaba cansada de ese clima cálido y húmedo que socavaba las fuerzas pero intensificaba la libido. Ya puestos, también estaba cansada de la libido. Estaba cansada de los chicos guapos, de los chicos gilipollas y de los mutantes diversos que había entre medias. Iba a vivir las aventuras que a ella le apeteciera vivir, aventuras que no dependieran de un hombre. De un modo u otro, aquella sería la primera.

Vio el Disco Giratorio delante, a su izquierda. Ya casi había llegado al centro. Habían tenido tiempo de sobra para detectar el coche, para investigar la matrícula si Stefan había sido capaz de recordarla y dársela.

Revolucionó el motor, soltó el embrague y atravesó Missing Mile a toda velocidad. La aguja subió hasta los 100, los 120, los 130. Miró por el espejo retrovisor y vio tres furgonetas Chevy blancas abandonando la acera a su espalda. Soltó un grito de puro triunfo.

Tomaron la carretera a 145 km/h. Eddy siguió presionando el Mustang y vio cómo las furgonetas iban quedando atrás. Trató de mantener la aguja estable en los 160. No quería perderlos demasiado rápido, no hasta que la vieja tartana de Dougal

hubiera tenido tiempo de sobra para escabullirse en sentido contrario.

Encendió el radiocasete y subió el volumen. «YORE CHEATIN' HAWRRRRRRRT», protestaba Hank Williams. Pulsó el botón de expulsión y se arriesgó a mirar las demás cintas en el salpicadero. Tiró a Hank al asiento trasero y puso a Patsy Cline.

Crazy. Crazy for lovin' you...

Eso se acabó, chavalín.

Puede que la cogieran, pero no podrían retenerla; ya no era posible relacionar su dinero y su coche con Zach. Confiaba en él al respecto. Y después de eso, iría donde quisiera.

Vio una amplia y brillante autopista que se dirigía hacia el oeste. Las maravillosas llanuras abiertas comenzaban a desplegarse ante sus ruedas. Praderas, mesas, desiertos austeros y secos como huesos, extendiéndose ante ella hasta el Océano Pacífico.

Estaba a su disposición, y tenía intención de aprovecharlo.

La noche del jueves y la mañana del viernes fueron un borrón largo y confuso. Zach recordaba que se había vestido, que Kinsey y Terry lo habían abrazado, que se había subido al asiento trasero de la furgoneta de Dougal y que enseguida se había quedado dormido en el regazo de Trevor.

En algún lugar cerca de Atlanta, creía, Dougal se detuvo en un suburbio muy pequeño y los llevó a una casa de jamaicanos. En medio del salón había una enorme bolsa de basura llena de aromática marihuana, y allí se liaban sin parar enormes porros. Les dieron cuencos de guiso de cordero especiado y vasos de cerveza fría. Desde la cadena de música de la esquina, Bob Marley aseguraba que todo iba a ir bien. Zach empezaba a creerlo posible.

Todos aprovecharon para dormir un par de horas, y entonces Dougal atravesó directamente el sur de Luisiana.

—Mantén la cabeza baja, Zachary —recordaba que le había susurrado Dougal en una ocasión—. Estamos muy cerca de Nueva Orleans, pero no tardaremos en llegar a casa de Colin. —Entonces, durante kilómetros y kilómetros, no hubo más que la luz vercosa de los pantanos, y Trevor abrazándolo.

Llegaron a casa de Colin al anoecer. Era una pequeña caseta en lo más profundo de la ciénaga, rodeada de agua quieta, brillantes enredaderas verdes y otra vegetación, así como grandes cipreses y robles cubiertos de musgo. Atrás, en una gran área despejada, se extendía la pista de aterrizaje. Estaba construida sobre el barro, pensó Zach, siguiendo el mismo principio de una galleta apoyada sobre unos palillos de dientes hundidos en un plato de puré espeso. En la pista esperaba el avión de Colin, tan pequeño que parecía de juguete. Despegarían por la mañana. Observaron el aparato destartado y luego se miraron el uno al otro.

—A la aventura —murmuró Zach, y Trevor asintió.

Colin era un nervudo rastafari negro como el carbón, con trenzas que le llegaban a la cintura. El interior de su cabaña era una sola sala con sacos de dormir en el suelo. Trevor y Zach se metieron en el mismo saco y cayeron dormidos. Dougal y Colin pasaron casi toda la noche charlando y fumando.

Al amanecer subieron los escalones que conducían a la zona de carga. El estómago de Zach dio un vuelco cuando sintió que las ruedas dejaban el suelo, pero una vez estuvieron en el aire los movimientos fueron apaciguadores, y a medida que el peso de los Estados Unidos iba levantándose de sus espaldas volvió a quedar dormido.

Despertó una vez durante la travesía ante el sonido de alguien dando arcadas, hasta que se dio cuenta de que se trataba de él. Trevor le sostenía torpemente la cabeza mientras Dougal le ofrecía una pequeña bolsa de plástico en la que vomitar.

—Colin las tiene siempre a mano —les explicó—. El Triángulo de las Bermudas suele marear a la gente. Pasará pronto.

Zach se sentía fatal. Su cuerpo famélico ya debía de haber asimilado todo el cordero, y las arcadas eran secas. La náusea no tardó en remitir un poco. Dougal le pasó un porro encendido y fumó agradecido.

—¿Estamos sobrevolando el Triángulo de las Bermudas?

—Una punta.

Zach le devolvió el porro a Dougal, que se dirigió a la cabina para invitar a Colin. Cerró los ojos y se recostó contra Trevor.

—¿Qué dices, Trev? —susurró—. ¿Mola salir conmigo o no?

Estaba bastante seguro de conocer la respuesta, pero cayó dormido antes de poder escucharla.

Un tiempo después, Trevor lo despertó y le cogió la mano. El avión estaba lleno de luz. Dougal les señaló hacia la cabina. Mirando por encima de la masa de rastas del piloto, Zach pudo ver una amplia extensión de aguas calmadas de color turquesa, y una playa que era como una cinta blanca que se desenrollara más allá de la vista. A lo lejos aparecía un país verde y exuberante.

El lugar que había visto en sus sueños. Un lugar en el que él y su amante podrían perderse juntos.

—Bienvenidos a casa —dijo el rastafari.

Epílogo

El asfalto de Firehouse Street había comenzado a ablandarse por el calor de julio cuando Kinsey entró en el Tejo Sagrado. El verano se había ido haciendo más caluroso y húmedo, hasta que todos los días parecieron unidos en una larga bruma caliginosa. Seguiría así hasta septiembre. Kinsey no se veía capaz de preparar ninguna cena especial. La idea de cocinar con aquel calor era insoportable, y ni siquiera tenía hambre.

Los agentes del Servicio Secreto habían vuelto a finales de junio para hacerle más preguntas. Parecía que se habían confundido respecto al coche que conducía Zach, y ahora estaban buscando un Malibú marrón registrado a su nombre. Por supuesto, nadie en Missing Mile sabía nada. Ninguno de los chicos había visto jamás a un joven pálido y de pelo negro cuya fotografía el agente no dejaba de enseñar. Nadie recordaba la noche en que Gumbo había tenido un cantante invitado, especialmente aquellos que habían visto el concierto, galvanizados por una voz salvaje ora trágica, ora bronca, ora jovial.

Kinsey cogió una Natty Boho de la nevera y se quedó detrás de la barra, revisando el correo del día. Factura eléctrica, sorprendentemente baja... Factura del gas... Aviso de la agencia de recaudación... y dos postales. Una estaba sellada en Flagstaff, Arizona, y decía: «Kinsey, te olvidaste de pagar la factura del teléfono. Besitos, Steve». Abajo, alguien había escrito «Krazy Kat estuvo aquí», junto a un garabato amorfo que podría haber sido una efe.

La otra postal estaba manoseada, emborronada, rota por los bordes, pero a Kinsey le pareció que aún conservaba el aroma del sol y la sal. La fotografía era un primer plano de un ackee, la peculiar fruta jamaicana que era un veneno letal antes de abrirse, pero que después podía cocinarse como un huevo revuelto. Unas porciones de cremosa carne amarilla sobresalían de la piel rosada trilobulada. Embebidas en cada pieza había tres semillas resplandecientes, grandes y redondas como ojos. Kinsey había leído acerca del ackee en sus libros de cocina, pero nunca lo había probado. Imaginaba que sabría a sesos.

El otro lado de la postal estaba enmarcado en manos y rostros diminutos: agradecidos, retorcidos; gritando, sonriendo, serenos. Había toda clase de manos y caras exquisitamente dibujadas con un bolígrafo negro. El matasellos estaba demasiado corrido como para leerlo, pero el texto decía: «K: hoy he dibujado tres horas seguidas. Duele de cojones, ¿pero a quién le importa? Y Dario se está dejando rastas. Pon algo de Bird por mí. Tu amigo, T.».

Kinsey puso su cinta favorita de Charlie Parker, abrió las puertas y dejó que Bird paseara por Missing Mile el resto de la tarde.

Una noche, tarde, Trevor abrió los ojos y se encontró mirando a un lagarto de un vívido color verde encaramado a la pared, a pocos centímetros de su cara. El bicho era tan brillante que las escamas parecían resplandecer.

Parpadeó, y la criatura desapareció en un cegador movimiento iridiscente.

Giró la cabeza y miró a Zach, dormido a su lado en el estrecho colchón, desnudo sobre unas sábanas empapadas por el sudor de la noche tropical. La luz de la luna volvía azulada la piel pálida de su amante, y su pelo ensortijado y las sombras de su cara adoptaban un profundo tono índigo. Allí las noches eran tan azules como los días; el cielo adoptaba un tono más profundo, pero no llegaba a oscurecer de verdad.

Vivían en el campo, cerca de Negril, que era una especie de Meca hippy en la costa occidental de la isla, en el corazón del territorio ganja. No tenían ni electricidad ni agua corriente, y poco que les importaba. Cuando echaban de menos tales comodidades, se acercaban caminando a Negril y pasaban una noche o dos en una lujosa habitación de hotel, al precio de veinte dólares americanos.

A veces visitaban la granja del amigo de Colin en las colinas, y pasaban un par de días colocándose hasta el ridículo. Zach sorprendía a todo el mundo comiéndose los pimientos de boneta directamente de la planta. Los jamaicanos pensaban que lo hacía para exhibirse, pero Trevor sabía que a Zach le encantaban aquellos pequeños globos ígneos. El propio Trevor ya había trasegado litros y litros de café Blue Mountain, pero no tanto como acostumbraba. Ya no tenía necesidad de mantenerse despierto.

Más a menudo se acercaban a una pequeña cala de arenas blancas muy cercana a su cabaña. Zach se embadurnaba con el protector solar más potente que podía encontrar y después se tumbaba durante horas frente a las brillantes aguas azules, con la cabeza apoyada en la arena blanda. Seguía tan pálido como siempre, pero sus mejillas ganaron un poco de color, y parte de las manchas oscuras alrededor de sus ojos comenzaron a desaparecer. Quería aprender a cantar reggae.

El sol había aclarado el pelo de Trevor hasta hacerlo rubio. Cuando se acercaban a la ciudad tenía que tapárselo con un sombrero, pues de otro modo las jamaicanas se acercaban a él para acariciarlo, alabando su belleza e intentando hacerle trenzas. La primera vez Trevor había soportado los toqueteos y manoseos unos diez segundos, antes de acabar con ellos con un rugido iracundo que espantó a las mujeres en todas direcciones, y que dejó a Zach tirado por los suelos, tronchado de la risa.

El dolor de su mano derecha era constante, pero era un dolor curativo; era la sensación de los huesos que se soldaban de nuevo, de los músculos que recordaban cómo moverse. Dibujaba todos los días, durante tanto tiempo como era capaz de aguantar. Entonces Zach le masajeaba las durezas y acariciaba suavemente los callos de los dedos, apaciguando los calambres. El músculo en la base del pulgar solía palparle sin parar, hasta que le entraban ganas de volver a atravesar una pared de un puñetazo. Pero se había acabado para siempre el solucionar las cosas a golpes.

Envió una postal a Steve Bissette, pidiéndole que dedicara sus honorarios por

Incidente en Birdland a la producción de Taboo u otros tebeos.

Hablaban de forma íntima y obsesiva, follaban tan a menudo como sus cuerpos se lo permitían, a veces las dos cosas a la vez. Era difícil recordar el poco tiempo que llevaban conociéndose. Pero, al mismo tiempo, comenzaban a comprender lo mucho que aún les quedaba por descubrir y aprender. Comenzaron a abrirse el uno al otro como rompecabezas de asombrosa complejidad, a desenvolverse como regalos maravillosos descubiertos debajo del árbol de Navidad.

A veces Trevor pensaba en la casa. A veces soñaba con ella, pero solo recordaba imágenes congeladas de aquellos sueños: la forma suspendida de la barra de la ducha, girándose lentamente; el terrible reconocimiento en la mirada de Bobby cuando levantó la cabeza de la cama de su hijo dormido al que había intentado matar, sin ser capaz de ello.

¿Ya tenía previsto ahorcarse, o había sido la contemplación de su hijo mayor crecido, en Birdland, lo que lo había empujado a ello? Nunca lo sabría. Y ya no le preocupaba demasiado.

A veces también le volvían las sensaciones: el impacto del martillo subiéndole por el brazo cuando golpeó la pared, a escasos centímetros de la cabeza de Zach; los miles de pequeños dolores cuando los fragmentos de espejo se hundieron en su piel. No quería olvidar nada de aquello.

Recordaba lo que Birdland había significado para él cuando era pequeño. Había sido el lugar en el que había descubierto su talento, donde podía obrar magia, donde nadie más podía tocarlo. Trevor creía en la magia más que nunca. Pero había aprendido que vivir en un lugar donde nadie pudiera tocarlo era en ocasiones peligroso, y siempre solitario.

Birdland era un espejo. Podías romperlo y cortarte en pedazos con él, podías oscurecerlo con sangre. O podías ser lo bastante valiente como para observarlo con los ojos bien abiertos y ver lo que tuviera que mostrarte.

Se dio cuenta de que Zach estaba despierto y llevaba un tiempo mirándolo. La luz de la luna convertía el verde de sus ojos en un extraño color subacuático. No dijo nada, pero sonrió a Trevor y le buscó la mano. La noche no traía más sonidos que el rumor del mar rompiendo contra la arena y su propia respiración. El aire olía a flores y a sal, a la química única de sus cuerpos.

Sí, pensó Trevor. Podría haberse hecho trizas en los bordes afilados de Birdland solo para descubrir cómo se había sentido Bobby al hacer eso mismo. Probablemente hubiera arrastrado a Zach con él al fondo. Y podría haberse engañado, llegando a creer que había sido decisión suya, que era su destino.

Pero había elegido, y quedaban infinitas decisiones por tomar. Quedaban infinitas cosas por aprender. No le importaría vivir mil años para tener la ocasión de ver una fracción de todo lo que el mundo tenía que ofrecer.

No podía sentirse agradecido a Bobby por haberlo dejado con vida, pero sí se alegraba de no haber muerto en la casa. Había tantas posibilidades a su alcance,

tantas cosas por ver, tantas ideas por explorar... Podía elegir, y así lo había hecho. Todo dependía de él. El chico cuya mano sostenía era la prueba viviente. Zach le había mostrado que todo era posible. Él era quien se merecía su gratitud.

Y encontró el modo de mostrársela hasta el amanecer.